

QUE MUEREN LOS HIJOS DE LOS DEMÁS

ROSER CABRÉ-VERDIELL

ALPHA DECAY

QUE MUERAN
LOS HIJOS DE LOS DEMÁS

ALPHA DECAY
186

Roser Cabré-Verdiell

Que mueran los hijos de los demás

Traducción del catalán de Rita da Costa



ALPHA DECAY

Para ti, que no tienes nombre

ÍNDICE

ANTORCHA

SERPIENTE

LLAVE

AGRADECIMIENTOS

I said make a wish, make sure and not tell

«Country Death Song»,
VIOLENT FEMMES

Dance me to the children who are asking to be born
Dance me to the end of love

«Dance Me to the End of Love»,
LEONARD COHEN

Es una madre como muchas.
Es una bruja como todas.

«Una bruixa com les altres»,
GUILLERMINA MOTTA

ANTORCHA

1.

Hay una línea que empieza. Es esta: recorre la costa por una vía paralela al mar. Pero no es férrea. Se tambalea toda ella, el traqueteo del tren y el restallar de las olas. Vacila ella y tiemblo yo. Trato de calmarme, las manos en el pecho y el mantra en los labios: el movimiento es determinación, el movimiento es determinación, el movimiento es determinación. La tienen los vagones que avanzan confiados y la tiene el agua empeñada en embestir la orilla. Líquido y sólido. Origen y destino. Un cambio de estado. Debería bastarme con eso. Me desplazo, me traslado. Seguir la línea es aceptar la transición. Y es en la transición, en el paso de un estado a otro, que la vida existe.

Pero.

Todo el miedo en una conjunción. La línea truncada, la vida interrumpida.

Un roque, un bloque, un choque. Un aguacero, un atolladero, una ola que se traga el mundo entero.

El tormento de la posibilidad me obliga a sentarme en una postura rígida. Es la parálisis del cuerpo que admite la derrota, la paliza de la mente golpeando calamidades. Solo yo me hago daño. El tren no descarrila, ni rastro de rendición en su intención. Llevarme de un lugar a otro. El lugar del que vengo: una ciudad, un séptimo piso asomado al asfalto. El lugar al que voy: un pueblo, una casa a orillas del mar. Y, mientras tanto, en este punto huidizo entre lo uno y lo otro: la vida. Que se mueve porque está viva. Juguetona, anhelante. Un rosario de boyas que bailan ansiosas por flotar y un par de niños incapaces de reprimir su impaciencia. Quieren saber cuánto falta, mamá, cuánto va a durar este viaje.

Veinte minutos. Un tiempo ridículo para dejar nada atrás, según su padre. Cuando le dije que haría el trayecto en tren, puso los ojos en blanco. Le parecía absurdo, pero yo me empeciné: es por los niños, Flavi, para que entiendan el cambio, una especie de rito de

paso. No llega ni a media hora, Rebeca, no necesitan rituales. Flavi no cree en los rituales. Pero sí cree en las líneas. Quizá tendría que haberle dicho que mi intención era seguir una línea sin interrupciones. Aferrarme a la vida. Tal vez así no se habría exasperado.

Más que creer en las líneas, Flavi las venera. Lo sé desde que lo conocí. De hecho, las líneas nos unieron. Él las dibujaba, yo las escribía. Dicho de otro modo: uno era el arquitecto de los proyectos que el otro redactaba. Trabajamos juntos durante una temporada. A mí me echaron, pero él me mantuvo a su lado. Nuestro amor también fue una línea. Una década recta sin curvas ni sacudidas. Hasta que llegó una nueva línea, concretamente horizontal, y luego otra, dos años más tarde, vertical. Ambas sobre mi piel. Ambas puertas de entrada al mundo de los niños que ahora están amorrados al cristal, exclamando con cada ola, chillando contentos porque se disponen a vivir cerca del mar. Yo sonrío, guardándome la pena, y no les digo que me sobra el mar, que me basta con que vivan.

Cuando el tren se detiene en la estación, siguen respirando. La línea continúa hacia el norte, pero nuestro destino es este, Ocata, el nombre en un letrero enmarcado por simpáticas palmeras. Tengo los pies en el andén y un niño a cada lado: mirad, cariños míos, hay una línea que es el mar y en paralelo otra línea, la vía, y luego hay todavía una tercera línea, paralela también, que es nuestra calle. Me agacho y los abrazo: seguid las líneas y siempre me encontraréis.

2.

Cada día barro la arena. Un grano y luego otro hasta que el hijo la pisa y la hija la esparce. No me enfado. Al fin y al cabo, solo es arena y la arena es tierra. Lo que significa que no estamos en el séptimo. En el séptimo solo había aire. Mis hijos no corrían hacia la puerta del patio. En el séptimo no había puertas abiertas. Tampoco ventanas. Las tenía todas cerradas, pero daba igual, mentalmente me asomaba a ellas. En el séptimo solo pensaba en morir. A veces en matar. Veía caer a mis hijos. Un juego suyo o un empujón mío. No quería morir ni matar. Al final lo hice todo un poco, pero ahora no es el final.

Ahora es el comienzo en una casa nueva llena de arena porque está al lado del mar y los niños corren descalzos por ella. En la planta baja, debajo de la escalera, hay un baño para enjuagarse los pies. Los niños no lo usan y a mí me da igual. Los niños son felices. Están vivos. No caen por las ventanas. Su habitación, en la planta del medio, tiene dos ventanas, pero aunque cayesen no se matarían, Rebeca, me tranquilizó Flavi, solo se romperían los pies. Sucios de arena, que es tierra.

Además de la habitación de Bru y Nit, hay otra para Flavi y para mí. El techo es alto y las vigas lo cruzan de punta a punta. Soportan la carga del estudio, en el ático, y de la azotea. El estudio es todo mío y cuando acabo de trabajar, ya de madrugada, subo a la azotea. Más allá de las palmeras y las catenarias, veo el mar. Sigo las tres líneas, mar, vía, calle, mar, vía, calle, como quien se encomienda a un mantra que serena el alma.

La tercera línea: un puñado de casitas bajas, todas blancas, que se arraciman en torno a una placita. Allí se está fresco, los árboles y la fuente. Hay un bar, el café es bueno y Flavi lee el diario mientras yo vigilo a los niños. Corren desbocados, llenos de juegos y fantasía. El realismo lo ponen unas escaleras demasiado empinadas y estrechas, directas al asfalto en el que rugen motos coléricas. La

arista del escalón, el crac de la nuca o el cráneo resquebrajado. Un adolescente temerario, el frenazo tardío, una rueda que aplasta un cuerpo todavía tierno. Flavi me acaricia el muslo, estate tranquila, Re, por favor. Aflojo la carne, pero el miedo me agita la mente.

La segunda línea: una vía como punto de fuga y nosotros inmóviles, viendo pasar los trenes. Bru y Nit saludan al maquinista. El silbato ulula y gaviotas y niños se le suman. Pasan veloces, vienen y van. Igual que los vagones en mi cabeza. Vienen: niños que caen a las vías y se van: madres que se arrojan. Trenes intrusivos cada noche y Flavi roncando a mi lado.

La primera línea: el mar abierto en todo su fragor. Bajo con los niños a la playa por la mañana temprano. Flavi tiene trabajo y no nos acompaña. Bru y Nit no se meten en el agua, las olas les dan miedo. Yo no los fuerzo. Pulmones inundados, piel azul. Cada verano decenas de niños mueren ahogados, sobre todo los de entre uno y cinco años. Nit ha cumplido tres, Bru ya cuenta con la mano entera. Yo tengo unas cuantas más, pero tampoco me baño. Me hago mayor, pero los miedos no van a menos.

Celebramos mi cumpleaños en el patio de la casa. Banderines de colores y un pastel que dice Felices 40, Rebeca. Hay un corazón de chocolate que los niños se apresuran a mordisquear. El suyo late sano y con eso tendría que bastarme. Flavi me pregunta cómo llevo la crisis y él mismo se responde que es sinónimo de oportunidad. Mira dónde estamos, mira dónde vivimos. No abro ningún regalo. El regalo es la casa. Flavi la ha dibujado. Líneas rectas, mesuradas. Líneas que son los cimientos de una nueva vida en una casa bicentenaria. Una casa caída del cielo. Pero, si te caes del cielo, te matas. La muerte en la cabeza el día que celebro que estoy viva, todavía y quién sabe hasta cuándo. Disimulo la angustia poniéndome una corona en la cabeza. Eres mi reina, me dice Flavi al oído. Él no disimula nada. No le hace falta, ni sabría cómo hacerlo. Es transparente, no oculta el orgullo de ser el autor de la casa, que es como él: diáfana, sencilla. Es bonita, está vacía, las paredes libres de todo pasado, sin recuerdos enmarcados. Flavi no saca ninguna foto cuando los niños soplan las velas y yo no llego a tiempo de pedir un deseo. Habría pedido que siguiéramos todos vivos.

La posibilidad de morir me devuelve al séptimo. Me paseo por balcones abiertos al vacío, me tumbo en la cama desvelada por el insomnio, entro en el baño que conoce mi sangre. Me asalta algo cercano a la paz cuando pienso que nunca volveré allí. A veces, Bru, la melancolía que aún no sabe nombrar, pregunta quién vive ahora en nuestra casa, mamá, y a mí me entran ganas de contestar que nuestra casa es allí donde estamos los vivos, hijo mío, pero le doy un beso en la frente y le digo que qué habitación tan grande tienen aquí, qué casa tan preciosa nos ha hecho papá. La casa es preciosa y se lo repito a Flavi antes de irme a dormir. Nunca nos vamos a dormir a la vez. A Flavi le entra sueño temprano y yo tengo que trabajar hasta tarde. Trabajo para los americanos. Mediodía en San Francisco, noche en Ocata. Les digo que se parecen mucho, con tantas subidas y bajadas. A los californianos les hace gracia el nombre, tan exótico, O-ca-ta, esa cadencia del Pacífico, entre el japonés y el hawaiano. De dónde viene ese nombre, quieren saber, y yo les digo la verdad. La verdad es que no lo sé. No sé nada de este lugar ni de la vida que me espera en él. No espero apenas nada de la vida, aparte de querer estar viva.

Cuando acabo de trabajar, pasada la medianoche, salgo a la azotea, respiro hondo y pido por favor, por favor, cerrar los ojos y ser ciega. Pero cuando me acuesto en la cama, Flavi como un tronco, lo veo todo claro: la escalera empinadísima, el detergente debajo del fregadero, el suelo resbaladizo de la ducha. El cajón de los cuchillos, una sartén con aceite hirviendo, el ventilador dando vueltas. Tal vez ya no sufra por las ventanas abiertas del séptimo, el salto siempre era una sacudida, pero la angustia se me despierta con todas las desgracias que, como flechas, me atraviesan la mente. Líneas delgadas y afiladas portadoras de catástrofes, siniestros, calamidades. Siempre mueren hijos en el mundo, siempre se matan hijos en el mundo. La diferencia es el verbo. El verbo cuenta la historia. Flavi no entiende mis historias. Tú y tus obsesiones inquietantes, Re. Las obsesiones y los deseos se tocan, sin embargo, y yo, que deseo la vida, siempre encuentro la muerte. Encontrar, elegir. No elijo pensar lo que pienso, son flechas intrusas, dardos envenenados. Y no duermo, y me remuevo, hasta que oigo un

gemido en la habitación de los niños y acudo al instante, aliviada, me necesitan, y a lo mejor no es cierto, seguramente nunca lo es, un sueño y punto, pero yo ya estoy allí y me acuesto en la litera de abajo con la pequeña, que no se despierta cuando me acurruco junto a ella, su latido, mi sosiego. A veces, arriba, Bru también gimotea, y lo traslado en brazos hasta abajo y dormimos los tres juntos, pies con caras, culos con espaldas, corazones con vientres. Cuando me levanto, desayuno toda la reprobación de Flavi. Hasta cuándo, Rebeca, hasta cuándo. Mientras la muerte sea una posibilidad, supongo, Flavi. Mientras estemos vivos, supongo, por tanto.

Una tarde de principios de julio conozco a Camila. Saca la cabeza por la ventana de la calle y me ve barriendo, una montaña de arena a mis pies. Sonríe al decir que acabará siendo mi mejor amiga. No sé si se refiere a la escoba, a la arena o a sí misma. Detengo el palo, abro la puerta. Rebeca, encantada. Camila, un placer, vivo en la casa de enfrente. Disimulo la sorpresa. Camila parece aseada y la casa de enfrente tiene la fachada llena de grietas, los cristales sucios y una azotea abandonada, jardineras desiertas que un hombre riega con ceniza. Lo he visto hacerlo de noche, cuando salgo a descansar de los americanos. Nuestra azotea queda por encima de la suya, puedo ver sin ser vista. El hombre es flaco y larguirucho y luce una luna en la cabeza, calvo, tan pálido que es blanco. Fuma y planta filtros en las jardineras y luego vuelve a fumar. El hombre es la pareja de Camila. Lo sé porque me lo cuenta ella. Vive con Gregori y su hija, Flora. Tiene la misma edad que tu hija pequeña, más o menos. Y señala a Nit, que ha cogido la escoba y juega con ella. En el séptimo nadie venía hasta mi puerta a charlar. En el séptimo nadie señalaba a mi hija. Ahora tengo a Camila en el recibidor, los ojos puestos en Nit cuando me dice que espera vernos más tarde en la plaza. Que hoy habrá sardinas y habaneras.

En eso consiste, supongo, dejar de ser forastero: encomendarse a los lugareños. Nos sentamos con la familia vecina, rodeados de gente del pueblo. Gregori fuma y Camila nos trae las sardinas. Las desmenuzo con dedos atentos, que los niños no se atraganten con las espinas. Almendras, cerezas, huesos de conejo. Camila nos

pregunta cómo ha ido la mudanza y Flavi jura que no volverá a hacer ninguna mientras viva y a mí me disgusta que haga referencia a la muerte y Camila se ríe. Gregori no ríe ni finge hacerlo. Tampoco come. Se nota que está harto. De qué, no lo sé. Qué le pasa a ese tío, parece un vampiro, me dice Flavi más tarde, mientras recogemos las mesas, doblamos las sillas, acicalamos a los niños. La niña tampoco es normal, digo yo. Descalza, seria, los ojos en los arbustos de la plaza, arrancando hojas, metiéndoselas en la boca, masticándolas todas. Y Camila, mientras tanto, la mira embobada, sin preocuparse por lo que le pueda pasar.

Después de las sardinas suenan las guitarras y los acordeones. Flavi sabe moverse, mece las caderas al compás de la melodía. Camila lo imita y ríe estridente. Gregori está de pie, impávido. Yo me siento en un banco negando lo evidente: los hombres que cantan, hacen honda la plaza. Que invocan la añoranza de las islas, del ambiente de las tabernas, de las niñas que han dejado de serlo. Que, sobre todo, tengo un peso en los pulmones. Conozco el cuerpo que me viste el miedo. Miedo de qué, me preguntaría Flavi si no estuviera bailando. Miedo de qué, insistiría al ver que yo no contesto. Y yo no sabría cómo decirle que el miedo no obedece a razones. No es un *qué*, sino un *y si.* La angustia de la posibilidad. De que las islas se hundan, de que los hombres sientan añoranza, de que las niñas no crezcan.

Bru y Nit ríen ligeros. Camila y Flavi los han cogido de las manos y bailan en círculo. En medio, Flora orbita, seria. Cuando los sueltan, los niños salen disparados. Camila se me acerca con un vaso de *cremat*. Le doy un sorbo y digo que la fiesta es estupenda, porque sé maquillar la angustia con cortesía. Ella silba un esto no es nada, que espere a ver la Llissa en agosto, el día 13 todo Ocata celebra una verbena preciosa en la playa. La Llissa va de pedir deseos. Pienso en el deseo que no me dio tiempo de pedir el día de mi cumpleaños. Miro a mis hijos, todavía vivos y a saber hasta cuándo. Camila sigue chachareando. Está eufórica y muy agradecida. Su deseo se ha cumplido: que la casa de enfrente se llenara de vida. No dice gente, no dice familia, sino vida. ¿Cómo vinisteis a parar a esta casa?, quiere saber, y a nuestro alrededor la gente baila y yo me he

tragado una piedra y no puedo moverme. Va a pasar algo. Miro a los niños. Flavi abre la boca para contestar, pero llega tarde. Mi lengua, ajena a la parálisis del cuerpo, se le adelanta: tuve un sueño. ¿Un sueño? Camila me mira incrédula. Flavi también. Ni yo me lo creo. Un sueño, sí, estaba durmiendo y oí una voz que me decía que había una casa esperándome, toda blanca, cerca del mar. La vi en medio de una neblina y supe que la quería. Camila exhala toda su sorpresa, y la razón me dice que quizá tendría que aclarar que la neblina era cosa de la anestesia y que la voz era la de una enfermera, pero no puedo hablar porque de repente alguien grita.

Soy yo. La que grita soy yo. El nombre de Nit. Me levanto de golpe.

¡Nit, no!

Nit me mira espantada, el globo colgado de los labios. Lo estiro, se lo arranco, la hago llorar. Pero mamá. Pero Rebeca, los ojos de Flavi reprochándome: exagerada. Flora me ha dado el globo, mamá. Flora me sonríe. Ni mamá, ni globo. Globos no, globos nunca. Y Camila acercándose, abrazando a su hija. Qué pasa, Rebeca. Pasa que los globos matan, Camila. Los niños no saben inflarlos, sorben hacia dentro, la goma se adhiere a la garganta, se queda allí pegada haciendo barrera, el aire no pasa, el aire no pasa, el aire no pasa.

3.

La resaca de un ataque de pánico es peor que la del *cremat*. La jaqueca se me enquista, la sensación de abatimiento también. El calor no ayuda. Las noches son sofocantes, la piel rezuma todo el sol acumulado durante el día. Los niños están de mala luna. No comen, no juegan, no descansan. Flavi los mandaría a un casal sin dudarlo. Yo me opongo. Un juego, un golpe, un tajo. Los monitores son jóvenes, inexpertos, les pagan una miseria. Tú sabrás, Re.

Y yo sé que me paso todo el día con los niños. Nos instalamos en la plaza, bajo la techumbre fresca de los árboles. Camila también está. Dibujamos rayuelas y, mientras los niños llegan al cielo, tomamos café con hielo. Obviamos el incidente del globo. Finjo que Flora me cae bien. Sobre todo cuando los niños se niegan a seguirle la corriente y prefieren quedarse a jugar cerca de mí. Flora, en cambio, busca los confines de la plaza, se balancea al borde de las escaleras que desembocan en la calle, no se acobarda cuando pasan motos enfurecidas y, sobre todo, nunca mira hacia atrás buscando a su madre. Camila no parece preocuparse. Está más interesada en mí. Me pregunta qué hago, qué dejo de hacer. Aplaco su curiosidad y le hablo de la carrera que acabé con desgana, de escribir para los demás y del trabajo que tengo ahora con los americanos, nada demasiado emocionante, pero me permite hacer esto, conciliar o cómo quieras llamarlo, estar con ellos, y Camila asiente al decir que ella, de momento, no volverá a trabajar, que así lo ha acordado con Gregori, que se quedará con Flora hasta que empiece a ir al cole, sin prisa, quizá más adelante. Yo me guardo la envidia de que la tenga siempre a su lado, de que no sufra por si le pasa algo estando lejos de ella, de que no viva con los oídos expectantes, el timbre del teléfono anunciando el accidente fatal. Flavi me hizo jurar que nunca más me acercaría para espiarlos, pegando los ojos a los agujeritos de la reja durante la hora del patio. No es sano, Rebeca, ni para ti, ni para ellos. Flavi es sano. ¿Y Gregori a qué se dedica? Gregori

vigila. Camila se explica: es guardia de seguridad en remoto, pantallas en casa, controla los lugares desde la distancia. Aparcamientos, oficinas, museos. Si ve algo extraño, alguien que no toca, botón rojo y cierra puertas. De allí no sale nadie hasta que llegue la policía. Tiene que estar muy atento toda la noche, por eso duerme de día. No le digo que lo veo fumar en la azotea dos, cuatro, ocho veces. Eso querría decir que yo también estoy allí. ¿Sabes qué es lo más curioso de todo, Rebeca? Que Gregori quiere decir vigilante. Su nombre es su ocupación, ha nacido para eso. La miro sin entender. Tengo una afición, me gusta estudiar qué hay detrás de los nombres propios, qué significan. ¿Y qué significa el mío, Camila? Ella abre la boca, vuelve a cerrarla. Es evidente que lo ha pensado, que lo ha buscado, que lo sabe. Insisto: ¿qué quiere decir Rebeca, Camila? Y ella: es que el tuyo es bastante especial, ¿sabes?, hay pocos nombres que signifiquen tres cosas a la vez. ¿Tres cosas? Sí, tres: cautivadora, fértil y tierra.

Más tarde, ya de noche, en el sofá, es sábado y no trabajo, le digo a Flavi que esto de los nombres son paparruchas, que el suyo quiere decir dorado, de pelo rubio, y mírate, con lo moreno que eres. Le acaricio una mejilla con los dedos, esa piel que ama el sol, y él se abalanza sobre mí. Besos y una caricia en el pecho mientras me asegura que yo sí soy cautivadora. Lo freno. Fértil también, ya lo sabes. Flavi dice que tendrá cuidado y yo resoplo que no, que no lo hará. Que condones o vasectomía. Él chasquea la lengua y yo recalco: no pienso tomar pastillas, Flavi, no necesito más hormonas, y tampoco me meteré un trozo de cobre en el útero. Acabamos de ver la peli y luego, cuando Flavi se duerme, subo a la azotea. No necesito despejarme, no he trabajado, pero supongo que se ha convertido en una rutina, ese rato de noche solo para mí. Y, como una costumbre ya instaurada, allí me espera el interruptor rojo del cigarrillo encendido. Gregori no está vigilando nada. Cultiva colillas en las macetas yermas. Cuanto más conozco a Camila, menos entiendo qué demonios hace con él. Siempre atenta, siempre dulce. Una persona que hace crecer las plantas, más que matarlas. Tengo la carne de gallina y no pasa ni gota de aire. El cuerpo se adelanta a la mente y reacciona al miedo que aún no conoce.

Cambiamos la plaza por la playa. El calor se instala en casa a primera hora de la mañana y a las ocho y media ya estamos en el agua. La arena hierve de gente. Los trenes de la ciudad llegan cargados. Camila detesta la invasión, allá también hay playas. Le recuerdo que nosotras formamos parte de la conquista, pero Camila me mira seria al negarlo. Tú soñaste que tenías que venir aquí, eso es porque tu lugar está en Ocata. Es difícil verla seria, Camila siempre está risueña. Y tiene una risa amplísima, esta chica tiene más boca que cara de lo flaca que está. En bañador se la ve más menuda todavía, y ahora, además, se hace trenzas en el pelo largo. Una madre adolescente, y yo una mujer de mediana edad. No llevo bikini, me tapo las dos líneas que me atraviesan. Una que baja vertical, desde la parte inferior del ombligo hasta el pubis, y otra horizontal que la espera en ese punto. Una T invertida, el anticristo de los partos naturales. Camila me dice que estoy estupenda, pero es ella la que tiene el vientre plano. Supongo que me lo quedo mirando, porque se apresura a decir que Flora la mantiene en forma. Es verdad. La niña no para quieta, no teme al agua como los míos, que tienen que entrar con flotador y en brazos, uno a cada lado, y no se atreven a meter la cabeza en el agua y ay de mí si me zambullo. Nit brama mientras grita mamáááá, mamáááá. Esto de que mamá no esté, de que mamá desaparezca. Flora, en cambio, corre sin miedo y se tira de cabeza y Camila tiene que ir detrás de ella diciendo Flora, ven, Flora, vuelve, Flora, haz caso. Las dos lo hacemos: Flora siempre vuelve y yo nunca me voy.

Una mañana, Camila me pide un favor. Que si puedo bajar con la niña a la playa, que ella tiene que ir al médico y Gregori está durmiendo. Le pregunto si está bien y ella le resta importancia. Algo rutinario, pero ya sabes lo que pasa con los niños, Flora haría la consulta imposible. No tardaré, vuelvo enseguida. No duda en dejar a su hija conmigo porque no conoce mi ineptitud. Tres niños son demasiados para mí. La aprensión de no ser capaz de mantenerlos con vida. Quiero decir: no lo he sido antes.

Tiendo las toallas en la arena y les pido, por favor, por favor, que no se muevan. He traído fruta y galletas, y espero que eso los entretenga. Bru y Nit comen, Flora no. Flora tiene los ojos puestos

en el cielo, mira el sol de frente. Le embadurno la cara de blanco, le pongo una gorra, te quemarás, Flora, pero ella se la quita, se frota las mejillas y no me mira, absorta. Pasa un rato y la niña sigue inmóvil. Los míos se agobian. Tienen calor, quieren meterse en el agua, necesitan que mamá los acompañe. Le digo a Flora que vamos a remojarnos. Ella me ignora. Preparo a Bru y Nit con los flotadores e intento ponerle uno a la niña, que se lo quita sin mirarme. Flora, vamos, por favor. Voy con los niños hacia la orilla y los dejo quietos donde todavía hacen pie, donde no pueden hundirse, y les digo ahora vengo, mamá vuelve ahora mismo. Nit protesta, pero Bru, con toda la sensatez del hermano mayor, le aferra la mano. Salgo del agua, me agacho delante de Flora, le digo que tiene que refrescarse. No se mueve, los ojos directos al sol. Le tapo la luz con mi cuerpo, pero no reacciona. Resoplo y la cojo en brazos, pero la niña forcejea, golpes en las costillas y el vientre. Golpes en las líneas que me atraviesan. No habla, no se queja, solo se revuelve. El baile entre una adulta incapaz y una niña tozuda hasta que alguien grita ¡Señora, la niña! Y el chillido de Nit porque una ola la ha arrastrado y el lloriqueo de Bru porque no ha sido capaz de impedirlo. Corro hacia el agua con el corazón en un puño y los rescato a ambos. Cuando salimos, calados y asustados, Flora me sonríe. La suya no es una sonrisa infantil. Es arrogante y cáustica, como la de un adulto que sabe hacer daño.

Esa niña es inquietante, se parece a su padre, le digo a Flavi más tarde. Él me da la razón. No ha logrado tener una sola conversación con Gregori. Hasta ha intentado hablarle de seguridad desde el punto de vista arquitectónico. Un intento fallido, reconoce. Flavi dice que Camila es la única normal. Habla, baila, ríe. Me gustaría decirle que sí, pero la verdad es que no lo sé. Intuyo una brecha entre su sonrisa y su realidad. Decido callármelo. Quién soy yo para decir eso cuando, más que una brecha, tengo una falla: dos bloques que se desplazan en direcciones opuestas. Uno quiere la vida, el otro teme la muerte. Sin embargo, el vacío del abismo entre ambos los hermana. El vacío es el miedo, la conciencia misma. Flavi resoplaría si me oyera decirlo. Él conoce mi falla, pero no quiere caer en ella. Se aleja todo lo que puede de mi debilidad. De ahí, por ejemplo, que

nunca hablemos del séptimo. Porque es evidente que podríamos caer. Tal vez lo haríamos juntos, sí, de la mano, también, pero el resultado sería el mismo: el impacto final. Caer desde un séptimo hace daño. Por eso nunca volvemos. Pese a que teníamos toda una vida allí, ya lo creo que la teníamos. Y allí la dejamos.

Por la noche abro las ventanas del estudio, pero la brisa pasa de largo. Los americanos me contactan desde oficinas gélidas, exceso de aire acondicionado. Yo no llevo pantalones y tengo las bragas empapadas, el bochorno me hace un lago en los muslos, pero finjo adorar el verano mediterráneo. Fingir lo es todo con los californianos. Ellos son una agencia de publicidad. Me pasan textos que traduzco y envío a miles de contactos. Esta gente trafica con nuestros datos, me dice Flavi a menudo, esta gente nos espamea con mierdas. Las mierdas: dietas milagrosas, cursos de autoayuda, vídeos motivacionales. Todos sus clientes son esotéricos, videntes, pseudocientíficos y, en palabras de Flavi, una caterva de charlatanes que promueven estafas piramidales. Yo replico que no hay gran diferencia entre vender Coca-Cola y piedras con poderes, al fin y al cabo ambas van de la sensación de vivir, pero Flavi opina que yo podría hacer algo que tuviera más sentido. Yo creo que confunde sentido y provecho. Los americanos están contentos, si todo va bien conseguirán un cliente con el que podrían hacerse millonarios. Todavía no pueden darme detalles, pero tú también, Rebeca, tú también. Cruzo los dedos delante de la cámara y ellos se ríen, satisfechos. Sé que me dan trabajo porque les salgo barata y no hago preguntas. Flavi se desespera con mi pobre ambición, aunque le he explicado infinidad de veces que no aspiro a más. El trabajo tiene que importarme poco o nada, Flavi, y tengo que hacerlo sin pensar. El único consejo que me dio un médico para los ataques de pánico fue: no pienses. Mentira, no era un médico, sino una enfermera. Fue después de que compartiera con ella mis miedos de madre primeriza. Una bañera llena a rebosar, el silencio en la cuna, un peluche con la cola demasiado larga. Ella me dijo: descansa el cerebro, los pensamientos intrusivos reclaman protagonismo, sienten envidia de cualquier otra cosa que te ocupe la mente. No oigas apenas nada, no pienses apenas nada. Un interruptor en mal estado,

una jeringa infectada, confundir el amoníaco con el agua. Ahora he pensado. Tengo que estar siempre alerta para no hacerlo. Tengo que ser como Gregori, el vigilante permanente. Contra mi mente.

Salgo a la azotea. No enciendo ninguna luz, la noche me apaga, tengo la piel oscura de los días de playa y la camiseta es negra, igual que las bragas. El vigilante vigilado. Tiene toda la luna en la calva y el humo le trepa por el lado inexplorado. Mientras lo espío, oigo un llanto. Gregori no se mueve. El llanto se hace fuerte. Nunca he oído llorar a Flora, pero podría ser ella. El humo crece, el llanto no se consume. Tengo miedo. Es un miedo suave, delicado. Espantoso.

4.

Nuestra casa descansa con las persianas bajadas. La enésima siesta sudorosa de este julio infernal que empieza a retirarse, todavía perezoso. Todos duermen menos yo. Bebo agua helada de pie en la cocina, los ojos en la ventana que da a la calle, llena de calor y vacía de vida. Hasta que la puerta de la casa de enfrente se abre y Camila sale con la niña. Son las tres de la tarde, ni media sombra de paz. Les grito tal como me gobiernan los pensamientos intrusivos, sin poder evitarlo. ¿Adónde vais? Gregori no puede dormir si la niña se pone a jugar. Flora mira hacia mi casa, a las ventanas de arriba, la habitación de los niños. Pasad, hace demasiado calor aquí fuera.

Las tengo dentro. Camila se maravilla. Qué casa, qué blanca, qué nueva. Flora lo toquetea todo. Nos sentamos en el sofá, la niña a nuestros pies jugando con las cosas de los míos. No me atrevo a preguntarlo, pero Camila se explica: Gregori ha pasado mala noche, mucho trabajo, un intento de robo en una nave. Lo han tenido en línea hasta bien entrada la mañana y, como es lógico, ahora necesita dormir, y Flora arma escándalo aunque sea sin querer. No he oído hablar a Flora, tampoco gritar. Quizá llorar, no lo sé. La niña me parece capaz de muchas cosas, pero no de armar escándalo. ¿Por qué no os vais a la playa? Camila niega con la cabeza. Me ha venido la regla, los riñones me están matando y no quiero estar lejos del baño. Le digo que puede usar el nuestro. Va hacia allí. La oigo quitar el envoltorio al tampón, un suspiro ahogado por el roce del plástico. Mientras tanto, me quedo a solas con Flora, que ha dejado a un lado los juguetes y tiene los ojos clavados en el techo, en la habitación de los niños. Le digo que Bru y Nit están durmiendo, pero ella niega con la cabeza, el aplomo de la certidumbre, y entonces los oigo: pasos cortos, rápidos, alegres, yendo hacia la escalera. Cuidado, tranquilos, no corráis. Gritan contentos cuando la ven: ¡Flora! ¡Ha venido Flora a jugar! Su júbilo sirve de advertencia a Flavi, que se pone un pantalón por encima de los calzoncillos y baja

perezosamente. Camila sale del lavabo y lo ve. Sonríe. Flavi no duerme de día, Flavi no es un vampiro. Qué casa tan espléndida, Flavi. Gracias, Cami. La ha llamado Cami. El calambrazo de esa familiaridad hace que me estremezca. Cami. Los niños a Flora: ¡ven, sube, que te enseñamos nuestro cuarto! Yo a Flavi: Camila tiene la regla y no podemos ir a la playa. Me miran los dos. ¿Por qué he dicho eso? ¿Me dan miedo estos dos? ¿Podría pasar algo entre estos dos? ¿Algo fácil y ligero como ellos? Flavi reacciona ágil: voy a hacer café, ¿queréis vosotras también? Las voces de los niños desde arriba, en la habitación, jugando, y yo repasando mentalmente si todos los enchufes están tapados. La cafetera arranca y aquí antes vivía una pareja de ancianos, dice Camila. Asiento con la cabeza: los señores Morell, los conocemos. Bueno, conocemos a su hija, Alexandra, fue con ella con quien negociamos la compra de la casa. Camila abre mucho los ojos, ¿de verdad? ¿Directamente con ella? Flavi llega con el café. Sí, directamente con ella. Los niños corren por el piso de arriba. Vaya, es curioso, creía que se había quedado trastocada. La miro: ¿trastocada? ¿Por qué? Las voces de los niños suenan excitadas. ¿No lo sabéis? Su padre, el señor Morell, se tiró. Sí, una noche, se tiró de la azotea a la calle, se mató. Oímos el batacazo, nos despertó.

Un golpe y

¡AAAAAY!,

un bramido desgarrador.

No de hombre mayor, sino de niño de cinco años.

¡Bru!

Flavi sube corriendo, con Camila detrás. Yo me quedo inmóvil, paralizada. Las he dejado entrar en casa, es culpa mía. Flavi baja con Bru en brazos, llorando desconsolado, Flora me ha dicho que me subiera a la litera y saltara. No digas mentiras, Bru, Flora no habla. Te lo juro, papá. Y Camila abrazando a la niña, muda, imperturbable. Cuando salimos hacia las urgencias, Gregori nos escudriña desde la ventana. El llanto de Bru lo ha despertado, algo de lo que me alegro. También es culpa suya. Tendría que ser él quien vigilara a su dichosa hija.

Al volver del hospital (es un golpe, hielo, analgésico y, por favor, que los niños no salten de tan arriba), Flavi habla por primera vez de la posibilidad de irnos de vacaciones: ya sé que dijimos que no lo haríamos, que la casa nueva nos había dejado sin blanca, pero no habíamos previsto este calorazo. Necesitamos verde, bosque, abuelos. Podríamos ir a casa de mis padres, ahorrar y de paso respirar. Se me pasan tres cosas por la cabeza. La primera: me cuesta convivir con mis suegros, tienen demasiadas reglas y mucho tiempo libre. La segunda: no soporto la idea de tener que hacer maletas después de la mudanza. La tercera es la única que digo en voz alta: no puedo hacer vacaciones, Flavi, los americanos no las hacen y me han pedido que esté disponible porque entrará mucho trabajo con ese nuevo cliente tan importante. Él replica que podría trabajar desde allí. No me hagas reír, no hay conexión. Flavi sabe que tengo razón. La casa no está en los Pirineos, sino en la Selva, justo al final de nuestra vía del tren, pero está bastante aislada. Añado que los niños aquí están bien, no necesitan más estímulos, nos tienen a nosotros y el mar. Flavi refunfuña, compra ventiladores, jura que, si esto sigue así, sacará un colchón a la azotea.

Entre Flavi y Camila me han robado la azotea. Que era, hasta ahora, el único lugar de la casa solo mío. Lo ha hecho Flavi amenazando con instalarse allí y lo ha hecho Camila llenándolo de muerte. El señor Morell suicidado. Mi refugio corrompido. Busco en vano el consuelo de las líneas. El mar es una mancha negra y la vía descansa apagada, el último tren pasó hace rato. Solo puedo seguir el contorno de la calle mal iluminada, dormida, cada casa con sus plácidos sueños. Las pesadillas me las quedo yo todas. Es una pena no poder discernir las líneas, las leo como el pentagrama de la melodía que me tranquiliza. Una sola línea se traduce en notas inconexas, disonantes, un sonido desafinado. Un lamento soterrado. Vuelvo a oírlo. Solo por un instante, un intento de llanto que muere antes de nacer. ¿Lloró el señor Morell antes de saltar? Un escalofrío cuando pienso en la línea perpendicular al suelo que dibujó su cuerpo al caer. El punto del impacto, el cráneo abierto. Me toco el vientre. La línea de arriba abajo, la línea de derecha a izquierda. Y, en el punto donde se encuentran, apoyo un dedo. Es como si

cualquier recorrido acabase aquí. Un punto muerto. Quizá por eso me aferro a la calle, al mar, a las vías, porque son líneas paralelas que no comparten ningún punto. Caminos que no se cruzan. Es de ilusos, supongo. Creer que la vida es una sola línea, sin interferencias, sin fricciones. Son las fricciones las que desvían los caminos, las que los hacen chocar. Y de ese choque sale un nuevo lugar: una encrucijada desde la que dudar. Dudo de Gregori y su humo, de Camila y sus historias, de Flora y su influencia sobre mis hijos. Es ridículo. Al fin y al cabo, son un tío fumando, una tía charlando y una niña de tres años. Su existencia no puede atormentarme. Mi tormento soy yo. La mala cabeza, el cuerpo desgarrado. Las cicatrices forman la encrucijada desde la que vacilo. Miro la calle desde arriba. Me tambaleo. El estómago revuelto, el desasosiego de las uñas en la piel, el recelo de los ojos que no acaban de ver. Creo que lo que me pasa es eso: no sé qué temo. Y el primer paso para enfrentarse al miedo es nombrarlo. Fuego, lejía, cristal. Vecino, vecina, niña. Subir, azotea, saltar.

Una tarde, empujada por una sed de entender que casi ahoga el miedo, le pregunto a Flavi si sabía lo del señor Morell. Él baja la mirada al decir estabas muy débil, Rebeca, no necesitabas oírlo. Flavi decidiendo por mí. Flavi yendo a ver la casa. Flavi afirmando que es preciosa. Flavi ocultando la muerte. Estabas débil, Rebeca, habías perdido mucha sangre. Es la primera vez en todos estos meses que hace referencia a la sangre, la mía, la suya. La nuestra. La falla se abre. Le tiro de la lengua. ¿Por qué no necesitaba oír hablar de la muerte, Flavi? ¡Estabas en la clínica, por Dios!, ya lo estabas pasando mal por los niños, ¿crees que quería verte preocupada por fantasmas? ¿Crees en los fantasmas, Flavi? De sobra sabes que no. Pues tendrías que creer en ellos, hay uno que vuela por culpa nuestra. Vamos, hombre, vamos, Re, te lo pido por favor. El diminutivo. Por cierto, ¿desde cuándo la llamas Cami? Su cara, los ojos a punto de salirse de las órbitas. ¿Cómo? ¿De qué hablas? El otro día llamaste Cami a Camila. La madre que te parió, Rebeca, se me habrá escapado, solo es una forma de hablar. Puede que Flavi también tenga pensamientos intrusivos. Lascivos, en su caso. Que le brotan de la boca sin que pueda evitarlo. No controla lo que sale de

su interior. No sería la primera vez. Le digo que me voy a la playa, yo sola, que volveré a la hora de cenar.

La luz de las siete de la tarde tendría que salvarme. Madura, cálida sin abrasar, el único rayo de verano que no mata. Ocata centellea, sus calles están hechas para esta luz. Yo querría estar hecha para esta luz. Pero el abismo es negro, hecho del vacío que me habita. Evitarlo, afrontarlo. Es difícil quitarse el salto de la cabeza. Es el grito del vacío, inflamado y palpitante. Querría ser capaz de imponerme a él, obligarlo a enmudecer o, cuando menos, aprender a convivir con él. Pero me puede la impotencia de mi cuerpo cuando se deja llevar. ¿Qué te empuja a lanzarte al vacío, dime, qué te retiene en el suelo? El desconsuelo me hunde y el paso subterráneo que desemboca en la playa acaba de enterrarme. Sobre todo porque me topo allí con Gregori. El vecino de un hombre que no frenó el salto, que obedeció al reclamo del precipicio. Y viene solo y yo estoy sola. Sin Camila, sin Flavi, sin los niños. Sin otro abismo: el de la calle entre las azoteas. El paso es estrechísimo, no pasan dos personas a la vez. Si te viene alguien de frente, tienes que pegar la espalda al estucado húmedo y dejarle pasar. Notar el aliento del otro. Soy yo quien se detiene ahora, Gregori avanza impertérrito, sin la menor intención de evitar el choque. El techo del paso tiembla con el tren cuyo silbido se cuela estridente, el fragor llena el silencio del encuentro. Me arrincono contra la pared, el cuerpo tenso, empapado de calor y malestar. La discusión con Flavi, la muerte del señor Morell, Camila convertida en Cami y ahora él. Sé que nota cómo sudo y juraría que aminora la marcha, que pasa despacio, oliendo mi miedo. Nos miramos y nos encontramos, dos líneas y una fricción. La punzada en el estómago cuando Gregori sonríe. Es una sonrisa espantosa. Una sonrisa que solo muere cuando habla. Y cuando habla dice que qué maravilla esto de bajar sola al mar, ¿no?, y que me entiende. Que la vida pesa, ¿verdad? Que los niños a veces sobran, ¿verdad? Su boca está muy cerca de la mía. El aliento a tabaco envuelve sus palabras con un velo denso, cautivador. El beso del miedo. Que disfrutes de la vida sin niños, Rebeca. Y su espalda alejándose, dejando un rastro de desgracia.

Me lanzo al agua, temblorosa. No soy capaz de recordar el último día que me zambullí. La inquietud de Nit cada vez que lo intentaba. Pero sola no es mucho mejor, estoy recluida en una bolsa de plástico. Saco la cabeza para respirar. Floto con los ojos puestos en Ocata. Las casas, la catenaria, las palmeras. La vida tendría que ser por fuerza más amable aquí que en el séptimo. En el séptimo no tenía más que asfalto alrededor. Asfalto y humo y malestar. Espera: allí fuimos felices, Flavi y yo. Cuando solo éramos dos. Sin niños, sin frenos. Sin miedo. Entonces podía salir al balcón. Recuerdo uno, dos, tres atardeceres de pasión, la frente apoyada en la barandilla, sin más temblor que el de mis nalgas. Bru podría ser hijo de ese instante. Y, sin embargo, con él nació el miedo. Creía que con Nit todo cambiaría, pero la vulnerabilidad, tal como el amor filial, se multiplica. Donde puede morir uno, pueden morir dos. Es trágico traer criaturas a un futuro cuya única certeza es la muerte. «La vida pesa y los niños a veces sobran, ¿verdad?» La madre que lo parió, no, lo único que sobra es el miedo. «Que disfrutes de la vida sin niños.» Gregori se va hacia la casa. Gregori me tiene controlada. Gregori sabe que no estoy. Gregori llama a la puerta y Flavi le abre, confiado. Es el vecino. El vecino al que no conocemos. El vecino que descuida las jardineras. El vecino que ignora a su hija cuando llora. El vecino que vio cómo un vecino se mataba. Estoy segura de ello. Era de noche, lo dijo Camila, porque el impacto los despertó. Y, si era de noche, Gregori no estaba durmiendo, sino en la azotea. Muevo el cuerpo empantanado entre las olas, incapaz de encontrar el camino hacia fuera. Hacia casa. Tengo que volver a casa. Gregori nos quiere mal. Desde cuándo confiamos en los extraños, a ver, desde cuándo. Camila también es una intrusa. Su papel: hacerse amiga de la mujer, seducir al marido, matarnos por placer. O quizá sea Flora quien los controla. Esa niña no es normal. Esa niña es malvada.

Me ahogo. Quiero que mis hijos vivan.

Nado con el corazón desbocado, me pitan los oídos, caigo de morros en la arena cuando el mar, harto de mí, me expulsa hacia la orilla. No puedo levantarme. Estoy demasiado cansada y demasiado espantada, todo a la vez, mi cuerpo no sabe hacia dónde tirar. La

parálisis del pánico. Un asesinato múltiple y yo con el bañador mal puesto, todo el culo al aire. Los adolescentes se estarán riendo de mí. Sé que me señalan, llenan la playa a esta hora, es su hora, la edad justa para no vivir asustado, todos apuntando con el dedo hacia mi cuerpo espatarrado, están matando a mi familia y ellos venga a reír, unos brazos me levantan, dos chicos, una chica, señora, ¿está bien? Me arrastran lejos del agua, tengo los pechos al aire, los pezones rebozados, todo el patetismo en la boca, escupiendo arena, luchando por respirar, se van a buscar un agua o un refresco, quizá el azúcar le venga bien, y me dejan allí tirada, un pez moribundo, jadeando a destiempo, ahogándome. Hasta que veo al animal ante mí. Un perro negro azabache y detrás una mujer grande, enorme, toda vestida de verde, una bola de algas que me coge las manos y me hace respirar.

Tienes que contar hasta tres.

Uno, coge aire, dos, suéltalo, tres, vuelve a empezar.

Uno, dos, tres. Uno, dos, tres.

Los, niños, sobran. Bru, Nit, Flavi. Flora, Camila, Gregori.

Respiro. Me disculpo. Soy el espectáculo de la debacle. La mujer verde, ejemplo de placidez, dice que no hay nada que perdonar, que a veces la vida cuesta. Es la segunda vez esta tarde que oigo decir que la vida pesa. De sobra lo sé, soy de plomo toda yo. Me levanto con esfuerzo. La mujer verde sonríe insistente: la vida cuesta, pero ten paciencia, un día el malestar se acaba. Yo solo alcanzo a escupir arena y un gracias, pero tengo que irme. Los adolescentes se toman el refresco porque ya me ven mejor. Estoy mejor. O lo estaré cuando llegue a casa. Deshago el camino empapada de pies a cabeza, hundida en tantos sentidos que ni sabría nombrarlos. Llego a la calle de la casa. La casa está entera. La puerta está abierta. La puerta está abierta. La puerta está abierta.

Dentro: todos. Esperándome. Gregori nos ha dicho que se ha cruzado contigo. Gregori con una copa en la mano. La mesa puesta. Estaba haciendo una tortilla cuando han llamado. Donde comen cuatro, comen siete. Ven, Rebeca, vamos.

Bajo la ducha, me desmorono. Los nervios, la pena. Cómo hacerlo para entender que no pensar en la muerte no es ninguna trampa.

Que no engaño a nadie en mi interior cuando prefiero la vida.

5.

Querría decir que empiezo agosto más serena. Pero seguramente lo único que pasa es que estoy chafada. La humedad salada todo lo agota, este velo de densa inacción. Solo el ansia se hace fuerte, hiedra pegada a las costillas, liana que ata los pulmones bien apretados. Hay plantas que resisten en el más umbrío de los parajes. Yo sudo cuando tengo ansiedad y aprendo a hablar solo cuando ella calla. Eso hice, callar, durante toda la cena. La cena que no fue la última, sino todo lo contrario, una especie de comienzo de vida compartida. Hemos cruzado vuestra puerta, vecinos, hemos entrado en vuestra casa. Esa noche fuimos un grupo de amigos alrededor de una mesa. Yo callaba y los oía no mortificarse voluntariamente, no querer aniquilar la felicidad por temor a que muera. Todos se portaron muy bien. Flavi, el anfitrión atento, dispuesto. Camila, la invitada dulce, de risa fácil. Gregori, más elocuente que nunca, llegó incluso a elogiar la tortilla. Flora no intentó matar a ninguno de mis hijos. Yo permanecí sentada entre todos ellos, el espasmo del llanto todavía vivo, y me odié por haber dudado de la posibilidad de esta vida, por haberme entregado, una vez más y como siempre, a la maldad que crece en mi cabeza. Maldad, basura. Después de la cena, me pasé horas barriendo.

Me sacudo la desidia bochornosa y me obligo a salir con Camila y los niños. Ando de puntillas para caminar ligera, para hablar de frivolidades mientras sostengo un café con hielo. Una mañana le pregunto a Camila si no se van a ningún sitio, ahora que ya estamos en agosto. No, Gregori no tiene vacaciones hasta el otoño, y en verano se está bien en Ocata. Es temporada alta en todas partes y todo está lleno de gente. Ella no necesita viajar, y Flora menos aún. Le explico que Flavi insiste en hacer algo. Camila me suplica que no nos vayamos antes del día trece. Tenéis que estar aquí para la Llissa, la fiesta. Se enciende de entusiasmo cuando habla de la fiesta: la cena en la playa, las hogueras, las ofrendas, los deseos. Hay un

anhelo que no oculta: las ganas de vivirla conmigo. No dice con ellos, sino conmigo. Le pregunto de qué va exactamente eso de dar y pedir. Oh, es fácil, la Llissa se come lo que le ofreces y, satisfecha, te concede un deseo. Ya lo verás, Rebeca, pronto empezarán los preparativos.

Pronto llega pronto, y las calles se llenan de carteles, el dibujo de un pez con piernas, de fogatas que salpican la playa, de la luna nueva sobre el mar. Los niños no parecen tenerlas todas consigo cuando les cuento la historia sobre un pez gigante. Los niños están extenuados. El calor no afloja ni un segundo, las noches son un suplicio, dormimos desnudos, los ventiladores de cara, y aun así nos despertamos empapados. De mala uva. Flavi insiste en el bosque, en el verde, en los abuelos. Una tarde se exaspera delante de mi enésima negativa y exclama que incluso Gregori se lo ha dicho. Reacciono brusca: ¿qué te ha dicho? Que todos tenemos mala cara, que se nos ve chafados. Sobre todo a ti. Gregori mirándome, Gregori vigilándome. ¿Desde cuándo sois amigos Gregori y tú? No es eso, mujer, simplemente somos dos vecinos que comentan el calor y la posibilidad de escapar de él. Piénsatelo, Rebeca, mis padres distraerían a los niños, ¿no quieres vacaciones de hacer de madre? Lo que quiero es hacer vacaciones del puñetero vecino guardián, pienso, pero me rindo, accedo a hablarlo con los americanos, esta noche, Flavi, sin falta. Los americanos no me dejan abrir la boca. Están emocionadísimos, han conseguido el cliente que querían. Vienen días de mucho trabajo, Rebeca. Y me explican que son los nuevos representantes de Madame Palma Sibila, experta en leer manos, la quiromántica más reputada del mercado americano, que ahora ha abierto consulta internacional.

Cuando se lo cuento a Camila, al día siguiente, que no puedo coger vacaciones por el nuevo encargo, ella quiere saber si Palma Sibila es su nombre real o artístico. Es un detalle importante: si lo tiene de nacimiento, quiere decir que puede descifrar los mensajes que esconden las manos, que es realmente una profetisa. Yo sonrío, esto de Camila y los nombres me resulta entre cómico y tierno. Ella insiste: créeme, los nombres tienen más influencia que los astros, Rebeca. Cómo te llamas hace quien eres, y *hacer* es el verbo clave.

Implica constituir, dar existencia a algo. Hay lugares en el mundo donde la antroponimia es tan importante que un recién nacido no se considera vivo hasta que recibe nombre. Bru, Nit, sin nombre. Sin nombre no eres, Rebeca. Le pregunto quién es ella. El silencio resignado antes de decir que la que espera el sacrificio.

Yo escogí los nombres de mis hijos. Bru y Nit. Lo hice cuando ya me habitaban. Hay oscuridad en ambos nombres. ¿Los he hecho oscuros porque los he vivido oscuros? Estaba lo de querer hijos con Flavi. Llegamos juntos a esa decisión siguiendo la línea recta que dibujábamos los dos. Ver crecer personas, decíamos, enseñarles el mundo. Toda la inocencia del camino llano. Porque era un camino fácil y era un camino común. Hasta la bifurcación: el embarazo, el parto. La experiencia intransferible. Las cosas que te crecen dentro mientras las haces crecer. Los niños y los miedos. Sufrí mucho insomnio primero y mucha privación de sueño después. De ahí la oscuridad, quizá, de las noches imposibles. O quizá no, quizá ya la llevara dentro, los hijos como detonante. ¿Es el miedo un exceso de conciencia? Entonces no sabía distinguir la responsabilidad de la vulnerabilidad. Aún hoy no lo tengo claro. Como tampoco sé si yo sería esta acumulación de miedos si no tuviese hijos. «A veces los niños sobran, ¿verdad?» La angustia me nació con ellos. «Que disfrutes de la vida sin niños.» Moriría si me faltaran. Pero, al mismo tiempo: yo los hice nacer. ¿Acaso he engendrado mi propia debilidad?

Me vuelco en el trabajo. Traducir textos, preparar correos y hacer envíos es una tarea mecánica. Soy un peón y los peones no piensan. El problema es que las noches se alargan. A duras penas tengo dos minutos para salir a estirar las piernas a la azotea y ver a Gregori fumando, y cuando me voy a dormir tardo en hacerlo, demasiada pantalla acumulada y la cabeza a mil por hora. Por las mañanas no sirvo para nada, resaca de sueño, y Flavi tiene que quedarse con los niños. No tarda en agobiarse y aumenta la presión para que nos vayamos de vacaciones. Mira, Re, me marcho yo con ellos. Cinco días, de lunes a viernes, no te pido más. Así tú puedes hacer lo que tengas que hacer con tranquilidad y los niños no están tan ofuscados. Es verdad, lo están. Empachados de sal, de la humedad

de la costa, hartos de esta casa nueva que se les queda pequeña, enjaulados y enrabietados todo el rato.

Sin embargo.

Nunca me he separado de ellos.

«Que disfrutes de la vida sin niños, Rebeca.»

Tengo la cabeza llena de calamidades y desgracias. Pensamientos descarados y desbocados. Un desprendimiento de tierras montaña abajo, confundir el saúco con la grosella, fiarse de la quietud de una poza de agua. Me esfuerzo por convencer a Flavi de que se queden conmigo, pero sin sexo es difícil. Lo que pasa es que él no se ha esterilizado y yo no he cambiado de opinión. Ni de miedo. Acepto cinco días. Pero ten mucho cuidado, Flavi, te lo pido por favor. Él tiene demasiada prisa por tranquilizarme y corre a anunciar a los niños que después de la Llissa cogerán un tren. ¿Y mamá? Mamá tiene que trabajar, pero enseguida estaremos juntos. Me abrazan, están contentos, están vivos. Que dure.

La Llissa llega con estrépito. Los tambores se oyen desde primera hora de la mañana, llenando las calles de expectación. Faldones con una *llissa* o mújol tejido desbordan los balcones, y de las fachadas cuelgan banderines de colores. Hasta los trenes parecen tocar el silbato con alegría cuando pasan por la estación. El alboroto acorta el descanso de Gregori y por primera vez lo veo fumar bajo el sol, su palidez chupando luz y él dale que te pego, el humo como escudo. Yo también estoy pálida, pero lo mío es cosa del presentimiento, del miedo. Los niños están alterados. Por la fiesta y por las vacaciones. Hago sus maletas con malestar. La renuncia a tenerlos cerca, controlados, no me hace más libre. Doblo camisetas y calzoncillos con un gemido ahogado entre los senos y, cuando llego al botiquín, me vengo abajo. Lloriqueo sentada en la cama, la caja de aspirinas en las manos, y Flavi se desespera. Que si no confías en mí, que si crees que no sé curarlos si se hacen daño. El problema es ese condicional, Flavi, el problema es la posibilidad. No, Rebeca, el problema eres tú y tu cabeza. Tú y tus miedos infundados. Parece que la simple idea de fatalidad te ponga cachonda, joder. Tú y tu hambre de tormento. El sufrimiento no te hace mejor que yo, lo sabes, ¿verdad? Estarán bien, conmigo siempre están bien. Encajo

esta afirmación más como un reproche dirigido a mí que como un mérito que se atribuye él, y le digo, entre sollozos, si se refiere a que con él los niños no se mueren, que él no los mata, y Flavi grita un basta y levanta el dedo y me señala: ¿quieres que hablemos de posibilidades, Rebeca? No dejaré que les niegues la posibilidad de pasarlo bien. Lloro un rato más, a solas, hundida entre la ropa de los niños, hasta que ellos me encuentran. A mamá le duele la barriga, cariños míos, y es verdad, se me concentra el dolor en el vientre que los echa de menos, quietos, recluidos, seguros. Nos tumbamos los tres en la cama mientras resuenan los timbales, el hilo musical de la peor premonición.

Más tarde, ya de noche, seguimos los timbales hasta la playa. Caminamos con Camila, Gregori y Flora, una procesión de nervios e ilusión. Sin embargo, mi angustia no tiene nada que ver con la alegría. Camila se me cuelga del brazo y dice que esta noche será mágica. Entenderás la razón por la que ese sueño te trajo hasta Ocata. Su superstición pueril me irrita y decido contarle la verdad. Más tarde, cuando la ansiedad me haya devuelto la palabra. Nos sentamos a las mesas puestas con manteles blancos. Ha venido todo el pueblo, que espera con ilusión a la sagrada Llissa. Reconozco a unos cuantos vecinos. El pescadero, la charcutera, la camarera de la plaza. También me parece ver a esa mujer corpulenta, toda vestida de verde, que me ayudó a respirar el día del ataque de pánico en la playa. Cuál es el origen de la fiesta, quiere saber Flavi, y Gregori dice que, como todas, una tradición pagana. Supongo que tiene algo que ver con los pescadores, se explica Flavi a sí mismo, y Gregori asiente, pero salta a la vista que está mintiendo. Pone cara de saber más de lo que dice. Pronto llegan las bandejas de pescado frito y las garrafas de vino. Me lleno la copa sin vergüenza y Flavi me mira extrañado. No suelo beber, pero la fiesta, la discusión. Me lanzo al vino para no sufrir. Los niños comen con apetito. Yo no, el plato repleto, y Camila exclama que la Llissa estará contenta. Tienes que darle todo lo que no quieras. Ella tampoco ha comido apenas, dice que tiene que pedir un deseo mayúsculo. Necesita que la Llissa lo escuche bien llena, satisfecha. Me pregunta si he pensado en mi propio deseo. Por supuesto, desde el día de mi cumpleaños, cuando

no pude pedirlo. Lleno la copa hasta el borde, brindo conmigo misma. Camila se ríe: ahora me pica la curiosidad, mucho, pero los deseos no se pueden compartir. Parecemos niñas de seis años, deslumbradas por la posibilidad de que una deidad se digne escucharnos. Sé perfectamente que la vida de mis hijos no depende de un trozo de tela cosido en forma de pez que viste una pandilla de adolescentes que ahora bailan al ritmo de los timbales. Mirad, ya llega la Llissa. Nit sube a mi regazo, asustada. Bru me aprieta la mano. Los cinco o seis metros de pez se pasean entre las mesas. Flavi dice que, más que un mújol, parece una serpiente. Gregori, entre burlón y solemne, afirma que de eso se trata. Yo noto el retumbar de los tambores en el corazón y no lo soporto. No entiendo por qué todo el mundo baila a ese son, es la percusión de una agresión. Flora da palmas, Camila la mira divertida. Después de vueltas y más vueltas y una interminable sucesión de aclamaciones de ¡Llissa!, ¡Llissa!, el enorme pez se acomoda a un lado y los adolescentes salen de debajo, empapados, risueños, exigiendo litros de cerveza. Ahora tenemos que llevarle las ofrendas, Rebeca.

La inercia de las primeras veces, la incertidumbre del ritual ajeno.

Seguimos a Camila con nuestros platos y vertemos las sobras en la boca del pez, diciendo «Come de mi plato y haz de mi deseo un mandato». Repito la letanía porque Camila me está mirando y porque juraría que Gregori, el humo entre los dientes, me observa. Flavi se echa a reír, incrédulo, y tira un palillo de dientes y medio tomate aplastado. Los niños, tres corruscos de pan. Mi plato bien servido de todo el pescado que no he comido. El de Camila igual que el mío. Gregori, curiosamente, ofrece un plato lleno a rebosar. Es evidente que no ha probado bocado, ¿qué se propone conseguir pasando hambre? No me he fijado en el de Flora, pero ahora la veo agachada a los pies de la Llissa, rebuscando entre las sobras y llevándose trozos masticados a la boca. Espinas, huesos de fruta, saliva. Camila la mira con arrobo y yo necesito más vino.

Han empezado a encender las hogueras. Nos sentamos en el suelo, la arena me parece húmeda o quizá soy yo la que me hago líquida. El desmayo de las piernas, la flaqueza de la voluntad. Si tuviera la consistencia de la luna, eterna, sería más fácil. Hoy está

enorme. La playa le sirve de escenario, espléndida, vivísima sobre el charol del agua. Gregori y Flavi han ido a la barra. Los niños juegan, Camila me habla. Me pregunta cómo es ser madre de dos. Se me traba la lengua cuando contesto que precioso. Que temible. Es bonito verlos crecer juntos, es infinitamente espantoso. ¿Por qué, Re? El vino habla por mí: no quiero perderlos nunca, Camila, y no sé por qué los he tenido. Ella suspira, dice que antes quería tener seis hijos, ahora no tantos. No le pregunto cuántos. No quiero hablar de hijos que están y de hijos que no están. De hijos que podrían estar. Pero ella sí que quiere hablar de eso: ¿adónde van a parar todos los niños que pierdes antes de que existan? ¿Todos los que crees que tendrás y no tienes? Camila tiene los ojos puestos en el fuego que crece, y sigue: por fuerza tiene que haber una especie de limbo con los bocetos de los hijos que has imaginado y no han llegado a ser, que has abortado cuando solo eran una idea, ¿dónde están los hijos que habías proyectado con las parejas a las que ya no quieres? ¿Dónde están los niños a los que nunca criaremos? Hay en ella una convicción que nunca he visto hasta hoy. Que no quiero ver ahora, con toda la angustia mordiéndome la barriga, dando de comer a la culpa que me alimenta. Y yo que quería explicarle la verdad de mi sueño. Ahora no se lo puedo decir: si estoy aquí es por uno de esos niños. Porque no he llegado a criarlo.

Los hombres vuelven con el vino y yo le doy con ganas. No tan deprisa, Rebeca, por dios. Me excuso diciendo que la cena estaba salada y bebo porque no sé del todo qué ha pasado. No acabo de entender lo que me ha contado Camila. Lo que nos hemos dicho. El alcohol, la angustia. El ambiente cargado de la playa me enrarece la mente. Camila me abraza y me da las gracias, por la conversación, por estar aquí hoy, por haber llegado a su vida, y me da un beso y me dice que tenemos que saltar. Juntas, la hoguera. Pedir un deseo. Digo que sí con la cabeza, incapaz de vaciar la boca de vino. Flavi, en cambio, dice que no beberá más, que mañana tiene que coger el tren muy temprano. Y se lanza a explicar cómo es la casa de sus padres allá arriba, el verde de los árboles, el bosque, los torrentes, los arroyos. Todo suena muy fuera de lugar en esta playa, pero a mí ya me viene bien. Prefiero hablar de eso antes que de los hijos no

nacidos. Prefiero hablar de lo que harán en la montaña los hijos que están vivos. ¿Dónde están los hijos vivos? Oigo a Gregori, con la boca llena de sorna, diciendo que la que sale ganando soy yo, que me quedaré sola. «Que disfrutes de la vida sin niños, Rebeca.» ¿Dónde están los niños? Un trago de vino me inunda la garganta. No puedo hablar. Escupo. Un chorro de vino y los nombres de los niños.

¡Bru! ¡Nit!

¡Bru! ¡Nit!

¡Bru! ¡Nit!

Golpes y empujones a la gente encendida por el fuego y el calor, el corazón disparado en una carrera contra el terror. El mar es tan inmenso y tan oscuro. Tres minutos o toda una vida hasta que los encuentro. Los pies en el agua, las rodillas sumergidas, Flora va delante. Me precipito hacia ellos, cojo a los míos, los araño con las uñas. Bru solloza. Mamá, no tan fuerte, que me haces daño. Nit también rompe a llorar. Que Flora quería enseñarnos la luna, ostras, mamá. Flora no se inmuta. Quieta como un pasmarote, los ojos en el reflejo lechoso del agua. Camila se le acerca con suma dulzura. Le dice al oído: Ay, mi amor, qué susto.

Alrededor de la hoguera, les doy besos para que no lloren mientras Flavi me reprocha con la mirada. No era para tanto, he dado el espectáculo. No respondo cuando dice que va a buscarme agua, que la necesito. Camila se me planta delante. Que esté tranquila, que no ha pasado nada, que total, estaban a solo un par de metros de nosotros. No puedo hablar, pero lo digo todo. Mecagoentodo, Camila, se los podría haber llevado una ola, por dios, no pesan nada, no saben nadar. Maldigo su falta de miedo, su insensatez. Maldigo, sobre todo, a su hija. Esa niña tiene intenciones que no sé nombrar. Ante mi silencio, Camila insiste: son niños que se comportan como niños. Aparto los ojos de ella, temblorosos de rabia. De nada sirve minimizar el incidente, ninguna razón me calma. Solo el fuego. Las llamas tienen una desazón que es también la mía. Camila dice algo sobre quemar los miedos. No la oigo bien, el corazón desbocado, la insistencia de los timbales, el rumor de las olas. Y la luna agitando todos los líquidos, también y sobre todo el vino y la sangre, la mezcla que me llega a la mente asustada, esa

puñetera niña podría haberlos ahogado, podría haberlos matado, y su madre no parece darse cuenta, señalando el fuego, sonriendo. Mira, Rebeca, están prendiendo fuego al pez, y yo, los ojos inundados de alcohol y lágrimas, veo un cortejo de antorchas que avanza hacia el trozo de tela lleno de restos de comida. Me parece obsceno y espantoso. Fascinante.

Me levanto con el impulso de la ira y me acerco a la hoguera. Cojo una antorcha. Al fuego con ella y que arda todo. Llega Flavi con el agua y me mira desconcertado. Ahora es él quien se asusta. ¿Quién es esta mujer desgreñada, los labios amoratados, la cara congestionada por el vino y el llanto, que se aferra a la antorcha? Soy yo, Flavi, somos yo y toda mi rabia. Él se queda inmóvil, con Bru y Nit a su lado. La pequeña gimotea. Quiero decirle que no llore, que lo hago por ella, por ambos, de verdad. Les tiro un beso y avanzo hacia el pez mientras la llama me da una sombra endemoniada. Camila avanza a mi lado. Flora y Gregori se han quedado donde estaban, cuatro ojos clavados en nuestra espalda. «Que disfrutes de la vida sin niños, Rebeca.» La única niña que no quiero en mi vida es la tuya, imbécil. Esa dichosa niña. Esa niña sin miedo. Camila me coge de la mano. Saltaremos juntas, Rebeca, así la Llissa sentirá nuestra energía explosiva, de amigas que se confiesan miedos, que comparten ilusiones. Tengo la antorcha en una mano y a Camila en la otra. Guío yo. Mando yo. De acuerdo, Camila: contamos hasta tres y saltamos.

Uno. Que se vaya el miedo.

Dos. Que llegue el coraje.

Tres. Que mueran los hijos de los demás.

El salto dura una noche entera, la mano de Camila y la mía pegadísimas, empeñadas en seguir entrelazadas bajo la imponente luna, sobre el fuego ardiente, y Camila se ríe y yo grito, de dolor, de pena, de rabia, de las tres cosas que me ahogan, y cuando aterrizamos caemos en la arena, una sobre la otra, completamente enredadas.

SERPIENTE

6.

He dormido cien días o toda una vida. Sin niños que me despierten con cosquillas y risas. No tengo niños. Sus camas están frías y Flavi me ha dejado una nota: estaremos bien, quédate tranquila. Bru ha escrito su nombre y Nit ha dibujado corazones. Quería acompañarlos a la estación, verlos subir al tren, decirles adiós desde el andén. No he oído ni medio lamento y me pregunto si se han ido sin pesar, sin querer darme un beso, un abrazo. Lo dudo y me enfado con Flavi por no haberme despertado. Qué le costaba. Qué me costará a mí estar sin ellos.

La casa de enfrente sigue dormida. Las persianas bajadas son ojos que no espían. Supongo que se quedaron a bailar en la playa. Nosotros nos marchamos justo después del salto. Los tres minutos hasta llegar a casa se me hicieron interminables. Me pesaban los pies, el corazón, la cabeza. No entendía nada de lo que había pasado. El vino, el fuego, el salto. Flavi aseó a los niños y yo los puse a dormir. Les dije que los quería, pero ni me oyeron, ya respiraban profundamente. Flavi me esperaba en la cama, desnudo del todo. El calor y las ganas de follar. Le dije que no. Joder, Re, un buen final de fiesta. No recuerdo nada más. El vino, el agotamiento. Debería tener resaca, pero lo único que queda en mi cuerpo de anoche es la arena en la piel. No sé si ducharme. Bajo al mar.

La playa es un desierto. Cadáveres de serpentinas entre las conchas. Botellas y algas. Nadie quiere dormir la mona bajo el sol. Bajo el sol, pudriéndose, los restos de la Llissa. La ropa quemada, la comida carbonizada. El cielo es demasiado azul para tanta desolación. Los escasos bañistas están en primera línea, lejos de la mierda. Yo planto la toalla y me meto en el agua. Me parece nueva, de una flamante frescura. Nado un buen rato notándome el cuerpo blando. La cabeza solo me responde cuando abro los ojos y me los lleno de sal. Busco mújoles para darles las gracias. Por qué, no lo sé.

Los mújoles no ladran, pero yo oigo ladridos debajo del agua, distorsiones opacas, el despertar de un sueño profundo. Saco la cabeza y veo a la bestia negra que nada hacia mí, ladrándome. Su dueña, la mujer corpulenta y verde, se apresura a ordenarle que se calle. Salgo del agua y el perro me sigue. La mujer me dice que no sabe qué le pasa, que la perdone. Me repasa y sus ojos la delatan: me ha reconocido. Sabe que soy la del ataque de pánico, la que reaprendió a respirar con ella. Uno, dos, tres. Bru, Nit, Flavi. Me seco el pelo con la toalla mientras le digo que no pasa nada, que el perro no me molesta. En realidad, es una perra. ¿Tiene nombre? Sí, se llama Serpiente. Caray, le digo entre risas. La mujer se excusa, cosas de mi hija, la perra era suya. Un silencio contenido mientras yo me abstengo de indagar en ese «era». Me quedo con los que están. Aunque estén lejos. Me he dejado el teléfono en casa y no sé si Flavi ha dicho algo. Me despido de la mujer que me pregunta, dulce pero inquisitiva, si ya estoy mejor. Me detengo, la miro y respondo que ahora sí, gracias. No sé ubicar la certeza que se me pega como el agua al bañador y el bañador a la piel. Desorientada, convencidísima, subo a casa.

Flavi dice que los niños ya han hecho una cabaña, que los abuelos tenían mil juguetes esperándolos, que se está fresquísimo, Rebeca, si cambias de idea coge el tren, una hora y te plantas aquí. Paso una hora durmiendo, la siesta me cose los párpados y no veo nada. Ningún sueño, ninguna pesadilla. Me despierto con hambre. Como lentejas, pollo, sandía. Todo frío de la nevera. Recojo la mesa y barro los restos de comida, ningún mújol se los comerá. Llaman a la puerta. Camila mira la escoba, me mira a mí, ¿podemos pasar? Viene con la niña, las dos ojerosas, qué mala noche hemos pasado. ¿Y eso? Oíamos el jaleo de la playa, Flora estaba inquieta, refunfuñaba entre sueños, creo que la Llissa la asustó. No le digo que anoche la niña no parecía tener miedo. Un vaso de agua fría y pasad, claro que sí. Camila me pregunta por los niños, cómo están, si los echo de menos. Contesto que por supuesto, pero que de golpe se me ha hecho evidente el peso de estos meses con ellos a todas horas. Más que meses, años. Es la primera vez que estoy sola, Camila. Qué bien, Rebeca, yo no sé si podría. Y le planta un beso en

la cabeza a Flora, que está sentada en su regazo, sorprendentemente inmóvil, a todas luces cansada. La niña me mira, lánguida. Hay un enigma en esa fatiga. Lo percibo todo y me molesta. Digo que tengo que trabajar. Podemos vernos estos días, Camila, aunque no tenga a los niños. Cuando tú quieras, Re, por supuesto.

Los americanos me encargan el primer texto de la quiromántica. Una presentación suya, Madame Palma Sibila, nacida en el barrio francés de Nueva Orleans entre vudú y fantasmas, lee las manos desde que era una niña. Líneas, relieves, protuberancias. El pasado y el futuro de una persona caben en un puño. Ahora se presenta al público internacional. Basta enviar un formulario con los datos esenciales (fecha de nacimiento, contexto familiar, dos fotos de la mano derecha, dos de la izquierda) para que Madame Palma reciba toda la energía del interesado y le lea el futuro por correo electrónico. O una parte del futuro, porque la suscripción gratuita solo incluye la explicación de un par de líneas de la mano. Si el interesado quiere más, tendrá que efectuar un pago, todo muy seguro y sencillo. Concluyo el mensaje traduciendo una promesa: «Puedes cumplir el deseo de saber qué te depara la vida, ahora está en tus manos». Reviso la elección de palabras. ¿Podría haber dicho «mitigar» en vez de «cumplir», «ansia» en vez de «deseo»? ¿O sería disfrazar el anhelo de angustia? No sé de dónde me viene la duda y me decanto por la opción que reconforta.

Terminado el trabajo, huyo de la pantalla. Extrañamente, cierta sorpresa porque me había acostumbrado, no sube humo desde la azotea de enfrente. Las jardineras añoran la ceniza, pero yo me siento igual de controlada. Abajo, en la calle, el verde teñido por el amarillo de la farola, está la mujer con la perra llamada Serpiente. Miran hacia arriba, hacia mí. Serpiente ladra, la mujer levanta el brazo. Yo también lo hago, la inercia de un saludo casual, pero esa complicidad hace que me estremezca. ¿Qué hacen aquí? ¿Por qué nunca las había visto por la calle hasta ahora? ¿Y por qué ya las he visto dos veces en lo que va de día? Vuelvo adentro, cierro las ventanas pese al calor. Me tumbo en la cama convencida de que me costará dormir, la siesta, el café, la mujer y la perra en la calle, pero

caigo al instante. No sé ni si me da tiempo de pensar en los niños, de añorar sus cuerpecitos cálidos, de desearle buenas noches a Flavi. Cierro los ojos y no vuelvo a abrirlos hasta que un ruido me molesta. El silencio anormal de la casa, sin ronquidos conyugales ni necesidades filiales, amplifica ese soniquete que no encaja. Un roce insistente, un golpeteo. En el piso de abajo. Me levanto. Ni rastro de la parálisis típica de mi cuerpo miedoso. Bajo las escaleras poseída por una insólita seguridad. En el comedor no hay nadie, tampoco en la cocina. El ruido viene de fuera, del otro lado de la puerta. Cojo la escoba porque es lo que tengo a mano. No sé exactamente qué haré con ella si abro y me topo con un intruso. La certidumbre también es intrusiva, me llega sin avisar y de golpe sé que es la perra. El roce se detiene. Al otro lado, ni rastro de Serpiente. Solo mierda, una gran mierda, todavía caliente.

7.

Me tomo un café en la plaza con Camila. Qué fuerte que un perro se haya cagado en tu puerta. Le pido que le pregunte a Gregori si ha visto algo, por favor, él que siempre está vigilando. Pero vigila interiores, Rebeca. Naves, fábricas, despachos. Camila no tiene ni idea de la doble vida de Gregori en la azotea. Que nos tiene a todos controlados, que me mira a mí tal como un día vio cómo el señor Morell caía en picado. Le digo que se lo comente de todos modos, por si acaso. Ella asiente, incapaz de llevarme la contraria. Aún tiene la cara borrada, la fatiga en las mejillas desinfladas. Cree que han cogido un resfriado, la niña y ella. La niña está en el suelo de la plaza, dibujando con tizas y mocos. Empieza a caerme mejor, tan aplacada. Quizá sean los hijos de los demás los que la alteran. Hay personas introvertidas, hay personas misántropas, y los niños al fin y al cabo son personas. Flora, sin compañía infantil, parece más centrada, más madura. Camila no debe de pensar lo mismo porque la mira con aprensión. ¿Crees que es normal que no hable? Quiero decir, tiene tres años, tendría que construir frases, conocer por lo menos doscientas palabras, lo he buscado, Rebeca. Pienso en Nit, en su cháchara, en su léxico. Pillastre, impermeable, termómetro. Me encojo de hombros y digo que cada niño sigue su camino, que tiempo al tiempo, aunque tal vez le vendría bien ir a la escuela. Aprenden por imitación, Camila. Ella asiente, pero salta a la vista que no lo tiene claro. Arruga la nariz, se pasa la mano por la frente, empapada en sudor. Le propongo bajar a la playa más tarde, pero dice que no, gracias, que si lo hacen nunca se les pasará ese dichoso resfriado.

Estoy en la playa sin tocar el agua. Busco, entre sombrillas y toallas, a la mujer verde y la perra negra. Necesito saber por qué estaban debajo de mi casa ayer, por qué se cagó la perra delante de mi puerta. Que recoja su mierda, le diré. No sé de dónde saco este ímpetu, pero me siento dispuesta a encararme con ella si vienen mal

dadas. Tal vez sea el sueño renovado, o que tengo más tiempo libre. O tal vez me pase como a Flora: cuando no tengo niños alrededor, recupero el coraje.

Mi debilidad nació con Bru. Con su corazón frenándose en cada contracción. El instante entre la vida y la muerte de un pasillo hasta el quirófano de urgencias. El corte y el frío. El castañeteo de los dientes mientras me encomendaba a todos los dioses en los que no creía. Quería su vida por encima de todo y quién sabe si, a cambio, ¡la fe del principiante!, firmé un pacto con el diablo. La enfermera contenía mi temblor, que estuviese tranquila, que el niño viviría. Tengo un historial con las enfermeras, acaban salvándome la vida. Quizá sean ellas el diablo. A esa le imploré. Haz que viva, por favor, haz que viva y a cambio yo sufriré. He sufrido cada día de su vida y he sufrido con Nit, que salió dos años más tarde por otra línea, en este caso vertical, perpendicular a la primera, tienes placenta previa, el riesgo es muy grande, no podemos reabrir la cicatriz que ya te hicimos, una hernia, una adherencia, necesitamos otra entrada. Así pues, dos líneas que se encuentran en un punto de fractura, una falla en las entrañas. Los niños nacen del abismo. Y ahora pienso que el diablo no perdona, pero quizá, como cualquier dios, aprieta sin llegar a ahogar y lo que me libera del miedo es no tener a los niños conmigo. Ojos que no ven, corazón que no siente. Y cabeza que no piensa. O puede que solo me dé por pensar gilipolleces mientras me achicharro los pies en la arena ardiente mientras voy a la busca y captura de una mujer que creo que me sigue, aunque, quién sabe, quizá solo estaba sacando al perro por mi calle y al verme me saludó porque es educada. Por qué no me creo esa posibilidad es algo que ignoro.

Más tarde, después de haber comido y dormido, otra siesta abisal, me llegan noticias del norte. Los niños no echan de menos la arena, prefieren las piedras del río, el agua está helada, no como esa sopa mediterránea. No contesto cuidado que no se rompan la cabeza. Qué bien todo, Flavi, de verdad. Salgo a tomar un café a la plaza. Camila está allí con Gregori, recién levantado. Flora hojea un cuento en el regazo de su madre. Me siento con ellos. Gregori no ha visto ningún perro, Rebeca. Él niega con la cabeza. Qué va, ni idea, de

verdad. El dominio de la negación, el plomo de la ausencia de duda. Digo que no pasa nada, que tanto da, son cosas mías sin importancia. Estábamos hablando de lo del cole, Re, de si llevar a Flora. Los ojos de Gregori me buscan. Sus pupilas tienen todo un discurso. De momento, todo lo que necesita aprender tiene que aprenderlo de nosotros, dice. La escuela corrompe la pureza, dice también. Y si la escuela corrompe y yo soy la que empuja a su hija en esa dirección, sembrando ideas putrefactas en la cabeza de su mujer, me considera la mayor instigadora de semejante degradación. No tengo ningunas ganas de discutir, se me acumula el trabajo. Los americanos me esperan, me disculpo. Flora me dice adiós. No habla, pero sabe usar las manos.

A propósito de manos, me toca traducir los primeros textos de la quiromántica. Debo reconfortar al público sediento de instrucciones vitales, pero con dudas legítimas sobre adónde va a parar su dinero, y asegurarle que no se trata de ninguna estafa, que esto de leer la palma de las manos es toda una ciencia. «Querida alma, el arte de Madame Palma es una sabiduría ancestral avalada por la investigación científica.» Y procedo a enlazar dos artículos académicos que explican cómo se ha demostrado que el dibujo de cada mano es una calcomanía del sistema nervioso del individuo y que, de hecho, las líneas de las palmas tienen un parecido de lo más evidente con las circunvoluciones del cerebro. Se imprimen durante el desarrollo del feto, son el primer tatuaje que nos desflora la piel. Nacemos marcados. «Si quieres saber todo lo que tus manos dicen de ti, completa el siguiente formulario con tus datos.» Y mucho espacio para el número de cuenta. Lo leo tres veces. Grandilocuente y contrastado: perfecto.

Cuando acabo de trabajar, salgo a la azotea. Tengo la mente ocupada por la imagen de un feto con las manos como pasas. Un feto es un feto al cabo de ocho semanas. Antes solo es un embrión. Un embrión no está marcado ni puede marcar. No tiene dedos, es una larva. Me toco las líneas que me atraviesan el abdomen, la calcomanía de mi miedo, por donde he parido a dos niños marcados. Los he marcado yo. Y ellos a mí. El cuerpo del señor Morell también debió de dejar una marca en el suelo. La grieta del impacto. La

busco, pero lo único que encuentro es una mujer verde y una Serpiente. Plantadas en la calle, mirando hacia arriba. Hacia arriba estoy yo. Me miran a mí. Mecagoentodo. La mujer no me saluda y yo tampoco a ella. Da media vuelta y yo echo a correr. No puede ser casualidad. La mujer quiere decirme algo y, si no me lo dice, la perra volverá a cagarse delante de mi puerta. Lo veo clarísimo, pese a que es un razonamiento de mierda.

Salgo a la calle justo cuando ella dobla la esquina. No mira hacia atrás y yo la sigo. A lo mejor está enamorada de mí, a lo mejor no está bien de la cabeza, a lo mejor me ve como la hija que estaba y ya no está. Si es así, no debería encararme con ella. Una loca peligrosa con el favor de una perra grande. Pero quién es y qué carajo quiere, el misterio me tensa de pies a cabeza. La mujer se dirige a la playa y yo la sigo, baja al paso subterráneo y yo detrás. Una fila india de adolescentes con bolsas cargadas de alcohol nos separa hasta que se desvían hacia la arena, el hormiguero de otra noche de verano y fiesta. La mujer no tiene ganas de juerga, avanza con la perra siguiendo la vía hacia el norte. Hacia el norte están Flavi y los niños. Flavi y los niños deben de imaginarme en casa, trabajando amuermada, la mente vacía de ambiciones, y sin embargo estoy persiguiendo a una mujer y una Serpiente hacia un lugar que desconozco, en los confines del pueblo, allí donde las casas dan paso a descampados y la arena a los escollos. La playa se desvanece, las calles también. Todo es hierro y sal. Las vías y el espigón. Las olas revientan en la orilla con determinación y la mujer avanza como ellas. La perra se vuelve hacia atrás y me mira, pero no ladra. Avanzan durante sus buenos diez, quince minutos y en ningún momento siento el impulso de parar, tampoco de llamarla. Es como si la persecución fuese la finalidad de todo esto, como si no necesitara nada más para entenderlo. No entiendo nada. Me empuja la rareza, la anomalía de mi cuerpo que obedece a algo que no soy yo, que no es mi mente. Que es la línea por la que camino a orillas del mar. Un camino que nunca había pisado, paralelo a las cosas que sé. O que sabía, porque me siento muy lejos de toda certeza previa cuando la mujer se detiene. Estamos en lo que parece una desembocadura, hedor a pescado y cloaca. La riera seca muere en

una explanada desangelada, verdín y herrumbre nacen del cemento y, en un extremo, asomado al mar, un gran escollo. Debe de medir un metro, parece cortado, un rectángulo descabezado. Un menhir moderno y, a su alrededor, un grupo de personas. Apenas hay luz, pero diría que todos van vestidos de verde. El mismo tono de verde que la mujer. La mujer y la perra ya están allí, sentadas entre ellos. No me acerco. No puedo hacerlo. Mi cuerpo se niega a dar un paso más. Supongo que es cosa de la sensatez, que se abre paso en mi conciencia, temporalmente perdida durante la carrera hasta aquí. La sensatez me dice que son una docena. No puedo encararme con la mujer por una mierda de perro. Tiene demasiados amigos, podría salir escaldada.

Estoy sedienta. Lo noto de repente, como si de pronto el cuerpo volviese a pertenecerme. La garganta se me queja después de la caminata y el bochorno. Al otro lado de las vías hay unas bombillas que bailan. Debe de ser un bar, tiene que ser un bar. Cruzo el paso subterráneo por el lado del desguace. Es lúgubre como ningún otro que haya pisado antes, la humedad tiene una presencia corpórea, me toca toda. Salgo de allí impregnada de sudor. El sendero que avanza paralelo a las vías me escupe delante de una construcción de una sola planta, toda de ladrillo, sin ninguna pretensión en la fachada. El cartel, pintado de verde, dice El Meridiano. Se oye música, un tempo cálido, un ukelele cándido. Abro la puerta anhelando el aire acondicionado. Un ventilador reparte aire caliente desde el techo. Medio puñado de mesas llenas, la barra vacía. Al otro lado, un hombre con un plato de mejillones delante.

Hola.

Hola.

Me escudriña.

Tiene los ojos pequeños, vivarachos. No, no me ha visto nunca. Le pido una cerveza y me pregunta si Estrella o Calvario. Arqueo las cejas y él sonríe. Que si quiero la buena o la mala. Me rindo y el hombre me pone una botella delante. Está helada, gotitas de condensación en la etiqueta, el dibujo de una iglesia junto al mar y las palabras: Calvaire des Marins. Lo miro interrogante: ¿el calvario de los marineros? Asiente con la cabeza mientras me asegura que es

buenísima. Ideal para quien necesita el mar para sobrevivir. No tengo la menor intención de discutir sobre cerveza de importación ni de aclarar mi relación con el mar. Bebo a morro. El primer trago es una ola en la boca. Sin embargo, no escupo la sal. Diría que me gusta. Se me debe de notar, porque el hombre sonríe, los labios finos se adelgazan, satisfechos por mi reacción. Me explica, y ahora oigo bien su voz, grave y ahumada, que la cerveza está hecha con agua del mar del Norte. No entiendo nada. Primero la música tropical, luego la cerveza nórdica. Persiguiendo a la mujer verde hasta la linde del pueblo he cruzado una especie de portal. Una dimensión paralela. Debo de tener los ojos clavados en su plato, porque el hombre me pregunta si quiero probar, si tengo hambre. No recuerdo haber comido nada hoy. Repaso la carta que me ofrece. Un papel plastificado: *Potjevleesch, carbonade, welsh, moules-frites, rollmöpse*. El enésimo interrogante en la cara, y la del hombre me responde, divertida: se nota que no eres de por aquí. Replico que hasta hace dos minutos estaba en el Maresme. Él ríe toda la ligereza que necesito. Pues ahora estás en el meridiano, mira. Miro: al otro lado de su dedo, una gruesa línea pinta el suelo de verde entre las mesas. No se acaba aquí, dice, sino que sigue hacia fuera y se adentra en el mar. Es el meridiano verde. Nace en Dunkerque y muere en Ocata. ¿Qué te parece? Que no tenía ni idea, me parece. Poca gente lo conoce, Greenwich le robó el protagonismo. Señalo la carta: ¿y esto? Comida típica de Dunkerque, viví allí una temporada. De ahí la cerveza, la comida, la ambientación. Dirijo la mirada hacia las paredes. Están vestidas con mares grises, gélidos, barcazas decadentes, gaviotas con alas de plata, los picos dibujando una sonrisa firme. Dunkerque está en el norte de Francia, ¿verdad? ¿Y esta música, entonces? Rockabilly hawaiano, sin más, porque me gusta más que ninguna otra música. Observo al hombre. Los ojos finos y los hibiscos floridos de la camisa podrían confundir, pero lo delata la piel, muy blanca. Él se me adelanta: no, no soy de allí, tengo la sangre de los primeros hombres del Maresme. Y añade que cree que me gustarán los *rollmöpse*, arenques marinados, enrollados con cebolla y pepino. Son ideales para curar la resaca, aunque no parece que sea tu caso, se te ve bien despierta. Juega con la voz. O

quizá sea yo, que la confundo con los acordes melosos que mecen la atmósfera. Le digo que estoy despierta, sí, que soy noctámbula, y él contesta que ya somos dos.

O tres. Gregori también. Y espera: la mujer y la perra. No los he olvidado, pero el calvario me enfría la cabeza. Pido otra mientras espero los arenques. Una mesa se levanta. Se despiden del hombre: Eloi, todo fantástico, como siempre, y él que muchas gracias, familia, nos vemos pronto. El ventilador le remueve el pelo, salpicado de blanco. Me descubre mirándolo y no bajo los ojos. Él tampoco. Me trae los arenques. Gracias, Eloi. De nada, mujer sin nombre. Me viene a la memoria Camila y la importancia de decirnos: sin nombre, no somos. Soy Rebeca, encantada.

Los arenques están fresquísimos. El vinagre me succiona la lengua hacia dentro, la saliva salada. Como cuatro o cinco de una sentada. Eloi me mira divertido. Le digo que son una delicia. Dice que ya veré cuando pruebe los demás platos. Da por sentado que volveré. Me gustaría preguntarle si conoce a la mujer verde, pero no se me ocurre ninguna excusa para hacerlo. Es como si me importara demasiado lo que está pasando ahora. Lo último que quiero es echarlo a perder. Me quedo con la idea, vaga pero intensa, de que a lo mejor simplemente necesitaba salir de casa. De que seguramente mi cabeza lo ha fabricado todo por aburrimiento. Ahora que no están los niños, necesito distracción. Lo más probable, lo más lógico y razonable, es que la mujer sea una vecina y punto. Una vecina que pasea a su perra por las calles del pueblo. Una vecina con una pandilla de amigos que se encuentran cada noche en la desembocadura de la riera de Teià, allí donde muere una línea verde que señala un meridiano. Todo normal, me miento, nada de extraño.

8.

¡Qué buena cara tenéis! Mis dedos acarician la última foto de Flavi y los niños. Los tres en medio del bosque, una poza de agua al fondo, sonrientes. Bru ha comido algún fruto raro y Nit ha resbalado en el río, pero nada, Re, ni dolor de tripa, ni un morado siquiera. Piensa que la niña se ha caído de morros y ella sola se ha levantado. La corriente, las piedras, el golpe. Su cabeza está bien. La mía también. Estoy tranquila. Flavi es transparente, Flavi no me oculta nada.

No le hablo de la mujer verde, ni de la excursión nocturna, ni de los arenques del Meridiano. A Camila sí le cuento lo del bar, por la tarde, cuando nos vemos en la plaza, y resulta que ella no sabía que hubiese un bar allí, y no, tampoco conocía la existencia del meridiano. Pues hay un monumento y todo, me lo ha dicho el hombre del bar. Es muy simpático. Ella me mira un instante largo, pero no dice nada. Tiene mejor cara y me cuenta que por fin han descansado, parece que el resfriado remite. Flora juega en el suelo de la plaza, descalza, con una pluma. Pluuu-maaa, la espolea Camila. La niña asiente con la cabeza, pero no dice nada. Se limita a mirar y sonreír. Lo ha hecho más en los últimos tres días que en los últimos tres meses. Las habaneras, el ataque de pánico en la playa, Bru cayéndose de la litera. La Llissa. Todos los ayeres son un antes, y después del pez la línea temporal se ha dilatado. O quizá lo único que pasa es que necesitaba alejarme de Flavi y los niños para verme sola y bien: feliz de estar aquí y ahora, de no haberme enterrado en el séptimo ni en la vida que dejé allí. A lo mejor ya podría contarle a Camila la verdad que hay detrás de la mentira sobre el sueño que me trajo a Ocata, pero hace un día tan soleado que me parece feo llenarlo de oscuridad.

Me pongo las pilas con el trabajo para los americanos. Un puñado de líneas traducidas y de mensajes de correo preparados. En los dedos, toda la prisa de una precisión que no me pertenece. O que no me pertenecía hasta ahora. Ahora no dudo, ejecuto y luego salgo

a quemar nervio a la azotea. Gregori ha vuelto. También es casualidad que no estuviese allí justamente los dos días que pasó la mujer verde. Lo miro mientras fuma y ahoga las jardineras y de golpe me ilumino: un grupo de gente, camisetas verdes, la desembocadura de la riera, el hedor a cloaca, el mar. La perra siempre presente. Son ecologistas. Puede que la mujer quisiera reclutarme, llevarme hasta el meridiano para que me uniera a ellos. Se reúnen para planear ataques contra centrales térmicas, contra fábricas, contra cualquier industria que contamine nuestra costa. Es una costa bonita. Sobre todo de noche, cuando desaparece el gentío que llena las playas de cháchara. Solo el muro indescifrable de las olas, todas las cosas que murmuran sin que alcancemos a entenderlas. No digo adiós a Gregori y salgo a caminar.

Camino hacia el norte. Hacia los niños, hacia Flavi. Hacia el Meridiano. Antes de llegar, los veo. Los ecologistas en acción. O mejor dicho: en inacción. Sentados en círculo, no se mueven ni hablan. Deben de estar practicando la resistencia pacífica. Me pregunto cuál de todos ellos es el líder, el Gandhi de la desembocadura. Intento ponerle cara, pero no distingo a ninguno. Es como si solo pudiese ver a la mujer corpulenta con la perra. El resto son maniquíes sin rostro que me resbalan por la retina. Me duele la cabeza de tanto forzar la vista. Necesito unos ojos nuevos, fáciles, bonitos.

Los encuentro detrás de la barra. Eloi los hace bailar cuando me ve, la melodía hawaiana haciéndole de eco. Digo que vuelvo por los arenques y él contesta que hoy toca mejillones. No me siento a la barra. Todas las mesas están libres y elijo una cerca de la ventana. El mar es un abismo negro detrás de la catenaria. Los ecologistas, siluetas monolíticas recortadas contra la noche. De piedra, como el monumento que rodean. Pasa un tren. Viene Eloi. Las birras, los mejillones. Se sienta conmigo. Le digo que hoy esto está tranquilo y se encoge de hombros: la gente prefiere los chiringuitos cerca del mar. Pero no se queja. Dice que el bar va tirando, que suerte tiene de los habituales. Se llena de Calvario antes de preguntarme si yo también seré una habitual. Tiene los ojos puestos en mi boca. Chupo un mejillón y digo que me gusta que no haya demasiada gente. Los

mejillones también me gustan, pero prefiero los arenques. Tienes tus rutinas, por lo que veo. Las hago sobre la marcha, aquí soy forastera. Eloi asiente, lo sabe, no me había visto antes, y eso me hace reír: ¿qué quieres decir? ¿Conoces a todo Ocata? Él también se ríe al contestar que no, por supuesto, pero si yo fuese del pueblo me conocería. Diría que somos coetáneos, Rebeca, en diciembre cumpliré los cuarenta. Alzo un puño triunfal para anunciar que le llevo la delantera, que los celebré este junio. Me mira satisfecho. ¿Lo ves, mujer? Lo sabía, conozco a la gente de mi quinta. Pero esto es un pueblo de mar, la gente viene y va, como las olas, como el tren. Le digo que yo llegué en tren, precisamente. Directa del Clot. Eloi es ágil: ¿vivías en un agujero?[1] Trago cerveza y le digo que al revés, en un séptimo, y él muerde un mejillón y dice que con un poco de suerte quizá veía el mar. Qué va, Eloi, nada más que asfalto. He bajado la barbilla. Como si estuviera en el balcón del séptimo. El subconsciente adueñándose del relato. Solo levanto la cabeza cuando Eloi habla: y mirar el asfalto hace daño, ¿verdad, Rebeca?

¿Soy yo o este hombre me ha abierto la falla?

La música enmudece por el paso de un tren. Si lo cogiera, estaría en Maçanet en una hora. Dormiría con Flavi, abrazaría a los niños. Elijo el calvario. Eloi me la trae y desvío el protagonismo de la conversación: ¿y tú por qué volviste si te habías marchado? Él dirige la mirada hacia la ventana, hacia afuera, un millar de kilómetros y dos vidas más allá. Dunkerque no tenía la luz de Ocata. Tenía el gris de las gaviotas, esas plumas plateadas, frías. Una mañana, el paraíso me pareció una naturaleza muerta. Demasiado quieto, perfecto, colocado allí para ser retratado. Aparta los ojos del cristal, los vuelve hacia mí. Tiene cara de cachorro viejo, sabia y juguetona a la vez. ¿Era una mañana de resaca? Lo pregunto para hacerle reír y para frenar este dedo mío que quiere recorrer su mejilla. Tiene unas mejillas preciosas, carnosas en su punto justo, pero lo consigo, mi dedo se queda quieto y Eloi se ríe al decir que seguramente sí que tenía resaca, que cada noche cenaba whisky y calvario. Sin embargo, pese al espesor mental lo tuve clarísimo, Rebeca. Dejé el trabajo, la ciudad y la gente que tenía allá y eché a andar, estaba

convencido de que tenía que haber un rincón que pudiera hacer mío, un lugar que pudiese reclamar como propio. No era algo retórico, quería llegar y decir: esto es mío. Y mira, ¡lo es! ¡El bar es mío! Cuando lo encontré era un antiguo hangar con licencia para servir comida, una especie de albergue marinero abandonado. Había tenido diversos propietarios, pero ninguno había prosperado. Era un lugar maldito y lo compré por cuatro perras. Más tarde, unos inversores me ofrecieron una millonada para levantar aquí un bloque de pisos, pero preferí el calvario. Flavi diría que es la decisión más tonta que ha escuchado nunca y seguramente tendría razón, pero la razón solo es una excusa para entender las cosas. Un camino fácil. Quizá no haga falta entenderlo todo de golpe siempre. Quizá podamos perdernos en los recovecos. Yo no entiendo por qué me escuece la música tórrida, pegadiza como la boca aceitosa de Eloi, sus dientes atrapando mejillones. Noto la sal en la lengua solo de mirarlo. Un calambre la recorre de arriba abajo. Me levanto de golpe. El calambre es real, un relámpago de comprensión que toma la forma de un arrebato físico que me pellizca el espinazo y me obliga a moverme. Huye, corre. Se me ha hecho tarde, gracias por los mejillones, buenas noches, Eloi, y sus ojos cuestionándome sin poder decir nada más que un débil, sentidísimo, que descanses, Rebeca.

No tengo nada de sueño. La cabeza en llamas y una pizca de hambre pese a los mejillones, o precisamente por los mejillones, quizá, firmes, carnosos, la concha abierta, las dos valvas separadas. Tengo que llegar al mar para respirar. Ningún recuerdo para los ecologistas mientras bajo por el espigón hasta la arena y me desnudo por completo, la ropa guarda mi pudor mientras me lanzo a la negrura. El agua hierve, o tal vez sea yo. Nado fingiendo que no sé qué me pasa, pero tengo cuarenta años. La inconsciencia del cuerpo es una mentira que ya no me trago. Alto y claro: tengo ganas de follar. No sé de dónde salen estas ganas, pero sí sé dónde mueren. Como las olas. En la tierra estable, ahí es donde mueren. En la tierra que conocemos. No conozco el fondo del mar, igual que desconozco la fuerza que me presiona los muslos. Hace más de un año que no deseo el sexo y ahora no me lo puedo sacar de la

cabeza. Saco la cabeza del agua y vuelvo a la tierra. Me visto todavía empapada y camino por la orilla. La playa es el paraíso de los adolescentes. Tabaco, ron y mucha prisa por quemarlo todo. Algún día Bru y Nit serán como ellos. ¿Qué haré con mis miedos cuando me quieran tener lejos? No es verdad que los bebés sean más frágiles que una personita de dieciséis años. La vida abierta, el tacto del peligro. ¿Eso también vale para mí? Después de meses de hijos, calle y playa, después de años de hijos, séptimo y asfalto, he abierto mi mundo hacia el meridiano. ¿Tendría que sentir miedo? ¿Es la inminencia del peligro y no el deseo lo que me enciende? ¿Acaso hay diferencia?

Subo a casa mojada e insatisfecha. La veo antes de llegar. Está en la acera, nerviosa, con Flora en brazos. La niña ha resbalado en la ducha, Rebeca, se ha dado un golpe en la cabeza. ¿Cuándo ha sido? Ahora mismo. Son las dos de la mañana, Camila, ¿por qué la estabas duchando a estas horas? Justo había vomitado, algo que ha comido para cenar, supongo, no lo sé, pero escucha, ¿puedes acompañarme al hospital, por favor?, Gregori tiene que trabajar. Alzo la mirada hacia la azotea. Sé que está allí, retirado, el cigarrillo todavía humeando en la mano.

El taxi nos deja en la puerta, Flora adormilada en brazos de su madre. No dejes que se duerma, espabílala. En la sala de espera, Camila llora con sordina, la nariz cargada de mocos. A mí la sal se me hace costra en la piel y recuerdo en la cabeza. Le digo que llore, pero que no se agobie, que Flora estará bien. Ella me mira. Que cómo puedo saberlo. Que soy yo la que siempre se agobia por lo que pueda pasarles a los míos. Le estrecho la mano y callo. No sé cómo explicarle lo que solo alcanzo a presentir. Dejo que hablen los médicos. La pediatra que la visita se queda tranquila. Por suerte, el golpe no ha ido a más. Que vuelvan en caso de vómitos, rigidez, amnesia. Camila la coge de la bata, un impulso ansioso insólito en ella, antes de que se vaya. La niña no habla, doctora. La médica, paciente, dice que eso ahora no tiene importancia. Desarrollo madurativo y que lo consulte con su pediatra.

Antes de salir afuera, al lado de una máquina expendedora, una enfermera muy cariñosa saluda a Camila y a la niña. Ya ves, ahora

hago el turno de noche, tengo a cuatro a punto de parir, y escucha, Camila, ¿tú cómo estás de lo tuyo? ¿Te lo has mirado más? Camila baja los ojos y niega con la cabeza. Alguien llama a la enfermera, que abraza a Camila con delicadeza. En el taxi, Flora dormida, respiración normal, le pregunto a Camila si quiere hablar de eso. De lo suyo. Ella me mira, las pupilas decididas, y me dice que no, que de lo contrario su deseo no se cumplirá. ¿Deseo? El de la Llissa, Rebeca, recuerdo muy bien qué le pedí.

1 *Clot* significa 'hoyo' o 'agujero' en catalán. (*N. de la T.*)

9.

Vuelvo a dormir en una hondonada. Pocas horas, pero todas ellas profundas. Emerjo a la superficie con un bostezo y sin ningún rastro de sueños. La fantasía me atrapa bien despierta, cuando me tumbo y la piel me tira de tan salada. Un arenque escurrido, Eloi llenándose la boca con él. Mis dedos traidores dibujan a un camarero desconocido en mi cuerpo y luego reparten corazones para Flavi y los niños montando a caballo, bailando entre espuma en la plaza del pueblo, comiendo un helado a lametazos. Qué fácil es engañar cuando el delirio es solitario.

A propósito de cosas solitarias: Camila. Tan sola pese a llevar la niña adosada. Cruzo la calle y llamo a su puerta. No lo he hecho hasta hoy, siempre es ella la que viene. Todas las cortinas corridas y mi insistencia, el puño en la madera unas cuantas veces. Hasta que una rendija de la puerta me enseña un ojo. Plano como el de un pez. Rebeca, eres tú. La afirmación, la exasperación. Buenos días, Gregori, ¿está Camila en casa? Abre un poco más la puerta, la sonrisa sesgada: todavía están durmiendo, han pasado mala noche. La tercera persona que lo exime de toda responsabilidad. Pero ¿Flora está bien? Sí, sí, está como tiene que estar. La madre que lo parió, ¿qué mierda de respuesta es esa? ¿Está bien o no lo está? Lo miro y enmudece, pero oigo todo lo que no dice. Lárgate, anda, no des por saco. Le digo que volveré a pasar. Me sonríe, estás ociosa, eh, Rebeca, cómo se nota que no tienes a tus hijos. «Que disfrutes de la vida sin niños.»

Me ocupo de mis cosas. Limpio la casa de arriba abajo. Saco el polvo, friego los cristales, barro el suelo. Barrer me tranquiliza más que ninguna otra cosa. El vaivén de la escoba, el palo entre las manos. Recoger cosas que estorban, tirarlas todas. A propósito de cosas que estorban: qué carajo nos atrae de la gente, Gregori es claramente un imbécil, qué le ve Camila, qué necesita de él, qué no tiene, cuál es el deseo que no se atreve a decir por respeto a la

Llissa, un muñeco sucio de restos de comida, espinas y fuego y ya está. Espinas y fuego, qué se nos clava y qué nos quema. Se hace difícil discernir entre la punzada y la quemazón, el dolor es igual de agudo, lacerante, penetrante, el dedo en la llaga, en la carne viva, en el abismo, qué nos atrae del abismo, por qué lo busco si lo temo, por qué deseo si ya tengo lo que quería, el hechizo de una vida plácida, los niños vivos, un deseo caduco, del ayer remoto, un deseo nuevo, el de ayer por la noche, de dónde viene y por qué, qué carajo me atrae de él, la voz, el cuerpo, el hecho de *ser*, Flavi también es, es el padre de mis hijos, es el hombre al que quiero, y sin embargo. Sin embargo. El gran estorbo, la línea roja. Espera, ahora es verde y el verde quiere decir adelante: el meridiano me invita a cruzar la frontera que había trazado, una línea continua entre la posibilidad y yo, eso es lo que nos atrae de la gente, ¡lo que nos atrae del abismo!, tiene que ser la posibilidad, lo que puede pasar, lo que puedo elegir que pase, lanzarme de cabeza, retroceder, no tanto el *qué* como el *y si*, no tanto el miedo como el deseo, eso es.

Una montaña de estorbos y yo con el palo entre las piernas.

Camila me encuentra así al asomar la cabeza por la ventana. Saldrás volando, dice, y me sonríe. Sin embargo: labios flojos, boca marchita. Aparto la escoba, abro la puerta. Me ha dicho Gregori que has venido, estamos bien, ya nos ves. Las veo, sí, Flora pegada a su madre, mirando hacia atrás, hacia su casa. Ganas de volver o de alejarse, no lo sé. Lo siento si he despertado a Gregori antes. Mentira, no lo siento en absoluto. No te preocupes, Re, es que estamos todos muy cansados. El calor, esta humedad grasienta, no acabamos de estar bien, son días extraños, supongo que algo tiene que ver el señor Morell. Esta noche he soñado que volvía a matarse. Recuerdos de una energía turbia, Rebeca. Le digo que tiene razón. Las pesadillas nos remueven y esa es terrible. No pasa cada día que ves como tu vecino de setenta años muere desangrado. ¿Flora lo vio, Cami? Dice que sí, salimos los tres disparados, el impacto nos despertó, bueno, Gregori ya estaba trabajando, pero lo oímos, el grito y el golpe. Flora me mira. Tiene los ojos llenos de todas las palabras que no sabe decir. Por suerte era pequeña, dice Camila, no

recuerda nada. Un saco de huesos resquebrajados flotando en un charco viscoso. El mutismo del trauma que no se puede explicar.

No acompaño a Camila y a la niña a la plaza, me toca trabajar. Lo hago toda la tarde, hasta que se hace de noche. Los americanos están contentos. Madame Palma también. Sigue preparando los correos como lo haces, Rebeca, funciona, la gente se suscribe, paga, quiere más. Me dedico a escribir sobre la línea de la cabeza. Empieza en la base del dedo índice, puede alargarse casi hasta la muñeca y es la encargada de manifestar la capacidad intelectual de la persona, así como la orientación de sus pensamientos. Todo esto se traduce en rasgos de la personalidad. Por ejemplo, una línea bien definida denota seguridad, mientras que si es tortuosa quiere decir lucha constante contra la indeterminación. En el correo se adjunta un par de imágenes de muestra. La primera es de una línea con pequeñas ramificaciones en su trayectoria, cadenitas y crucecillas que entorpecen el flujo de los pensamientos. Madame Palma dice que «es típica de quien tiene una enorme complejidad mental. Son personas que se afanan por encontrar la razón entre el batiburrillo de sus pensamientos y, para hacerlo, atraviesan constantes altibajos». Y en las antípodas, otro ejemplo: una línea lisa, recta y prolongada, típica de las personas inteligentes pero frías, esquemáticas y faltas de sensibilidad. Madame Palma no se molesta en quedar bien y yo la ayudo traduciendo con dureza: «Son personas que ven las cosas de un solo color. Lógicamente, eso las hace ser vanidosas, hipócritas, egoístas y manipuladoras».

Es la mención del color, pero también y sobre todo de la manipulación. Salgo a la azotea. Allí está Gregori, por supuesto. ¿De qué color verá las cosas? Todo cuanto lo rodea es opaco. Me pregunto qué piensa del verde, si conoce el meridiano. Lo veo liar un cigarrillo. Hojas secas, plantas muertas. La llama y la aspiración, una planta incineradora en los pulmones, los restos de ceniza en las jardineras desoladas. ¿Quién desea la tierra yerma? Yo deseaba la tierra cuando estaba en el séptimo. Huir del aire, lejos del abismo, estar cerca de las raíces que se aferran a la vida. El señor Morell también deseaba la tierra, pero de otra manera. Abrazarla para enterrarse en ella para siempre. No sé si lo incineraron. No sé si

esparcieron sus cenizas por la calle desde esta azotea que ahora es mía. ¿Qué vio Gregori desde la suya? Camila me ha confirmado lo que yo suponía: que esa noche estaba trabajando. Y eso quiere decir que estaba en la azotea, como ahora. El deseo está por todas partes, incluso o sobre todo en la cara de quienes esperan la muerte. En la cara de Gregori no lo veo, pero la humareda lo ahoga. Le viene de perlas, se esconde, manipula su expresión, enseña el punto justo de lo que le conviene. Para verlo de verdad tendría que cogerle la mano, obligarlo a abrir el puño y recorrer su línea de la cabeza. Sé de sobra qué encontraría: toda la frialdad en la palma, lisa y plana, fatal como la hoja de una navaja.

Cambio la línea de una cabeza calva por la línea del mar. También es lisa, pero nada fría. La calima nocturna de la noche de agosto se ceba con ella. Caminar por esa línea se parece a soñar. El paso tiene una consistencia onírica, la determinación del caminante parece delirante. Quimérica. Y, tal como un sueño, no puedo evitarla. Me atrae. O tal vez no sea cosa de la línea, sino del hombre que la habita. Antes de ir a su encuentro, me adentro en el mar. No tengo intención de hacer poesía del momento, la luna meciéndose entre las olas, sino que siento la necesidad de eliminar el escozor del sudor. Me seco de camino al Meridiano. Llego con la melena enmarañada, un revoltijo de nudos acartonados. Eloi dice que podría llevar mejillones y arenques ahí arriba. Me la toca y la corriente: una anguila eléctrica entre sus dedos y mi pelo. Lo suelta de golpe, el rubor hace que su sonrisa se vuelva líquida. Lo miro sin la menor vacilación: tendrías que probar los baños nocturnos, Eloi, son una maravilla. Chasquea la lengua: soy más de puerto que de agua. En Dunkerque trabajé como estibador. Un trabajo durísimo, un calvario.

Y me da una Calvario, helada y buenísima. Me siento a la mesa de la ventana. Podría acostumbrarme a esta vida. La cerveza francesa, la melodía indolente, los arenques de Eloi. Me los como con los ojos puestos en el otro lado de la vía. Aún hay bastante gente caminando, en verano se vive de noche, pero nadie parece hacerles caso a los ecologistas, que siguen en un círculo impertérrito, y la perra en medio, tumbada. Una serpiente en reposo. Cuando Eloi me trae la segunda cerveza, le pregunto dónde se reúne esa gente

durante el invierno. No sabe de quién estoy hablando. De ellos, los ecologistas. Sigue la dirección de mi dedo y frunce el ceño: ¿te parecen ecologistas? Esperaba que me confirmara que lo son, pero su pregunta rezuma incredulidad. A ver, Eloi: la camiseta verde, el animal, sentados en la desembocadura. Creo que están preparando alguna protesta contra la mierda que vertemos en el mar. Él niega esa posibilidad. Hace tiempo que los observo, nunca han hecho nada de eso. ¿Y qué hacen, entonces? ¿Se sientan ahí y punto? Eloi dice que sí, que desde hace un año y unos pocos meses. Al principio eran pocos, tres o cuatro. Se sentaban de vez en cuando al lado del monumento. Luego el grupo fue en aumento y la frecuencia de las reuniones también, venían cada noche. Una tarde que cerré el bar antes de lo normal me acerqué a ellos y vi que todos llevaban camisetas verdes. Y fue entonces cuando empecé a sospechar. Una chispa de misterio le incendia las pupilas. Qué guapo es, mecagoentodo. ¿Qué sospechas, Eloi? Que son meridianistas. Al ver el gesto interrogante en mi cara, se apresura a explicarse: que creen en el meridiano verde, vaya. Mira, cuando vivía en Dunkerque escuché infinidad de leyendas al respecto. Todas llegan a la misma conclusión: el meridiano tiene un significado oculto, esotérico. Es una línea mágica.

Miro la línea verde pintada en el suelo del bar. Pasa justo por debajo de la mesa en la que ahora estamos. Noto un calambrazo que ya conozco. Lo he sentido antes. Ayer mismo, sin ir más lejos. Me digo que será la Calvario, que me ha subido a la cabeza, pero seguramente es la presencia de Eloi, que me ha instalado un deseo en el cuerpo que no sabría nombrar. Como enmudezco, él sigue hablando. El meridiano es una especie de eje sagrado, Rebeca, los creyentes dicen que en todo su recorrido hay muchas estructuras sagradas, crómlech, ruinas de templos, iglesias… todo ello alineado con el meridiano mucho antes de que el concepto de meridiano existiera como tal. ¿Y sabes qué?

Eloi se me acerca. Toda la sal de su aliento.

¿Qué, Eloi?

Un secreto entre él y yo.

Que tienen razón. Que esas iglesias y lugares están ahí, a lo largo del camino. Yo lo recorrí de principio a fin. A ratos a pie, a ratos en coche o en camión, según quién le hiciera caso a mi pulgar. No me juzgues, tenía veinticinco años y me podía el romanticismo. Quería seguir la línea que unía origen y destino, dotar de simbolismo mi regreso a casa. ¿Y qué podía ser más simbólico que deshacer el meridiano? Eché a andar en línea recta, sin dar ningún rodeo. Me dejó justo donde estoy ahora. El antiguo hangar, el edificio maldito construido sobre la línea mágica. ¿Notaste esa energía, Eloi? Querría hacerle la pregunta en presente, saber si, aquí y ahora, él también siente lo que siento yo. Una chispa como un pellizco, una corriente eléctrica como una descarga. Tengo que dejar de beber. Eloi se ríe. Noté muchas llagas en los pies, unos cuantos estafadores, un poco de hambre y alguna anécdota extraña. Lo detengo en ese punto: ¿qué quiere decir extraña, Eloi?

Lo llaman. Se levanta, va a cobrar a una mesa, la última que quedaba, estamos solos, ahora sí, nos sirve dos Calvario, no quiere que deje de beber, vuelve a sentarse frente a mí.

Entonces abre la boca y su voz, oscura y feral, un río que baja impetuoso o una gruta profunda, me arrastra consigo:

Fue en un pueblo minúsculo de los Pirineos franceses. Era la última noche de abril, lo recuerdo muy bien porque parecía que el frío remitía por fin. De hecho, estaba contento porque podría dormir al raso por primera vez en todo el viaje. Más que al raso, en una cueva. Había muchas en los bosques que rodeaban el pueblo. Peñas y peñascos que formaban grutas. Improvisé una cena de pan con queso y vino, todo muy francés, y me quedé embelesado mirando el cielo. Me apetecía un porro. Lo necesitaba con todas mis fuerzas en ese preciso instante, pero estaba solo y no tenía con qué hacerlo. Después de un rato cavilando sobre mis cosas, bien entrada ya la noche, oí un ruido de motor. Me extrañó porque, aunque había un camino que pasaba por allí, era demasiado estrecho y antipático. El coche era pequeño y estaba hecho polvo, rayado, el guardabarros todo abollado. Conducía sin luces hacia fuera, pero llevaba encendida la de dentro. Mi cabeza decidió que era algo normal: seguramente tenía los faros aplastados, era una carraca

destartalada, y la luz de dentro era necesaria porque se estaban *liando* un peta. Yo me moría por fumar, estaba obsesionado, como puedes ver. El coche circulaba muy despacio, el camino y la oscuridad, y pude verlos bien. Eran tres. Dos chicos delante y una chica detrás. Debían de tener mi edad. Ellos no me vieron, estaba completamente a oscuras. Pasaron de largo, y con ellos murió mi posibilidad de fumar. Intenté dormir, pero al cabo de poco tiempo, un cuarto de hora a lo sumo, el coche volvió a pasar. Todo igual, pero no exactamente. Quiero decir: la misma parsimonia, los faros apagados, la luz de dentro encendida… pero sin la chica. Solo volvieron los chicos.

Joder.

Exacto, joder. Me cogió algo, Rebeca, no paraba de pensar dónde estaría la chica, qué le habían hecho. No había ninguna casa por allí cerca, y tampoco había visto tiendas de campaña ni otros excursionistas, pese a que me había pasado la tarde recorriendo esos caminos.

¿Y qué hiciste?

Cogí la linterna y el cuchillo de cortar queso y enfilé el camino que había seguido el coche. ¿Sabes cuando algo te chirría? Necesitaba entenderlo, supongo, y por eso me puse en marcha. Hasta que llegué a un claro. Era un callejón sin salida, allí se acababa el sendero. Las marcas en el suelo indicaban que el coche había dado media vuelta. Supuse que habían dejado a la chica allí.

¿Y la encontraste?

Qué va. Di unas cuantas vueltas, me adentré en el bosque, grité unos cuantos «¿hay alguien?», me asusté con mi propia voz y volví sobre mis pasos.

Me oigo razonar en voz alta. Algo como que quizá la chica iba acostada en el coche cuando volvieron a pasar. Se había mareado, se había tumbado.

Espera, Rebeca, que no he acabado.

Ay.

Exacto, ay.

Bebemos los dos. La cerveza me baila violenta en el estómago.

Volví a la cueva, entre confuso y compungido, y ¿sabes qué encontré sobre mi saco de dormir?

Sabe que no lo sé, y me regala una pausa dramática.

Un porro. Bien liado, a punto, preparado.

No puede ser.

Te lo juro, Rebeca. No sabía qué carajo hacer, pero necesitaba tranquilizarme. Tenía los nervios a flor de piel.

¡Tenías miedo! ¡Por supuesto que tenías miedo! ¿Cómo no ibas a tenerlo?

No, no era miedo, no exactamente, o todavía no. Estaba más nervioso que espantado. Me lo fumé entero y me tumbé. Dormí hasta el alba, al abrigo de la cueva. Cuando me desperté sí que sentí miedo. Llegó de pronto, como un viento inesperado. Tal vez fuera la resaca y punto, pero estaba acojonado vivo. Hice la mochila a toda prisa y entonces lo vi.

¿El qué?

Un vestido, unas bragas, unas medias. Era la ropa que llevaba la chica, estoy seguro. Tendida, perfectamente colocada, sobre el techo de la cueva.

¡La madre que te parió, Eloi!

Alguien la dejó allí mientras yo dormía abajo, Rebeca. No sé qué pasó esa noche, pero se me pone la carne de gallina cada vez que lo recuerdo.

Me enseña el brazo, y se lo toco. Los pelos como escarpias. Mis dedos acariciándolo. Sus ojos en los míos. No retira el brazo ni la mirada mientras me dice que espere, que aún no ha acabado.

¿Sabes de qué color era el vestido?

Sabe que lo sé. No sé por qué, pero lo sé.

¿Verde?

Verde.

El meridiano.

Retira el brazo, ahora sí, y ya lo echo de menos. La chispa que sentía hace unos minutos se ha convertido en un ardor que me sacude por dentro. Me froto las piernas con un ansia creciente. A mis pies, la línea que señala el meridiano me parece más verde que hace un rato. Una hiedra, una liana que se aferra a todo lo que

encuentra a su paso. Que no me arrastre consigo, por favor. Necesito un puntal firme al que agarrarme, pero Eloi gesticula liberado de mi peso y prosigue:

Siempre me ha hecho gracia una leyenda que dice que el meridiano de al lado, el de Greenwich, es en realidad el de una bruja verde, Green*witch*, pero que nadie lo llama por su verdadero nombre para no invocarla, y me digo que quién sabe si aquella noche la bruja se desvió un poco hacia el este y vino a darme lo que tanto anhelaba. El porro y todo lo demás. Porque desde ese día todo me vino rodado, el camino y la vida. Enseguida encontré lo que me faltaba. Y, desde entonces, adoro a las brujas.

Mierda.

Eso sí que no. Hablar de brujas no.

El estómago revuelto, el ansia en la garganta, los ojos en la boca de Eloi diciendo bruja.

Oigo la música de golpe, como si hubiese enmudecido durante todo el rato que él ha estado hablando. Puede que el meridiano la haya silenciado mientras hablábamos de él y que ahora, con la mención de bruja, vuelva con fuerza. Me molesta. Miro hacia fuera. Los ecologistas que tal vez no lo sean ahí siguen, impertérritos. Apuro la cerveza en silencio. Eloi esperaba otra reacción. Me mira, pero sigo callada. Brujas, no.

Mira, Rebeca, yo no sé si es cosa de la energía, pero este meridiano me ha cambiado la vida. Quiero decir: la experiencia en Dunkerque, el bar aquí. Son lo que me ha hecho ser quien soy ahora.

Quién es ahora. El hombre que me cuenta historias de miedo protagonizadas por una bruja. El hombre que, pese a ser un perfecto desconocido, abre la grieta de mi falla. El hombre que intuyo que no huiría si supiese que a mí un día me acusaron de ser bruja. Juego con los dedos, los empujo bajo la camiseta, me busco las cicatrices, las líneas que trazan un mapa que solo yo sé leer. Podría enseñárselo, quitarme la ropa y decir: sigue el camino y encuéntrame. Sus dedos recorriendo el braille de la piel que también cuenta una historia de miedo. Protagonizada por una bruja.

No puedo hacerlo. No aquí y ahora. Por eso omito a la bruja y digo que una de las mujeres de ese grupo verde, ecologistas o meridianistas, ya no lo sé, me sigue. O eso me parece, rectifico. Le explico que la conocí un día de desesperación en la playa. Eloi me escucha atento. Le comento a medias el ataque de pánico. Es algo que me pasa o me pasaba, no lo tengo claro. Todos tenemos mierdas, Rebeca. Desde luego, mierdas grandes y calientes. Como las que deja la perra delante de mi puerta. Sabe dónde vivo, Eloi. ¿Dónde vives, Rebeca? En la calle de arriba de la estación, cerca de la placita, en una casa blanca. Eloi dice que todas las casas son blancas. Allí vivía una pareja, los Morell. Arquea las cejas, sabe de quién hablo. Hostia, conozco a su hija, trabajaba como enfermera aquí en el pueblo, y de hecho, ¡qué fuerte!, la he visto alguna vez con esa gente, con los meridianistas. Ahora soy yo la que se sorprende: ¿cómo? ¿Alexandra? Sí, la misma, ¿la conoces? Asiento con la cabeza, la falla abierta de par en par, Eloi caminando de puntillas por el precipicio. A mis pies, el meridiano tira de mí. Si me caigo, me lo llevo conmigo. ¿Otra birra, Rebeca? ¿Qué hora es, Eloi? Mira por la ventana y dice que medianoche. ¿Cómo lo sabes? Por toda respuesta, él señala hacia fuera. Los verdes se han levantado, forman el círculo de pie, todos cogidos de la mano. Como si temiera que nos oyesen, Eloi baja la voz y dice que todos los días a medianoche hacen eso y luego se van. Creo que debe de ser una especie de plegaria. No hacen daño a nadie, supongo.

A menudo el daño no se ve, sin embargo. Crece sordo, imperceptible. Es como la energía, la corriente latente que nos sacude sin que seamos conscientes de ello. Los meridianistas reunidos en círculo juegan a pasarse la corriente de unos a otros. Lo sé porque la percibo toda, tal como percibo el meridiano. No es la cerveza, no es Eloi. Es algo que no puedo explicar, solo sentir. Hace tan solo tres días no la sentía. Setenta y dos horas atrás ignoraba que existiese un meridiano, un bar, un hombre que me cuenta historias. Desconocía la corriente que ahora me arrastra consigo. Pienso todo esto con los ojos puestos en el ritual. Digo ritual porque ya no creo que sean ecologistas. Dura un minuto. El minuto que

celebra la derrota de un día. Una vez que está muerto, deshacen el círculo y se marchan. Todos juntos. Incluidas la mujer y la perra.

La puerta del bar se abre de golpe. No, no son ellos. Unos habituales conocidos de Eloi. Hola, tío, venimos a por la última. Eloi me mira. El disgusto de tener trabajo y no poder estar por mí. Se pone detrás de la barra y yo me fundo con la noche.

10.

Camila me escucha con la sorpresa estampada en la cara. Pero ¿existe de veras esa secta del meridiano? Es ella, no yo, quien emplea esa palabra. Le digo que son teorías del hombre del bar. No sabe que se llama Eloi. El nombre lo guardo para mí, los deseos no se dicen. Los he visto levantarse, Camila, cogerse de las manos y rezar a quién sabe qué. Podrían ser actores, Re. Sí, claro, alguien se gasta una millonada para hacer una performance cada noche. Camila se ríe. Me reconforta verla contenta. Sin embargo, no es la risa cristalina de cuando la conocí. Arrastra una pesadez que la ancla al malestar. Enseguida aprieta los labios, dos líneas marchitas. Flora está a sus pies, quejumbrosa. No sé qué tiene, Re, todo el santo día con el lamento en la boca. Si por lo menos hablara, si supiera decirme el qué. Pero nunca es hambre, ni sed, ni nada que yo pueda solucionar. Me está costando, no sé qué más hacer, Flora no quiere ir a la playa, se ha cansado, y a mí los días se me hacen eternos. Le digo que es normal, cosa del verano con niños. Y, dejándome llevar por un impulso que no intento justificar, es de día pero aún noto la chispa, le propongo ir a ver el meridiano. Ya que no lo conoces, te lo puedo enseñar. Una pequeña excursión, venga.

Camila pasa por casa para coger el cochecito. Sale con Gregori, que me sonríe con una alegría desconocida para mí. Genuina, me parece. Le pregunto si también viene, más por cortesía que por ganas, y me mira divertido. No, gracias, eso es cosa de mujeres. Lo miro con gesto interrogante, no sé qué tiene de femenino ir a ver el meridiano. De amigas, quiero decir, tú ya me entiendes. Cincuenta metros más tarde, como amiga que soy de Camila, le pregunto cómo están las cosas entre Gregori y ella. Un tren pasa veloz a nuestro lado y Camila se ve obligada a gritar para decir que tienen una vida muy plácida. No necesitamos mucho más, la verdad. Empuja el cochecito en el que Flora se ha adormilado. Hace unas semanas era un torbellino imparable y ahora está hecha un guiñapo. ¿No te

sientes sola criando? Ella no contesta enseguida, pero cuando lo hace dice que Gregori quiere mucho a la niña. Flora fue muy buscada, por los dos. Siempre decimos que nos hizo florecer como pareja, de ahí su nombre. Pienso en las jardineras de la azotea, secas. En su padre regándolas con ceniza. Hay tantas cosas que no encajan.

Camila contraataca: me ve muy bien, muy serena, desde que no están los niños ni Flavi. Es como si Gregori me hablara en tono socarrón a través de ella: que disfrutes de la vida sin niños. Digo que es porque duermo bien. Ella replica que voy cada noche al Meridiano, mucho no debes de dormir. He sufrido insomnio durante muchos años, Camila, los niños me han destrozado el sueño y el trabajo ha acabado de rematarlo. Desde hace cinco noches, duermo mejor que nunca, puedo hacer largas siestas. Tengo el cerebro descansado y eso se nota. ¿Y el hombre del bar? El hombre del bar es un tipo simpático que sabe hacer lo que tiene que hacer para mantener contenta a su clientela. Míralo, ahí está. El bar, no el hombre. Le enseño a Camila el edificio del Meridiano, ahora cerrado. Es la primera vez que llego hasta allí con la luz del día, y es bastante peor que de noche. Un edificio tosco en un entorno inhóspito. Descampados, una gasolinera desierta, coches desguazados, cobertizos abandonados. La carretera, las vías, los senderos. Cañizales resecos, plásticos quemados, hierro oxidado. Y, por todas partes, el olor a cloaca. O a gato muerto, dice Camila, o a muerto a secas. ¿Y dices que aquí viene a sentarse un grupo de gente todas las noches? Tiene los ojos puestos en los bancos vueltos hacia el mar sucio de fango y algas. Le digo que sí, que aquí mismo, al lado del monumento. ¿El monumento es esta piedra? Y la línea del suelo, también, una hilera de baldosas cubiertas de arena que señala el último tramo del meridiano antes de precipitarse en el mar. Camila no disimula su decepción, salta a la vista que esperaba mucho más. Se sienta en el banco, entre incómoda y desencantada. Yo la sigo, o lo intento.

Porque me muerde. El banco. Una dentellada en el culo y ahogo un grito como puedo, transformándolo en suspiro. Camila cree que es por ella, que me estoy quejando, y se apresura a decir gracias por

traerme aquí, Rebeca, de verdad. Yo me abstengo de comentar que este aquí me parece un animal salvaje, ahora mismo, y me toco la nalga dolorida por algo que no se ve. Ningún insecto, ninguna piedrecilla puntiaguda, ningún cristal de botella hecha añicos por un borracho. Tiene que ser el lugar, tiene que ser el meridiano. Ayer por la noche lo notaba enredándome las piernas, ahora me he sentado encima de él y me ha clavado unos colmillos invisibles. No le digo nada de todo esto a Camila, que se ha quedado inmóvil, mirando a Flora, que sigue durmiendo.

Por lo menos mientras descansa no se queja, le digo a Camila cuando consigo sentarme ilesa. Ella asiente, desanimada. Dice que tengo razón, pero que le cuesta aceptarlo. Le cuesta no querer lo bastante a su hija. La quieres, Cami, de eso no hay duda, pero tenemos que poder decir que los hijos son nuestra debilidad. Nuestro sufrimiento. Y el sufrimiento nos vuelve débiles, vulnerables. Yo estoy aprendiendo. ¿El qué, Re? A vivir sin ellos. O espera, mejor dicho: a verlos vivos sin mí. Camila me mira dolida. Mi seguridad frente a su preocupación es una bofetada. Le estrecho la mano, tan blanda que parece de mentira, y le prometo que Flora está bien, es una niña lista, despierta. Camila dice que sí, que antes era así, pero que ya no. Desplaza los ojos desde la niña hasta la línea del meridiano y fija allí la mirada. Tengo una sensación rara, Re. Es otra de las cosas que me cuesta decir. Pero ahora quiero intentarlo: es como si hubiese una rendición en la forma de estar en el mundo de Flora. Todo es nuevo para ella, pero nada parece interesarle. A los tres años, cualquier cosa puede ser una fiesta. Una atracción de feria, un helado, volar una cometa por la playa. Pero Flora no celebra nada de eso. Es como si no deseara nada. De la vida, de la gente. Es como si entendiera que estamos aquí de paso. A veces me pregunto si una niña de tres años puede querer dejar de vivir pese a no saber que algún día morirá.

Camila no ha despegado los ojos del meridiano. Ha hablado sin alzar la vista y sin dudar. La certeza de la extrañeza haciéndose fuerte en la lengua, la ausencia de titubeo, la voz determinada, un soliloquio ventrílocuo, como si no fuese ella, absorta, distante. Lo único que la mantiene anclada al lugar en el que estamos es la

mirada fija, hechizada. Hipnotizada por la línea. Chasqueo los dedos delante de ella y reacciona, levanta la vista, y justo entonces Flora también se despierta, bosteza. Camila me mira como si llevara mucho tiempo sin verme. Perdona, dice, no me hagas caso. Todo esto que te he dicho es culpa del verano, que me deja chafada. Necesito que las semanas pasen deprisa. Un poco de frío, un poco de otoño. Ya no recordaremos la Llissa y vendrá la Noche Encendida. Le digo que no sé qué es eso de la Noche Encendida y Camila recupera cierta ilusión. Me explica que es una fiesta que hacemos en la playa, todo Ocata envuelto en humo, cirios e incienso, la noche del 31 de octubre hasta la madrugada del uno de noviembre.

Tengo que ahogar otro grito.

Esta vez no es por ninguna dentellada. Es por Camila, por la fecha que ha mencionado. La repito en voz alta, como si la dijera por primera vez, dándome cuenta de lo que quiere decir. Camila dice que sí, que la Noche Encendida es una especie de Halloween, si quieres, Re, porque nos disfrazamos de fantasmas, de demonios. Hace una pausa, me coge la mano. Ya no es blanda, tiene una fuerza renovada: ¡podríamos disfrazarnos de brujas, tú y yo!

Y entonces pasa.

Flora me mira y abre la boca:

Buuu-ja.

Camila da un respingo. Ha hablado, Rebeca, ¡ha hablado! Se abalanza sobre su hija, la besuquea, la celebra toda. Muy bien, mi niña, bruja, claro que sí, bruuuu-jaaa. Está tan contenta que es incapaz de ver mi espanto. Ese sudor frío que no sabría explicar. O quizá sí: el terror de comprobar que la primera palabra de esa niña no es mamá, sino bruja. Y que me la ha dicho a mí.

11.

Camila hace todo el camino de vuelta hiperventilando, emocionada. ¡Flora ha hablado, Rebeca!, y no solo eso, sino que ha dicho una palabra con sentido, la hemos entendido. Demasiado bien, Camila, demasiado bien. La niña no vuelve a abrir la boca, pero por su madre no hace falta: es una proeza fenomenal. Ahora se lo contaremos a papá, ya verás qué contento se pondrá. Por alguna razón que se me escapa, creo que así será. A Gregori le gustará. La palabra, mucho, pero sobre todo la destinataria.

Ya en casa, tengo que tumbarme en el sofá. Estoy empapada, sudor y una angustia enorme como una tenia en las tripas, que se me encogen todas. No es miedo, tampoco pánico. Es un tirachinas con la goma bien tensada y una piedra a punto de salir disparada. Desde dónde me golpeará, quién la disparará. Hacía tiempo que no sentía esta inquietud, la evidencia de la derrota, la fatalidad de un reloj moviéndose, anfetamínico, hacia atrás.

Envío un mensaje a los americanos. Me disculpo, tengo una migraña terrible, hoy no podré trabajar. Recibo un mensaje de Flavi: nos vemos mañana, los niños se mueren de ganas y yo también. Los americanos me contestan: *no problem*. Yo a Flavi: de acuerdo. Los hijos se acercan, la inquietud vuelve. Tiene que haber alguna relación.

No soporto alargar este instante. Siento que me debilita, que me arrastra a otro regreso que temo, tal vez el que más: el de la mujer que ya no soy. Me sacudo la tribulación bajo la ducha. A mi cuerpo ya no le sienta bien sentirse frágil. Me lo enjabono a conciencia, frotándome con fuerza, también las cicatrices, sobre todo las cicatrices, tensándolas con los dedos, ¿es culpa o perdón?, no es nada de eso, sino aceptación. Sin embargo, para aceptar lo que quiera que sea, incluso el misterio, ¡sobre todo el misterio!, tengo que enfrentarme a él. Confrontarlo. Me seco, un vestido limpio, rojo inflamado, cojo las cosas y salgo.

Recorro la línea del mar por tercera vez en lo que va de día. La primera, con el anhelo de compartirla con Camila. La segunda, con el temor de la palabra bruja señalándome desde la boca de una niña pequeña. La tercera, con la urgencia de entender qué carajo me está pasando. Quizá por eso la piso con una rabia indisimulada. Más que rabia es exasperación. Qué quiere de mí, qué quiere de mí, qué quiere de mí. Es evidente que me reclama. Me seduce con una lengua que no entiendo, me pierdo en la traducción imposible y, cuando me doy cuenta, ya es demasiado tarde: la tengo amarrada a los pies, me tira como si fuese un perro siguiendo las órdenes de un amo poderoso. Corro como una perra rabiosa.

Llego al Meridiano en un periquete, mucho antes de lo normal. No sé si puedo hablar de normalidad, solo hace cuatro noches que lo frecuento. Cuánto cabe en cuatro noches. Eloi me recibe con un platazo de arenques e ilusión a raudales, la cara resplandeciente de sudor, de grasa, de deseo. Sé que lo siente, y que percibe mi propio deseo. No te esperaba tan pronto, Rebeca. Pero sí que me esperaba. Me amorro al Calvario y voy al grano: cuéntame más cosas del meridiano. ¿Qué clase de cosas? Yo qué sé, Eloi, la energía que desprende, la magia del lugar, teorías, leyendas, cualquier chorrada que me ayude a entender. ¿A entender el qué? Oye, guapa, ¿estás bien?

Freno. Me ha dicho preciosa. Un cachorro viejo, precioso y manso encuentra preciosa a la perra rabiosa. Madre mía, Eloi, gracias. Por esperarme, por saber mirarme, por los arenques y por tus camisas floreadas, tan alejadas de las jardineras yermas de ese puñetero Gregori. Respiro. La ligereza de los acordes hawaianos acaba de aplacar el hervor de mi sangre. Me paso las manos por la cara, por el pelo desgreñado, acartonado de sal y calor, me lo recojo en una cola alta, el aire del ventilador en la nuca.

Ay, Eloi, que estoy perdiendo el norte…

¿Y qué tienes en el norte?

A los niños, a Flavi. Y me callo.

Si te sirve de consuelo, yo lo perdí cuando me fui de Dunkerque. Volví al sur descarriado, sin saber muy bien qué hacer. Quiero decir: sí, había hecho todo el camino, aunque estaba perdidísimo. Pero

encontraste el meridiano y de pronto te orientaste, ¿verdad? Sí, encontré el meridiano con El Meridiano. De eso se trata, ¿no? El meridiano divide el espacio-tiempo, AM y PM, antemeridiano, posmeridiano, lo que pasa antes de él y lo que pasa después.

Lo escucho atenta y asiento en silencio. Eloi pone palabras a lo que yo presentía pero no sabía. Eso es: siento el antes y el después, pese a saberme en el punto inconcreto y huidizo entre lo uno y lo otro. Como si me leyera la mente, Eloi me dice que, en su caso, el meridiano supuso un punto de inflexión vital, pero que eso solo lo supo más tarde. En aquel momento compré el bar solo porque valía cuatro duros y necesitaba una razón para quedarme. Sinceramente, no tenía nada claro que fuera a funcionar. Ya te lo he dicho, los negocios anteriores no salieron a flote. Las malas lenguas decían que este lugar estaba maldito. En cierto sentido tenían razón: no es un lugar fácil. Le pregunto por qué y él baja la voz. Es un Eloi casi circunspecto, la voz como una hondonada envuelta en niebla: a pocos metros del meridiano, no sé si te has fijado nunca, hay un puente que cruza la vía y la carretera. Asiento con la cabeza, digo que lo he visto de lejos, pero que nunca he estado cerca. Ni falta que te hace, créeme: es un punto negro, ese puente, un lugar neurálgico para los suicidas de la comarca. Lo eligen porque es fácil llegar hasta allí, pero al mismo tiempo está bastante alejado de todo. Íntimo y sórdido a la vez. He oído pasar unas cuantas sirenas, desde que tengo el bar. Recuerdo, hará uno o dos años, el caso de una joven. Un escalofrío en la espalda, el reclamo del vacío, el señor Morell en la cornisa de mi azotea. Eloi añade que, entre el puente y la necrópolis, puede que sí exista esa supuesta maldición. Aparto los oídos de su hondonada y los ojos del plato de arenques. Me lo quedo mirando. ¿La necrópolis? Él se encoge de hombros. Pensaba que te lo había dicho ayer. ¿Recuerdas que te expliqué que el meridiano es una especie de eje sagrado porque en todo su recorrido hay ruinas de templos, crómlech, iglesias? Pues ahí tienes otra prueba: había una necrópolis muy cerca de aquí, en los terrenos que ahora son descampados. No sé exactamente de cuándo, del siglo V, no mucho antes ni después. La encontraron hará treinta

años, mientras se hacían obras. Querían abrir un supermercado. Durante las excavaciones, apareció un buen puñado de tumbas. Trece en total, la mayoría de niños. Me atraganto con un arenque, toso.

¿Me lo dices en serio?

Nunca te engañaría, Rebeca.

Pues yo engañaría a mi marido contigo, Eloi. No se lo digo, solo faltaría, pero lo veo clarísimo. Igual que veo clarísima, tan nítida que corta, la energía del meridiano: los niños enterrados, Camila compartiendo sin filtro, Flora hablando por primera vez.

Hoy ha pasado algo extraño, Eloi. He llevado a una amiga y a su hija hasta el meridiano. Son de aquí, pero no lo conocían. Estando allí, la niña ha dicho su primera palabra. Tiene tres años y aún no había dicho nada. Pero nada de nada. Ni mamá, ni papá. Pero hoy, sentada en el meridiano, ha hablado. Una especie de milagro, Eloi.

Él me mira, entre curioso y receloso.

¿Qué ha dicho?

La única pregunta pertinente. La madre que lo parió, se las sabe todas. Se las sabe todas.

¿Qué ha dicho la niña, Rebeca?

Bruja.

¿Bruja?

Bruja.

Sí que es curioso.

Mucho. Sobre todo porque me lo ha dicho a mí. Me ha mirado y ha dicho bruja.

Eloi me clava los ojos. Me mira como si me viera por primera vez.

Bruja.

Me lo dice y dejo que lo haga. De sus labios no recibo ningún dolor. Un halago inesperado, más bien. Le digo que, obviamente, he recordado la historia de ayer, la bruja verde del meridiano, pero me abstengo de decir que también he recordado a la otra bruja que quiero olvidar. Eloi reacciona con cuidado, midiendo sus palabras. Dice que es una casualidad extraña, que en eso está de acuerdo, pero que a lo mejor la niña me lo ha dicho de broma. No es una niña cualquiera, Eloi, sino una niña especial. Quiere saber por qué y

le digo la verdad: no lo sé. Algo en su forma de ser, de comportarse, de estar. Ya, suena ridículo, yo misma me he dicho infinidad de veces que es una niña y punto, pero tiene una especie de energía que dice lo contrario. Eloi lo capta enseguida: la energía de la niña, la energía del meridiano. Habla mi lengua. Sabe qué quiero. Entenderlo todo y más cerveza. Sin decirle nada, me la va a buscar. Añade patatas y un plato con carne macerada. Estoy hambrienta. La tenia de la angustia volviendo y haciéndose grande. Como a dos carrillos mientras él sirve unas cuantas mesas, charla con los clientes, pone el lavavajillas. Sin embargo, su actitud me parece diferente. No silba ni tararea mientras trajina. Tiene el gesto grave, una seriedad que nunca le había visto. Le ensombrece la cara, las mejillas carnosas ahuecadas, mordidas por los labios apretados. Y, sin embargo, o quizá por eso, lo encuentro más guapo que nunca. Madre mía, es magnífico. Y yo soy una bruja por no decir nada de Flavi, de los niños. ¿Por qué? ¿Será por el *y si*? Si él quisiera, si él me dijera, si él me hiciera. El deseo tiene nombre propio esta noche.

Le doy la espalda. Me vuelvo toda yo hacia la ventana. Los verdes siguen allí. Me parece ridículo que hasta hace tan solo un par de días creyera que eran ecologistas. Es evidente que son meridianistas. Que conocen la necrópolis. Tal vez la usen para sacrificar a niños pequeños. Según Eloi, un día estaba entre ellos mi enfermera, Alexandra, la hija de los Morell, que sabe un rato de niños muertos. Tal vez esté en el meridiano ahora mismo, pero desde el bar no distingo las caras. A duras penas reconozco las siluetas de los cuerpos que se levantan de pronto. En algún lugar deben de estar sonando las doce campanadas. Siempre es medianoche en algún punto del mundo. Se cogen de las manos, un minuto clavado, y luego se van. Todos juntos. ¿Adónde carajo irán? ¿A bailar sobre esqueletos y calaveras de niños?

He estado pensando, Rebeca. Eloi ha despachado unas cuantas mesas. Solo queda una pareja al fondo del bar. Comen mejillones y se miran melosos. La calidez del ukelele amplifica la llama que los quema por dentro. Podríamos ser esos dos, Eloi. Quiero ser esos dos. Podría enamorarme de ti. Podríamos vivir juntos dentro de la falla, contigo no me daría miedo. Si tú me dijeras, si tú me cogieras.

¿Qué has pensado, Eloi? Que quizá la palabra *bruja* no sea casual. La falla abriéndose, déjalo entrar. Tienes razón, no lo es. Ah, ¿conoces la historia de Hécate? La falla cerrándose, déjalo estar. ¿Cómo? ¿Qué historia? La de la madre de todas las brujas. Niego con la cabeza mientras la tenia, ahora ya serpiente mayúscula, se monta un aquelarre en mis entrañas. Eloi suspira. No sé si quiere decirme lo que se dispone a decir.

Ven a casa un día.

Lo ha dicho.

Ven a casa un día y habla con Sami.

¿Sami?

Mi mujer. Conoce historias de brujas y algo me dice que tienes que escucharlas.

12.

Estoy en el andén esperando a mi marido y a mis hijos. Soy la mujer de alguien. Alguien tiene una mujer y esa mujer soy yo. Rebeca: cautivadora, tierra, fértil. No he descansado bien. No he soñado, pero oía a perras ladrando y el parloteo de niñas pequeñas. Me moría por enterrarlas a todas. Me he levantado con el mensaje de Flavi: estamos en el tren, ¡ya llegamos!

Los niños me abrazan con prisa, quieren volver corriendo a casa, reencontrarse con sus juguetes. Una semana lejos los ha vuelto nuevos. A ellos también, han crecido los dos. El aire puro de la Selva, dice Flavi. Y tú, reina mora, ¿qué has comido? ¡Estás guapísima! Serán los arenques que callo mientras él me toca el pelo. Ayer, los dedos de Eloi me encendían. Los de Flavi me molestan. Te ha crecido, qué melena, estás muy sexi, morena. Me abraza con fuerza. En casa, Bru y Nit juegan y Flavi se desahoga. Que si su padre esto, que si su madre lo otro, que qué suerte estar en casa. En nuestra casa, Rebeca. Y otro abrazo y otro beso y hoy querrá follar. Yo ayer quería follar. Lo tenía clarísimo. Una bruja, eso soy. La madre de todas.

Camila abraza a mis hijos como si fuesen los suyos. Sois preciosos, les dice, y escucha atentamente las historias que le cuentan sobre los días en el campo. Qué bien habláis, reconoce con una sonrisa triste. Bajamos a la playa todos juntos. Todos menos Gregori, claro está, que tiene que descansar. Que es un vampiro, me susurra Flavi al oído, y a mí su aliento dulcísimo, sin rastro de sal, me molesta. Bru y Nit se tiran al agua sin dudarlo. No reconozco sus cuerpos valientes, tampoco mi mente tranquila.

La poza les ha ahogado el miedo, Re. Flora, en cambio, no quiere entrar en el mar. Flavi quita hierro a la angustia de Camila: la niña está harta de agua salada, la próxima vez nos la llevamos con nosotros. Me apresuro a cantar las alabanzas de la pequeña, que ha hablado, Flavi, Flora ha hablado, pero Camila chasquea la lengua,

solo fue una palabra, Rebeca, no ha dicho nada más desde el meridiano. ¿El meridiano?, pregunta Flavi, y algo me escuece por dentro. El meridiano no es asunto de Flavi. Ni los verdes, y menos aún el bar. Lo distraigo con un beso y un vamos a nadar, venga. Camila no se separa de Flora, las dos inquietas en la arena y nosotros en el agua los cuatro, riendo y jugando. Una vida nos separa de quienes éramos cuando llegamos.

El tiempo se acelera de nuevo. Como si los días de vacaciones también lo hubiesen sido para mí y la rutina impusiera unos ritmos que no casan bien con la música hawaiana. No vuelvo al Meridiano. Vuelvo a levantarme con los niños, vuelvo a preparar desayunos, vuelvo a limpiar culos y a contar cuentos. Vuelvo a hacer todo esto, pero los niños, lo noto desde el primer día, reclaman más a su padre. Es algo espontáneo, les sale de dentro. Papá, juega conmigo, papá, dame tú la comida, papá, ¿me arropas? Es normal, han pasado unos días fantásticos a su lado. Pero los días no tan fantásticos pasan y la normalidad de antes no vuelve. El vínculo de los niños con Flavi es más estrecho, su relación con ellos más cariñosa.

Flavi me quiere mucho y me lo dice continuamente. Rebeca, me tienes enamorado. Y yo lo abrazo, tan fuerte como abrazaría a Eloi, como me abalanzaría sobre él si pudiera. Pero no puedo, y corto el abrazo con un o látex o conducto de esperma extirpado y Flavi resopla, maldice, promete que irá a la farmacia, pero nunca lo hace. Siempre se duerme antes. Y, mientras él ronca, yo subo a trabajar. El trabajo con los americanos no afloja. Madame Palma tiene todo el éxito que habían pronosticado. Las bases de datos crecen y los bolsillos se llenan. A mí me suben el sueldo y lo celebro yo sola en la azotea, mirando la noche que ya no me pertenece. La mujer de verde no ha vuelto a pasar y yo la echo de menos por lo que me supuso. Seguirla hasta el Meridiano. Añoro seguir la línea del mar, la fuerza que me daba cuando la recorría, la paz que encontraba en ella, sobre todo al llegar al final. Pero desde el día que Flora me llamó bruja no he vuelto a seguir esa línea, no he vuelto a ir. Soy la mujer de alguien que no es Eloi, y Eloi tiene una mujer que no soy yo. Una mujer que sabe historias de brujas que yo no deseo

escuchar. Solo deseo a su marido, y de qué manera, todas las ramificaciones encendidas cuando pienso en él. La incontinencia del deseo lo vuelve intrusivo. Allí donde había miedo ahora solo hay hambre y no tengo con qué saciarla. No descanso bien porque cuando cierro los ojos me asalta la infidelidad latente, la que no duerme nunca. Un día veía balcones, cuchillos y lejía, y ahora veo lenguas, culos y muslos. Lo peor es que masturbarme no me satisface. No me quedo saciada, las ganas resisten vigorosas. Por eso prefiero estar despierta, trabajar hasta que ya no me queda nada que hacer, salir a la azotea y coger aire. Gregori siempre está allí. Imperturbable entre sus jardineras muertas. Inmóvil como si la vida no fuera con él. Todo se mueve, todo cambia, pero él sigue allí. Repartiendo ceniza.

Una noche, al cabo de unas cuantas, la quietud se resquebraja. Estoy trabajando cuando oigo un llanto. No es un llanto infantil, sino adulto, y lo reconozco. Viene de la casa de enfrente. Es Camila. En la azotea, veo cómo Gregori planta el enésimo filtro y se mete dentro de casa. El llanto afloja un poco, luego se envalentona y finalmente muere. Justo cuando Gregori vuelve a salir. Pero esta vez acompañado. Flora está con él. Su padre la lleva en brazos, pero no tarda en soltarla. La niña se queda quieta, el pijama hecho un rebujo, medio desabrochado, descalza, a su lado. Se quedan así, quietos como pasmarotes, hasta que Gregori saca un móvil del bolsillo y lo enciende. La pantalla ilumina su rostro pálido en un siniestro contrapicado. Escribe durante un rato mientras Flora juega con las jardineras. Coge tierra y la suelta, se ensucia los dedos y los lame. Luego vuelve a empezar. Gregori la ignora y la niña se pone cada vez más tierra en la boca. Se la come. Tierra, ceniza, filtros. Se lo traga todo sin vomitar.

Al día siguiente encuentro a Camila en la plaza. He arrastrado a los niños, que no querían salir de casa, preferimos quedarnos aquí, con papá. Pero papá tiene que trabajar, venga. Los he sobornado con la promesa de un helado que ahora lametean con fervor. Eso me da margen para hablar con Camila, que tiene muy mala cara, los ojos llorosos, los párpados hinchados. Se excusa diciendo que le ha venido la regla, que ha pasado mala noche. ¿No hay nada más,

Cami? Ella se encoge y le digo que puede confiar en mí. Camila le saca los mocos a Flora, que pese al insistente calor de finales de agosto parece haber vuelto a resfriarse. Habrá sido la noche en la azotea. La noche en la azotea comiendo mierda. La mierda que siembra su padre. No digo nada de esto a Camila. Flora me mira, una especie de resignación madura, mientras vuelvo a preguntarle a su madre si me lo quiere contar. Te oí llorar, Cami. Ella me clava los ojos, ahora decidida: Rebeca, no me lo pongas más difícil, no puedo contártelo. Pero ¿por qué no? ¿Cómo que por qué no? Porque los deseos no se dicen, ya lo sabes. Ese dichoso deseo, Camila, por favor, déjalo ya. Pareces una niña pequeña, decir los deseos en voz alta no los vuelve menos posibles. Ah, no, ¿Rebeca? ¿Estás segura? Di el tuyo, venga, ¿qué le dijiste a la Llissa cuando saltaste la hoguera? ¿Qué le pediste?

Uno. Que se vaya el miedo.

Perder el miedo, Camila, eso le pedí. Y dime, ¿no me ves más tranquila? Ella me mira, nos mira, los niños comiendo los helados felices, y dice que sí, que desde luego, y se desmorona, baja el tono, los ojos, la voz, que tengo razón, que me lo dirá, pero que ahora no puede, que lo entienda, por favor, que todo llegará.

Dos. Que llegue el coraje.

De acuerdo, Camila, cuando encuentres la fuerza. Todo llegará.

Tres. Que mueran los hijos de los demás.

13.

A finales de agosto la noche ya no tiene pereza. Llega pronto y tenemos que encender la luz del patio para cenar fuera. Bru, la memoria juguetona de los cinco años, se acuerda de pronto del séptimo, del patio que no teníamos allá, del viento que hacía cuando abríamos las ventanas. Que mamá nos obligaba a cerrar. Esa mamá era yo. Me alejaba del cristal con el pánico en la garganta, la lengua pastosa, el llanto de mis rodillas cuando se doblaban desconsoladas, y Flavi recogiéndome del suelo, Re, qué tienes, Re, no pasa nada, y yo, débil y rendida, no contestaba, me bastaba con sentir el terreno estable de sus brazos. Ahora no hace falta que Flavi me abrace. El patio está a ras de suelo, lo barro sin falta cada noche después de cenar. Las baldosas ya no son vírgenes. Manchas de gazpacho, de helado de fresa, de vino tinto que se hacen grandes. Las froto, pero no se van. Pienso en la sangre del señor Morell cuando cayó en medio de la calle. Quién la quitó, quién la frotó. Siempre hay alguien que frota las miserias ajenas. Que recoge todo aquello que estorba. No me quito de la cabeza el llanto de Camila. Qué miserias lamenta, qué suciedad se guarda para sí misma. Qué sangre quiere esconder.

A finales de agosto, también, Nit empieza a tener pesadillas. Su sueño, bastante tranquilo hasta entonces, se desbarajusta. Farfulla cosas ininteligibles, se remueve inquieta, se despierta. Oigo sus pies descalzos por el pasillo. Huidizos, temerosos de algo. Hay un hilo largo y negro con dientes, dice, y señala la cama, las sábanas hechas una maraña de sudor y miedo. La consuelo, le prometo que dormiré con ella, pero llora más fuerte todavía. Quiere a papá. Eso me desconcierta, pero los dejo dormir juntos, sus dos cuerpos acurrucados, grande y pequeña, y yo me tumbo en la litera de abajo mientras Bru duerme plácidamente arriba, hasta que también él empieza a tener pesadillas.

Y las pesadillas de Bru son de otro tipo.

La primera noche me lo encuentro al lado de la litera. Me sobresalta su cuerpo inmóvil. Lo enfoco con el teléfono. Es medianoche y está allí plantado con los ojos abiertos, mirándome. No puedo evitar pensar que en el meridiano, en ese preciso instante, también están de pie, en círculo, cogidos de la mano. Bru no dice nada hasta que le pregunto qué le pasa. He tenido una pesadilla, mamá. Le digo que puede dormir conmigo, dice que no, con papá tampoco, y se vuelve a su cama. Se duerme enseguida. Hasta que vuelve a despertarse, esta vez con un alarido. El teléfono ahora dice que son las cuatro. Me levanto, Bru está sentado en la litera. Me mira y dice que necesita beber agua y dibujar. En ese orden. La primera noche no le hago caso. Le digo que se acueste, que se tranquilice, que descanse. Se queja, lloriquea, se sorbe la nariz, pero al cabo de pocos minutos cae rendido. La segunda noche que repite pesadillas, a las doce y a las cuatro, las mismas horas que el día anterior, algo me dice que debo seguirle la corriente. Le doy un vaso de agua y lo siento con una libreta y un boli. Dibuja en silencio. Dibuja rayas. Llena una hoja entera. Todas rectas, ninguna curva, solo rayas que se entrecruzan. De pronto se detiene, me da la hoja y se acuesta. Duerme profundamente y al día siguiente no recuerda nada.

Flavi cree que son nervios, que Bru presiente que se acerca la vuelta al cole. Un lugar nuevo, niños a los que no conoce. La angustia se saca de forma voluntaria o el subconsciente lo hace por ti. De ahí las pesadillas, seguramente. ¿Y por qué a las mismas horas, Flavi? Deben de coincidir con las fases del sueño, Rebeca, seguro que es eso.

¿Y no has pensado en enseñar esos dibujos a un especialista?, me pregunta Camila cuando se lo cuento mientras tomamos un café en la plaza, y yo le respondo que un especialista en qué. No lo sé, un pediatra, un psicólogo, alguien que sepa de eso. Dice que justo ayer fue a ver a una mujer. Para Flora, Rebeca, porque no la veo bien, ya lo sabes. Y te lo quería contar porque estando allí me acordé de ti. ¿Y eso, Camila? Pues porque esta mujer hace acupuntura, pincha los meridianos, Re, los puntos de las líneas que, según ella, gobiernan nuestro cuerpo. Como el monumento, como tu

bar. Murmuro que quizá me vendría bien ir a ver a esa mujer, un escalofrío en la espalda que es más una certeza que un temor. La mujer me explicó que la energía vital circula por canales específicos, que son esos meridianos, y que, si algún canal no funciona bien, aparecen complicaciones emocionales y físicas. Pinchó a Flora por todas partes y me dijo que tiene una energía especial y que quizá por eso no habla todavía, porque la tiene focalizada en otra parte, que tal vez su función sea otra. Su función es ser una niña, Camila. ¿Quién es esa mujer? Se llama Àngela, y hace honor a su nombre, créeme, es toda bondad. ¿De dónde la has sacado? Es una conocida de Gregori. Tiene una historia muy triste, pobre, se quedó viuda poco después de tener a su hija, siempre habían vivido juntas las dos hasta que un día, hará un par de años, sin ningún tipo de explicación ni previo aviso, su hija se mató. Saltó a la vía desde el puente que la cruza allá delante, casi llegando a Premià. Sé perfectamente a qué puente se refiere. Eloi me habló de él la última noche que estuve en el Meridiano. Camila sigue hablando de la mujer, que al parecer vive sola con un perro desde la muerte de su hija. El escalofrío de certeza muta en un calambre afirmativo. Mecagoentodo. Una cosa, Cami, esa mujer, la tal Àngela, ¿es grandota y va vestida de verde? Y ella, sorprendida: ¿cómo lo sabes, la conoces?

Entiendo la desesperación de Camila por entender a su hija. Qué le pasa, qué tiene, qué le falta. Yo también quiero entender. ¿Cómo interpreto esto que ahora sé? Que la mujer verde tenía una hija que se mató. Una hija a la que tampoco lograba entender, quizá. Que ella carga un suicidio a la espalda y Gregori otro. Que Gregori y la mujer verde son amigos. ¿Y si es el meridiano? Quiero decir: la mujer verde tenía una hija que se mató cerca del meridiano, y ahora los pincha y lo venera. ¿Y si Gregori también lo hace? Recuerdo el día que llevé a Camila y Flora hasta el meridiano. Estaba contentísimo de ver que nos íbamos juntas para allá. ¿Será Gregori meridianista? ¿Por eso estaba tan exultante, porque sabía que algo pasaría, que la energía del meridiano nos afectaría a las tres? Así fue: Camila se confesó, Flora habló y yo me sentí interpelada. Señalada como hacía meses que no me sentía y, al mismo tiempo,

de un modo que me cuesta razonar, extrañamente iluminada. Me cabrea que Gregori pueda estar detrás de la luz, eso sí. Su presencia es demasiado turbia. Podría optar por creer que es una casualidad. Al fin y al cabo, todas las cosas tienen un sentido determinado, si se lo quieres ver.

Tal como sucede con las líneas de la mano. Hoy me toca traducir unas que están poco marcadas, débiles y borradas, características que, según Madame Palma, confieren atributos de abnegación, aceptación del sacrificio y olvido de uno mismo. Traduzco estos atributos, elijo estas palabras en vez de otras. *Abnegación* y no *renuncia*, por ejemplo. La traducción ya es una interpretación, y la lectura es otra. Dos capas diferentes. No sé cómo son las líneas de la mano de Camila, pero ella misma dijo que es la que espera el sacrificio. No me cuesta verla como una persona abnegada. Se ha olvidado de sí misma y se desvive por comprender qué le pasa a su hija. No obstante, y esta ya es una tercera capa, mi versión de todo el asunto: este desinterés hacia uno mismo es falso. Porque en el deseo de entender hay mucho de egoísmo. Soy yo quien necesita entender, es ella quien necesita entender. Por qué decide nadie suicidarse. Por qué oculta cosas Gregori. Por qué no habla Flora. De ahí el elemento de ambigüedad característico de la quiromancia. Sin embargo, Madame Palma prefiere hablar de enigma, más que de imprecisión. Dice que las personas con las líneas difuminadas a menudo se quedan colgadas en una especie de estado de espera entre el cielo y la tierra, entre las ideas y la acción. Pero colgadas no quiere decir muertas, están en suspensión pero vivas, al fin y al cabo. El problema no es tanto que cuelguen, sino no saber de qué hilo cuelgan.

A propósito de los hilos: los de Nit, negros, largos y con dientes, solo habitan su litera, no aparecen si duerme con su padre. Flavi no sabe disimular el orgullo de ser el consuelo de la niña. Me mira como queriendo decir: cambio de etapa, amiga. Yo no le digo que no echo de menos dormir a su lado. En la litera estoy yo sola y puedo volver al Meridiano. Como arenques con Eloi, que me silba al oído todo Hawái, la calma del Pacífico y la furia de los volcanes. Fuera, las palmeras bailan sinuosas y hemos decidido que, cuando acabemos

de cenar, nos meteremos en el agua. Pero nunca acabamos de cenar. Olvidamos los platos, pero no el hambre. Tengo que acabar tocándome y lo hago entre las sábanas turquesa, con la almohada rosa de mi hija sofocando el orgasmo que tengo con alguien que no es su padre. Como me acuesto tarde, a menudo empalmo el placer con el primer miedo de mi hijo, que baja de la litera con la pesadilla aún viva y me encuentra sudada, agitada, con Eloi todavía en esos labios que le preguntan si está bien.

A propósito de colgar: lo único que cuelgo son los dibujos de Bru. Los que sigue haciendo a las cuatro de la mañana. Páginas y más páginas de líneas y rayas que pego a la pared, al lado del ordenador. Tanto Madame Palma como yo queremos lo mismo: entender las líneas, interpretarlas, dotarlas de significado. Todas son perpendiculares. Como las cicatrices de mi cuerpo. Como la línea del mar y la del meridiano. En los dibujos de Bru siempre hay una línea que corta otra, que la interrumpe. Interrupción o bifurcación. Encrucijada, desvío, entroncamiento. ¿Qué palabra elijo para decir *aborto*? ¿Acaso es eso lo que dibuja mi hijo? ¿Acaso es una manera de decir: mamá, sé lo que hiciste? Mamá, dilo tú también. Pero yo lo único que puedo decir es que añoro la línea del mar. Noto su ausencia como una carencia. Quién era cuando la seguía, la libertad que engullía famélica, la afirmación voraz de la incitación a la vida. Eso es: la línea me espoleaba para no temer a la muerte porque es en la vida vivida, caminada desde la voluntad de explorarla, que desaparece el miedo. Quizá la línea y Eloi representan este descubrimiento por igual, y quizá por eso me empeño en recrearlos, un recorte de corazón que no se arruga. Me pregunto si interrumpir, en realidad, no resuelve nada. Truncar una vida, la posibilidad de vivirla, hace que nazca el vacío. Y en este la presencia de la renuncia crece desbocada.

Una noche Bru se pasa cuarenta minutos de reloj dibujando. Líneas que subraya una y otra vez, un bucle que no freno, fascinada por su vaivén hasta que Flavi me pregunta qué demonios hago. Se ha despertado por el ruido, por la luz. Rebeca, por dios, páralo, ¿no ves que está teniendo un ataque? Yo no veo ningún ataque, sino a un niño dibujando, pero Flavi se pone furioso. Es una convulsión,

Rebeca, no es normal que te lo quedes mirando con una sonrisa, ¿cómo se te ocurre? Flavi afloja el frenético dibujar de Bru susurrándole que ya está, hijo, estoy aquí, suelta el boli, Bru, guapo, y cuando lo hace, cuando se aparta de la tinta y la libreta, se lleva al niño a su cama. Me quedo sola en la habitación, mis hijos soñando lejos de mí. Flavi tiene una misión: cansarlos para que las pesadillas desaparezcan. La actividad física libera no sé cuántas cosas que van bien para calmar el cerebro. Sale antes de trabajar y apuramos los últimos rayos de calor que nos regala septiembre bajando al mar cada tarde. El agua nos recibe más cálida y vacía, la playa abarrotada de julio es un recuerdo lejano. Los niños corren y se zambullen, Flavi los hace jugar sin parar. A mí me deja nadar tranquila. Hay malestar entre nosotros. No le gusta que no afronte las pesadillas de Bru y se entrega al mutismo, apenas me habla. Hasta que me ve salir del agua, el bañador empapado pegado al cuerpo. Caminas diferente, me dice, como si supieras que estás buena, cabrona. Digo que no sé de qué me habla, pero ya lo tengo encima, acariciándome y diciendo que no se vale, que lo estoy torturando.

Camila y Flora no vienen nunca a la playa. La niña aún tiene mocos, Re, no me la puedo jugar. Una tarde, sin embargo, le digo a Camila que hoy será la última, que los niños empiezan el cole y que tenemos que despedirnos del mar. Bajamos juntas, nosotras dos y los tres niños, como a comienzos del verano. Pero el verano ya se acaba y ni nosotras ni el mar somos los mismos. Camila parece haber envejecido todos los años que nos separan y el mar está enfadado, enfangado, el ensayo del otoño que viene. Bru y Nit se bañan de todos modos, y yo con ellos. Corremos, saltamos, nos zambullimos. Cuando los veo reír, felices, ajenos al espesor de la noche, pido por favor que el mar se lleve los hilos con dientes y las rayas perpendiculares, pido por favor que las pesadillas se ahoguen. Remuevo el agua con las dos manos y digo tres veces fuera, fuera, fuera. Camila y Flora, mientras tanto, me observan impertérritas desde la toalla, pálidas pese a haber pasado todo el verano a orillas del mar. Las llamo para que vengan. Un último remojón, venga, luego vendrá el frío y lo echaremos de menos. Sueno determinada,

lo estoy de veras, y Camila se levanta a regañadientes con Flora en brazos. La niña mira el agua intranquila, se retuerce, quiere bajar, pero Camila la coge con fuerza. Si hablara, si dijera mamá, no, por favor. Pero Camila entra con la promesa en la lengua: Rebeca dice que será el último día, amor mío. Y, justo cuando la suelta, una ola se abalanza sobre Flora y el grito es instantáneo. Agudo como un cuchillo afilado.

En la sala de espera del hospital, Camila no se atreve a mirarme. Pasa un cubito de hielo por el muslo de la niña, el agua de mar congelada que nos ha dado el socorrista de la playa. Como si fuera una picadura de medusa. No es una picadura de medusa, hay marcas de dientes, nos lo ha dicho el primer médico que la ha examinado y ahora estamos esperando a otro para el diagnóstico final. Camila levanta la mirada de la herida de su hija y sé que me considera culpable. Al fin y al cabo, ellas no querían bañarse, lo han hecho por mi insistencia. No tendría que haberte hecho caso, dicen sus ojos. Todo esto es culpa tuya, dicen también. Quiero consolarla y al mismo tiempo exculparme, pero ella me corta: ¿qué le has dicho al agua? ¿Perdona? Que qué le has dicho al agua, Rebeca. ¡Te he visto! Antes de ordenarnos que nos bañáramos con vosotros le has dicho algo al agua. ¿Qué quieres que le diga al agua, mujer? Camila sigue mirándome fijamente, pero la puerta de la consulta se abre y el médico nos hace pasar. Una serpiente marina, dice, culebra o bicha, como las conocen en Andalucía. Son más típicas de allá. Quién sabe qué hacía en el Maresme y tan cerca de la orilla. Tal vez estaba perdida, asustada. Son agresivas, tienen muchos dientes y su mordedura hace mucho daño, pero no son venenosas. La niña se pondrá bien si nos aseguramos de que la herida no se infecte. Nos mandan a casa. Hacemos el camino de vuelta en silencio. A la puerta de casa intento abrazar a Camila, pero se escuda con Flora en brazos. Dormida, pálida, tan pequeña.

14.

Después de la mordedura de la serpiente a Flora, los niños no vuelven a tener pesadillas. Aun así, siguen durmiendo con Flavi, se niegan a volver a su cama. Yo me quedo sola en la litera y sigo despertándome al menos una vez, de madrugada. Incapaz de seguir durmiendo, bajo a la cocina a hacerme una infusión o subo a adelantar trabajo para los americanos. No tengo sueño. Quizá sea porque durante la semana de vacaciones de niños y de Flavi acumulé reservas con ese sueño profundísimo. Sea como fuere, me noto muy despierta. Cuando los niños se levantan y empieza el día, ya lo he hecho todo. Los acompaño a la escuela sin prisa y todavía tengo tiempo de bajar a ver el mar de septiembre. El cielo tiene anhelo de nubes y el agua mezcla azules y grises. Me siento en la orilla y me paso allí un buen rato, la cabeza fresca. Solo se me enturbia cuando dejo atrás la playa y enfilo el paseo antes de bajar al paso subterráneo. Tira de mí y me tambaleo, y eso es porque esconde una verdad. Puede que el paseo sea de veras el escenario del deambular ocioso de la gente que lo recorre, de los ciclistas y los patinadores, de las palmeras y las gaviotas, pero el espectáculo real es la línea que señala. La línea del mar. La que añoro con un celo creciente.

A menudo evito enfrentarme a ella, la cruzo con urgencia y huyo negando la evidencia de la añoranza. Otras veces, sin embargo, la tentación es golosa y me planto en medio del paseo y dejo que la línea me acaricie los pies. Entonces, el tacto de la posibilidad, me cuesta no recorrerla hasta que el cuerpo se dé por saciado. Hay en ello algo de sed y de hambre. Matar la sed, saciar el hambre. Pero mantengo la comezón a raya con una especie de vocecilla sutil que me dice que module las ganas hasta que llegue el momento. No trato de razonar la inverosimilitud de una paciencia que no tengo y me encomiendo a la intuición. Antes también lo hacía, pero siempre

giraba alrededor del miedo. Ahora, en cambio, tiene que ver con la satisfacción.

Cada mañana, al volver a casa, paso por la plaza. Allí encuentro a Camila y Flora. La niña no va a la escuela, así lo han decidido, y tal vez sea lo mejor. Me parece frágil de un modo que no sabría explicar, al resfriado permanente se suma ahora una tos grave, casi adulta. A veces tomamos un café juntas, otras veces las invito a casa. Con Flavi en el trabajo y los niños en el cole, estamos tranquilas y la pequeña puede jugar con las cosas de los míos. Bajo el cobijo de un techo conocido, Camila vuelve a hablarme con normalidad. Una mañana hace referencia a la noche de la mordedura, al hospital. Rebeca, lo siento, te acusé sin razón, sé perfectamente que no tuviste nada que ver con aquella serpiente. Camila confiesa estar convencida de que su malestar se debía a la envidia. Mírate, estás pletórica, es evidente que la Llissa te escuchó, no tienes miedo, Rebeca, no tienes miedo y lo que desprendes es eso, aplomo y coraje. Dominas la situación y yo estoy al otro lado, siento que lo hago todo mal, mi deseo no se cumple, Flora no crece bien y Gregori desaparece. Llegadas a este punto, la interrumpo. Me has dicho tres cosas, Camila. Respecto al deseo, ya te lo dije, creo que puedes compartirlo conmigo. Respecto a Flora, tendrías que plantarte en la consulta del pediatra y exigirle una analítica exhaustiva. Respecto a Gregori, ¿qué quiere decir que desaparece? Ella exhala todo su agotamiento. Hace unas cuantas noches que no está, desde que ha empezado las vacaciones. Dice que tiene los horarios cambiados y lo entiendo, de verdad, pero en vez de quedarse en casa con nosotras sale cada noche y no sé adónde va. Cuando se lo pregunto me contesta que a caminar. ¿Tú crees que se pasa toda la noche caminando, Rebeca? Yo lo necesito, Flora tiene mucha tos, se despierta, me despierta, nos desesperamos las dos, pero si se lo reprocho se enfada: dice que son sus vacaciones. Hasta he llegado a proponerle que nos vayamos los tres unos días, y eso que no tengo fuerzas, ni gota de energía, pero él se excusa con la mordedura de serpiente, que hay que ir a que se la curen y qué pasaría si nos marcháramos lejos y se infectara, dime. La niña nos mira, se toca el muslo, allí donde tiene la herida, y se embadurna el

pantalón con plastilina. Solo ahora me fijo en que ha abierto la caja de las manualidades y ha llenado el suelo de hilos de colores. Finos, gruesos, de todas las medidas. Serpientes, perros, serpentinas como las de la Llissa. Me levanto para ir a buscar la escoba. Camila, ¿por qué llorabas aquella noche? ¿Qué deseo es tan deseo que no se puede decir? Ella me mira, abatida. Si te lo digo, no pasará. Empiezo a barrer la plastilina. Flora, perdona, pero si la pisamos mancharemos todo el suelo. ¿Y si me lo dices sin decírmelo, Camila? Imagina que me explicas un trayecto sin decirme exactamente dónde quieres llegar. Es para ver si puedo hacer algo por ayudarte. Camila suspira: pero es que este camino no tiene atajos, Rebeca, ¿de qué me sirve explicarte, por ejemplo, que es largo y tortuoso, que se tarda nueve meses en recorrerlo y que, mientras lo haces, tienes que evitar que fluya la sangre, que te venga la regla, por ejemplo? ¿Qué podrías hacer, Re? ¿Qué poderes tienes, exactamente? Me mira sin parpadear. Flora también. No sé si está enfadada porque estoy borrando su obra, pero tiene los ojos clavados en la escoba y, entre mi silencio y el de Camila, su voz:

Buuu-ja.

Por segunda vez. Me ha llamado bruja por segunda vez. Ha hablado por segunda vez. Pero ahora Camila no parece sorprendida. Tampoco contenta. Simplemente dice que se ha hecho tarde y que Rebeca tiene que recoger todo este desorden, venga, Flora, vámonos, gracias por todo, Re. Se van y me dejan sola con la escoba. Asesino a unas cuantas serpientes de colores más y salgo a tirar la basura. Me gustaría meter dentro todo el peso de la última conversación con Cami. Su regla y ese bruja de la niña. En el séptimo también tiré una bolsa de basura llena de sangre. Y por eso me llamaron bruja.

Más tarde, ya de noche, me deslumbra la obviedad de lo que hay que hacer. Es la luz refulgente del bruja de Flora, pero también, y sobre todo, del camino que recorre Gregori y del atajo que no existe para Camila. Me muevo por casa entre eufórica y nerviosa, la paciencia agotada por la urgencia que me llama. Ha llegado la hora de satisfacer el anhelo de entender. Los niños han vuelto agotados del cole y están en el sofá con los ojos en la pantalla. No echan de

menos la plastilina, tampoco a su madre. A duras penas me han dado un beso. Le digo a Flavi que los americanos me han dado el día libre. Celebran algo. No es verdad, pero ya lo he engañado antes. A él no le extraña y los americanos no notarán mi ausencia. Me levanto de madrugada para adelantar el trabajo, y a ellos les da igual cuándo lo haga. Disimulo la prisa como puedo y, cuando los niños se duermen, ambos en la cama de su padre, me visto y le digo a Flavi que salgo. Que aprovecharé mi noche de fiesta para dar un paseo, que necesito que me dé el aire. Él me repasa de arriba abajo: vas muy guapa para el aire, Rebeca. Llevo vaqueros y una camiseta, Flavi. No sé, algo en el pelo, en la cara. Antes de cerrar la puerta, lo oigo decir que no me esperará despierto, porque total…

Voy andando hasta las vías. Pasa un tren en dirección a la ciudad. Hace casi tres meses que no me muevo de donde estoy. Y, sin embargo, todo se ha movido. El cambio, el desplazamiento, la transformación. No me reconozco en la Rebeca miedosa que llegó a Ocata dudando de la vida. Ahora quiero abrazar la duda y vivirla. No me arredro cuando la línea del mar me recibe con un insolente tirón. Tampoco me dejo llevar sin más. Yo marco el paso y ella lo marca conmigo. Avanzamos juntas. Las olas crecen para hacerse altas como las rocas y vernos pasar. Los cañaverales se vuelven dóciles, se cimbrean a nuestro paso. Se postran ante la belleza. La belleza es no tener miedo. Si el miedo descansa, la belleza baila. Bailo toda la línea y solo me detengo cuando me acerco a la encrucijada con el meridiano. Como si la orquesta se ahogara de pronto, el ritmo de mi corazón queda envasado al vacío. No es que vuelva el miedo, es que la belleza se topa con un espejo. Pero es un espejo encantado. El meridiano la distorsiona. No me quedo embelesada mirando mi reflejo, sino que me sumerjo para emerger al otro lado de las vías.

Nada más entrar, sé que ha estado esperándome. Todas y cada una de las noches que no he venido.

Rebeca.

Su voz, profundísima, abraza mi nombre. Me siento a la barra, la cerveza llega al instante. Otra para él, todo el calvario en las manos nerviosas, los ojos buscándome, febriles. Escucha, no sé si te dije algo que te ofendió la última noche que nos vimos. Lo sabe

perfectamente. Ha repasado treinta veces la conversación, palabra por palabra, y es muy consciente de lo que dijo. Hago un gesto rápido y frío, un bisturí que corta la posibilidad de la ambigüedad. No he venido antes porque mi marido y los niños han vuelto de las vacaciones. No se lo esperaba. Mil motivos para justificar mi ausencia, pero no ese. Ah, la familia. Exacto, la familia. Trago el calvario y voy directa al grano: necesito hablar con Sami. Oírme pronunciar su nombre tiene el efecto de una sacudida. Todo él se estremece. Sobre brujas, Eloi. Asiente despacio, bebe media cerveza de un solo trago. Me mira, abatido. Tiene ojeras, sé que hace días que no duerme del tirón.

Podrías venir a casa el domingo por la tarde.

Iré con Flavi y los niños.

Flavi.

Y Bru y Nit, sí.

Eloi recupera la sonrisa: qué nombres más bonitos. Estarán allí mis hijas, también, Gaia y Estel. Qué nombres tan claros. Los eligió Sami. Eso está bien, yo elegí los de los míos. Añado que tengo ganas de conocerla. Quien dice ganas, dice necesidad. Entender la duda, satisfacer la curiosidad. Eloi libera toda su incomodidad en un suspiro. Quiere cambiar de tema. No se lo consiento: tienes que decirme dónde vivís. Claro, Rebeca, al pie de la colina de Montgat, podemos quedar en la estación, iré a recogerte. Vendrás a recogernos, lo corrijo, y él encaja como puede ese plural mientras yo apuro la cerveza y hago amago de pagar. Me frena, me agarra el brazo, dice que no hace falta. El deseo hecho dedos. Sería fácil, demasiado incluso, conseguir que no me suelte. Solo tendría que entreabrir un poco los labios, el punto justo, soltar un gemido como un conjuro. Cierro la boca. ¿Te preparo unos arenques, Rebeca? No, tengo que irme. Te están esperando, claro. Flavi y los niños dormidos en la cama grande. Digo que sí y todo el pesar en sus dedos, abriéndose, soltándome. Nos vemos el domingo, entonces. Un entonces cargado de significado. Un porque tú no quieres. Por supuesto que quiero. Quiero arenques y quiero recoger los taburetes y quiero apagar las luces y quiero follar contigo hasta que salga el sol. Nos vemos el domingo, Eloi.

Al otro lado de la vía, las olas rompen enfurecidas, la embestida contra la roca, las ganas de hacer daño. Tormenta, temporal o corriente infernal. Aún no es medianoche, los meridianistas están tranquilos, guardan silencio en su lugar sagrado. El hedor de la desembocadura de la riera es una presencia más. Tanto como la noche, cerrada sobre sí misma. Una especie de campana de cristal los retiene en este lugar, en este instante. A mí también. Ahora lo noto: no puedo marcharme. El meridiano me retiene. Soy rehén de un músculo oculto que me obliga a ser espectadora desde el margen. El cañaveral repiquetea contra la catenaria, el corazón, los pulmones. Respiro latidos con los verdes a un puñado de metros, la línea del meridiano bajo mis pies, y ellos en círculo como plácidas estatuas. No los soporto. Su paz vive a costa del malestar ajeno, a costa de alguien que no son ellos. No sé por qué lo sé, pero lo sé. La duda desmenuzada abre una brecha de posibilidad. La certeza cuaja en mis puños, convertidos en martillo para reventar la cadena que me sujeta. Lucho contra el aire sin éxito. El meridiano no me suelta. Sin embargo, mi baile espasmódico no llama la atención de nadie. Los verdes no se inmutan. Siguen inmóviles, encerrados en un mutismo sofocante. Eloi cree que no hacen ningún daño, pero yo no lo veo así. Más que ver, lo percibo. Algo viciado emana de esta gente. Se eleva por encima de sus cuerpos. Cuento trece en total. Una punzada me devuelve un recuerdo nítido, Eloi otra vez en la cabeza: la noche que hablamos de la necrópolis dijo que habían encontrado trece tumbas. Trece muertos para trece vivos ahora mismo en el meridiano. Vivos que no sé quiénes son. Me esfuerzo por reconocerlos, pero el único cuerpo que acierto a distinguir es el de Àngela. El resto de verdes son caras morenas, pálidas, lisas, arrugadas. Cuerpos delgados, grandes, altos, bajos. Personas anónimas que me resbalan como si mis ojos los expulsaran. Tiene que ser el meridiano, hostia, que me ciega con un velo opaco. Me enseña el ángulo justo que quiere que vea. Hace como Gregori, media cara envuelta en el humo que exhala. Tiene que ser uno de ellos, estoy segura. Lo busco en vano. La única grieta en el muro blindado de la encrucijada es Àngela. La que pincha meridianos y tiene una hija muerta. Suicidada. Me viene a la mente otro suicidio.

El señor Morell. Alexandra, su hija, mi enfermera, también se sentaba en el meridiano. Me lo dijo Eloi. Confío en Eloi. Confío en mi intuición, el presagio de una latencia que no tardará en activarse. Me aferro a ella pese a la incomprensión con la que me azota el meridiano.

No hay gente en el paseo. No sé si es normal. Por un lado, siempre hay gente. Por el otro, es una noche de septiembre y se ha levantado viento. No tiemblo, pese a la manga corta y las sandalias. No noto el frío ni el miedo. No pueden hacerme nada. No pueden hacerme nada porque la línea del mar me protege. La evidencia es tan fuerte como la cúpula que me retiene. Los verdes se levantan, todos a la vez. Medianoche en Dunkerque, medianoche en Ocata. Flora comiendo ceniza de las jardineras. La imagen me asalta mientras se cogen de las manos. Camila llorando sola y Gregori con la niña, en la azotea. Gregori con el teléfono en la mano, inconsciente, mientras la niña traga tierra muerta. Gregori inconsciente o Gregori connivente. Meses cultivando un jardín muerto para que la niña lo plante entre sus pulmones. ¿Dónde está Gregori? ¿Por dónde anda mientras su mujer padece y su hija languidece?

Medianoche y un minuto. El ayer ha desaparecido. El grupo se disuelve. Me pego al cañaveral, aunque no hace falta. Saben que estoy aquí, pero pasan de largo. Solo la perra viene hacia mí. Se me mea en los pies. Àngela la llama, ¡Serpiente!, mirándome a los ojos. Pero no me dice nada y sigue al grupo. Cruzan el paso subterráneo todos juntos, hacia el Meridiano, pero sé que no entrarán en el bar. Nunca entran. Deben de ir hacia la necrópolis. Tiene que ser ese su destino: trece tumbas, trece cuerpos. Quiero seguirlos, no puedo seguirlos. La resistencia del meridiano a dejarme marchar.

Al cabo de un buen rato, puedo reemprender el camino. Como si unas manos invisibles alzaran la cúpula de cristal. Lo contrario de la retención es el empuje. Lo siento todo en el cuerpo que deshace la línea, vigoroso. La piso con los pies sucios por el meado de la perra. ¿Qué quería decirme? ¿Eres mi territorio? ¿Te marco porque me perteneces? Mentira, yo solo pertenezco al camino, soy el camino, la transición de un allí hasta aquí. Un trueno rasga el cielo. Muchas

playas más allá, hacia la ciudad, se ha desatado la tormenta. Llueven relámpagos sobre el asfalto. Restallan y mueren. Cuántos días hace que no pienso en el séptimo. Que no me arrepiento de lo que hice allí. Qué hiciste, Rebeca, la voz de Camila, como si la tuviese a mi lado. Yo exigiéndole que comparta sus deseos. Su regla, mi sangre. Mis hijos. Todos y cada uno de ellos. También los que ahora me rechazan. Quiero sentarme con papá, quiero jugar con papá, quiero dormir con papá. Qué estoy dispuesta a permitir con tal de que estén bien, de que estén vivos. Camila es aquella que espera el sacrificio, pero alguien tiene que hacer ese sacrificio.

Llego al paso subterráneo que me lleva a casa, pero no me hundo en él. No puedo. La línea no me lo permite. Tengo los pies en las escaleras del paso, incapaces de bajar. Recibo esta impotencia como un aviso: todavía no lo has entendido todo. Me vuelvo hacia la línea, hacia la noche, y entonces lo veo: Gregori está en la playa, caminando hacia el mar. Recuerdo este mismo paso subterráneo, cuando nos cruzamos aquí una tarde, él y yo. La tarde que creí que quería asesinar a toda mi familia. Todo lo que rodea a Gregori tiene que ver con la muerte. El señor Morell, la hija de su amiga Àngela. Una punzada como un relámpago. El medio segundo en que todo se enciende.

Quizá lo que quería no era asesinarnos exactamente. Pero se le acercaba. Peligrosamente.

Me alejo de las escaleras, vuelvo al paseo, a mi línea sabia. Gregori no se sabe observado. Se sienta en la arena, ajeno al viento creciente y los relámpagos sobre la ciudad. Amenaza temporal, pero a él le da lo mismo porque la amenaza es él. Me siento en el muro de la vía. Ya no pasan más trenes. Yo no me quiero tirar a las vías. Tampoco es que lo quisiera, tiempo atrás. Pero ahí estaba el *y si*, la posibilidad. Ser propietarios de nuestra vida. «La vida pesa, ¿verdad?» Me lo dijo el muy cabrón cuando me arrinconó en el paso subterráneo. Liberarnos del peso, escoger la muerte. Ahora sé que puedo elegir vivir y entender el peso. El lastre de la presencia de Gregori, por ejemplo. Que no hace nada en particular. Fuma y, de vez en cuando, mira el teléfono y luego lo aparta. Pasa un buen rato, tres cuartos o una hora, hasta que llega otra persona. Es una mujer,

no le veo la cara. Está oscuro, están lejos, ella se sienta de espaldas a mí. Charlan, las manos de ella gesticulando, él asintiendo. Están muy cerca uno del otro, sus cuerpos se rozan. Con cada relámpago, pienso: ahora se darán un beso. Pero no se lo dan. Y, si se lo dieran, ¿qué haría yo? ¿Se lo contaría a Camila o me lo callaría? ¿Qué diría Camila si supiera que deseo a Eloi? El domingo conoceré a su mujer, a sus hijas, sus escudos. Yo llevaré los míos.

Gregori y la mujer se levantan. Se sacuden la arena del culo. Se encaminan juntos al paso subterráneo, hacia mí. Reacciono con agilidad y me agacho detrás del muro de la vía, rozando los raíles, el frío liso del acero es el tacto del miedo. Qué fácil es sucumbir al miedo. Qué liberador. Me aferro a la piedra de la pared, espío a Gregori y a la mujer por un agujerito. Los veo hundirse bajo tierra. Luego salto como el suicida que elige las vías. Yo elijo el paso. Una vez dentro, hago ruido con los pies hasta que se vuelven. Gregori y la mujer. Y entonces lo entiendo todo.

15.

No me despierto cuando los niños se levantan porque ya lo estoy. No he dormido. He llegado a casa después de vagar por Ocata toda la noche, la tormenta encima, los relámpagos iluminando la sagacidad del instante. Me he tumbado en la cama todavía empapada, los ojos en las líneas paralelas del somier de arriba. Ninguna voluntad de volver a la vida falsamente plácida de la no confrontación, toda la necesidad de estrujar las líneas hasta hacerlas chocar en un punto que explique dónde estoy ahora.

Ahora estoy en la cama, despierta cuando los niños se levantan. Los oigo bajar con Flavi, desayunar con Flavi, marcharse con Flavi. Hoy es sábado, no sé adónde van. En qué momento he dejado de ser yo quien se levanta con ellos, quien les calienta la leche, quien los acompaña a los sitios. En qué momento he dejado de saber. Sé más cosas hoy que ayer, pero no sé si me sirve saber lo que sé si no sé lo que tengo que saber. Dónde están mis hijos, por ejemplo. Y por qué su padre vuelve solo al cabo de un rato. El gemido de la puerta de la calle, sus pies subiendo por la escalera. Abre la puerta.

Re, ¿estás ahí? Estoy aquí, despierta, sí. Flavi se acuesta a mi lado. Noventa centímetros de amor, dice. Y me pregunta si no recuerdo la primera noche que pasamos en el séptimo, los dos solos, en una cama individual que habían dejado los antiguos inquilinos. Todo lo que hicimos en ella. ¿Dónde están los niños, Flavi? Su mano acariciándome el muslo. Tenían una fiesta de cumpleaños en casa de Martí, los he dejado allí un rato, estaba lleno de adultos. Su mano subiendo por mi vientre, los dedos lo bastante ágiles para evitar las cicatrices. Si tan solo fuese capaz de tocarlas, de reconocer la falla. No sabía que tuviesen un amigo llamado Martí. Globos, juguetes y piezas pequeñas, almendras saladas. Antes, habría llorado ante la idea de dejarlos solos cinco minutos. Antes, habría ido yo y me habría quedado allí, sin quitarles ojo. Ahora no es antes y estoy tranquila. Tranquila por los niños. La inquietud me viene por otro

lado. La mano de Flavi llega a mis pechos. La aparto. Re, por favor, no me castigues, estás espectacular estos días, y yo te deseo como nunca. Su deseo no es el mío. No quiero follar en la litera de los niños, Flavi. Los niños duermen en nuestra cama, Rebeca. Da igual, tú ya me entiendes. Y además tengo que contarte algo. Eloi, los verdes, Gregori y Alexandra Morell. Escoger una. ¿Qué pasa, Re? Es sobre Gregori y es inquietante. Flavi se incorpora. He despertado su interés. Ayer por la noche me lo encontré, haz café y te lo cuento todo, venga.

Nos sentamos en el patio, la mañana de septiembre es cálida, no queda ni rastro de los relámpagos de ayer. Los tengo todos dentro. Flavi remueve la taza. ¿Y bien, Re? Por dónde empezar, qué confesar. Ayer, ya lo sabes, salí a caminar, lejos, hasta Premià, y al volver vi a Gregori en la playa. Pocas horas antes, Camila me había dicho que estaba preocupada porque él está de vacaciones, pero nunca se queda en casa para ayudarla con Flora, que tiene tos y apenas duerme por la noche, sino que prefiere salir a caminar. Él solo. Pero ayer no estaba solo cuando lo vi. Hago una pausa y Flavi arquea las cejas. ¿Una mujer? Exacto. Estaban sentados en la arena, charlando. Al cabo de un rato, se levantaron y los seguí. Flavi abre más los ojos, ¡Rebecapor-dios!, pero se muere de ganas de saber más. Entraron en el paso subterráneo y yo con ellos. Hasta que me oyeron y se dieron la vuelta. Los dos. ¡Y, madre mía, Flavi! ¿Madre mía, qué, Re? ¡La mujer! La conocía, la conocemos. Era Alexandra Morell.

Flavi baja las cejas, toda la decepción en un gesto. No le ve nada de extraño. A ver, Rebeca, es la hija de sus antiguos vecinos, es normal que se conozcan. Que sean amigos, incluso. Si solo estaban charlando, si no se dieron un beso ni nada, qué quieres que te diga, me esperaba algo más. Entiendo su frustración porque es fruto de la ignorancia. Flavi no tiene ni puta idea. No alcanza a ver la turbiedad, se deja deslumbrar por la limpidez de los hechos más palpables. Sé que me maldice, que me culpa por hacer trampas, por exagerar una historia insípida para sacarlo de la cama, para evitar su enésimo intento de follarme. Podría rebatir que, pese a no querer sexo, o no con él, no he exagerado nada, porque sí que es inquietante, y

mucho, el hecho de que Gregori se paseara con Alexandra Morell. Podría hablarle del meridiano, de la energía que desprende y de la secta que lo venera, y de cómo verlos juntos ayer me confirma que Gregori también es meridianista. Según Eloi, Alexandra lo es o lo era. Y Àngela, la bola verde, va allí cada noche. Ambas tienen una conexión con Gregori, una conexión mortal, hecha de cadáveres suicidados, y los tres la tienen conmigo. Mi enfermera, mi salvadora, mi vecino. Me molestan todos los posesivos que me mantienen en la órbita de esa inquietante tríada, como si fuese un satélite obligado a girar a su alrededor. Obviamente, no le digo nada de todo esto a Flavi. Me limito a sonreír con picardía y le digo que siento no haberle procurado ninguna fantasía porque el único tocamiento de anoche fue el abrazo que me dio Alexandra mientras me decía que esperaba que estuviéramos muy a gusto en su antigua casa.

Digo esto y no digo, en cambio, que ese abrazo, dentro del paso subterráneo, me estranguló. Que noté cómo su cuerpo, que conocía los secretos de mi útero, me decía: ni se te ocurra decir que nos has visto juntos, no digas nada, no hagas nada, que sé quién eres, bruja. Alexandra no me había llamado bruja. Pero había sido testigo de la acusación. Había visto cómo las mujeres y los hombres de fuera de la clínica, congregados para hacer daño, me señalaban con dedos incriminatorios y me lanzaban a su particular hoguera al grito de ¡bruja, bruja, bruja!, una primera y una segunda y una tercera vez, un tercer hijo que no quería, que no deseaba, porque mi único deseo era sobrevivir, salvar mi cabeza, mi salud, mi vulnerabilidad, bruja por triplicado y la enfermera que me esperaba dentro, que era ella, Alexandra, me invitó a no castigarme, que no eran sino una panda de charlatanes, de sinvergüenzas, de miserables, y luego me susurró al oído, la voz mutando de dulce a firme, casi incisiva: ser bruja no está nada mal, ¿quién no querría ser una mujer sabia, la más sabia de todas?

Tampoco le digo a Flavi que estoy convencida de que Gregori lo sabe. De que Alexandra le contó qué hice, qué elegí. Elegí matar. No uses ese verbo, Rebeca, por favor, me suplicaba Flavi entonces. Pero así lo sentía yo, y lo sigo sintiendo: esa criatura habría crecido dentro de mí, y habría salido viva de mi interior, habría sido mi hijo,

mi hija, tanto da, lo habría alimentado, lo habría querido. Lo habría sufrido. Y es que entonces yo sufría mucho. Sufría tanto que me olvidaba de respirar. Flavi tenía que rescatarme, respira, Re, respira y estate tranquila, los niños están bien. Sus brazos me salvaban de caer en picado. El señor Morell no tuvo a nadie que lo cogiera, y quizá sí, en cambio, alguien que lo empujara. Al mismo abismo que me llamaba a mí. El psiquiatra de la clínica lo tuvo clarísimo: no has hecho nada que no sea protegerte, proteger tu cuerpo y tu mente. La mera posibilidad de una tercera cesárea era nefasta, y más a tu edad. Riesgo-beneficio, Rebeca. Y también: los embarazos deben ser buscados, y los hijos deseados. Yo no deseaba aquella criatura, y el embrión no tenía deseo. Un huevo, una forma reptiliana, un conglomerado de células. Sin embargo, un corazón. Lo oí. Y lo silencié. Bruja, más que bruja.

Yo lo maté, Flavi.

Eso sí que lo digo. Digo lo que hacía meses que no decía. En voz alta. Flavi entorna los ojos en un intento de mostrar incomprensión, pero lo delata todo el terror que no oculta su mirada. Aunque finja lo contrario, sabe perfectamente de qué estoy hablando. Le confirmo que reencontrarme con Alexandra, sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, me disparó un recuerdo muy concreto.

Yo lo maté, repito.

Flavi, entre desvalido y rabioso, dice que no con la cabeza. Otra vez no, Rebeca, te lo ruego. Pero yo sigo adelante, por supuesto que sigo adelante. La fractura de la corteza, el desgarro de las cicatrices, la falla profunda:

Intenté hacerlo en casa, en nuestro refugio, con química pero en paz, con tu compañía, Flavi. Tú me prometiste que estarías a mi lado, que hacíamos bien, que éramos cuatro y lo seríamos por siempre jamás. Pero yo era solo una, Flavi, estaba sola cada vez que iba al baño, cada vez que meaba sangre, cada vez que tiraba de la cadena, estaba sola cuando me preguntaba si ya lo había expulsado. Si ya lo había ahogado. Veía un embrión arrastrándose por todas las cloacas hasta la desembocadura, luchando por respirar, incapaz de nadar. O peor: todas las veces que me arrancaba la compresa sucia, la tiraba a la basura y luego bajaba la bolsa y me decía, ya está, un

hijo en el contenedor. Era espantoso. De noche, mientras tú dormías plácidamente a mi lado, yo saltaba al vacío, desde el séptimo al asfalto. A ratos me tiraba sola, a ratos con mis hijos, uno en cada mano, total, ya he matado a uno. Sangré durante veinte días, Flavi. Veinte días comiendo, trabajando, caminando, criando y abortando. Viviendo en un gerundio atormentado. Entre mis piernas, todo el odio hacia mí misma. Y, encima, al cabo de unas semanas, la losa: no lo has eliminado.

Lo.

Mi hijo, mi hija.

Enraizado en mí, sin la menor intención de soltarme. Lo siento, pero tendremos que hacerte un raspado. Barrerlo bien para que no quede ni rastro. Y quien tenía la escoba era Alexandra. Me raspó hasta que me quedé vacía de vida y llena de culpa, y horas después, mientras me despertaba, todavía abrumada por la anestesia, ella nos habló de la casa de sus padres, de una casa preciosa en Ocata, y te explicó que le urgía venderla, sacársela de encima, el motivo no lo sabíamos, bueno, tú sí, pero decidiste por mí, no decírmelo y traerme aquí, porque yo, entre la bruma, te apretaba la mano y te decía no quiero quedarme en el séptimo, en el séptimo he matado.

Lo he dicho todo entera. Sin lamentarme, sin lloriquear. La solemnidad del terror. La falla abierta de par en par y Flavi allá abajo, tocando fondo en lo más profundo de mi desgracia, que no es la suya porque:

¿Sabes cuándo habría nacido, Flavi?

Me mira aturdido:

Tu hijo, tu hija, ¿sabes cuándo habría nacido?

Se lleva las manos a la cara. Me río, porque es evidente que no lo sabe. En ningún momento fue suyo, ese niño. Pese a que era cosa suya. Sin condón, sin vasectomía. Con los reflejos idiotizados por unas cuantas cervezas. Para mí no hay marcha atrás, y él, en cambio, no tiene ni repajolera idea de lo que significa elegir no parir.

No, no sé cuándo tendría que haber nacido, no lo recuerdo, Re.

El uno de noviembre. El día que invocamos a los muertos.

Flavi chasquea la lengua. No seas tan tenebrosa, Rebeca, por favor. Pero apenas oigo su voz, sepultado todo él por las paladas de

tierra que le he tirado encima. Enterrado en la falla. Le costará salir.

Tenemos que ir a recoger a los niños, ¿no, Flavi?

Serpentinas, banderines, gorros de colores. Bru y Nit, vivos entre sus amigos, arrojándose en brazos de su padre cuando nos ven llegar. Antes de marcharnos, conozco a Martí. Le pregunto si ya ha soplado las velas y me dice que sí, que ha pedido un superdeseo. Le digo que bien hecho. Que se cumplirá. Que yo me encargaré de que así sea.

16.

Cojo el tren tres meses después de haber llegado a Ocata. Lo hago en dirección contraria, pero en la estación no me esperan el séptimo ni Barcelona, sino Montgat y Eloi. Con su familia. A mí me acompaña la mía. Los niños no acaban de entender por qué vamos a casa de alguien a quien no conocemos, pero la perspectiva de tener acceso a los juguetes de otros los convence. Flavi se ha tragado la historia que le he vendido: es una cosa del trabajo, de Madame Palma y los americanos, tengo que hablar con esa tal Sami que sabe cosas de las brujas. Y él: ¿y qué pinta su marido en todo esto? Nada, es un contacto de Camila, fue ella quien me lo pasó. Y él de nuevo: pero ¿nosotros tenemos que ir? Y yo obviando que ellos son mi escudo y exasperándome: ay, Flavi, os propongo un plan distinto, conocer a gente nueva, ¿no te apetece? Y Flavi, abatido desde que cayó en la falla, aceptando a regañadientes.

Cuando veo a Eloi en el andén, la camisa de hibiscos en flor y la sonrisa ladeada, ardo por dentro. Lo amarraría y me lo llevaría volando mar adentro. Nos bañaríamos, pescaríamos arenques, nadaríamos hasta Dunkerque, viviríamos allí juntos por siempre jamás. Pero me quedo inmóvil, fingiendo que es la primera vez que lo veo en la vida. Él saluda a Flavi con la mano, una fría cortesía, y, puesto que ninguna barra ni mesa nos separa, me da dos besos. Labios salados en mis mejillas, chúpame como chupas los mejillones, anda. Hola, soy Rebeca, encantada. Eloi sigue la pantomima, no puede hacer otra cosa, y nos presenta a las niñas, que han venido con él, dos chiquillas vivarachas que cogen a Bru y Nit de la mano y les hablan de todos los juguetes que tienen en casa.

Caminamos los dos, los tres, los siete juntos, siguiendo el trazado de las vías. Noto un tirón a cada paso hasta que, de repente, un calambre me deja tiesa. Se me escapa un gemido y qué pasa, qué hago mirando al suelo, quiere saber Flavi, y yo le digo que algo me ha picado. Eloi me escruta atento mientras me rasco los tobillos,

entumecidos por la descarga. No hay ningún insecto capaz de pasarme corriente. Y menos esta corriente. Sé que el pellizco viene de la línea. Al fin y al cabo, la estamos siguiendo. Unos cuantos kilómetros más al sur, pero la misma vía, el mismo mar. Sin embargo, a diferencia de una picadura, este mordisco no me duele. Me llena la sangre del único veneno que necesito. Camino agradablemente infectada hasta que llegamos al pie de la colina, y allí, en una casita de una sola planta, un limonero en el patio de entrada. Una mujer amarilla en la puerta. Sami. Ahora entiendo la pasión de Eloi por la música hawaiana. Sami debe de ser de allí, menuda, voluptuosa, el pelo de seda negra, los ojos de almendra tostada. Es guapa, es dulce, es un amor de mujer que me abraza cálida, mi piel electrizada por su marido y por la línea, hola, Rebeca, cuánto me alegro de tenerte aquí. Sonrío venenosa. El placer es todo mío, créeme.

Los niños juegan entretenidos, bien avenidos. Los mayores nos sentamos a la mesa puesta, mantel limpio y limonada, cerveza, bizcocho, higos y membrillo. Todo casero. O casi. La cerveza es de importación francesa, Eloi tiene un bar, no sé si lo sabíais, pero como pasa tantas horas allí, también cuenta como casa, ja, ja. Flavi se interesa: ¿ah, sí? ¿Un bar? ¿Dónde está? En Ocata, hacia el final. No dice el nombre del bar, no quiere decirlo, y yo lo prefiero así. El deseo no se puede compartir. Lo miro como queriendo darle las gracias, y él me clava los ojos como queriendo decir por qué me haces esto, por qué estás aquí, por qué con tu marido, por qué con mi mujer.

Nos entretenemos con nimiedades: la vida en Ocata, la escuela de los niños, el trabajo con los americanos. Mientras Flavi habla de la casa, de la reforma, de todo su trabajo como arquitecto, yo me dedico a mordisquear un higo y Eloi se levanta de la silla, nervioso. Voy por más cervezas, más comida, hay un queso que tenéis que probar. Sami parece interesarse por lo que dice Flavi. Reconoce que, como buena historiadora, las casas bicentenarias como la nuestra la fascinan, toda la memoria que atesoran sus paredes. Y nos cuenta que la suya, en cambio, tendría que echarse abajo porque se hizo durante los años en los que se construía como se quería, pero no

como habría que hacerlo, y la casa está destrozada, demasiado salitre, la inevitable erosión, pero cómo se hace para abandonar una casa a la que quieres, a ver, cómo se hace. Flavi suelta una arenga sobre la arquitectura abusiva, la falta de escrúpulos y la importancia de las licencias. Yo ni lo escucho. Respondería a Sami diciendo que del amor al odio no hay tanto trecho, como de la vida a la muerte, más o menos, que hubo un tiempo en que yo también quería al séptimo y luego maté y el amor se murió, pero no digo nada y me excuso: tengo que ir al lavabo. Por supuesto, ve al nuestro, dentro de la habitación de matrimonio, el otro es territorio de las niñas y me avergüenza reconocer que no sé cómo está.

Sigo el dedo de Sami, que me invita a su cama: las sábanas que retienen el olor de sus cuerpos, la almohada de Eloi con toda su baba. La cojo, me la froto entre los muslos, la suelto. El lavabo es gracioso, estrechito, pequeñito. Cuántas veces habrán follado aquí dentro Eloi y Sami. No, esos dos no follan. Esos dos hacen el amor. No tengo nada que hacer en el lavabo, pero espero. No demasiado, ni un minuto pasa hasta que la puerta se abre y él entra y me arrincona contra la pared, me empuja y me abraza, me busca y me aparta, todo a la vez, y yo murmuro Eloi, y él gimotea Rebeca, y yo, Flavi, y él, Sami. Flavi, Flavi, Flavi. Sami, Sami, Sami. Los escudos contra la posibilidad. Un puñado de segundos hasta que nos separamos. Agua fría en la cara cuando me miro al espejo. Despeinada, oscura, poderosa.

Cuando vuelvo a la sala, vamos al grano. Sami me pregunta qué quieren saber los americanos. Me invento que están recopilando leyendas sobre brujas de todo el mundo y que supe por mi amiga Camila que la mujer de un conocido suyo podría contarnos cosas sobre las leyendas locales. Se me caerán todos los dientes por mentirosa, pero bebo un trago de Calvario y los enseño, bien enmarcados por una sonrisa incontestable. Sami confirma que así es, que puede ayudarme. Aunque espero que esto no se llene de turistas imbéciles. No lo creo, tienen un público muy selecto. Flavi me mira escéptico, pero no dice nada. Me pone una mano en el muslo, eso sí. Eloi vuelca un vaso de agua, se disculpa, se levanta para ir a buscar un paño. Sami se lo queda mirando, una ternura

contrariada, Eloi es camarero, los camareros no vuelcan vasos, pero luego vuelve los ojos hacia mí y rompe a hablar. Dice que la historia que se conoce, la que está escrita o documentada, es la de los íberos y los griegos y que empieza, sobre todo, por poner nombre a las cosas:

No te dejes engañar por los gatos. Montgat no es una colina llena de felinos. O tal vez sí, quién sabe, porque no hay más que ver cómo pintan a las brujas en los cuentos infantiles: con escoba y un gato negro. Puede que decir gato sea un eufemismo, una evasiva para no decir bruja. Porque sabemos sin lugar a dudas que brujas sí había. Sobre todo la madre de todas ellas: Hécate. Ahora mismo estás al pie del Monte Hécate, que derivó en Monte Cate, que se convirtió, la etimología perezosa o miedosa, en Montgat. El original Mons Hécate quería decir montaña de Hécate, que por entonces era una diosa lunar. Los griegos, en especial los de Focea, la veneraban. Y los de Focea llegaron hasta aquí y descubrieron, gratamente sorprendidos, que los íberos se referían a este monte como *Lunarium promontorium* porque la costa que desembocaba aquí desde Montjuïc tenía forma de medialuna y porque su cima era una atalaya perfecta para observar el satélite. Los griegos fueron un paso más allá, mezclaron astronomía y fe y levantaron en lo alto del monte un templo dedicado a su adorada Hécate. No la adoraban como bruja, todavía no, lo hacían sobre todo como diosa, porque creían que proveía de abundancia a los pescadores. Fue un poco más tarde cuando Hécate se convirtió en la divinidad que presidía los hechizos y la magia. Fue cuando la tierra se movió.

Sami sabe contar historias. Tiene una voz melosa, una cadencia delicada. Las perlas preciosas que debe de susurrarle al oído a Eloi. Imposible no derretirse, imperdonable no quererla.

Entonces, esta no era una tierra sencilla. Para que me entiendas, la Laietania de los íberos no tenía la misma costa que nosotros. Se formó poco a poco con la erosión de las montañas cercanas, y todos los sedimentos que arrastraban las torrenteras fueron allanando la tierra hasta dejarla como la conocemos hoy. Esta es la explicación geológica, pero entonces no lo creían así. Por ejemplo, Avieno, poeta, astrónomo y geógrafo romano del siglo IV, fue de los primeros

en referirse a Hécate como diosa infernal y madre de todas las brujas porque, según él, había movido la tierra. Escucha cómo lo decía, qué palabras tan precisas usaba…

Es evidente que Sami se ha preparado para esta conversación, porque abre una libreta que tiene sobre la mesa, pasa páginas, me mira, sonríe afable, lee:

«Si uno pasa el macizo a bordo de una nave y se interna en el abismo del mar nuestro, se ve empujado sin cesar por las rachas del viento Favonio, hijo de Aurora. Después, de nuevo, hay un cabo y un templo consagrado a la Diosa Infernal. Cerca de allí hay una gran marisma; se dice que, en esos parajes, se levantó en la antigüedad la tierra desde el mar, por orden de la madre de todas las brujas.» Así que ya ves, movimiento geotectónico o cosa de las brujas…

La falla también es un movimiento geotectónico. O cosa mía.

…porque no eran pocos los que, como Avieno, creían que aquello, el movimiento de los sedimentos, era obra de las brujas y que, por tanto, la tierra aparecida estaba y estaría, por siempre jamás, bajo su dictado y gobierno. Sobre todo la que va desde Montgat hasta Ocata, porque ese nombre tan exótico, Ocata, también viene de Hécate. Se ha tendido a ocultar su origen, que si un pueblo de Francia, que si un apellido lejano, pero la etimología menos corrompida es Hécate. Abro mucho los ojos y aún más los oídos. Ocata, Hécate, Ocata, Hécate. Sami se embala con mi reacción: como lo oyes, Rebeca, Ocata es Hécate sin el monte. En el monte se la veneraba y en la tierra actuaba. Y aún lo hace, fíjate bien, hay muchas reminiscencias del culto a Hécate en el folklore local, aunque la gente lo ignore. La famosa fiesta de la Llissa, por ejemplo. En los templos dedicados a la diosa se hacían sacrificios. Sobre todo de perros y peces, perros negros y mújoles de todas las medidas. Entonces el perro era visto como un animal salvaje y temible, y por tanto de naturaleza impura, no lo servían como sacrificio a los dioses del Olimpo, sino como cena para Hécate. Y el mújol era un pescado contaminado que se alimentaba de cadáveres de otros peces y restos de comida, por eso también se consagraba a divinidades oscuras, Hécate la primera. Ahora no matamos a perritos, pero podemos arrojar espinas y basura sobre un mújol de tela y luego

quemarlo. Y además lo hacemos el mismo día que lo hacían los griegos, el 13 de agosto.

Estoy boquiabierta. Quiero decir algo. Hostia, por ejemplo. Una hostia que es una bofetada. Un abre los ojos, chica. Los abro hacia dentro y me veo ese 13 de agosto. Decaída primero, envalentonada después. La Llissa salpicada de comida, los niños en el agua, la antorcha encendida en mi mano. El deseo de saltar. Digo hostia.

Espera, Rebeca, espera, porque, además de la Llissa, está también la Noche Encendida, que se celebra la noche del 31 de octubre al uno de noviembre, el día que los vivos recuerdan a los muertos. En la Noche Encendida, por tanto, unos y otros se encuentran, se mezclan. Toda la línea de la costa entre Montgat y Ocata se llena de cirios y velas que la iluminan mientras la gente, disfrazada de brujas, demonios y criaturas del inframundo, quema incienso a orillas del mar y repite la cantinela que ha aprendido de oído: «Espíritus sumergidos, muertos y ánimas, salid del agua por las corrientes del olvido y venid a nosotros».

Sami se detiene un instante. Me mira. Quizá busca al muerto que llevo sumergido. Bebe un trago de limonada, repasa las notas de la libreta.

Eso sí, ya les estás dejando bien claro a tus americanos que la Noche Encendida no es ninguna asimilación de su ultraexportado Halloween. Porque, de hecho, la cantinela típica de la fiesta, la que recitamos entre sorbos de vino y risas sofocadas, no es una letanía inocente, sino un fragmento de una invocación original, documentada en diversos textos, que se usaba cada noviembre en la Hekateia, la celebración para pedir a Hécate que abriese la puerta del inframundo: «Hermes subterráneo, Hécate subterránea, subterráneos devoradores de carne cruda, dioses subterráneos, héroes subterráneos, servidores subterráneos, espíritus subterráneos, pecados subterráneos, agua terrorífica de Estigia, corrientes del olvido, muertos, demonios y almas de todos los hombres: venid hoy y realizad mi deseo, el que alimenta este hechizo».

La escucho embelesada. Es el compás cautivador de su voz y algo más. La invocación me acuna como una caricia, como la nana de

una madre, una voz dulce y magnética a la vez. Me retumba y me emociona, golpes y soplos en el corazón. Podría levantarme y bailarla toda.

Durante la Hekateia, los seguidores de la diosa hacían incienso con elementos naturales. Mira, te leo los ingredientes que quemaban: sebo de una cabra virgen de piel moteada, estiércol de cinocéfalo, dos huevos de ibis. Y atención: suero de una doncella muerta, el corazón de un bebé prematuro, un feto de mujer.

Flavi se estremece. Dice ay. Dice joder. Eloi se lo queda mirando, la burla mal disimulada en los ojos. Sami prosigue impasible, mirándome fijamente, hablándome.

Huelga decir que la gente ya no hace incienso con restos humanos. Resina, piel de naranja, aceites esenciales. Y luego lo queman juntos. La playa se llena de humo especiado, sombreros puntiagudos y cuernos rojos, pero nadie, absolutamente nadie, sabe de dónde viene la tradición. En ningún lugar se explica que Hécate es la guía de las almas, ni que custodia la llave entre los mundos. Igual que con la Llissa, se cree que la Noche Encendida tiene que ver con el pasado pesquero del pueblo, el culto al mar, y se oculta el otro pasado, el del culto a las brujas. Pasado que es presente. Porque Hécate sigue viviendo en la cima del monte y actúa en la costa. De ahí que la línea entre Montgat y Ocata sea un contínuum de actividad telúrica y alta concentración energética.

Lo sabía.

Lo-sa-bí-a.

Exhalo. Dejo salir la sospecha. Aspiro. Que entre toda la certeza.

La línea, mi línea, existe. El calambrazo, la descarga, no son delirios míos. La energía, la corriente latente que me guía, tiene una consistencia real. Pero espera, hay otra línea así: el meridiano. Miro a Eloi, que me entiende, por supuesto que me entiende, y asiente en silencio.

Por Ocata también pasa un meridiano.

Flavi me mira interrogante. Sami lo entiende todo, desde luego, pero esto no se lo esperaba. Que su marido asienta a mi mirada. Que yo conozca el meridiano. Coge aire antes de decir que sí, que

así es. Un seísmo en su voz. Se le cuela la duda. La miro con firmeza, que hable ella:

El meridiano verde. En ciertos círculos se cree que tiene un significado oculto, que es un eje siniestro, directamente relacionado con el diablo. Hay seguidores del meridiano. Gente que le rinde culto por la energía que transmite. Con o sin demonio, históricamente el meridiano verde ha reunido diversas estructuras sagradas, desde iglesias a crómlechs. O necrópolis. En Ocata encontraron una, cerca de la desembocadura de la riera de Teià.

Flavi habla por primera vez, aliviado por encontrar una brecha interesante entre toda esa absurda cháchara esotérica. Los hallazgos arquitectónicos son lo suyo y exclama que no lo sabía, que desconocía la existencia de esa necrópolis y que nunca la ha visto. Sami lo deja con la miel en los labios al decirle que no la verá. Que la negligencia política, más preocupada por alimentar el capitalismo que la espiritualidad de los ciudadanos, se la cargó. Porque allí iban a construir un supermercado, pero los propietarios no querían ni oír hablar de levantarlo sobre unas tumbas, de modo que exigieron al ayuntamiento que se quedara con el terreno y les cediera otro a cambio. La permuta solo funcionó para el supermercado, que se construyó un centenar de metros más allá, mientras que el ayuntamiento, incapaz de hacer nada con ese tesoro histórico, enterró la necrópolis bajo varias capas de tierra. Ahora son descampados. Con el tiempo, se han hecho allí obras abusivas, cobertizos y casas sin licencia, pero el alcalde finge no saber nada al respecto. Son solares malditos. Flavi abre la boca, anhela retomar el debate sobre las licencias patrimoniales, llevar la conversación hacia terreno seguro, pero yo me impongo. Lo interrumpo.

¿Y qué pasa cuando llega a Ocata, Sami? ¿Qué pasa cuando el meridiano verde corta la línea de Hécate?

Sami aprieta los labios. Su ademán afable se ha resquebrajado, algo le molesta. Soy yo, lo noto. Pero ella se debe a las brujas, tiene que contestarme. Lo hace seria, su voz admite cierta derrota.

Pasa que ese punto, el punto de corte, es una confluencia de líneas energéticas, un lugar donde pasan cosas, una encrucijada mágica.

Flavi resopla. Aparto su mano de mi muslo. Eloi sonríe, cómodo. Sami lo ve. Suspira, abre la boca, la cierra. Me mira, asiente más para sus adentros que para nadie más, prosigue:

Lo más curioso de todo es que Hécate, además de diosa lunar, madre de las brujas y guía del inframundo, es la encargada de custodiar las encrucijadas, que no son lugares inocuos, sino que están cargadas de simbolismo. Desempeñan un papel muy destacado en la cosmología pagana, así como en el folklore occidental. Son lugares situados en el umbral entre mundos, donde la magia campa a sus anchas, donde los espectros se manifiestan. Hécate se manifestaba en las encrucijadas, sobre todo las de tres caminos, los trivios.

La vía, el mar, el meridiano. Tres caminos.

Los griegos creían que, en esas encrucijadas, la diosa presidía ceremonias de expiación y purificación de las sombras. Permitía, por ejemplo, que sus adeptos, ya fueran vivos o muertos, enmendaran las malas acciones de su vida pasada. Los altares se multiplicaron por momentos, la gente ansiaba los favores de Hécate. Morir en paz para renacer en paz. Había montañas de pescado podrido y perros descuartizados en cada cruce de caminos. Era tan exagerado que, hartos de la amenaza pagana, los cristianos tomaron cartas en el asunto. Son famosas, por ejemplo, las palabras de san Eligio a su congregación de Flandes, espera, que las tengo aquí apuntadas, sí: «Ningún cristiano debería prestar o guardar devoción a los dioses de los trivios, donde se cruzan tres caminos, donde el demonio se siente como en casa, donde las brujas se hacen fuertes».

Sami no me quita ojo mientras le coge la mano a Eloi y comenta qué cosas tiene la vida, verdad, para que una experta en brujería como ella haya acabado con un san Eligio, porque Eloi es una variante de ese nombre y él es un santo. Eloi en el baño, abrazándome. Sonrío. La bruja dejándose abrazar. Cuánta razón, digo. Sami asiente, todavía seria. Luego se levanta, pone las manos sobre los hombros de Eloi, le planta un beso en la cabeza. Da la conversación por concluida, es evidente, pero no dejo que se vaya. Todavía no.

¿Por qué el tres, Sami?

¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Los trivios, las encrucijadas de tres caminos. ¿Por qué el tres?

Porque es un número sagrado. Piensa que Hécate también lo es.

¿El qué?

Un tres. O tres en una. Siempre se la representa con tres caras, acompañada de tres elementos.

¿Cuáles son?

Una antorcha, una serpiente, una llave.

La falla se abre, la tierra aflora.

17.

Flavi pasa dos días enteros renegando de la excursión a Montgat. Que si Sami es una historiadora frustrada y Eloi un hippy mimado con pasta. Papá le regaló un terreno y él se dedica a estafar a los borrachos con cerveza salada. Está muy enfadado. Cree que debería deshacerme de los americanos. El mundo está lleno de cosas reales que merecen más atención que el culto a una supuesta diosa. Menuda sarta de paparruchas. Religión, superstición, tomadura de pelo. Podrías hacer tantas cosas, si quisieras, Re.

No es consciente de todo lo que podría hacer. A diferencia de él, la visita a Montgat me ha dejado satisfecha. Plena y consciente. Con su lección magistral, Sami validó mi intuición. Que ahora ha mutado en satisfacción. No temo al abismo de la falla porque de la tierra que me habita hago lo que quiero. Ya lo dijo Camila un día de verano: soy tierra, soy cautivadora, soy fértil. Soy tres en una y una que es tres. No digo nada de todo esto a Flavi, pero él lee la ausencia de réplica como una derrota, la suya, y se enfurece aún más. Sé que no tiene donde agarrarse, las últimas semanas han seguido una trayectoria convulsa, giros imprevistos que le provocan un creciente malestar. Él no quería hablar de brujas ni de líneas mágicas, y menos aún afrontar el aborto. Flavi está a años luz del camino conciso que es su fundamento, de aquello que es él, de lo que espera de la vida.

Cosas de la vida, me hace gracia, mucha, cuando recibo el encargo diario de los americanos. Flavi diría que es pura casualidad y mera interpretación, Rebeca, pero yo no veo nada de fortuito en el hecho de que precisamente ahora me toque traducir el texto sobre la línea de la vida. Es una línea imprescindible, producida por la acción de un solo dedo: el pulgar. Toda la vitalidad, la fuerza de voluntad y las creencias de una persona recaen en el dedo gordo. Pienso en Eloi haciendo autoestop al volver de Dunkerque hacia Ocata, y en cómo trazaba así su línea vital mientras deshacía otra, el

meridiano. Pienso en qué le quedó impreso en la mano de aquella experiencia. Pienso en su mano agarrándome la cintura el otro día en su casa, en el baño. Pienso qué dejó tatuado en mí con el tacto del deseo más sincero. Pienso todo esto mientras traduzco. El correo, como siempre, va acompañado de dos ejemplos. El primero es una línea de la vida que se entrecruza con otra de longitud similar. Según Madame Palma, eso puede simbolizar el final y el inicio de una aventura importante: dos vidas en una. «Las personas con este tipo de línea tienen tendencia a sentirse insatisfechas con su vida y, al mismo tiempo, a no desfallecer en la búsqueda del verdadero sentido de su existencia. Son individuos con problemas, porque vivir dos vidas los comporta, pero tienen la firme voluntad de cambiar su situación de partida. El principio de la aventura es la primera encrucijada que encuentra la línea de la vida, mientras que el final llega con la última intersección.» Detengo los dedos, los aparto del teclado y giro la palma de la mano derecha. No me sorprende encontrar dos líneas que se entrecruzan en un punto final. Ahora sé, y esa certeza es maravillosa, que estoy hecha de encrucijadas. La aventura de mi vida empieza en la piel, dos cicatrices que se cortan, y acaba en la tierra, la línea de Ocata que es Hécate cuando se encuentra con la del meridiano. No conozco de memoria la mano de Flavi, pero pondría la mía en el fuego a que su línea de la vida es idéntica a la del segundo ejemplo, grave y profunda, sin ramificaciones. Madame Palma asegura que «una línea con estas características pertenece a personas cuadriculadas y firmes que, en situaciones de caos y desorden, pueden desempeñar un papel de figura paterna o guía que sepa orientar. Son individuos con principios sólidos e inmutables, arraigados en el mundo físico. Su racionalidad les impide entender o profundizar en cuestiones espirituales».

No profundizo en ninguna cuestión espiritual con Flavi. El pobre sigue luchando por salir de la falla. Está de mala leche y dice que es culpa del cambio de estación. Del cambio de tiempo. Le molesta el cambio. El mío, sobre todo. Me sabía de una manera, apocada, miedosa, y ahora soy una desconocida, expansiva y segura. Por eso

desaparece de mi lado, se refugia en las cosas que puede controlar: el trabajo, los niños, la rutina.

Los niños no cogen ningún resfriado pese a que el colegio es un antro de virus hambrientos. Flora está enferma pese a que no va al colegio. Pese a tenerla encerrada en casa. Hace días que Camila y la niña están recluidas mientras Gregori está de vacaciones lejos de ellas. Una tarde lo veo salir de casa. Me apresuro a cruzar la calle y llamo al timbre. Camila abre al instante, seguramente creyendo que es Gregori, que se ha dejado las llaves, el tabaco, el beso que no le da desde hace semanas. Pero soy yo, y por su cara sé que no me esperaba, pero que tampoco sabe decir que no cuando le pregunto si puedo pasar. Rebeca, la casa está fatal, tengo a Flora muy enferma y a duras penas puedo ordenar nada. La abrazo y le digo al oído: yo te lo barro todo, déjame entrar.

La casa está a oscuras, las persianas incrustadas de mierda y secretos. Flora está en el sofá, cubierta de mantas que la hacen sudar. Su tos llena la sala de desdicha. El sofá es viejo, marrón apagado, de cara a la pared, donde no hay ningún televisor. Los únicos dibujos que ve la niña son trazos y garabatos en el estucado. Camila se justifica: es cosa de Gregori, que pinta cuentos e historias en la pared para Flora. Los repaso con los dedos, rayas gruesas, negras, verdes y rojas que son lobos, bosques y caperucitas. Camila tiene que ver, como veo yo, que estos dibujos llenan de angustia cada rincón, y quizá por eso se mueve nerviosa a mi espalda. Como si quisiera evitarme la casa entera. Tan pobre, tan fea. No tiene ningún sentido que alguien como ella viva aquí, así. Gregori debe de tenerla retenida de algún modo. Me muevo por las estancias sin pedir permiso. No lo necesito. La cocina es de butano, de origen, los azulejos naranja, todo arde en ella. La escoba me espera. La cojo y la pongo a bailar por toda la sala. Flora tiene un ataque de tos y su madre acude corriendo, la socorre, un vaso de agua y un suspiro exhausto. Camila está agotada y el cabronazo de Gregori paseándose por la playa con enfermeras. Cuando la tos se apaga, Flora se queda dormida. Camila permanece a su lado, muy quieta, hipnotizada por el vaivén de la escoba. Me acerco a ella. Me mira, pequeña y desamparada. Descansa, le ordeno. Se rinde, se apaga al

instante. Acabo de barrer toda la planta baja. Solo me quedan el baño y la despensa de debajo de la escalera. El baño está plagado de hongos y humedad, y la despensa es un desierto. No sé qué comen. Me llevo la escoba escaleras arriba, Camila no se despertará.

En el piso de arriba hay tres habitaciones. Una grande, de matrimonio. En ese colchón yace el vampiro cuando afuera hace sol. Gregori y Camila nunca duermen juntos. Como Flavi y yo, de hecho. Espejos o distorsiones. Su casa es el negativo de la nuestra: oscura, estrecha, mal hecha. Contrarios, complementarios. La habitación contigua es la de Flora. Una cama pequeña, un armario modesto, pocos juguetes. Las paredes llenas de garabatos también aquí, todas de rojo apagado como la sangre vieja. La niña sola por caminos sombríos, el lobo en la encrucijada, el bosque que todo lo calla y todo lo sabe. Ningún niño puede dormir bien aquí. Y sé que no lo hace. Que no duermen bien ni Flora, ni Camila, acurrucada a su lado. La tercera puerta está cerrada con llave. Debe de ser el estudio de Gregori. Flavi diría: equipamiento delicado, ordenadores, cámaras, no querrá que Flora toque nada. Yo replico: la niña no puede tocar nada, a duras penas se mueve del sofá.

Justo al lado del estudio cerrado está la azotea. Sórdida, abandonada. Me asomo a la barandilla. Las vistas son míseras. Yo veo el mar, él ve mi casa. En línea recta tiene las ventanas de la habitación de los niños. Si levanta un poco los ojos, me ve mirándolo. Debe de haberme visto cada noche, espiándolo. Vio perfectamente al señor Morell. Lo vio dudar. Lo vio trepar a la cornisa, lo vio saltar.

Eso es lo que más me chirriaba de Gregori y no sabía explicarme: por qué no lo evitó.

Por qué no habló con él.

Por qué no lo consoló.

Por qué no lo intentó. Estoy segura de que no lo intentó. Que dejó que se estrellara. Murió ante sus ojos mientras él fumaba. Ceniza en las jardineras, que, ahora que las veo de cerca, tienen peor aspecto que desde arriba. Son un yermo desolado, una civilización devastada. Cientos de filtros enterrados, cenicero en

carne viva, sepulcro olvidado. Flora se metió la muerte en la boca. La tragó. Crece en su interior.

La oigo toser. Bajo. Camila duerme todo el sueño imposible. La niña me mira con los ojos muy abiertos. La incorporo, escucho su tos. Un jardín agónico en los pulmones.

18.

Tengo flores en la puerta. Allí donde un día había una mierda de perro, ahora hay un ramo precioso. Lo trae Camila en las manos. No sé de dónde ha sacado las flores, pero sí sé de dónde no las ha sacado. Camila está agradecida. Por el barrido y la siesta. Se levantó renovada. Pudo hablar con Gregori, poner las cartas sobre la mesa. Ahora él está con la niña, me ha dicho que salga un rato a que me dé el aire. Una pequeña punzada, la última vez que él se quedó solo con Flora, la niña se tragó hectáreas de tierra y ceniza. Gregori sabe que viniste a casa, se disculpa por no haber estado ni haber podido enseñártela como Dios manda. Me lo imagino subiéndose por las paredes de rabia. Le ruego que le diga que no se preocupe, sobre todo. Pongo las flores en agua y hago pasar a Camila, que se sienta en el sofá y me pregunta cómo estoy, qué hago. Que vivir pendiente de la tos de la niña la ha aislado del mundo normal.

Contesto riendo que mi mundo no tiene nada de normal. Sí, los niños van al colegio; sí, Flavi trabaja. Pero me han pasado cosas raras, Cami. Ella alza el mentón, qué cosas, Re, cuéntame. Le hablo de la visita a casa de Sami, de las brujas, las leyendas y la energía de las líneas. Abre mucho la boca. No puede creer que la Llissa, su fiesta preferida, tenga algo que ver con la brujería. El desánimo vital la vuelve escéptica, ahora es ella la que parece no creer en la magia. Ahora soy yo la que quiere decirle que, sin ese sortilegio, yo no estaría aquí. Ni estaría así. ¿Y quién dices que es esa experta en brujas? La mujer del camarero del bar del meridiano. Le confieso que la usé como excusa. Dije que eras amiga de Eloi. ¿El camarero se llama Eloi? Asiento con la cabeza y la dejo pensativa mientras yo me abro del todo: el camarero me gusta mucho. Es una atracción muy precisa, Camila, algo puramente carnal, un veneno delirante. Camila murmura que nunca me había oído hablar así. Así, ¿cómo? Así, desde el deseo. Contesto que sí entre risas, que toda yo soy hambre y brío, que el cuerpo me arrastra hacia el Meridiano, para ir

en su busca. Madre mía, Re, ¿y no ha pasado nada? El magreo relámpago en casa de Eloi, los nombres de los demás haciéndonos de coraza. Camila sonríe pesarosa: ay, amiga mía, está muy bien que te encomiendes a los nombres, pero ¿sabes qué significa Eloi? El elegido, Rebeca. Y creo que tú ya has escogido.

Eso no me lo esperaba. Una punzada en las costillas, la sacudida me deja muda. Pensaba que no creías en la antroponimia, Re, que te parecía una tontería. Recupero el corazón y la voz y replico que las creencias cambian, que no hay ninguna fe inamovible, que negar la duda es negar la posibilidad de cambio. Las personas cambiamos, Camila. Me mira, entre solemne y agotada, y dice que sí, que cambiamos mucho. Que ella, sin ir más lejos, era una mujer feliz antes del verano. Le digo que el calor no dura para siempre, que acaba muriendo. Sé que le falta ánimo para estar de acuerdo. Se me hace tarde, Rebeca. La niña debe de echarla de menos, ella la echa de menos. Solo una cosa, Cami, y te dejo ir: ya que hablamos de nombres, ¿qué significa el de Alexandra? Ella me mira, un atisbo de desconcierto en la mirada, y dice que ese lo sabe sin necesidad de buscarlo porque es el nombre de su antigua vecina, la hija de los Morell, vaya. Asiento en silencio y la animo a continuar. Tiene una sola acepción, Re: persona protectora de los hombres. Bingo, ya los tengo a los tres. El vigilante, el ángel y la protectora. Protectora de hombres, ha dicho Cami, eso sí. No sé si hombres en tanto que humanidad o bien hombres en tanto que varones. Y si fuera esto último, ¿quiere decir que deja morir a las mujeres? ¿Y a las niñas?

Más tarde, ceno con Flavi y los niños. Cuentan cosas del colegio, con quién han jugado, con quién se han peleado. Se lo cuentan a su padre. A mí ni me miran. Se lo comento a Flavi después de que él los haya puesto a dormir en la que antes era nuestra cama. No hay queja en mis palabras, tan solo constatación, pero Flavi suspira un agotamiento absoluto: mira, Rebeca, tú haces lo que quieres con nosotros, tan pronto nos ignoras como nos quieres a tu lado. La excursión a Montgat, por ejemplo, todos allí escuchando las bobadas de los negacionistas de la razón. ¿Sabes qué les decían las hijas de tus esotéricos a Bru y Nit? Que su madre es una bruja, que tienes pelos de bruja, cara de bruja, aura de bruja, ¡aura, por dios, Rebeca,

aura! ¿Qué cojones es el aura? Los niños están entre asustados y enfadados, quieren que vuelva su madre, la de siempre. Sonrío, cáustica: ¿qué quiere decir la de siempre, Flavi? Y él, desesperado: sabes muy bien qué quiere decir, la que es cercana, la que juega con ellos, la que se desvive por ellos. Flavi tiene razón en algo: desvivir es la palabra justa. Desvivir es deslomarse, consumirse, dejarse la piel. Sacrificarse. ¿Te molesta que ya no me mortifique por ellos, Flavi, que ya no sufra como antes? ¿Crees que los quiero menos porque ya no pretendo enjaularlos con mi ansiedad? Flavi sacude la cabeza, está nervioso y le digo que lo noto estresado. Mecagoentodo, Rebeca, llevo todo el peso de la casa, llevo todo el peso de los niños, llevo todo el peso de la relación. ¡Me estoy ahogando y tú no puedes salvarme porque ni siquiera te me acercas! ¡Ni siquiera me tocas! Ah, amigo, todo se reduce al sexo. Si te hiciera una mamadita y me dejara tocar la teta, se te pasarían todos los males. Flavi se exalta, la ira le arremolina la lengua: ¿tú te oyes, Rebeca? ¿Por qué me tratas tan mal? ¿Quién cojones eres? No te reconozco, ¿de dónde coño sacas tanta soberbia, desde cuándo eres tan mala? Me lo quedo mirando. Él querría verme dolida, pero respondo sin vacilar: desde que soy una bruja, Flavi, quizá. Él suelta una maldición, cierra los puños con tanta fuerza que, si tuviera las uñas largas, se desgarraría la piel. Cortes en las líneas arrugadas, mezcladas, sangre en el batiburrillo de pensamientos y vidas truncadas por mi culpa. Mira, me voy a dormir, hablar contigo no sirve de nada. Y este fin de semana me llevaré a los niños a casa de mis padres. Cerca del mar no es otoño y a tu lado me ahogo.

Flavi tiene razón. Lo que no ve, sin embargo, es que si se ahoga es porque es un ancla. Los niños vivos dependen de él. Y eso está bien, porque quiere decir que están en el mundo de los vivos. Eso lo sé porque yo ahora estoy cerca de los niños muertos. Soy capaz de hablar de la muerte que causé y tengo la mente ocupada por el fantasma que pronto cumplirá un año. Sola en la cocina, acabando de barrer los estorbos de Flavi, pienso que mi fantasma se merece una fiesta. Lo habría parido para la Noche Encendida, lo sé a ciencia cierta. No necesito disfrazarme de bruja y ya tengo un santo.

Cuando subo a trabajar, abro el correo a sabiendas de lo que me espera. Carambola, sentenciaría Flavi. Destino, le aseguraría yo. Porque el encargo de hoy es la traducción de la línea del corazón. Empieza debajo del meñique y se alarga hasta el índice. Es la que nos explica cómo sentimos. Igual que con otras líneas, si es lisa y recta, revela una persona fría, egoísta, poco predispuesta a amar nada más que a sí misma. Si, por el contrario, es tortuosa, indica excesiva emotividad, un temperamento volátil. Es evidente que a Madame Palma le parecen más interesantes las líneas retorcidas. A mí también, claro está, porque la mía lo es. Tengo una línea profunda, con un comienzo recto, una juventud de amor plácido, hasta que se curva y ramifica en dos líneas.

A propósito de la curva, dice Madame Palma: «Demuestra que son personas con un gran poder de atracción. Rezuman magnetismo sexual, emanan pasión. Se entregan completamente al ardor y disfrutan de la emoción del flirteo. Suelen ser personas que valoran el amor más místico y espiritual».

A propósito de la ramificación: en la mía, una rama sigue recta hasta tocar el dedo medio, también llamado dedo corazón, y la otra, en cambio, se interrumpe antes de llegar a ese punto. Madame Palma me explica lo que ya he entendido. «La ramificación va de elegir. La elección puede tener resultados positivos o negativos, pero eso da igual. Lo que representa es la bifurcación en el camino, la necesidad de elegir.» Elegir, Eligio, Eloi. Elegir al elegido. Hécate, bruja de las bifurcaciones. O de las fornicaciones. Eso lo digo yo. Madame Palma se abstiene al respecto. Se limita a rematar el texto diciendo que, si la línea ramificada es larga, la aventura será total, pero si se interrumpe, atención: fracaso, matrimonio frustrado y un sinfín de contrariedades.

19.

Me despierto con toda la piel erizada. Cosa del frío incipiente, demasiado octubre para una sábana delgada, o del contraste entre el exterior y mi propio interior. Tengo el corazón encendido. Lo oigo crepitar, amplificado por el silencio de la habitación. La litera para mí sola, los juguetes quietos, los cuentos cerrados. Toda la casa duerme. Es sábado por la mañana. Flavi, Bru, Nit. El tren ya habrá salido. Hacia las setas y las castañas. No me han dejado ninguna nota con un hasta pronto, mamá, ni medio corazón dibujado. Le escribo a Flavi: estoy bien, estaréis bien.

En la arena no crece musgo, pero el otoño se derrama en el mar. El cielo proyecta sobre el agua gruesas telarañas, hilos enrevesados que el agua convierte en red de pesca. Me zambullo sin ninguno de mis antiguos miedos, tengo el instinto de los mújoles y nado durante mucho rato, ligera, ingrávida bajo el agua. «La vida pesa, ¿verdad?» Gregori bajo el agua, hablándome tal como me hablaba ese día de julio en el paso subterráneo. Y hoy, como ese día, estoy sola, sin niños apremiándome en la superficie, pero ahora, a diferencia de ese día, soy libre para ser una ola desbocada, madre de las mareas. «A veces los niños sobran, ¿verdad?» Desgraciado. Su boca atrayendo mi debilidad. Sabía de la existencia de mi falla, la maldita Alexandra se lo había contado, y quería arrojarme a ese abismo. Imbécil, has fracasado. Estoy bien erguida, ningún peso me aplasta. Los niños no sobran, ni los vivos, ni los muertos. Empujo el agua con las manos, repito el conjuro que Sami recitó días atrás, me lo sé de memoria, solo tuvo que decirlo una vez para que se me quedara grabado en los labios como si lo hubiese mamado de pequeña, «Hermes subterráneo, Hécate subterránea, subterráneos devoradores de carne cruda, dioses subterráneos, héroes subterráneos, servidores subterráneos, espíritus subterráneos, pecados subterráneos, agua terrorífica de Estigia, corrientes del olvido, muertos, demonios y almas de todos los hombres: venid hoy y realizad mi deseo, el que

alimenta este hechizo». Aún es pronto para la invocación, queda mucho para la Noche Encendida, pero me entusiasma hacer mía la cantinela, notar que va cogiendo fuerza con cada brazada. Sé que ya me oyen todos los espíritus sumergidos. Sé que me esperan.

Salgo del agua dejando un rastro de certeza entre las dos. Me seco de pie, impertérrita bajo la luz. La playa se ha llenado. Hay ancianos, jóvenes, niños, todos cargados con diarios, cervezas y cometas, pero nadie pasa páginas, ni bebe algo a sorbos, ni persigue el viento. Todo el mundo prefiere mirarme. Tengo los ojos de toda la playa escrutándome. Me da igual porque no pueden evitarlo. Es cosa de mi cuerpo. Tengo pelo de bruja, cara de bruja, piel de bruja. Son las cicatrices, grietas de la falla por las que emana el aura de bruja. Aura, Flavi, sí: la verdad que irradio. Se me acerca una mujer, un poco más joven que yo, infinitamente más aplastada que yo. Lleva un bebé en brazos. La criatura sonríe, ella no. Hay cierta vacilación en su ademán, avanza, retrocede, se lo piensa. Al final, se atreve: que si no sé que la playa de Ocata no es nudista. Le sonrío, nada como aplacar la envidia con empatía, y le respondo que la playa de Ocata soy yo. La dejo plantada con un está loca colgado de los labios. El bebé llora cuando me voy.

Las duchas no funcionan una vez agotada la temporada de baño. Da igual, me sienta bien retener el mar en la piel. La tapo con el vestido justo antes de cruzar el paso subterráneo. «A veces los niños sobran, ¿verdad?» Una cosa, Gregori. «A veces los niños sobran, ¿verdad?» Tengo una pregunta para ti. «A veces los niños sobran, ¿verdad?» La tuya te molesta, eso es evidente. «A veces los niños sobran, ¿verdad?» ¿Qué sacrificio has hecho para sacártela de encima?

Por toda respuesta: Camila. Enfilando la calle después del paso subterráneo. La llamo, se da la vuelta. Oscuras bolsas debajo de los ojos, dos puñetazos de realidad. Que viene de la farmacia, que Flora empeora por momentos, el médico ha dicho neumonía, ha recetado antibióticos, la fiebre no remite y la niña está tan cansada, Rebeca, y yo también, no puedo más. Lejos queda la siesta que le regalé. Me ofrezco para volver: iré a tu casa, tú descansa, yo me encargo de Flora. No hace falta, Gregori está con ella. El aliento a tabaco y la

tos de la niña. Entonces, ¿Gregori está más en casa, Cami? Ella me mira, se encoge de hombros, un hilo de voz: Gregori no cree demasiado en la medicina tradicional, ¿sabes? Ah, ¿no? ¿Y en qué cree Gregori? Me contesto yo misma: en el meridiano, en el diablo, en ver morir ante sus ojos. Camila se frota los ojos, está a punto de llorar. Gregori cree que las cosas pasan porque tienen que pasar, que yo no puedo controlarlo. De acuerdo, Cami, lo que va a pasar ahora es que yo entraré en tu casa y él no podrá controlarlo.

La niña sigue en el sofá, tal como la dejé hace semanas. Está sola, Gregori no la acompaña. Lo oigo en la planta de arriba, en el estudio, trajinando quién sabe qué excusa mientras su hija se apaga. Camila no se atreve a decir hola. Lo digo yo, bien alto, que retumbe toda mi intención. Su reacción, su bajar por la escalera con falsa tranquilidad, falsa sorpresa, falsa alegría. Lleva una llave en la mano, me fijo enseguida. El estudio cerrado a cal y canto. Sin prisa ni nerviosismo, la introduce en el paquete de tabaco. Esquivo toda charla superflua y voy al grano, le pido una olla. No me dejo arredrar por su mirada desafiante. ¿Una olla? Una olla, sí, voy a hacer caldo. Camila replica, descolocada: no sé si tenemos nada para hacerlo, Rebeca. Tú no te preocupes, seguro que algo encuentro. Tengo los ojos fijos en el evidente desaire de Gregori. Mírame, estoy aquí, no conseguirás que me vaya. Él alza las manos, falsa obediencia, se va hacia la cocina, llena la olla de agua y enciende los fogones. Luego dice que sale a caminar, que están muy bien acompañadas y que él necesita respirar. Flora tose, Camila se ahoga.

Entre la nevera y la despensa rescato cebollas, cilantro, brócoli, repollo, puerro y jengibre. Lo pongo todo a hervir. Camila no sale de su asombro. ¿De dónde has sacado todo eso? No teníamos nada, Rebeca. Sí que lo teníais, Camila, pero no lo sabíais. Camila se desploma en el sofá, al lado de la niña, y rompe a llorar. No la consuelo, necesitamos todas las lágrimas, el lloriqueo y el borboteo del agua, que hierva todo, que se evapore todo. Camila se seca los mocos y dice que tengo razón, que antes tenía una vida perfecta sin saberlo y que ahora solo quiere que estos días extraños se acaben. Que desde agosto todo son malas noticias. Caídas en la ducha, resfriados que se enquistan, la mordedura de la serpiente marina,

los pulmones infectados. Qué sufrimiento, Rebeca, solo quiero que la niña se ponga bien. Shhh, Camila, no lo digas en voz alta, ¿recuerdas? Ella chasquea la lengua, rabiosa, que no vale la pena guardar secretos, que mira dónde la ha llevado tanto desear en silencio. Me equivoqué, Rebeca, fui demasiado ambiciosa, codiciosa, se dice, ¿no?, deseé más para mí que para Flora, y es ella la que tenía que crecer, no yo, no mi vientre. Le pedí a la dichosa Llissa que me diera otro. Otro hijo.

El deseo dicho con todas las letras. H-i-j-o.

Me acerco al sofá, a Camila, me arrodillo delante de ella. Si no somos capaces de decir el deseo no es por superstición, sino porque no nos atrevemos a reconocer el límite. Decir el deseo es imponernos un límite. Porque en la frontera entre quererlo y conseguirlo, la única barrera es la imposibilidad del cuerpo. De no poder ser el tú que soy yo y de no llegar a ser el yo que eres tú. Por eso es magia cuando el cuerpo se disuelve y la frontera se desvanece. Abrazo a Camila porque ahora sé que hicimos magia el día de la Llissa. Saltamos la hoguera juntas, cogidas de la mano, y caímos abrazadas, mezcladas, borrando los límites entre los deseos de una y otra. La magia de Hécate respondiendo al mújol sacrificado. Yo pedí vencer el miedo, ganar coraje, que muriesen los hijos de los demás. Camila deseó otro hijo. Ahora ella, convencida de la futilidad del deseo, se funde en mis brazos y yo podría consolarla y decirle que lo hemos conseguido. Ella y yo, juntas. Porque el deseo habita en la imposibilidad y es capaz de engendrarla.

Deshago el abrazo y la miro. Eso está bien, Camila, los hijos deben ir unidos al deseo. Sin embargo: toda la desolación en su cabeza diciendo que no, que desear no sirve de nada. Se le quiebra la voz. Hace tanto que lo intento, Re, y no hay manera… ¿Lo intentas, Cami? ¿Tú sola? Gregori no lo necesita, tengo que irle detrás, insistir, casi suplicar. Pero cada mes, cuando me viene la regla, me hundo y él se aleja. Las cosas no pasan porque no tienen que pasar. He ido al médico, me han mirado del derecho y del revés, no encuentran nada, pero no puedo, no puedo tener otro hijo, y la única que tengo, mi Flora, se marchita. Camila vuelve a llorar. Le

acaricio los ojos, los dedos mojados de pena. El agua ya ha hervido lo suficiente. Remuevo la olla, toda la conciencia en el puño, las líneas de la mano bien prensadas, supurando sudor y lágrimas, exprimiendo toda la vida, todo el corazón, toda el alma volcada en el caldo verdoso, el olor a bosque que abre los pulmones, le echo pimienta, una pizca de azúcar, que macere un rato con el fuego apagado.

Camila se ha dormido en el sofá, con Flora. Descansan con el vientre vacío y los pulmones llenos. De vida, de muerte. No subo para intentar entrar en el estudio, sé que lo encontraré cerrado, la llave custodiada por un paquete de tabaco. Ordeno cuatro cosas, friego la cocina y, cuando el caldo está templado, preparo un tazón. Medio despierto a Flora, le levanto la cabeza, bebe, cariño, esto te vendrá bien. Ella obedece, traga. Lo siento mucho, Flora, siento haber deseado esto que te pasa. La niña me mira, los ojos abiertos, bien conscientes. Bruja, me dice. Verbaliza bien, se la entiende perfectamente. Le digo que sí, que así es, le toco la punta de la nariz y me voy.

Salgo al sol de la tarde, la luz sobria pero amable contrasta con la antipatía oscura y huraña del agujero de Gregori. Mi casa resplandece. No entro. Tampoco cruzo el paso subterráneo. Camino por el interior de Ocata. Desde donde estoy ahora, el mar no es más que un rumor. Se insinúa en las esquinas, me añora, me lanza besos como olas, ven a bañarte, anda, pero no me dejo tentar. Tengo la piel de sal, todavía, y algo me retiene en el asfalto. Las callejas y callejones dibujan laberintos, líneas que se cortan, que desembocan en otras líneas, y las sigo a la deriva como quien inventa el mapa a cada paso.

Es bonita Ocata. Tiene el embrujo de la existencia ociosa, todas esas casas con vidas plácidas. De los patios en flor brotan dalias, crisantemos, pensamientos. Estos últimos me rozan la cabeza. Quien dice vida plácida, dice vida aburrida. Hay mucho de rendición en la comodidad del lugar conocido. ¿Es la comodidad uno de los disfraces del miedo? Pero la amenaza es ingeniosa, entra en las casas con el tictac de los relojes. Pasa un día, estás aturdido, pasa otro, te has dormido, pasa un pasado, lo has vivido en coma, pasa un futuro, te

encuentra muerto. Sin embargo, la amenaza no es la muerte, sino llegar a ella muerto ya. Aniquilado por el tedio, sin ninguna vida que llorar porque te has dedicado a reprimirla. Has negado el deseo. Creo que los suicidas son los primeros que se dan cuenta de todo esto y, abrumados por la lucidez, se entregan a la muerte. A su gran deseo, que en realidad es el último. Primordial e irremediable. El señor Morell, la hija de Àngela. Desearon la muerte antes que vivir muertos. Su deseo es tan válido como el mío. ¡Calvarios, tentaciones, arenques, flores, sexo, encrucijadas, niños! Todo eso mata el vivir muerto. Todo eso es mi deseo. El deseo alquimista que me transforma en una bruja, una sabia, una mujer clarividente. La lucidez es un estado de conciencia diferente del que nos manda el mundo inapetente. Ahora quien manda soy yo. Sobre todo porque ya no juzgo ni condeno mi deseo.

Las casas en flor se suceden una tras otra. De los muros y rejas de los portales sobresalen matas y matojos sin orden ni concierto, un derroche de formas y colores, ningún jardín premeditado, todo ha pasado porque tenía que pasar. Hasta que lo que pasa es lo contrario: una casa, en la esquina, en medio de un desierto. Las jardineras de Gregori son insignificantes al lado de esta desolación mayúscula. No entiendo cómo puede existir lo contrario de jardín. Es más fácil crear vida que destruirla. Las malas hierbas se diseminan, se agarran a la tierra, luchan por vivir. Si las arrancas, vuelven, germinan vigorosas. Amapolas, verónicas, palmitos. Crecen en los entornos más perturbados, en los suelos dañados. Las jardineras de Gregori y este jardín negado no llegan ni a eso. Las jardineras de Gregori y este jardín negado escupen las semillas. No desean crecer, veneran la muerte.

Mientras estoy allí plantada, los ojos fijos en el exterminio, la puerta de la casa se abre. No me ven porque salen hacia el otro lado. Los tres. Gregori, Alexandra y Àngela. El vigilante, la protectora y el ángel de la guarda. Es la primera vez que los veo juntos. Me arden las entrañas, pero no son nervios. Es el hervor de la certeza absoluta. Esto que está pasando ahora mismo, verlos juntos, es una especie de epílogo a la historia que he construido en mi cabeza. Pero de fantasía no tiene nada; todo es verdad. Es la resolución que

consuma la mutación de la intuición en certidumbre. Los espío, la esquina me sirve de trinchera. Hablan poco, gesticulan menos. Solo se miran y asienten. Luego se marchan, cada cual por su lado. Gregori hacia el meridiano, Alexandra hacia la playa, Àngela hacia el interior de la casa.

Camino en dirección al meridiano, es decir, en dirección a Gregori. De los tres, es el que más rabia me da. Su mujer e hija encerradas en ese agujero miserable y él tan campante, haciendo amistades y dedicándose a pasear. O a andar muy deprisa, porque le he perdido la pista. Se ha desvanecido como por arte de magia. Hay mucha magia alrededor de Gregori, pero es la peor magia de todas. Opaca, velada. Hermética y sectaria. Si dijera su deseo, el mundo entero sabría qué es el dolor. No se puede dialogar con el dolor, tal como no se puede tener una conversación mínimamente lúcida con el miedo. Ambos nos debilitan hasta dejarnos huérfanos de un alfabeto inteligible. Se nos impone así una lengua cruel, gemidos guturales, cacofonías primitivas, el idioma del diablo. Yo no quiero hablar con Gregori, solo quiero combatirlo.

Caminando con determinación, llego al final de Ocata. Las casas se acaban y empiezan los huertos. Octubre acorta el día y, en la oscuridad prematura, me afano en seguir el rastro de Gregori. Pero sé que voy por buen camino porque, después de la tierra fértil, llegan los solares abandonados. Y ese es el entorno natural de Gregori. Suyo y de sus secuaces meridianistas, porque no puede ser casualidad que el erial de su amiga sea una fotocopia ampliada de sus jardineras. Se visten de verde mientras se empeñan en aniquilarlo. Tonta de mí por haber creído un día que eran ecologistas. Avanzo a tientas por los descampados. De vez en cuando, la tibia ráfaga de los faros de un coche más abajo, en la carretera, ilumina lo que tengo delante. Y así es cómo lo veo.

Llamarlo casa sería exagerado. Tiene paredes y techo, pero nada más. Sea lo que sea, se alza en medio de la nada, rodeado por una reja absurda por baja y frágil. Salto al otro lado, me acerco a la construcción. Podría ser un cobertizo, lo bastante grande para guardar herramientas y aparcar un coche. No tiene ninguna ventana y las paredes están pintarrajeadas. Parecen grafitis normales y

corrientes, pero a mí no me engañan. Pese a la oscuridad, reconozco el mismo trazo, grueso y seco, de las pintadas en las paredes de la casa de Gregori. Caperucitas, lobos y bosques. Aquí son jeroglíficos ininteligibles, letras que no reconozco. Sin embargo, la incomprensión me intriga, y recorro los cuatro vientos de la estructura. Siento que hay algo que habita este lugar, algo orgánico, más allá del cemento. No debo de estar lejos del bar de Eloi, pocos metros más arriba, hacia el interior. Su voz, grave y sabia: esto era un solar sin beneficio, negocios que no prosperaban, maldecidos por la necrópolis. Debo de estar muy cerca de la necrópolis. Me detengo en la puerta del cobertizo, grande, de aluminio, entreabierta, una rendija oscura, más oscura que aquí fuera, ¿estará Gregori ahí dentro? Ni rastro de miedo, solo el deseo de entender. Empujo y entro.

El cobertizo se ilumina. Luces con sensor, diría Flavi. La admisión de una fuerza superior, replico yo. Me río sola porque este lugar me obedece. Lástima que no me enseñe nada. El interior está vacío, ningún coche aparcado, ni una triste herramienta colgada en la pared. Las paredes son blanquísimas, demasiado incluso. Recién pintadas, diría. El olor del mar, de la desembocadura de la riera vecina, impregna el aire de sal y podredumbre, una pestilencia que anula el más que posible olor a pintura. Me acerco a una de las paredes, la toco, está húmeda. Se me queda la palma espolvoreada y el muro marcado por la huella de mis líneas. Espera, mis líneas han abierto un resquicio en la pintura. Hay otro color debajo, froto el blanco con los dedos hasta que aparece. El verde. El color verde. Tengo el corazón embalado y el cuerpo urgente. Me muevo por el cobertizo, elijo otra pared, rasco un poco, verde aquí también. No me cuesta imaginarlo todo pintado. Incluido el techo. Lo miro. Y es entonces cuando la veo: una cámara. Me sigue. Me enfrento a ella con toda la certeza convertida en furia. Los ojos en el objetivo cuando digo: sé que me vigilas.

Gregori me vigila desde el día que llegué. Él y su triunvirato de la maldad. Sé que Àngela, de verde y con la Serpiente, estaba en la estación cuando puse los pies en el andén ese día de junio. Tenía que estar allí, Alexandra los había avisado: llegan hoy. Vigilantes,

protectores, ángeles de la guarda. Pero no me hace ninguna ilusión sentirme acompañada. Lo que custodiaban no era mi vida. Todo lo contrario. Por eso me llevaron hasta Ocata. Débil, miedosa, exhausta de una vida que no sabía vivir. «La vida pesa y los niños a veces sobran, ¿verdad?» Me empujaban con halagos de sicario con tal de hacerme aún más consciente de mi miedo, de la culpa que me hundía, querían que fuera incapaz de sobrevivir, pretendían seducirme para que escogiera la muerte. De ahí que me vigilaran tan de cerca. Àngela debajo de mi casa, esperando verme caer. Tal como había hecho su hija. Alexandra en contacto con Gregori, anhelando la confirmación de que me había tirado desde la azotea. Tal como había hecho su padre. Buscaban en mi suicidio la redención negada por la incomprensión. Su consuelo pasaba por el sufrimiento ajeno. Egoístas y meridianistas. Porque la razón de esta carnicería nace de la fe en el diablo. Sé de sobra los pactos que puedes llegar a hacer con él. Haz que este bebé viva, por favor, y yo sufriré el resto de mis días. Yo así lo había suplicado con Bru y Nit. Dispuesta a vender mi alma serena a cambio de la vida de mis hijos. Se me había concedido el deseo y había sufrido. Alexandra y Àngela también se le encomendaban para descansar de su tormento. El diablo personificado en la figura opaca de Gregori. Hicieron un pacto. Él, reforzado por el meridiano, les concedería la paz. A cambio, sin embargo, exigía un sacrificio. El mío. Casi me tenían. Tan cerca del abismo que les habría bastado con soplar. «La vida pesa y los niños a veces sobran, ¿verdad?»

Los niños sobran. Eso es. Matar a niños, sacrificarlos a cambio del propio bienestar.

No estoy cerca de la necrópolis, estoy en la necrópolis.

Este lugar es una coartada, una evasiva. El propio nombre lo indica: ¿para qué sirve un cobertizo? Un cobertizo cubre. Me arrodillo. Bajo la cabeza, piso el suelo con las orejas. Más que escucharlo, lo perforo. Un agujero como una tumba con la hondura de quince o veinte siglos. La topografía del abismo por el que se cuela la insurgencia de las voces ahogadas por el cemento y la desidia de saber. Yo quiero saber qué dicen. Quiero entender las funestas cacofonías que emanan de la necrópolis olvidada. Sin

embargo, más que lamentos disonantes, lo que me llega son voces juguetonas. Espera: vocecillas. Chillidos como estalagmitas crecen desde la cima más profunda y suben hasta tocarme los tímpanos. Un canturreo cándido, una tonadilla de juego infantil, una melodía entrañable. Fantasmas que se divierten saltando a la comba. Fantasmas de niños, claro está. La cantinela no se interrumpe, el bucle de la alegría repetitiva. La escucho atenta hasta que la entiendo toda. Que es cuando me entiendo toda. Porque las vocecillas reproducen mi eco convertido en salmodia juguetona: «Que mueran los hijos de los demás, que mueran los hijos de los demás, que mueran los hijos de los demás».

Me levanto de un salto.

Matar a niños, sacrificarlos por el propio bienestar.

Yo lo hice. Para estar bien.

Soy a la vez verdugo y necrópolis.

La asesina que recibe todas las condenas. La tumba que recibe todos los lamentos. Por eso vida y muerte se gestan en mi interior, me fracturan las entrañas, una falla, dos bloques que se desplazan en direcciones opuestas. O así era hasta que pisé la línea, hasta que salté la Llissa, hasta que deseé. Lo que tengo dentro es lo contrario de una falla, es la tierra que se amontona y crece hacia fuera. Es un volcán. La lucidez me abruma. Reconocerme así me ilumina. Estoy hecha de lava, llevo el fuego dentro. Soy la antorcha.

Salgo corriendo del cobertizo. El Meridiano está ahí mismo. La oscuridad se ha hecho grande y me obliga a inventarme un sendero entre cañizares y maleza. No me cuesta, veo perfectamente y la tierra se abre a mi paso. Sin embargo, mis pasos se detienen. Oigo el silbato de un tren que pasa veloz y lo confundo con un lamento persistente que tengo bajo los pies. He pisado algo vivo. Me agacho y la veo. Es Serpiente. El animal negro tendido entre los matorrales, impidiéndome avanzar. Me agacho. Sus ojos son dos rendijas, su aullido débil. Le toco el lomo. Aún caliente, sobre todo lento. La perra se está muriendo y recibo su agonía como lo que es: una ofrenda. Esto es cosa de la línea, que avanza paralela a mí, siempre conmigo. Ella me la ofrece. Cojo a Serpiente con cuidado y la llevo en brazos entre la maleza de los márgenes hasta que encuentro el

paso subterráneo del meridiano. Tengo que llevarla donde toca. A la encrucijada, porque es donde está el altar del sacrificio. Lo cruzo con la perra moribunda y, cuando salgo, el rugido del mar me ensordece. El oleaje, la marejada. El meridiano viene a parar aquí. Se precipita en el agua y la energía se hace ola. Esta noche la energía es inmensa, más fuerte que nunca.

Hay unos cuantos verdes sentados al pie del monumento. Gregori no está entre ellos, y lo sé porque ahora, lejos de la ceguera de quien no entiende el misterio, puedo ver sus caras. Es cosa de mi ser antorcha y el poder de la perra moribunda entre mis brazos. Tampoco está Àngela, pero sé que vendrá. Aún no es medianoche, le queda tiempo. Entro en el círculo incompleto. Los verdes no dicen nada cuando dejo a Serpiente en el mismo centro. Allí donde el meridiano se encuentra con la línea de la costa, desde Montgat hasta Ocata. Una encrucijada, un altar. Pescado podrido o perros descuartizados para enmendar las malas acciones del pasado.

Ahora sí.

Vuelvo sobre mis pasos y me adentro de nuevo bajo tierra para salir resucitada.

Al otro lado, el Meridiano.

20.

Es sábado por la noche en el Meridiano. Hay bastantes mesas ocupadas, un grupo jugando a los dardos, una pareja bailando el ritmo hawaiano. Eloi se vuelve en cuanto oye la puerta. Suelta el vaso, el paño, la vergüenza. Sale de detrás de la barra, viene hacia mí, quiere abrazarme.

Rebeca, qué bien.

Cierra el bar, Eloi, ciérralo ya.

La obediencia del deseo, la fe ciega del embrujo. No tengo que decir nada más. Él mismo hace saltar los plomos. Sin música, arenques ni cerveza fresca, el bar no puede seguir abierto. La confusión de los comensales se trueca rápidamente en empatía: hostia, Eloi, lo siento mucho, qué putada. No pasa nada, mañana lo arreglaremos, el lunes abriremos con normalidad. Ahora marchaos, venga, invita la casa. La puerta cerrada con llave. La penumbra deseosa se enciende en sus ojos cuando me miran. Ven, Eloi. Se abalanza sobre mi cuerpo. Apesto a perra muerta, pero le da igual. Es más: lo atrae salvajemente. El cachorro frenético se pega a mí, me toca, soy yo, me tiene a su alcance, sabe lo que está a punto de pasar. Lo que decido que pase porque las cosas ya no me pasan, sino que soy yo quien hace que pasen.

Paso una mano por su mejilla, un dedo por sus labios, el mordisco de los dientes que ansían mi carne. Un calambre la recorre, toda yo incandescente, no necesitamos luz, ninguna vela, su llama sería irrisoria comparada con el fuego que me enciende. Eloi lo sabe, Eloi me ve. Toda y totalmente. Abro la boca y él me asalta. Mi tierra abriéndose al mar de su lengua, un calvario de deseo. Rebeca, Rebeca, Rebeca. Me invoca, tres veces mi nombre mientras le lamo la oreja. Eloi, Eloi, Eloi. El elegido, el escogido. Hoy seré tu bruja. Me agarra el culo con las dos manos, se me arrima y lo siento todo. Es Eloi y es el meridiano, que se arremolina entre mis piernas, encendiendo mi deseo. Eloi y yo contra la barra, contra la mesa,

contra la pared. La coreografía del ansia febril nos empuja hasta la ventana. El cristal frío se calienta al instante en contacto con mi piel. Ya no llevo camiseta, sus dedos en mis pechos. Recorre mis pezones, monte neurálgico de mi placer, le ordeno que me los pellizque y obedece y yo podría gritarlo todo, quemarlo todo, y aun así no sería suficiente. Me tumba de espaldas a él, de cara a la ventana. Los veo allí fuera. El círculo, la plegaria. La perra muerta, la ofrenda, el sacrificio. No lo saben, pero me adoran. Igual que Eloi, aferrándose a mi cuerpo, arrancándome las bragas, abriéndome las nalgas.

Toda, Eloi.

La embestida bárbara, el gemido que hace temblar el meridiano, la llama que quema desbocada. La antorcha, la serpiente, me falta la llave. Para llaves, la que me está abriendo de par en par, pienso, y me río.

¿Te ríes?

Me hace dar la vuelta, me mira de frente. Es magnífico, es precioso, es él.

Soy todo tuyo, Rebeca.

Se agacha.

Las cicatrices.

Sus dedos en la vertical, bajándome.

Mis dedos en la horizontal, caminándome.

Nos encontramos en la intersección. Y bajamos juntos.

Dos placas tectónicas y el seísmo entre los muslos. Me derrumbo. Caigo cuan larga soy sobre la línea del meridiano, que me abraza mientras la lengua de Eloi, salada como un arenque, recorre mis pechos, mi vientre, mi coño. El orgasmo es instantáneo, fulminante, se desata como una ola inesperada, empujada por la magia de las profundidades. Es grandiosa, imponente, pero no me ahogo. La cabalgo porque soy ella. Me derramo toda yo.

Eloi, ven, cabalga la ola conmigo.

¿Debo tener cuidado, Rebeca?

La azotea, el cobertizo, la cámara. Gregori, Alexandra, Àngela.

No, Eloi, tú no, tú date todo y más, sin parar, hasta mañana…

Falta muy poco para mañana. Afuera se están preparando. No los veo, pero los siento. De pie, cogidos de las manos, mientras Eloi me embiste sin parar, durísimo, feroz, su placer y el mío mezclados, enredados, confundidos en aullidos y chillidos que son tanto suyos como míos, el deseo dicho al fin, compartido a gritos y sacudidas, aspirándonos, absorbiéndonos, borrando la frontera del deseo, saciando el hambre, calmando la sed, cómeme toda, bébeme todo, y los verdes, mientras tanto, ajenos y cómplices, girando arremolinados alrededor de Serpiente, la serpiente muerta, el sacrificio de la encrucijada, la piedra que señala la bifurcación, allí donde el meridiano cae, se precipita en el mar, y ahora giran más deprisa, lo sé, lo noto, espoleados por el fanatismo, es el meridiano y soy yo, mi celo, mi anhelo, consumado al fin, porque las cosas ya no me pasan, sino que hago que pasen, y ahora elijo darme la vuelta, Eloi en el suelo y yo a horcajadas encima de él, de él y del meridiano, desenfrenada, follándolos a ambos, poseída por la energía de la encrucijada que me llega por todas partes, me ablanda el coño y lo hace borbotear, me llena el culo y me hace gritar, me agarrota los músculos que desgarran la piel que los aprisiona, soy vísceras y placer, la lascivia del cuerpo en carne viva, y Eloi, el elegido, contraído y entregado, firme y fundido conmigo, ningún límite entre nuestras pieles, arrebatados en un instante que vale por todos los instantes previos, todo el dolor del deseo acumulado ahora convertido en placer culminado, somos esto, Eloi, tú y yo, somos la fuerza del único presente que cuenta, tú dentro de mí, yo dentro de ti, aquí y ahora, ya no soy la de ayer, la mujer servicial, conyugal, que era astillas y pelusa, ahora soy el fuego, la diosa más sublime cuando antes era poco más que polvillo, como Camila, reducida a miedos y polvo,[2] pero eso cambiará, Cami, te lo aseguro, yo te regalaré vida. Que nazcan los hijos de los demás. Que nazcan los hijos de los demás. Que nazcan los hijos de los demás.

Hago que la tierra se abra y ninguna falla, todo lo contrario a una falla: un volcán hasta ahora mudo que parece la sinfonía del deseo desconocido. La lava hace restallar el océano. Soy la oleada de fuego que se traga a la Llissa. Toda dentro, Eloi. Hasta el fondo.

2 Alusión a la letra de la canción «Una bruixa como les altres», de Guillermina Motta. (*N. de la T.*)

LLAVE

21.

Me despierto y, conmigo, en mí, otra vida. La siento toda en el cuerpo, en carne viva. Me acaricio los muslos, los pechos, el vientre. Me ruge bajo la mano. Desayuno, famélica. La lengua, colérica, añora el gusto de la noche. Quiere lamer arenques, se me hace la boca agua solo de recordarlo, pero lo único que tengo es pan con mermelada. Lo devoro mientras Flavi, en la pantalla, me avisa de que llegan en el tren de la tarde.

No falta tanto para la tarde. La vida previa se acabó de madrugada. He dormido durante toda la transición al nuevo estado. El nuevo estado merece un inicio inmaculado. Limpio la casa a fondo. Saco el polvo, dejo los espejos relucientes. Lavo las sábanas. Las de la litera conservan todo el olor de ayer. De ayer lo retengo todo y, cuando las tiendo en la azotea, los ojos puestos en la casa de delante, pienso que Gregori ya lo sabe. Que estuve en el cobertizo, en la necrópolis, que encontré a Serpiente muerta, que la llevé hasta la encrucijada. Lo único que ignora es lo que pasó después. Lo que hice que pasara después. Me recorro las cicatrices. Hundo los dedos en ellas hasta que llego al punto muerto. Aún es pronto para que lata, pero lo hará.

Poco después, los mismos dedos llaman al timbre de Camila. Me abre hecha un manojo de nervios. Se me arroja a los brazos llorando. Gracias por el caldo, Rebeca, es lo único que logra tragar. Entro en su casa, ella detrás de mí, lloriqueando. El otoño se ha instalado en el comedor, húmedo y mustio. La niña apesta a hongos, lo noto cuando me acerco a ella. Habría que bañarte, Flora. No hago caso a los ruegos de Camila, no podemos hacer ruido, Camila, Gregori está descansando, y lleno la bañera hasta arriba. Es pequeña, el verdín entre las baldosas, las juntas mohosas, hay más vida aquí que en las jardineras. Cojo a la niña en brazos y la meto en el agua. Si no me ando con cuidado, se hunde de tan débil que está, ella que se bañaba sin temor alguno, que resistía al embate de

las olas, que estuvo a punto de ahogar a Bru y Nit persiguiendo la luna dentro del mar. Y ahora, sin embargo, tengo que sostenerla para que no se cuele por el desagüe. Como un mújol. Un mújol, una perra, una niña. Los sacrificios, las ofrendas. La froto de arriba abajo mientras Camila dormita en el sofá. Le cuento un cuento sobre un cobertizo de color verde donde vive un demonio rabón. Me escucha atenta, la cara adulta y el gesto grave. Lo que pasa es que esta historia todavía no tiene final, Flora, te lo tendrá que contar tu padre. La saco del agua, la envuelvo en una toalla, la cojo en brazos y me la llevo fuera, a la azotea. El sol de octubre la trata con ternura, la calienta delicadamente. No sé cuántos días hace que Flora no se levanta del sofá, pero mira la calle con una añoranza antigua, más que su propia vida. Señala mi casa y le doy un beso en la cabeza, el pelo empapado, y le digo que Bru y Nit no están ahora mismo, pero que vienen de camino, que llegarán pronto, más vivos, más sanos que nunca. Antes de devolver a la niña al sofá, me detengo en la puerta de la habitación donde duerme Gregori. Sé que no está durmiendo. Sé que es consciente de mi presencia.

Dejo a Flora limpia y a Camila más descansada y bajo hacia la estación. Los espero con los ojos puestos en la vía. Una línea fácil, dos direcciones opuestas. Flavi y los niños hacia mí y yo hacia ellos. Podemos encontrarnos o podemos cruzarnos. Cuando bajan, abrazo sus cuerpecillos lozanos. Me dan un beso en el que palpo la obligación. Imagino a Flavi: ahora, cuando lleguemos, vais a darle un beso muy fuerte a mamá. La obediencia a regañadientes. El beso de Flavi está lleno de pesar, pero sus labios me encienden. Eloi detrás de mí, Eloi encima de mí, Eloi dentro de mí. Yo lo he dicho: lo retengo todo de ayer. Subimos a casa, los niños al lado de su padre, los tres delante de mí, volviéndose de vez en cuando para mirarme, para examinarme, protegiéndose unos a otros, de mí, de su mujer, de su madre. Velar, vigilar, es fácil malinterpretar una intención. Podría decirles: estáis vivos porque os he parido, respiráis porque os quiero, os alejáis de mí porque os he hecho fuertes.

En casa, los niños juegan y Flavi deshace la maleta y yo me elevo por encima de ellos y los veo lejos. Tres puntitos minúsculos, una constelación ínfima arraigada a una cotidianidad para mí pretérita.

No me da miedo estar a una galaxia de distancia de ellos. Si logras superar el vértigo, dominar la perspectiva de la nueva altura, te vuelves fuerte y sabia. Desde allá arriba, en los confines del universo, puedes admirar la belleza de la creación. Que es la misma que la de la destrucción. La destrucción puede ser preciosa. No hace falta que sea abismal, no requiere la explosión mayúscula del *big bang*. Basta con una implosión microscópica, pellizcar el átomo y precipitarse hacia el núcleo. Hacerlo explotar.

Puedo preparar yo la cena, por ejemplo. Inventarme una sopa de otoño, poner a hervir boniatos y calabaza, y saltear las setas que ellos han traído del bosque. Puedo poner dos botellas de vino sobre la mesa y sonreír ante la evidente perplejidad de Flavi. No sabe qué celebramos. La destrucción, el renacimiento. Apenas hablo mientras cenamos, dejo que los niños recuerden la dehesa llena de hojas secas, los caracoles que han traído consigo, las castañas que la yaya les ha prometido cuando vuelvan. Tienen toda la tierra en la boca, pero no están enterrados. ¿Y cuándo volveréis con los yayos? La segunda persona, el vosotros, yo ya me he marchado. Para la Castañada, contesta Flavi llenándose la copa hasta arriba. Ha bebido más de lo que ha comido. Sé qué lo está reconcomiendo por dentro, el runrún de una serpiente que me quiere morder. De ahí el vino, el contraveneno, para volverla lenta e inofensiva. Bebe y vuelvo a llenarle la copa, bien colmada, cuando digo que la Castañada está a la vuelta de la esquina, dos semanas, nada más, y los niños exclaman un viva y no me preguntan si esta vez los acompañaré. No me quieren con ellos y a mí ya me viene bien.

Tampoco quieren que los acurruque. Eligen a Flavi y pienso que se quedará en la cama, después de tanto vino, pero baja las escaleras al cabo de un rato, los pasos pesados y la mirada turbia. Resiste las ganas de pelear, que son también las de follar. Le lleno la enésima copa cuando se deja caer disgustado en el sofá. Mira, Rebeca, te lo diré sin rodeos: cuando no te tengo cerca, soy muy consciente de que lo nuestro no va bien y pienso que tengo que exigirte que vayamos a terapia o algo, lo que sea, porque así no podemos seguir, pero luego vuelvo a casa y te veo y pierdo la cabeza porque me vuelves ciego y loco, tanto que sigo queriéndote

pese a todo y, joder, yo solo quiero una vida fácil contigo, una puta vida fácil como la que teníamos antes. ¿Qué vida fácil, Flavi? Esa la matamos. La madre que te parió, Rebeca, ¿puedes no decir eso? Le froto el muslo, me mira desconsolado. No sé qué me haces, una especie de hechizo, maldita sea, tu forma de ser y estar, tan distinta, tan nueva, tan desesperante, porque te juro que me saca de quicio y al mismo tiempo no puedo estar lejos de ti, no puedo, Re, y se me abalanza, me toca toda y yo lo acepto. Lo atraigo hacia mí. Hacia mi vientre. Hacia nosotras. Le acaricio la cabeza mientras él lloriquea con la lengua violeta, las encías ásperas, los dientes borrachos mordiéndome el vestido. Ven, Flavi, y él, agotado, ebrio, dejándose hacer, deseoso de amor, de comprensión, de una razón. Tienes razón, Flavi, un hechizo, sortilegio o maleficio, la diferencia es un matiz: la intención. Pasa lo mismo con velar o vigilar. Pero Flavi no me pregunta si tiene que tener cuidado, Flavi se deja llevar.

Flavi se ha hundido en el sofá, los pantalones desabrochados, la destrucción también puede ser obscena, carnal, fraguada en la flacidez pegajosa de su masculinidad. Yo, bien erguida, los muslos chorreando el esperma que mi cuerpo expulsa porque ya no lo necesita. Me lo quedo mirando un buen rato, hasta que oigo la sirena. No soy la única, Camila también la oye y sale con la niña a la calle. La lleva envuelta en mantas. La ambulancia es para ella. La niña no puede respirar, Rebeca, ha tosido sangre. Después de la ducha le ha bajado la fiebre, pero al cabo de un rato ha vuelto a subir de repente. Más fuerte que antes. No hay ni rastro de acusación en sus palabras, solo resignación. Tenía que pasar.

22.

Llego al hospital después de acompañar a los niños al cole, que lo paséis bien, cariños míos, queremos que nos venga a recoger papá, mamá. Su papá se ha ido a trabajar con resaca. Se ha levantado del sofá muy cabreado, pantalones y calzoncillos bajados, joder, Re, podrías haberme avisado. Yo lo he dejado rezongar mientras hacía el café. Ahora tengo uno en las manos para Camila. Al parecer, aún no ha empezado el horario de visita, pero le diremos a la madre de la paciente que la está esperando. La paciente está muy débil, señora. ¿Adónde van los hijos que no tenemos cuando dejamos morir la idea de tenerlos? Me lo preguntó Camila la noche de la Llissa, pero entonces yo tenía demasiado miedo, un dolor que anulaba la posibilidad de contestar. Ahora solo me duelen los riñones. Las sillas incómodas de la sala de espera o la fuerza tectónica de mi cuerpo. Cuando hay una fractura, nace un nuevo paisaje.

Se ha salvado por los pelos, Flora podría haberse muerto entre mis brazos. Camila lleva el tormento tatuado en la cara. No lo entiendo, Re, los médicos hablan deprisa, pero tiene una acumulación de líquido, le está empantanando los pulmones, las membranas, no lo sé, ha tosido pus, sangre, se ahogaba, me he asustado mucho y aún no se me ha pasado el susto, pero aquí estamos mejor que en casa, por más que Gregori diga lo contrario. ¿Dónde está Gregori, Camila? Solo se puede quedar un adulto con la niña, y él me ha dicho que nos iríamos turnando, pero yo no pienso apartarme de su lado. La abrazo con fuerza. Dicen que tiene los pulmones fatal, Re, dicen que cuesta creer lo dañados que están siendo tan pequeña, no sé cómo ha podido pasar, está maldita, pobrecilla mía. Flora comiendo tierra de las jardineras llenas de colillas y ceniza. Àngela inyectándole la enfermedad en los meridianos. Yo deseándole la muerte. Tres veces maldecida, tres veces condenada. Es una desgracia, Camila, no es culpa tuya si no has podido evitar que caiga enferma. Ella se aparta un poco de mí:

pero tú has podido, ¿verdad?, a los tuyos nunca les pasa nada, ¿por qué a Flora sí, dime? Le acaricio las mejillas marchitas. Porque soy una bruja, Camila, podría decirle. Porque deseé la muerte de los hijos de los demás sin saber que la Llissa estaba allí por mí, que haría lo que yo le ordenara. Es culpa mía, sí, pero la culpa no me gobierna como antes. Encontraré la manera de reparar el daño que te hecho, Camila. Le digo todo esto sin hablar, solo con los dedos, que le acarician la mano, las líneas tenues, desdibujadas, hasta que rompe a llorar y se deja llevar, su cabeza entre mis pechos, primero, su cabeza en mi regazo, después, bramando contra mi vientre. Que mi niña viva, por favor, Rebeca. Es el último deseo de Camila y lo dice en voz alta, sin vacilar.

Y yo lo oigo todo.

El deseo más auténtico, más palpable por concreto y flagrante, nace de la desesperación. Como los suicidas antes de saltar, como la madre consciente de que su hija va a morir. La desesperanza, la admisión de que la vida no es posible, ni la propia ni la del otro, desnuda el deseo. Lo vuelve sencillo de decir. Ni rastro de vacilación, solo la confirmación de la derrota. Pero Camila no sabe a quién se lo ha confesado. Ignora quién tiene delante. Ve a la amiga, pero no reconoce a la bruja.

Y la bruja puede cumplir deseos. La bruja es el deseo cumplido y completo. No sé de dónde me viene la certeza, pero la tengo, por eso la abrazo más fuerte, su cara enterrada en mi vientre, y le aseguro que Camila vivirá, que esta niña vivirá.

Más tarde, después de lavarle la cara en el lavabo, me ofrezco para ir a buscarle una muda de ropa, un cepillo de dientes, cuentos para Flora. Gregori me lo puede traer. Mírame bien, Camila: no me cuesta nada, de verdad, y de paso puedo ordenar la casa, airearla, prepararla para cuando puedas volver. Uso el singular, pero Camila no se da cuenta. Tienes razón, hay que limpiar, está infestada de virus y Gregori no puede ocuparse de eso. Busca la llave de casa en el bolso y me la da. Un beso y hasta pronto. Aquí estaré, Cami, ¿me oyes? Siempre estaremos a tu lado.

Flavi ha ido a recoger a los niños al cole y han llegado a casa riendo juntos, bromas privadas que no han compartido conmigo. A

cambio yo los he informado de que Flora no está nada bien, que tiene los pulmones muy enfermos. Flavi me ha reprochado el tono, pero yo he replicado que no se les puede negar la enfermedad a los niños. Hubo un tiempo en que tú se la querías evitar. Y aún hoy, Flavi, pero evitarla no pasa por ocultarla. Y cuando los niños ya están en su habitación con los juguetes, con los cuentos, con cualquier cosa que no sea su madre oscura, por favor, le doy más detalles a Flavi sobre el estado de Flora. Él mueve la cabeza, acojonado. ¿Qué quiere decir tejido pulmonar deteriorado? Muerto, Flavi, que no volverá a respirar. Su cara de asco, de no querer saber. Nuestro hijo también era tejido muerto cuando me lo rasparon, y todo esto de Flora me ha hecho pensar en él. Le veo las intenciones, la boca a punto de abrirse, pero no lo dejo hablar. Me gustaría celebrarlo como está mandado, como no lo hemos hecho nunca. Habría nacido por Todos los Santos, Flavi, nuestro hijo muerto, ya te lo dije, y eso es dentro de pocos días, querría aprovechar que se celebra la Noche Encendida para hacerle una fiesta. ¿Una fiesta? Flavi me mira turbado. Sí, un cumpleaños, si quieres. Es la importancia del ritual para recordar su alma. Flavi retrocede, rituales y almas son un repelente natural para él, mueve los labios pero es incapaz de decir nada. Se frota la frente con las manos. O espera, Flavi: un bautizo. Ponerle nombre. ¿Sabes que hay lugares en el mundo donde la antroponimia es tan importante que se considera que un recién nacido no está vivo hasta que recibe nombre? Sin nombre no eres, Flavi, y nuestro hijo fue. Aunque solo fuera durante ocho semanas. Aunque luego lo matásemos. Basta. Basta. Basta. Dijimos que lo haríamos y que nunca más volveríamos a hablar de ello, Rebeca. No es cierto, yo no dije que nunca volvería a hablar de ello, tú decidiste que el silencio era lo mejor para mí, y yo, que vivía espantada por el miedo y la desgracia, por morir y matar, acepté. Pero ahora ya no es así. Tienes razón, Rebeca, ya no eres así. Los ojos indefensos, espeluznados. No te reconozco, has cambiado. ¿Y eso no es bueno, Flavi? No sabe qué contestar. ¿Me preferías miedosa? ¿Permanentemente preocupada? ¿Débil, frágil, anulada? Se acobarda, algo en mi tono le da miedo. No, claro que no, no es eso, Re, pero…

Pero.

Toda una relación en una conjunción. Que tendría que ser un encuentro, una confluencia, más que una bifurcación. Una trifurcación. Flavi, el embrión y yo.

Mira, Flavi, me da igual que no quieras hacerlo, si prefieres coger a los niños y llevártelos a comer castañas frente a la chimenea en el bosque. Está bien que así sea, tú con nuestros hijos vivos y yo con el muerto. Pero eso sí: más pronto que tarde, me gustaría decírselo a los niños, contarles que abortamos a su hermano. Flavi sacude la cabeza, agita el cuerpo, se tambalea todo él. Enfurecido, desesperado. ¿Has perdido la chaveta? Estás loca, Rebeca, de verdad. Ayer te dije que tendríamos que hacer terapia de pareja, pero ahora veo claro que la necesitas tú solita. Agito la cabeza, sacudo el cuerpo, me tambaleo toda yo. De risa. De una risa incontenible. Es gracioso que me haya llamado loca, la madre que lo parió, me ha llamado loca, cuando loca era lo que estaba antes, cuando no podía vivir sin la ansiedad del peligro. Me río más fuerte aún. Me desternillo. Vas a despertar a los niños, Rebeca, por favor. No me reprimo y él finge oír un ruido en la habitación, ¿lo ves?, te han oído, para escapar de mí. Lo dejo huir y subo a trabajar.

Los americanos ya empiezan a vaciar calabazas y cierran sus mensajes de correo con un «Happy Halloween» y muchas exclamaciones. Pronto se disfrazarán de esqueletos y celebrarán la muerte. Ninguna sorpresa, por tanto, cuando recibo el encargo de hoy: traducir el texto sobre quiromancia y el final de la vida. Si no estuviese dormido, demasiado agotado para maldecirme, Flavi diría: el *marketing* controla el calendario. Yo lo contradigo: la cobardía alimenta el escepticismo. Madame Palma sí que cree. Es valiente cuando afirma que la muerte es un tabú en nuestro sistema social. Que no se la conoce debidamente y por eso vamos hacia ella con temor y morbosidad. «Estamos dominados por el infantilismo de una filosofía estéril y subyugante que usa la muerte como un arma para coartarnos e inculcarnos ideas faltas de libertad.» Madame Palma se extiende generosamente en una disertación sobre cómo el cuerpo no es más que un instrumento, a diferencia de los sentimientos o pensamientos que nos trascienden, nuestra verdadera energía. La

traduzco con entusiasmo. Me hace feliz que se cargue cualquier intento de hacer negocio extra afirmando que no tolera a los falsos quirománticos propensos a amenazar de muerte a cualquiera que tenga una mínima señal en la mano. Es mentira que una línea de la vida que se interrumpe abruptamente signifique una muerte prematura. Es una falacia que existan iniciales grabadas en las manos, M de *muerte* o A de *accidente*. *Madame* Palma, auténtica quiromántica, cree que las manos hablan de la vida y que la muerte solo es una fase más de esta. Una evolución en la existencia. «En fin, queridos lectores, quedaos tranquilos porque no encontraréis ninguna señal fatal en vuestras manos. La única fatalidad sería que descuidarais vuestra vida y temierais una muerte que no es tal. La muerte física es tan solo el símbolo de un fin de ciclo. El final de un ciclo es el inicio de otro y, sobre todo, de niveles de conciencia más profundos.» Madame Palma vive la muerte como una transición de una forma antigua a otra nueva, y anima a quienes se topen con ella: «Ese momento puede parecer catastrófico, pero del trauma sale belleza. Recordad que la flor nace de la materia muerta».

La flor nace de la materia muerta.

Aquí hay algo. Una afirmación como una manifestación. Una epifanía, una revelación. Sin embargo, como buena aparición, se desvanece antes de que pueda atraparla.

Salgo a la azotea. Las jardineras yermas y Gregori con los ojos vueltos hacia arriba, hacia mí. Me estaba esperando. «Del trauma sale belleza.» ¿Es eso lo que sacó de la sangre de Morell? ¿Pintura para hacerle dibujos a su hija? «La muerte como nacimiento de conciencia profunda.» Eso es verdad. Aceptar la muerte que llevo conmigo me ha hecho sumergirme en la falla. Al fin y al cabo, conciencia y entrañas son sinónimos. Me acaricio el vientre y después, ágil y dispuesta, me encaramo al muro que separa la azotea del abismo. Tengo los ojos de Gregori todavía y siempre clavados en mí. Un pie y luego otro, el peso de la fragilidad. Pero mi conciencia es más profunda que los cinco o seis metros que hay entre el asfalto y yo. Esto no es el séptimo, yo no soy la del séptimo. He entendido la muerte de la muerte y el renacimiento que comporta. Gregori no aparta los ojos de mí, ni yo de él. Un hilo entre

ambos, una línea de alta tensión. La vida es este caminar por la cuerda tensa, en una mano el cielo, en la otra el suicidio. Es él quien me ha traído hasta aquí. Quería verme sucumbir. Quería verme morir. Como hizo con Morell. Fue él quien convenció al viejo. Quería persuadirme a mí también.

«La vida pesa, ¿verdad?»

Levanto un pie. La vida pesa, sí. La noto toda en el útero, que se contrae por el vértigo cuando levanto la pierna. El equilibrio precario, la calada de Gregori. No hará nada para detenerme. El humo se eleva y una gaviota sobrevuela la noche. El cielo es suyo y podría ser mío.

23.

La castañera ya está en la plaza. Se instaló allí hace unos días, cuando aún hacía sol. Sin embargo, como si hubiese traído la montaña consigo, el cielo se ha tapado. Se acercan lluvias, el primer frío. La gente tiene ganas de otoño, cada tarde hay cola para un cucurucho. Hoy también la hacemos nosotros. O la hago yo mientras Flavi y los niños esperan sentados en un banco. Delante de mí, una niña pequeña brama en brazos de su madre. La castañera le da miedo, la señala y lloriquea diciendo que parece una bruja. Me ve mirándola y le saco la lengua, aquí tienes una bruja de verdad. Su madre no se da cuenta, absorta en la conversación con su amiga. Le dice que no sabe qué hacer, porque siempre se disfraza de bruja para la Noche Encendida, pero no quiere asustar a su propia hija. Pero yo a la playa quiero bajar, tengo incienso para quemar y es mi fiesta preferida. Su amiga, en cambio, reconoce que le da miedo, algo terrible en el ambiente, la oscuridad, los timbales de la procesión y los diablos, los esqueletos y las brujas que llenan la costa de humo. Halloween me parece de plástico al lado de esta tradición nuestra, tenebrosa de verdad. Yo solo me atrevo a subir al cementerio a dejar flores a los muertos.

Las flores son para los muertos. «La flor nace de la materia muerta.» La sentencia de Madame Palma se me clava en las costillas, me cala los huesos, se me enreda en la cabeza. Intento separar palabra y misterio, pero es una quimera. Son lo mismo, todavía.

Pelo las castañas sentada en el banco y los niños me preguntan, una cautela temerosa, si pueden probarlas. Sonrío divertida y les digo que por supuesto, que las he comprado para ellos. El año pasado no nos dejabas, mamá, y Flavi, la mirada nostálgica, confirma que es cierto. Hormigueo, ardor, ahogo. Me encojo de hombros, estoy segura de que no tienen ninguna alergia a los frutos secos y que pueden comer castañas, por supuesto que sí, que están

buenísimas, pero no tardan en perder el interés y prefieren jugar por la plaza. Flavi tampoco quiere castañas, así que me como el cucurucho entero mientras le digo que de verdad que no sé cómo me soportaba antes. Él no contesta, es evidente que no me soporta ahora, saluda a unos padres del cole, se va a charlar con ellos y yo me quedo sola en el banco, las castañas hinchándose en mi barriga.

Vomito al cabo de un rato, ya en casa, la taza manchada de marrón masticado. Flavi me reprocha la gula, no hacía falta que te las comieras todas, pero yo sé que no es eso. O no solo eso. Está así, ceñudo y decepcionado, desde la discusión, desde que lo desesperé con mi idea de una fiesta para el bebé abortado, desde que me desternillé de risa ante su estás loca. Y yo estoy así, con la carne removida, marejada del deseo cumplido y compartido, desde la noche con Eloi en el Meridiano. Uno y otro me han dicho cosas, me han hecho cosas. En el cuerpo y la cabeza. Te deseo con locura, estás loca. Son los dos extremos de un péndulo impaciente. Vacilaría ante él si no fuese porque soy yo quien lo mueve. Quien lo gobierna. Flavi y Eloi bailan a mi ritmo, hay que estar ciego para esquivar la hipnosis. Por eso, cuando clavo los ojos en Flavi y le digo que me voy a caminar un rato, que necesito aire para que se me pasen las náuseas, él me mira desvalido y no contesta. No puede hacer otra cosa que dejarme ir.

Mi paseo termina al otro lado de la calle. Tengo la llave de Camila. Hace días que Flora y ella viven en el hospital. Gregori también debe de estar allí. Va cada tarde, a incordiarlas con su presencia. Espera: yo también puedo fastidiarlo. Cambio de dirección, me subo a un taxi, al hospital. Flavi y los niños no me echarán de menos, saben que voy allí un rato cada día. Intento hacerlo durante la mañana, mientras Gregori está durmiendo, pero hoy quiero encontrármelo. Juego con las llaves, las de Camila y las mías, durante todo el trayecto, hasta que el taxi me deja delante de la puerta.

Y, en la puerta, él. Fumando. Su hija tiene los pulmones muertos y él la boca llena de humo. No me saluda, pero no aparta los ojos de mí mientras me acerco. Cuando lo tengo delante le digo que me apetece fumar. Él, la sonrisa cáustica, me pasa el paquete. Dentro están el mechero y la llave de su estudio. Saco el mechero, enciendo

el cigarrillo, le doy una larga calada. Supongo que fumas para que se te pasen los nervios, Rebeca, espero que ya te hayas recuperado de la última noche en la azotea. Se refiere a mi baile mortal por la cornisa. El muy capullo no dijo ni mu cuando yo podía haber saltado. Ahora, vivita y coleando, no tiene más remedio que reconocer que me vio. Lo miro y suelto todo el humo, una densa vaharada entre ambos. Gregori no lo aparta, al contrario, lo succiona todo con su presencia. Está hecho de humo, el hombre demonio, velado, opaco. Por eso sé que es una maldita cortina de humo lo que sale de su boca cuando me dice que la otra noche lo asusté. Que temió por mí, por mi estabilidad. Puro humo. Palabrerío, vanidad, soberbia. Sonríe al decir que ahora me ve muy entera, muy valiente. Tiene una puñetera cadencia socarrona, atractiva. Así es como lo ven los demás. Las demás. Seductor, el magnetismo de la malicia exquisita, concentrada en el embrujo de un ladeo de cabeza, una calada parsimoniosa, el humo goloso entre la lengua y las palabras. Entiendo a Camila, a Àngela, a Alexandra. Todas bailan a su ritmo. Pero yo no soy ellas, yo también sé tocar. La música, la orquesta, las teclas necesarias para hacer que algo se tambalee. Ya lo he dicho: Eloi y Flavi querían estar quietos a mi lado y no les he dejado. Levanto el mentón, le doy otra calada al cigarrillo, le lanzo el humo a la cara. Lo que no sabe el muy imbécil es que el humo sin fuego dura poco. Pienso esto, justamente esto, y una voz que es nueva pero vieja pero es suya pero es mía me resuena por dentro. Me habla y la hablo, me dice y digo. Un conjuro, un sortilegio, una plegaria como un topo hurgando en la oscuridad, una invocación que tiene más poder que yo, que soy yo, que quiero yo, que hago yo. La cabeza se embala con la repetición: «Combustible y llamarada, haz que esta bruja no pueda ser apagada. Combustible y llamarada, haz que esta bruja no pueda ser apagada. Combustible y llamarada, haz que esta bruja no pueda ser apagada».

El sortilegio funciona, el fuego llega enseguida.

Lo trae una enfermera que se acerca corriendo, exhalando, exclamando: es usted el padre de Flora, su mujer me ha dicho que lo encontraría aquí, el médico quiere hablar con usted, haga el favor de venir, el estado de su hija es muy crítico, Flora ha empeorado.

Gregori reacciona con calma, ningún sobresalto, la certeza de que, sea lo que sea, tenía que pasar. Me coge el paquete de las manos antes de ir hacia Flora. Lo que no sabe es que, mientras él solo tenía ojos para la enfermera, le he dado el cambiazo. Su llave por una mía, la pequeña, la del buzón de casa. Cuando lo descubra, ya será tarde. Porque aún queda fuego para rato.

Mientras arde, vuelvo en taxi a Ocata. Al antro enfermizo que es la casa de Flora, Camila y Gregori. Por culpa de él, claro está. En el sofá, las mantas de la niña aún retienen su cuerpo dibujado. El muy desgraciado no se ha dignado doblarlas ni abrir las ventanas para ventilar. No le molesta el aire viciado, el hedor a muerte y tabaco. Tampoco ha entrado en la cocina. Tres dedos de grasa incrustada en sartenes y platos. Cojo un vaso y me lo llevo arriba. Es un arrebato que no entiendo, pero obedezco de todos modos. Como pasaba con la Rebeca de antes, miedosa y apocada, el cuerpo se adelanta a lo que la cabeza aún no sabe. Palabra y misterio se dividen en ese preciso instante, cuando el hecho se adelanta al lenguaje. Sigo el impulso, confiada. Me lleva a la habitación de Flora. Está quieta, melancólica, añorando la alegría de una niña pequeña que hace tiempo que dejó de serlo. Una niña, alegre.

Espera.

Un momento.

Camila ya lo dijo, aquel día de la otra vida, cuando aún era verano y las llevé al meridiano. Que había una especie de rendición en la forma de estar en el mundo de Flora. Que tenía tres años, pero una conciencia arcana, como si ya supiera que estamos de paso en la vida. Ese día, Camila se preguntaba, subyugada por la energía que emanaba de la encrucijada, si era posible que su querida hija quisiera dejar de vivir, pese a ignorar la idea misma de muerte. Si me remonto más aún en el tiempo, antes del meridiano y la Llissa, veo a Flora como la niña abstrusa que ya era, aunque por entonces yo, demasiado preocupada por la supervivencia filial, confundiera la extrañeza con la vileza, la culpara de todos los males posibles, negara el misterio insondable que ella llevaba consigo. Porque Flora, ahora lo veo, era y es una presencia ancestral. Y, por tanto, la respuesta a la pregunta de Camila de si una niña pequeña puede

entender, es más, si puede asumir en carne propia la fragilidad de la vida, es que sí. Sí que puede si ya la ha vivido antes. Abro mucho los ojos, cegada por la propia luz: hace siglos que Flora vive y muere, es más vieja y más sabia que todos nosotros. Porque la llave de todo la tiene ella. Ella es la llave. Pero me necesita para abrir la puerta del inframundo. Para reencarnarse de nuevo. Me necesita porque soy como ella, vivo otra vida, soy Hécate reencarnada.

Era eso.

Es eso.

El silencio previo a la explosión. Un estallido de claridad. Y el estrépito de la detonación.

Me río. Me río. Me río.

La carcajada me crece vertical desde las entrañas. Repica en las paredes llenas de garabatos de sangre vieja. Sangre vieja, sangre nueva, mezcladas las dos.

Cierro la habitación de Flora y entro en el lavabo donde la bañé. Me siento en la taza y meo en el vaso. Salgo a la azotea sin derramar ni una gota. Me espera la tierra seca. «La flor nace de la materia muerta.» La riego con mi orina. Ahora sí: la jardinera está llena de vida. Dentro de nueve meses nacerá una flor. Una Violeta, una Rosa, una Margarita o una Verónica. ¿Qué nombre te gusta menos, Gregori?

La lucidez es la única frontera que no admite marcha atrás. No hay la menor posibilidad de volver de un instante como este. Del instante alumbrado por la conciencia más profunda. Cuando llegas a ese punto, te quedas ahí para siempre. Empujada por la clarividencia, me acerco al estudio de Gregori. La llave en las manos tal como un día llevaba la antorcha hacia la Llissa. Como hace solo dos semanas llevaba a la perra hacia la encrucijada. Abro la puerta. El espacio es ridículo, apenas más grande que un armario, pero suficiente para una mesa con cajones, dos pantallas, un par de teclados. Me siento en la silla, muevo el ratón, los monitores se encienden, piden que me identifique. No puedo identificarme. No soy Gregori, sino su contrario. Hurgo en los cajones, para eso no necesito contraseñas. Están llenos de papeles que repaso, ávida. Son registros: direcciones y mapas. Naves industriales,

aparcamientos, chalets particulares. Todo bajo el nombre de Gregori Monteagudo, gmonteagudo, vigilante #5242987. Repaso la lista. Polígono El Rec, Nave Z; calle del Molí, 125, Seguros Occidente; calle Martorell, 33, Aparcamientos Europa. Casa verde, carretera N-II, km 635. Este último nombre me llama la atención. ¿Casa verde? ¿En la Nacional? La busco en el mapa, aparece señalada en medio de la nada, en los terrenos abandonados al otro lado del meridiano. Bingo. Casa Verde. Es este, tiene que serlo, el cobertizo que encontré. Vuelvo a mover el ratón. @monteagudo, #5242987. Bingo de nuevo. La suerte me sonríe. Mentira, una bruja no tiene suerte, una bruja es la suerte. «Bruja, pitonisa, hechicera, la suerte es ella. Bruja, pitonisa, hechicera, la suerte es ella. Bruja, pitonisa, hechicera, la suerte es ella.» El sortilegio repetitivo mientras una pantalla me enseña las imágenes que ven las cámaras de seguridad y la otra un panel de control, informaciones, mensajes. En la pantalla de las cámaras puedo elegir la visualización. Dos, cuatro, seis interiores. Una oficina, un almacén, un laboratorio. Un despacho, un depósito, una consulta. Busco la casa verde en cada rectángulo de vida vigilada. La casa verde, el cobertizo verde, la necrópolis tapada. Estoy convencida de que tiene que estar ahí. Gregori me vio perfectamente, sabe todo lo que pasa allí dentro. Es más: puede comunicarse con ese espacio. Su ordenador también tiene una cámara. Su cara proyectada en el fondo verde. Los meridianistas tienen la sede en ese cobertizo, Gregori es su líder. Paso pantallas entusiasmada por la idea, hasta que un estorbo irrumpe en medio de las imágenes. Una ventanita, un chat. Un tal @framirez quiere saber qué hago conectado a esas horas y me pregunta si le ha pasado algo a mi hija. Podría contestar que no, que está vivita y coleando, hacerme una foto de la barriga y enviársela. Pero no lo entendería. Mierda. Lo apago todo.

Salgo a la calle.

Cruzo.

Entro en casa.

Mira quién ha venido, Rebeca.

La mesa de la sala puesta. Alexandra Morell sentada, muy bien acompañada. Por Àngela.

24.

Alexandra me taladra con la mirada, pero modula la voz para sonar amable. Que si hola, Rebeca, que qué ilusión volver a verte después de nuestro encuentro en la playa, lo de aquella noche fue fugaz y a lo mejor te sorprende verme ahora aquí, verdad, pero ¿sabes qué pasa?, que hoy he quedado con mi amiga Àngela y, mientras deambulábamos y charlábamos sin rumbo fijo, hemos llegado a vuestra calle y, claro está, a la casa de mis padres, sabes, verla me ha removido por dentro, será cosa de las fechas señaladas, Todos los Santos es pasado mañana, y total, que me he quedado clavada en la acera, aquí delante, hasta que Flavi me ha visto, me ha reconocido y me ha invitado a pasar.

Flavi asiente con la sonrisa inocua del perfecto ignorante mientras le llena el plato. Ya ves, mujer, había puesto el agua al fuego, solo tenía que echar un puñado más de pasta, no es ninguna molestia. Yo sí que tengo un fuego dentro, todavía y como siempre. Me hierve la sangre. Será cosa de Gregori, le ha saltado una alarma en el móvil, quizá tenga el chat del trabajo duplicado, y las ha avisado. Para que vinieran a cazarme. Y ahora las muy cabronas se me han metido en casa. La casa que Alexandra se empeña en elogiar porque, madre mía, Rebeca, es excepcional lo que habéis hecho aquí, lo que ha hecho Flavi, vaya, que ahora nos lo estaba explicando, tanta luz y espacio, cuando antes todo era oscuro y cerrado, puertas, pasillos, paredes, y ahora, en cambio, lo tenéis todo a la vista. No hay sitio para los secretos.

Me dedica una falsa sonrisa. Cree que me tiene calada, pero en realidad no se imagina siquiera quién soy ahora. Su mirada altiva no me intimida, más bien me incita. Hago caso omiso de Flavi, que me ruega que me siente, ven a comer, Rebeca, y me quedo de pie, alzo el mentón. Alexandra dice que me ve muy bien, estupenda, de hecho, que tengo buena cara. Flavi habla por mí, como hacía en la clínica, cuando Alexandra era mi enfermera, y asegura que es el aire

de Ocata, que nos ha cambiado la vida. Me río porque no sabe de la misa la media y él me mira, un atisbo de pesar en sus ojos, cuando insiste: pero Rebeca, mujer, siéntate, que los macarrones fríos no valen nada. Arrastro la silla, toda mi rabia rayando el suelo, líneas de ira y bilis impresas en la casa por siempre jamás. Me siento, miro hacia delante. Ahí está Àngela, vestida de verde, para variar. Es la única que no ha hablado desde que he entrado. Mira a los niños, que están tranquilos en el sofá, ajenos a la tragedia que se cuece entre los adultos. Los miro yo también y Flavi dice que ya han cenado, Re, los he dejado ver un poco la tele mientras nosotros comemos. Les digo hola, cariños míos, pero me ignoran, absortos en la pantalla. Àngela sabe que no es por eso. Sabe que se han alejado de mí.

Alexandra me ve mirando a su puñetera acompañante y dice ¿qué casualidad, no crees, que conocierais a Àngela? Flavi levanta la mirada del plato, sorprendido: ¿os conocéis? Respondo sin mirarlo, irritada por su incapacidad para entender nada: sí, Flavi, de una tarde en la playa, Àngela y su perro. Ella me clava los ojos cuando puntualiza que era una perra. ¿Y qué tal, cómo está la perrita?, pregunto mientras me acerco la botella de vino. La bola verde dice que se ha muerto. Me lleno la copa y no me digas, pobrecita, ¿de qué? Flavi se remueve en la silla, algo en mi actitud lo mantiene alerta. Àngela se encoge de hombros cuando dice que era mayor, que supone que se había cansado de vivir. Así me gusta, joder, directa al grano. Sonrío: ¿una perra suicida? Eso está bien. Me refiero a lo de poder elegir morir. Flavi hace lo que puede para no mostrar su incomodidad, pero me mira preocupado, interrogante: qué digo, a qué viene ese tono. Tú no sabes nada, queridísimo pedazo de ignorante, no sabes nada de la muerte ni en quién te transforma. Hago caso omiso de su ruego mudo, Rebeca, compórtate, por favor, y sigo adelante, empeñada en hacer lo que quiera de esta velada, que es una excusa como cualquier otra para que estas dos me tengan controlada. Me vuelvo hacia Àngela: dicen que los humanos somos los únicos animales que tienen conciencia del salto fatal, pero se nota que la tuya era una perra sabia. Espera, que no era tuya, sino de otra persona, ¿verdad? Àngela no baja la

mirada al decir que sí, que era de su hija. Ah, exacto, de tu hija, la que se suicidó. Era de esperar, ¿verdad? Dicen que los perros se parecen a sus amos.

Flavi carraspea nervioso, desesperado por cambiar de tema: ya sabemos que Alexandra es enfermera, pero y tú, Àngela, ¿a qué te dedicas? Soy más ágil que la bola verde: esta cree en los meridianos, Flavi. Él frunce el ceño, estrujándose las neuronas para buscar la conexión entre el presente y el recuerdo de la primera vez que oyó hablar de los meridianos, en casa de Eloi. Lo ayudo: tú ya sabías que los meridianos son líneas energéticas, ¿verdad, Flavi? Pero ¿sabías que estamos hechos de esas líneas? ¿Que nos atraviesan y nos marcan y nos guían y nos vuelven fuertes y también débiles? Flavi pincha macarrones, toda su contrariedad en el tenedor nervioso, y dice que no, Rebeca, no tenía ni idea. Àngela reacciona, aparentemente dulce: hago acupuntura, Flavi, es una herramienta maravillosa para conseguir que mis pacientes sientan cómo fluye la vida a través de ellos.

Veo cómo sale humo de la cabeza de Flavi. Ha invitado a cenar a una profesional de la pseudociencia, él que no es amante de nada que no sea un fármaco bien testado. Sonrío mordaz a la meridianista: es curioso, Àngela, porque no me has tratado nunca y siento cómo fluye la vida a través de mí. Ella me mira: eso está muy bien, Rebeca. Alexandra se le suma: eso es fantástico, de hecho. Yo remato: sí, es fantástico y está muy bien, pero es justo lo contrario de lo que queríais, ¿verdad?

Flavi no sabe adónde mirar. Ora a una, ora a otra, ora a la de más allá. Tres mujeres y un idioma extranjero. ¿Qué quería quién? ¿Por qué nos hablamos así?

Es Alexandra quien reacciona: no sé si te entiendo, Rebeca. Los profesionales de la salud como nosotras no queremos nada que no sea tu bienestar. Yo estoy de puta madre, Alexandra. Me sonríe y pues me alegro mucho, Rebeca, de verdad. De verdad tu padre, desgraciada, el que se mató, pienso mientras me lleno la boca de macarrones. Uno, dos, tres tenedores llenos. El ruido de mi mandíbula crispada y los dibujos de los niños de fondo. El silencio incómodo a la mesa. Flavi se levanta, mortificado. Más vino, más

agua, más pan. Sé que me maldice y al mismo tiempo quiere excusarme. Necesita justificar mi tono y se escuda en la pena: Rebeca acaba de volver del hospital. Alexandra, tú que lo conoces, seguramente ya sabes que la hija de Gregori está ingresada. Levanto el tenedor, tres macarrones bien ensartados, y lo uso para señalar a Àngela: ella también lo conoce, Flavi, las dos saben de sobra qué le pasa a Flora. Hablo con la boca llena, un macarrón a medio masticar sale disparado. Alexandra no se inmuta: sí, pobre Flora, una pena inmensa. Àngela amplifica la congoja: una desgracia enorme. Hatajo de hipócritas. La niña tiene que morir. Lo saben tan bien como yo. Flavi, toda la ingenuidad hecha cortesía, dice que ojalá se recupere pronto, y yo, en cambio, la destrucción imparable, que no lo hará, Flavi, Flora va a morir. Él se atraganta, carraspea, mira a los niños. Dice que se ha hecho tarde, que tienen que irse a la cama, lavarse los dientes y un pipí. Se aferra a la rutina para huir. Sé que alberga la esperanza de que, cuando baje, las mujeres ya no estén. Lo siento, amorcito mío que vives en la inopia: no va a pasar. Hay demasiadas cosas que necesitamos aclarar. Mientras los niños se hacen los remolones, recojo la mesa y, cuando ellos tres suben arriba, me siento y enseño todas mis cartas.

Lo sé todo de vosotras dos. De vosotros tres, de hecho. Hace días que tengo todas las piezas, las he ido colocando, pero me faltaba una y hoy la he encontrado, en el estudio de Gregori. Por eso habéis venido, ¿verdad? ¡Él os ha avisado! No habéis llegado hasta aquí empujadas por la nostalgia, Alexandra, queríais pillarme cuando saliera de casa de Gregori, saber qué hacía allí, qué sé de todo esto, pero Flavi se os ha adelantado y habéis tenido que improvisar. No pasa nada, os lo diré de todos modos: he encontrado la última prueba. Sé que Gregori es vuestro líder.

Me miran las dos con los ojos entornados, corrugados por el disfraz de la incomprensión, pero a mí no me engañan: de sobra saben de qué estoy hablando.

Rebeca, perdona, pero ¿de qué hablas? Alexandra se sienta muy recta, finge que me escucha con atención, que la conversación no le molesta.

Basta de farsas, Alexandra, lo sé todo sobre vuestro culto al meridiano. Sois una puta secta, os reunís allí y también en el cobertizo de más arriba. El cobertizo que es una necrópolis, en realidad. Donde hacéis los rituales que no os atrevéis a hacer en público. A saber qué queréis hacer con Flora cuando se muera. Y me diréis: lo de Flora es cosa tuya, Rebeca, fuiste tú quien la sentenció el día de la Llissa, con tu deseo enfermizo, y en parte es así, tenéis razón, es cosa mía, pero también vuestra, ya lo creo, y la diferencia es que vosotros queréis que pase, que la niña se muera y el dolor se extienda, mientras que yo soy la única que puedo revertirlo, que puedo transformar el dolor en amor. He encontrado la manera, he encontrado la manera, he encontrado la manera.

Lo repito tres veces. Una por cada una de ellas y otra por Gregori, que no me extrañaría nada que estuviera escuchando detrás de la puerta en este preciso instante, o espera, mejor aún: que hubiese puesto micrófonos y cámaras en mi casa. Tiene que ser eso. ¡El muy cabrón! Cuando vino a cenar a casa, aquel día de julio. Me metió el miedo en el cuerpo en el paso subterráneo y luego me llenó la casa de artilugios para espiarme.

Me levanto de la silla, electrizada por esa posibilidad. La arrastro hasta un rincón y me subo a ella, los ojos en el techo, buscando pruebas. Las mujeres me miran, falsamente horrorizadas, desde abajo. No me interrumpen, ahogan toda su sorpresa y planifican argumentos para rebatir los míos, estoy segura, al fin y al cabo las estoy desenmascarando, mientras, de puntillas sobre la silla, yo sigo hablando:

Alexandra, tú estabas presente cuando me llamaron bruja. En la clínica, justo antes del raspado. Me viste sufrir la humillación, fuiste testigo de la acusación de esa patulea de talibanes fanáticos, acólitos católicos. Una mujer que aborta, ¡que mata!, es una bruja. Yo me vine abajo, arrastrada por una oleada de mierda y culpa, y a ti te faltó tiempo para contárselo a Àngela y Gregori. Sospechabais que el ataque de los devotos intransigentes me había trastocado. No andabais equivocados: me habían señalado como yo misma me veía, como una asesina, y estaba deprimida, la psicosis de la derrota vital. Mi rendición os convertía en vencedores, ¿verdad?, eso es. Estabais

convencidos de que sería incapaz de recuperar la fuerza para vivir y, por tanto, que me suicidaría. Tal como hicieron vuestro padre y vuestra hija. Queríais creer que, con mi muerte, recuperaríais la paz. Gregori te lo prometió, ¿a que sí, Alexandra? ¿Después de que tu padre se matara? Puedes burlar a la desdicha, puedes ahogar la tristeza, solo necesitas una bruja de esas que tienes en la clínica. Esa bruja era yo. Y enseguida nos hablaste de la casa de Ocata porque me oíste implorarle una nueva vida a Flavi, lejos del séptimo. Éramos los candidatos perfectos. Él tan eficiente. Yo tan puñeteramente débil. Seguimos vuestro plan sin dilación. Compramos la casa, la arreglamos, nos mudamos aquí. Y entonces Gregori empezó a vigilarnos. Estaba eufórico, yo era justo lo que necesitaba: una mujer insignificante, frágil y asustada, a punto de romperse. Casi lo consiguió del todo con una frase, con una sola y maldita frase, en el puñetero paso subterráneo. «La vida pesa y los niños a veces sobran, ¿verdad?» Una semilla en lo más hondo. Las cosas que él planta: el miedo, la duda. El deseo de muerte, sobre todo. Por eso me observaba muy de cerca el día de la Llissa, me vigilaba, quería inocularme el terror para que yo lo transformara en acción. Sé más allá de toda duda que fue él quien le dijo a Flora que se llevara los niños al agua, para perseguir a la luna. Jugó con mi gran vulnerabilidad. Vosotras también estabais allí, ¿verdad? A ti te vi, Àngela. Seguro que hicisteis muchas ofrendas a la Llissa, para que os concediera el deseo de verme caer desde la azotea. Por desgracia, la cagasteis. Meeec, primer gran error. Porque llevarme a la playa la noche de la Llissa fue un regalo. Hécate se reencarnó en mí. Miradme: ¡Hécate se reencarnó en mí!

Saco pecho con los brazos completamente extendidos. Soy la diosa en lo alto de la silla. Y ellas, tan ínfimas, tan mortales y tan poca cosa, no pueden hacer nada aparte de contemplarme. Por eso no se atreven a decir nada. Las veo a ambas boquiabiertas, los ojos desorbitados. Quieren más y yo podría hacerlo, podría atraerlas hacia mí, romper el endemoniado hechizo de Gregori y llevarlas por el buen camino. Si no fuera porque él me está escuchando, seguro. Satán vigilante, Lucifer carcelero.

Me bajo de la silla a toda prisa, me muevo por la sala, miro debajo de la mesa, toco las bombillas incandescentes de las lámparas, me abalanzo sobre los muebles, saco libros, revuelvo las páginas, levanto jarrones, los vuelco, cascadas de pétalos y agua sucia. Me da igual el caos. Micrófonos, tiene que haber micrófonos. Me fijo en una figurita de barro que hizo Nit en el cole. Recuerdo el día que me la enseñó, orgullosa. Estábamos en la plaza, Gregori también estaba allí. Es un muñeco torpe, hecho con todo el amor de mi hija, pintado de colorines. Los ojos son dos botones. Gregori lo tocó, seguro que sí. Un micrófono incrustado. Hablo con el trozo de barro en los labios. Escúchame bien, vil desecho, sé que me oyes. Puede que yo condenara a tu hija deseando la muerte de los hijos de los demás, pero eres tú quien la ha rematado. Esas jardineras llenas de ceniza que la obligaste a tragar. Me vuelvo súbitamente hacia Àngela, la señalo con el muñeco: ¡y tú también! ¡Le pinchaste los meridianos! ¡Infectaste su sangre!

Àngela me mira aturdida, mi baile por la sala la ha mareado. Le oigo un hilo de voz: pero ¿qué dices, Rebeca?

Digo que primero fingiste que me estabas ayudando, rescatándome aquella tarde en la playa, enseñándome a respirar, pero ¡no era porque quisieras que viviera, sino porque no querías que me ahogara! ¡Tenía que tirarme desde la azotea! Gregori así lo había ordenado: ¡ese era el altar del sacrificio! Por eso, después de que su-pues-ta-men-te me salvaras, te paseabas por la calle cada noche, para confundirme, para ayudarme a ganar inestabilidad. ¡Si hasta hiciste que la perra se cagara en mi puerta! ¿Qué querías, jugar a hacerte la sicaria mierdosa? Que entendiera ese mensaje como: mira, eres tú, Rebeca, un buen truño, y el único lugar para la mierda es el suelo, tírate, anda.

Rompo a reír. Estoy espléndida, en estado de gracia. Sigo con el muñeco en la mano, apuntando a la puñetera bola verde, que es tonta de remate porque tú no sabías, Àngela, no tenías ni la más remota idea de que, después de la Llissa, ¡el sacrificio a Hécate, el sacrificio a mí!, yo era más fuerte y tu presencia sólo me empujaba las ganas de afrontar, que significa entender. Por eso te seguí hasta el meridiano y meeec, segundo gran error que cometiste, Àngela,

porque siguiendo la línea, mi línea, llegué hasta la encrucijada, donde Hécate acabó de poseerme y hete aquí que me convertí en la bruja de las encrucijadas, la que lleva la antorcha del mújol, la que llevó a la serpiente moribunda, la que ahora tiene la llave en la mano.

Giro como una peonza, libero al muñeco, que se hace añicos a mis pies mientras grito ¡la llave, la llave! La llave es tres en una, de hecho. La llave es la que abre el estudio de Gregori, demostrando que es el maléfico líder de la secta infernal, la llave es Eloi abriéndome en canal, haciendo resucitar a todos mis muertos, y la llave es Flora, que renacerá de la materia muerta.

Me enrosco sobre mí misma, mareada por la abrumadora lucidez y la carcajada pletórica que me nace de las entrañas.

Alexandra no quiere reírse conmigo. La veo negar con la cabeza, exageradamente seria, pronunciando mi nombre muy despacio mientras repite por enésima vez, la muy hipócrita, que no sabe de qué hablo.

¡Hablo de aguaros la fiesta, Alexandra, de negaros el sacrificio! ¡Porque soy la más poderosa de las brujas y no podéis hacerme nada! ¡Ni a mí, ni a Flora! ¡He puesto a la niña a salvo! ¡Y todo gracias a vuestro meridiano! ¡Porque allí estaba el Meridiano con Eloi esperándome, guapo, precioso, dispuesto a saciar mi deseo, a darme lo que necesitaba!

Flavi dice qué, quién, cómo. Lo veo inmóvil, petrificado al pie de la escalera. No sé cuánto rato hace que está ahí. ¿Qué cojones, Rebeca?

Lo miro y la carcajada me sube por la garganta sin que pueda reprimirla: simplemente estalla. Alexandra aprovecha para levantarse de la silla, para acercarse a Flavi, para hablarle como si yo no pudiera oírla, como si la loca de su mujer no estuviera allí mismo. Flavi, escúchame, creo que Rebeca tiene un ataque, está desequilibrada, algo le pasa, seguramente es el estrés por la enfermedad de Flora, que una niña muera le trae recuerdos del aborto, y el trauma le ha provocado una reacción paranoica, rayana en la histeria.

¿Quiere verme histérica? Me verá histérica. Me río, me río, me río, una carcajada que es un alarido, me enrosco y me retuerzo hasta que me doblo toda, las manos en el vientre que me duele, un dolor que me desgarra, de tanto reír. Flavi asiste mudo al supuesto ataque que no es tal, por supuesto que no, imbéciles, es la agitación de la energía que emana de mi cuerpo, ¿acaso no veis que estoy más viva que nunca? Alexandra no se deja paralizar, la enfermera que lleva dentro la empuja en mi dirección, se agacha delante de mí y me habla, tal como me hablaba en la maldita clínica, toda dulzura, pero puñeteramente incisiva.

Rebeca, te escucho y te entiendo: hay demasiadas cosas que parecen casualidades inquietantes en esta historia, pero créeme, has malinterpretado las coincidencias, todo lo que has dicho tiene una explicación racional.

Me ve el intento de contener la risa para poder replicar, pero ella me ataja, dice que me ha escuchado y que ahora me toca a mí escucharla. No la quiero obedecer, lo que pasa es que no puedo parar de reír, me parece hilarante que intente anular la magia con lógica. ¡Es imposible!

En algo te doy la razón, Rebeca, en una sola cosa: la muerte nos ha unido a los tres, a Gregori, a Àngela y a mí. Así es, mi padre se suicidó, se tiró desde la azotea. Es algo que cuesta mucho aceptar, aunque seas una mujer hecha y derecha, y tu padre un anciano. Me hundí. Me pasaba el día en la calle, mirando ora arriba, ora abajo, intentando entender por qué. Gregori fue testigo del suicidio, ya lo sabes, y me socorrió. Juntos, empezamos a ponerle palabras a la muerte y fue él quien me habló de Àngela, del poder curativo de la acupuntura, y por eso la busqué. Àngela, interpelada por su condiscípula, también se levanta y se me acerca. Las tengo a ambas delante, muro y jaula. La enfermera que me arrancó las entrañas y la bola verde que me las revolvió. Es ella quien me coge el brazo, el pulgar en un punto determinado, hija de puta, ¡me está pinchando un meridiano! Quiero liberarme, pero la risa debilita mis intenciones y Àngela me aprieta más fuerte mientras me habla como me hablaba el día del pánico en la playa, suave y tranquila, erigiéndose en salvadora sin disimular que saborea mi desgracia:

Gregori y yo nos conocemos desde hace años, Rebeca, había sido pareja de mi hija. Ella se suicidó unos meses antes que el padre de Alexandra. Saltó a la vía desde un puente. Lo único que me dejó fue a Serpiente y la incomprensión. Gregori se enteró y vino a buscarme. La había querido mucho y estaba afectado. Empezamos a quedar para hablar y caminar juntos. Primero por la playa, luego por el paseo. Quería ayudarme a llegar hasta el puente, a mirar el terror de frente. Una tarde, al volver del puente, nos sentamos en el meridiano. No lo hicimos por ningún otro motivo que la tranquilidad del lugar, nunca hay nadie allí, ¿quién iba a querer sentarse al lado de la desembocadura? Es un espacio abierto al mar e íntimo a la vez, un lugar único. Al cabo de unos meses, a raíz de la muerte de su padre, Gregori llevó allí a Alexandra y, poco a poco, entre las personas que conocía uno y las que llevaba otra, el grupo fue creciendo. Somos gente que tiene en común el suicidio, la muerte inexplicable de una persona cercana. Y por eso nos reunimos, para hacernos compañía, para pasar el duelo juntos.

Grito un ¡mentirosas! entre risas entrecortadas. ¡Falsas! ¡Hipócritas! Me levanto como puedo del suelo y ellas se levantan conmigo, la mano de Àngela todavía en mi brazo. Asegurándose de que no me escapo. Deben de pensar que tienen una segunda oportunidad, confunden mi lucidez de bruja con un ataque de alienación mental. Creen que me tambaleo. Seguro que Gregori les ha explicado mi baile por la cornisa, les ha dicho que aún es posible provocar mi caída. La risa se interrumpe, la rabia se impone: ¿y por qué cojones quedáis de noche? ¿Y a qué viene la pantomima de vestiros de verde? Contestan al unísono, casi, una en cada oído: de noche porque la mayoría trabajamos durante el día, ¿cuándo quieres que quedemos? De verde porque es el color de la esperanza. Intento zafarme, pero me cortan el paso con su cuerpo. Es una caza de brujas, una puta caza de brujas. Dejadme en paz, malas bestias: ¿y por qué os levantáis a medianoche y os dais las manos alrededor del menhir, eh, por qué?, ¿a quién o qué invocáis? Es un acto simbólico, Rebeca, nada más. Significa que hemos superado otro día, que seguimos vivos y acompañados. No tiene nada que ver con el meridiano. No sabemos nada del meridiano. Me revuelvo, me debato

contra el grillete de sus brazos, me tienen bien sujeta, mecagoentodo, y Flavi, el muy inútil, no hace nada, está desplomado en la silla, la cabeza desmayada entre las manos. ¿Y qué me decís del cobertizo verde, desgraciadas? ¿Qué hacíais allí? No sabemos de qué cobertizo hablas, Rebeca. ¡Allí encontré a Serpiente muerta! Serpiente se escapaba a menudo, vagaba sola, era una perra independiente, mi hija la había criado así, libre. Yo sabía que se hacía mayor, estaba cansada, le falló el corazón. Me enfrento a ella: pero yo la llevé hasta el centro del círculo, una puta perra muerta, y nadie me detuvo. No, Rebeca, porque allí no juzgamos a nadie, todos tenemos algún dolor que trabajar. Respetamos la forma de hacer y sentir de cada cual. Créeme, no nos une nada más que la voluntad de entender la muerte para poder vivir la vida. Como tú. Quizá podrías venir algún día. Tú no eres una bruja, Rebeca, lo que pasa es que tienes un trauma por lo que has pasado.

La madre que las parió. Lo tenían todo bien preparado, exquisitamente detallado. Orquestado por el gran líder. ¡Sois esclavas, sus esclavas! Lanzo golpes que ellas esquivan. A Gregori se le suicida gente cercana, ¿y eso no os parece extraño? Tu padre, Alexandra. ¡Gregori estaba en la azotea esa noche! Podría haberlo detenido y no lo hizo, ¡no lo hizo! Tu hija, Àngela, dices que Gregori y ella habían sido pareja, seguro que le comió la oreja. Usa su magia para convencer a la gente de que se mate, ¿no lo veis?

No, no lo ven. Me aseguran que aquí no hay nada mágico, que hay depresión, enfermedad mental, locura. Me meten en ese saco. Quieren que me mate, lo quieren de verdad. ¡Ya lo creo que hay magia!, grito a pleno pulmón, ¡la puta magia negra del diablo! Os tiene embrujadas, seducidas por su hechizo maléfico, hace lo que quiere con vosotras. Seguro que os ha dicho que Flora prefiere morir y os lo habéis creído. ¿Qué os ha pedido que hagáis con la niña cuando se muera?

Me cogen con más fuerza. Fingen que me quieren abrazar. Yo sé que quieren atraparme. ¡Que quieren quemarme! Si tuvieran una hoguera a punto, no dudarían en lanzarme a las llamas. Enciendo todo el fuego que llevo dentro y grito:

¡Yo lo impediré, salvaré a Flora! Estoy embarazada, ¿me oís?, ¡estoy embarazada!

Me sueltan de repente, fulminadas por un rayo. Es mi verdad lo que las abrasa. Una cosa es que se suicide una loca y otra, muy distinta, que se suicide una loca embarazada. No quieren ser cómplices de un asesinato. Me liberan y yo me froto los brazos con toda la llama encendida todavía, mientras ellas miran a Flavi, que sigue inmóvil en la silla. Le dan las gracias por la cena, pero tienen que marcharse. Es evidente que no son bienvenidas y que nosotros tenemos temas pendientes. Y añaden, solo para él: Flavi, si nos necesitas, ya sabes dónde estamos. Huyen hacia la puerta y las sigo, vociferando: ¡eso es, largaos, hipócritas, mentirosas! ¡Volved corriendo con vuestro amo y decidle que no podrá conmigo!

Cierro la puerta tras ellas, que retumbe toda la casa, y recojo lo que queda sobre la mesa con toda la rabia en las manos. Se me resquebraja un vaso. Añicos clavados en las líneas. Aprieto el puño, que sangren todas, que de la hemorragia nazca una nueva vida. «Sangre, sangría, sangraza, sé vida nueva para esta brujaza. Sangre, sangría, sangraza, sé vida nueva para esta brujaza. Sangre, sangría, sangraza, sé vida nueva para esta brujaza.» Cojo la escoba con la mano herida. Recojo los trozos del muñeco desmembrado de Nit, el micrófono destripado, barro todas las migas y todas las miserias y todas las mentiras, una a una, estorbo a estorbo, mientras rezongo entre dientes, frenética.

No piensas decirme nada, ¿de verdad?

La voz de Flavi es un estorbo más. Lo miro, hundido en la silla. Hubo un día en que lo quise con locura. Ahora no puedo barrerlo. Dejo la escoba a un lado. Abro la mano, empapada de sangre. La lavo bajo el grifo y la envuelvo con un trapo.

Nada de qué, Flavi.

¿Estás embarazada?

Lo miro. Qué ciego está, pobrecillo.

¿Por qué no me lo has dicho?

Habla con un hilo de voz. Una súplica, un ruego.

Tú no quieres este hijo, Flavi.

Eso depende, Rebeca. ¿Es mío o de Eloi?

La madre que te parió, Flavi, ¿de verdad? De todo lo que he proclamado, de todo lo que he pregonado, de todo lo que han mentido esas dos, ¿eso es lo que te preocupa? ¿La posesión? ¿Si soy tuya o de Eloi?

Se levanta de la silla, el impulso del reflejo más primario: la rivalidad.

Has hablado de deseo, has dicho que te ha dado lo que necesitabas. Mecagoentodo, Rebeca, ¿qué ha pasado con Eloi?

Pues eso mismo, Flavi, ya te lo he dicho, tú lo has dicho.

Me mira. Toda la devastación en la cara, tiene los ojos arrasados en lágrimas. Me odia porque me quiere y no sabe cómo encajar el daño que le estoy haciendo. Yo conozco el mal. Lo he sufrido más que él. Esto no es una venganza, sino una simple constatación.

¿Te das cuenta de que has echado por tierra todo lo que hemos construido, una relación larga, un proyecto de vida, por un tío de un bar? ¿Por un hippy perdido que cree en brujas y en magia?

Yo soy una bruja, Flavi, él cree en mí.

Desde luego que eres una bruja. Una mala bruja. Mira que hacerme esto. Cómo has podido.

Lo veo de pie delante de mí, más alto que yo y al mismo tiempo tan irrisorio. Hay algo terriblemente pueril en sus celos. Es un niño pequeño.

Esto no va de ti, Flavi.

Resopla airado, su aliento resentido apesta a corazón destrozado por lo inadmisible.

Perdona si pienso en mí porque mi mujer me ha puesto los cuernos con un bala perdida. Es evidente que no pensabas en mí mientras te lo follabas.

Por supuesto que no, ¿qué esperabas? Pensaba en mí por primera vez en mucho tiempo. En mí y en mi deseo.

Me mira, un punto de sorna suspicaz en los ojos.

¿Querías quedarte embarazada?

Mi cuerpo sabe lo que me conviene, Flavi.

También lo sabía todos estos meses, cuando no me dejabas tocarte, ¿verdad? Espera un momento, ¿cuándo pasó, cuándo te lo follaste?

Flavi siempre tan racional, preocupado por poner fecha a la infidelidad, por marcarla en el calendario familiar.

Cuando os fuisteis a casa de tus padres en busca del otoño.

Se exaspera, las manos convertidas en pistolas, apuntándome con dedos incriminatorios.

La madre que te parió, Rebeca, ese domingo, cuando volvimos, quisiste follar conmigo. Por primera vez desde hacía meses y meses. ¡Dejaste que me corriera dentro de ti, por Dios! Entonces, ¿puede ser hijo mío?

¿Querrías que lo fuera? No quisiste ni medio segundo el que me hiciste por accidente.

Mecagoentodo, Rebeca, si es hijo mío, tengo que saberlo. Me lo merezco.

No es tuyo, Flavi.

¿Cómo puedes estar tan segura?

Porque mi vagina escupió tu esperma al instante. No lo necesitaba, lo rechazó.

Flavi repliega los dedos, la pistola hecha puño convertido en hacha que corta el aire cuando exclama que eso es una gilipollez. Que podría ser perfectamente suyo. Y yo: que te he dicho que no lo es. Y él: que no puedo saberlo.

Resoplo, agotada. Me desespera su desesperación por aferrarse a algo que me retenga a su lado. Es el influjo del sortilegio, obviamente, lo mantiene atado a mí de un modo que no sabe explicar.

Mira, Flavi, lo sé y punto. Mis hijos ya no nacen de un torpe revolcón. Mis hijos nacen del deseo de verdad.

¿Qué cojones es el deseo de verdad? Rebeca, por dios, un embarazo no depende de la voluntad del cuerpo. ¿Verdad que no querías quedarte embarazada después de tener a Nit? ¿Verdad que te pasó? Que tú y yo somos muy fértiles, Rebeca, por el amor de dios. Esa seguridad tuya es absurda. El test de embarazo no te dice quién es el padre, eso lo sabes, ¿verdad?

No me hace falta, Flavi.

¿Qué es lo que no te hace falta?

Que nada me confirme nada. Ni el padre, ni el embarazo.

Flavi abre mucho los ojos, su boca se desdibuja en una mueca confusa, entre la sonrisa incrédula y la ira feroz.

¿Me estás diciendo que no tienes ninguna confirmación del embarazo?

Te estoy diciendo que ningún trozo de plástico puede negar la verdad de mi cuerpo.

Exhala todo su desconcierto. Retrocede un paso, me mira fijamente. Sé qué está haciendo, me está evaluando. Es la necesidad de entender. Pero su forma de entender no pasa por entenderme, sino por oírse decir lo que quiere creer.

Todo esto me parece imposible, Rebeca, una absurdidad. Podría llegar a entender la infidelidad, te lo juro. Sobre todo porque creo que Alexandra tiene razón, estás traumatizada. Perturbada, de hecho. Da un paso adelante, se me acerca. Abre el puño, extiende la mano. Quiere tocarme. A lo mejor podemos arreglar todo este embrollo, Re. Soy tu marido, tu compañero de vida, quiero ayudarte, puedo ayudarte, lo he hecho antes, ¿verdad que sí? Buscarte un buen psiquiatra, que te escuche, que te acompañe, que te dé la medicación que necesitas.

Me estremezco solo de pensarlo. Huyo de la intención de su mano. Flavi también ha emprendido una caza de brujas, de otro tipo, pero que persigue el mismo fin.

No necesito ningún psiquiatra, hostia puta, ni mucho menos química que me entorpezca y me convierta en una mujer aletargada. ¿Así quieres verme, de verdad? ¿Quieres verme encerrada en una clínica, encarcelada y señalada como una loca? ¿Eso quieres hacerme? ¿Eso quieres hacerles a los niños?

Flavi se irrita, baja el brazo, vuelve al refugio del puño, las líneas cerradas sobre sí mismas. La mención de los niños lo hace maldecir.

¡La madre que te parió, eres tú la que le ha hecho algo a los niños! ¡Daño, les has hecho daño!, ¿me oyes?

Crezco seis palmos por encima de él. Le hago sombra. Sí, soy la madre que los parió. Soy la madre que los parió.

No les he hecho nada a los niños.

Te has cargado su familia, es lo único que tienen.

Los niños están vivos, los niños están bien. Tendrán todo nuestro amor, el tuyo y el mío, para siempre.

¿Cómo te atreves a hablar de amor? ¡Has matado el amor!

Crezco un poco más todavía, Flavi es una insignificancia, un estorbo. «Estorbo, fastidio, lastre, hasta aquí llegaste.» Le lanzo un conjuro para liberarlo.

Maté el amor el día que aborté, Flavi. Lo que pasa es que tú no podías verlo. Para ti, el aborto no era más que una mañana en la clínica y unos días haciéndome sopitas y carantoñas. Para mí, era cargar la muerte dentro de mí. ¿No ves que para mí ya no había amor posible? Solo sufrimiento y miedo. No te has dado cuenta hasta que te ha tocado, hasta que has sufrido una milésima parte del dolor que sufrí yo. Cuando solo era mío, no te quejabas. Preferías verme asustada, perfectamente dócil. Sufriendo sin hacerte daño.

No digas eso, Rebeca, no es verdad.

Ya lo creo que sí, lo que pasa es que no quieres reconocerlo. Porque el hecho de que quieras verme así dice más de ti que de mí. Y esto va de deseos, Flavi, de crecer con ellos o de hundirte por ellos. Yo he escogido hacerme fuerte.

Estás totalmente ida.

Te equivocas: nunca he estado más presente. Tengo los pies en el suelo. De hecho, soy toda raíces que se hunden en la tierra, Flavi, en la tierra fértil. Crezco y hago crecer. Ven, pon la mano en mi vientre y sentirás como la vida se afianza en su interior.

Pero ¿tú te oyes? ¿Desde cuándo hablas así? ¿Desde que vas con ese hippy de mierda?

Desde que soy una mujer poderosa. «Poder, fortaleza, potestad, sé puerta de libertad.»

Más que poderosa, a mí me pareces espantosa.

Muy bien, ya te he liberado.

¿Liberado?

He roto el sortilegio, ya nunca me verás como una mujer atractiva, en tu mente siempre seré repulsiva.

¿Sortilegio? Rebeca, por dios, ¿tú te oyes cuando hablas?

Soy una bruja, ¿recuerdas?

Flavi se lleva el índice a la sien y describe círculos: lo-qui-ta de re-ma-te. No estás bien de la cabeza.

Antes tampoco lo estaba, pero no me temías porque me tenías.

¡Basta! ¡Vete a la puta mierda! O, mejor aún, ya me voy yo. Por mí, como si nunca vuelvo a verte.

La puerta de la calle es su último grito. Después, el silencio de la catarsis, que rompo con el roce de la escoba. Las líneas de la mano se lamentan por los cortes todavía frescos, pero lo recojo todo. Lleno la bolsa de basura, migajas de caza de bruja y añicos de un matrimonio roto, y aprovecho para meter también el trapo ensangrentado, mis líneas impresas. Ya no las necesito, tengo una que me hace ser quien soy. Cuando todo ha quedado limpio y ordenado, subo a ver a los niños.

Me tumbo en la cama, a su lado. Los tengo conmigo, vivos los tres, ahora sí. Duermen ajenos a la discusión. No han oído ningún grito, el sueño profundo de los inocentes. No hay atisbo de culpa en su forma de ser y estar en el mundo. Son culpa mía, pero la culpa ya no me obceca ni me gobierna. La culpa me obsesionaba y las obsesiones son los demonios de los que no creen en nada más. Ahora creo en más cosas. Creo en mí, por ejemplo. Creo en la muerte y creo que no encarna el abismo, sino que lo hace el nacimiento, el precipicio por el que caemos al mundo. Nacemos del vacío y queremos llenarlo. Algunos arrojan un escupitajo a su interior, otros una idea, unos pocos se lanzan a sí mismos. El abismo da miedo, pero ahora sé que no podemos evitarlo. Si lo negamos, no conocemos la verdad. Despertaría a los niños para decírselo: Escuchadme bien: aprended a habitar el abismo, a convertirlo en vuestro hogar y refugio, es lo único que os salvará de vivir con miedo. Pero no los despertaré. Dejaré que lo aprendan ellos solos, algún día. Un beso a cada uno y me voy. Me acuesto en la litera, cuento hasta tres y desaparezco.

25.

Tres, dos, uno. Vuelvo. La luz de finales de octubre burla la persiana y esparce una mañana de ceniza. Fuego, fuego, fuego. Todavía lo noto. Las brasas de la hoguera o mi corazón al rojo vivo. Ayer querían cazarme, quemarme, con llamas o pastillas, da lo mismo. Enfermeras demoníacas y un marido despechado. La venganza es la culminación de la desesperación. Por no haber logrado lo que se quería, por haber perdido lo que se tenía. Me querían muerta, me tenían deprimida. Sin embargo: cacería frustrada, corazón envalentonado. Late más vivo que nunca, el entusiasmo convertido en fiebre, sudando sangre que bombea hacia el útero. El corazón creando otro corazón. Si esto no es magia, qué lo será, me pregunto, qué lo será. Y Flavi exigiéndome una mierda de plástico meado. Ver para creer, el hombre. Creer para crear, la mujer.

La mujer que soy yo, bruja creadora, cree que todo está bien. Flavi ha cogido a los niños y se ha marchado. La Castañada se celebra mejor en el bosque. Entre el verde y el frío y lejos de su madre. Vuestra madre ha muerto, hijos míos, en su lugar hay una bruja. No, no ha dicho eso, tiene demasiado miedo, «miedoso, miedica, hombre asustado, ha muerto la mujer que has amado», y los niños tampoco se lo han preguntado. Han entendido que no son míos, que son suyos y punto, de sí mismos, y que más vale que dejen a su madre sola. Pero su madre no está sola. Tiene un embrión y un fantasma. Y una niña que es una anciana a las puertas de la muerte. Me necesita para abrirlas. La tierra desventrada, el inframundo abierto de par en par. Esta noche haré que pase. La llave, la llave. Tengo la llave. La cuenta atrás hasta la medianoche empieza ahora mismo. Sábado, 31 de octubre, a las diez y media de la mañana.

Me levanto de la litera de un salto, ágil como un gorrión. Me acerco a la ventana, que corra el aire, la neblina plomiza que sienta bien a las brujas que se peinan.[3] Lástima que la mano se me queje

cuando intento subir la persiana. El vaso resquebrajado, las líneas heridas, mal cosidas con sangre seca. Me la arranco y dejo un rastro de costritas cuando subo las escaleras hacia el estudio, hacia las líneas. Mientras el ordenador arranca, me quedo embelesada mirando las que dibujaba Bru después de sus pesadillas. Resisten colgadas en la pared. Era agosto cuando luchaba por entenderlas, ha tenido que llegar octubre para que reconozca en ellas un mapa. Todas son perpendiculares, una línea que corta otra. Como las de mi mano dolorida. Como las dos cicatrices que me atraviesan. Como la línea del mar y la del meridiano. Ya no veo en ellas una interrupción, tampoco una bifurcación. La encrucijada es el destino: el punto muerto donde nace la vida.

La pantalla se ilumina con otras líneas. Las recibí anoche, mientras Flavi emprendía una cruzada contra la arpía hereje que ha poseído a su mujercita. En el correo, otra bruja de las que, según él, no existen, otra perturbada maníaca, también ella una loca de las líneas, se manifiesta a través de los americanos: el último encargo de Madame Palma, Rebeca, has trabajado como una jabata y te mereces unas buenas vacaciones. Este es tu destino: y un enlace que abre una postal cutre, un montaje que, de tan torpe, derrocha ternura. Mi cabeza y medio torso, tal como me ven en la pantalla, recortado y pegado en medio de una playa paradisíaca, un bocadillo que me sale de la boca y dice «Greetings from Ocatawaii». Me río con ganas y mi voz resuena, amplificada por el eco de la casa desierta. La postalita es graciosa. Graciosa y muy cierta. Mi cara oscurecida por la mala edición, el paisaje saturado de color. Una bruja plantada en medio de una playa encendida. Esa seré yo hoy, más tarde. Los americanos visionarios, profetizándome el destino. O tal vez sea la influencia directa de Madame Palma. Porque este último encargo va justamente de eso: de líneas y destinos. Traduzco enardecida pese a las protestas de mi mano. Puede que me haya borrado las líneas del pensamiento y el sentimiento, pero la de hoy, la del destino, sobrevive bien marcada. Nace, como dice Madame Palma, en el mismo centro de la palma, cerca de la muñeca, y crece hacia el dedo medio. Es fruto del movimiento simultáneo de dos dedos antagónicos: el pulgar y el meñique. «Eso somos –afirma la

quiromántica–, dos fuerzas contrarias que nos empujan a la vez hacia nuestro destino, que no es sino aquello que marca nuestra vida. Si bien podemos determinar nuestro propio destino, no hay que obviar el halo de misterio que rodea la existencia. El destino tiene mucho que ver con el misterio, con la capacidad de afrontarlo sin temor, con la voluntad de vivirlo.» Los ejemplos que acompañan el correo son como el pulgar y el meñique: opuestos. Desde la línea plagada de cortes, interrupciones en las inquietudes vitales del individuo debidas a la falta de libertad, hasta la línea que arranca tarde pero avanza segura, un hecho que señala un inicio de vida abrupto, escarpado, pero que poco a poco se va definiendo hasta convertirse en una línea nítida. Según Madame Palma, este cambio ocurre hacia el ecuador de la vida, que es cuando el individuo logra liberarse de las opresiones que limitan el desarrollo de su pensamiento. «Y eso, queridas almas, quiere decir que, en adelante, nada se interpondrá entre esa persona y los designios que le depare la vida.» Elijo este verbo, *deparar*, y ningún otro porque quiere decir poner algo a disposición de alguien, tener algo reservado para alguien. El sacrificio, la reencarnación. Termino la traducción y contesto a los americanos. Les doy las gracias, muchas, todas, por haberme acercado a las líneas y a Madame Palma y les confirmo que tienen razón, que necesito descansar unos días, pero que no se preocupen, que ya he estado en Hawái y, *oh my goddess*, menudo viaje. Me dio justo lo que necesitaba para sentirme rebosante de vida. Adjunto una canción en mi mensaje. El sonido cándido del ukelele y los acordes plácidos inundan el estudio. Los dejo sonando y me pongo a bailar.

Los brazos abrazan el paraíso que evoca la melodía y las manos, heridas y enteras, bailan encendidas, atrapan aquello que ayer habrían dejado escapar, llamas e incendios entre los dedos mientras las piernas se mueven desenfrenadas, el extravío rebelde que pisotea las iras ardientes, y pelvis y caderas se arriman a los cuerpos que han ardido juntos. El baile es una llamada, una exhortación. Invoco la ligereza del comienzo del deseo. Invoco la incitación. Invoco la carne y, con ella, la reencarnación. La nueva vida fruto de la penetración explosiva que revienta los barrotes de las creencias

impuestas. Invoco sobrevolar la propia jaula como una experiencia formidable. Invoco la infidelidad como dinamita para renacer. Esa es la palabra justa en mi caso: renacer. Volver a la vida. Y volver siendo fiel a una misma. Doy vueltas sobre mí misma como si volara, delicada y evanescente, mi cuerpo absolutamente entregado a la volubilidad de la Rebeca que se descubrió viva, toda su ingravidez injertándose ahora en la Rebeca grávida. Giro, giro, giro y me abrazo, lo abrazo, las manos sobre el vientre, el muerto, el vivo, que no se acabe nunca esta canción.

No me sorprendo cuando el último acorde se funde con el timbre. No me sorprendo en absoluto. Salgo a la azotea y lo veo desde arriba. El pelo enmarañado, medio emblanquecido por los años y la calima matutina, los hibiscos en flor bajo la cazadora. Tengo la dinamita en la puerta. Encendida y a punto de explotar. Insiste, el dedo apremiante sobre el timbre. Bajo las escaleras sin prisa. Si ha llegado hasta mi casa obedeciendo al conjuro de mi cuerpo desde la distancia, es porque está dispuesto a esperar.

Abro la puerta.

Eloi.

Tenía que verte, Rebeca.

Asiento. Sé que sabe que esto no es cosa suya, que entiende que lo he llamado, que solo podía sucumbir al destino dictado por mí. Hombre creyente, hombre devoto. Le acaricio la mejilla, suave, delicada. Toda la mística de nuestros cuerpos, las chispas de la descarga. Eloi no se aparta, cierra los ojos, suelta un gemido. Habla entre suspiros. Se trata de Flavi, Rebeca. Ah, digo yo, los dedos todavía sobre la piel de mi precioso cachorro, dócil ante el vaivén del péndulo hipnótico. ¿Qué pasa con Flavi, Eloi? Ayer vino al Meridiano. Sonrío, qué ternura me provoca el despecho de mi marido. Ay, Flavi, mi querido ingenuo, ¿qué creías que podrías hacer? Dime: ¿sentiste la fuerza de la línea? ¿O te rechazó por incrédulo? Ahora eres tú el infiel, el que no cree en la magia que emano, que emana, sobre la que mando yo, sobre la que manda la línea. Le digo a Eloi que pase, la mirada hambrienta en sus ojos y los míos clavados en la casa de delante. Sé que Gregori me está espiando. Le enseño el dedo medio, todo el destino bien arriba, y cierro la puerta.

Eloi me sigue hasta la sala. Camina prudente, examinando todo lo que ve. Lo que ve es la antítesis de su refugio, tan gracioso y acogedor pese a la inevitable erosión del salitre. Ve una casa sólida, paredes maestras con siglos de fuerza, consistente y resistente a la muerte, pintada de blanco, demasiado blanco para ser transparente, esconden más cosas las paredes desnudas, la decoración escasa. Una veintena de libros, un par de jarrones, tres dibujos infantiles. El contorno del muñeco de barro de Nit dibujado sobre el polvo. Podría explicarle que Gregori había escondido un micrófono en su interior para espiarme. Eloi lo entendería, tal como entiende que este no es mi lugar. Una bruja exige una casa llena, elocuente. Podría decirle que no se preocupe, que sé de sobra que esta no es mi casa, sino la de Flavi y los niños. Yo me buscaré otro sitio. Una casita más modesta, más torcida, líneas que se rocen tortuosas. Menos blanca, también, más sincera. En Ocata, eso sí. Hécate no puede salir de aquí.

Le digo ven, Eloi, siéntate conmigo, y él se deja caer a mi lado en el sofá. Flavi con los pantalones bajados, el pene como una babosa agotada. «Gusarapo, sabandija, babosa, entra en la hembra, obedece a la bruja poderosa.» Un conjuro para follarme a Eloi ahora mismo en el sofá. Sería precioso, delicado y visceral. Pero no me hace falta. Con tan solo abrir la boca, sin decir palabra, la tendría llena de él. El anticonjuro: cuéntame qué pasó ayer con Flavi en el Meridiano. Eloi suspira: no sé cómo llegó hasta allí, Rebeca, porque iba tan borracho que no veía un palmo delante de las narices. Pero entró hecho una furia, el puño en alto, gritando como un poseso. Nada de lo que dijo tenía sentido, balbuceos y poco más, solo tu nombre resonaba alto y claro en medio de su farfulleo. Entendí que lo sabía. Te juro que intenté hablar con él, pero no hubo manera, solo quería pegarme, pero se caía, tropezaba consigo mismo. Daba lástima, Rebeca.

Asiento, le digo que lo sé. Como también sé que Flavi estará bien. Que solo le regalará una noche al alcohol y no se permitirá ninguna resaca más. Que se levantará y encajará la bofetada. Flavi es determinado. Su propia rigidez lo convierte en un pilar. Te admiro, Flavi cimiento y puntal, eres tu propio eje, aunque ayer caminaras

torcido y te desmoronaras tú solo. «Te levantarás férreo altivo firme erguido, férreo altivo firme erguido, férreo altivo firme erguido.» Tres veces el soniquete de la bruja que bendice. Dime, Eloi, ¿cómo acabó la cosa? Entre unos clientes y yo lo ayudamos a levantarse. Se enderezó a medias y se fue tal como había venido, furibundo.

Sé adónde fue, pero quiero oírlo de labios de otra persona. ¿Adónde fue, Eloi?

Lo vi cruzar el paso y llegar al otro lado, al meridiano. Allí había un par de personas que lo recogieron. No sé qué cara tenían, ya sabes que, a oscuras, desde el bar todo son sombras. Diría que se sentó con ellos un rato y luego se marchó solo.

Las sombras tienen nombre. Alexandra, Àngela, guardianas de los desgraciados. Seguro, segurísimo, que sintieron una descarga eléctrica ante la sola idea de verlo arrojarse desde el espigón y hundirse por el peso del alcohol, los pulmones llenos de mar. Sin embargo: la línea abracadabrante, extraordinaria y fascinante, la mía, que lo rescató. Vuelve a casa, marido destrozado, coge a los niños, la dignidad, y sal disparado.

Tomo la mano de Eloi, le lanzo un beso y un gracias, guapo. El guapo se lamenta, compungido: dime que no me lo he inventado, Rebeca, por favor, dime que aquella noche fue verdad. Veo el pánico en sus ojos, la respiración contenida. Sé que duda de su recuerdo. Que no te hagan creer que has perdido el sentido, amado, amigo, adorado, querido: tú eres el elegido.

Sucedió, Eloi, ya lo creo que sucedió.

Respira. Me coge la mano. Descubre los cortes en mi piel y se vuelca sobre ellos tal como hizo con mis cicatrices aquella noche en el Meridiano. Los recorre con la lengua, su sal en la herida no hace daño. Cura porque ama. Saliva y sangre sellan el pacto de la carne.

No sabes cuántas veces me he preguntado si eras real, si te había soñado, si eras como la bruja verde, mi bruja del meridiano.

Le abro el puño, recorro su palma callosa.

Hasta le pregunté a Sami si de veras habías venido a casa aquella tarde de domingo, si ella también te había visto. ¿Le explicaste lo nuestro, Eloi? No hizo falta, ella misma se dio cuenta. Me dijo que estaba embrujado.

Paseo los dedos por sus líneas. «Cabeza, corazón, vida, destino, cabeza, corazón, vida, destino, cabeza, corazón, vida, destino, leve será tu camino.»

No tienes ni idea de lo que me has dado, Eloi. Apareciste cuando más te necesitaba. Sin ti no sería quien soy ahora. Un antes y un después. Antemeridiano, posmeridiano, ¿recuerdas?

Me río porque el reloj reafirma mis palabras. Es mediodía, el meridiano del día. Estamos en las antípodas de nuestra hora, lejos del embrujo velado de la luna. El mediodía no oculta nada. La luz es sincera. Enseña los claroscuros invertidos respecto a la realidad. La realidad es que en el Meridiano crucé la frontera y he llegado a este mediodía. Este mediodía es el final. Cuando pase, lo soltaré.

Me acompañaste hasta la frontera de lo que nos está permitido desear, Eloi.

¿Y por qué no estoy al otro lado de la frontera? ¿Por qué no has venido a buscarme? No he vuelto a casa, no he podido. Hace días que duermo en el Meridiano, esperándote.

¿Recuerdas tu peregrinación cuando te fuiste de Dunkerque? ¿La certeza de que seguir adelante era el único camino posible?

Eloi asiente, los ojos puestos en nuestras manos entrelazadas. Nota el ansia de mis dedos, listos para dejarlo escapar.

Pues yo estoy siguiendo mi camino, Eloi, mi línea recta, sin rodeos, hasta el final.

Me coge con fuerza, el último simulacro de retención. Sabe tan bien como yo que no es posible.

Y quieres hacerlo sola, entiendo.

Sí, pero créeme, Eloi, hay algo que nos une aunque caminemos separados. Que nos unirá por siempre jamás.

Me cree, pese a no entenderlo. Soy el porro sobre el saco de dormir, la ropa tendida, la chica que desaparece. La bruja que lo ama, no la que lo maldice. Me cree y con eso le basta. Abrazar el misterio nos hace más sabios, que quiere decir más libres. Retiro los dedos, uno a uno, y lo suelto. Sortilegio roto, el elegido eximido. Vuelve a casa, guapo. El abrazo es antiguo y eterno. Desde la puerta veo cómo se desvanece, Ocata se lo traga.

Los hombres a los que he querido ya son libres. Ya no me interpongo entre su vida y ellos. Me quedo con la mía, aferrada a mis entrañas, que rugen de hambre. Quiere olvidar la cena de ayer, esos macarrones destemplados, llenos de mentiras y reproches. Salgo a desayunar a la plaza. Los árboles han perdido todas las hojas, muertas en el suelo. Crujen como diminutos huesecillos cuando las piso. Falanges y carpos hechos trizas. El destino está en tus manos, Rebeca, pero las manos se rompen a tus pies porque el destino se hace caminando. «Camino, vereda, sendero, sé mi atajo al buen agüero.» La línea de Hécate, el destino deseado. Pero sin carburante no hay caminante. Por eso: un enorme bocadillo de tortilla en la terraza del bar mientras, en medio de la plaza, un grupo de hombres monta un escenario. Como el de la noche de las habaneras. Entonces Camila se reía y bailaba despreocupada. Ahora está en el hospital asistiendo impotente a la muerte de su única hija. Entonces Flavi me quería porque el miedo me dominaba. Acabábamos de estrenar una vida virgen en Ocata y ahora está lejos de aquí, en el bosque, aceptando que esa vida se ha teñido de locura y desdicha. Tú querías una vida limpia, Flavi pulcro, yo vivo una historia antigua y sucia, que es la historia de las madres, que es la historia de las brujas, sumamente carnal, ínfimamente virginal.

Las protestas de la castañera iracunda me invaden el momento de tortilla en las muelas y paz en la cabeza. Se queja de que el escenario tapa su puesto, de que la gente no la ve, de que siempre se imponen las otras fiestas. El encargado del montaje le dice señora, quéjese al ayuntamiento, yo soy un mandado, pero la castañera sigue lamentando que diablos y esqueletos le roben el protagonismo. Un escenario con todas las criaturas del inframundo es más interesante que una mujer con delantal. Esta noche la procesión la dejará allí, con sus boniatos recocidos, y bajará hacia el mar por las callejuelas, todo el cortejo con cirios en las manos, listos para encender la noche.

Yo también quiero encenderla. Necesito fuego, para empezar. «Fuego, fogata, hoguera, el destino es de quien la llama venera.» Rebaño las migajas, el plato limpio antes de ir hacia el estanco. Queda justo delante de la estación. Cuando llego pasa un tren y

hace sonar el silbato, como si avisara a alguien, y quizá lo haga, el maquinista meridianista, porque la puerta se abre y ahí está Gregori. La sonrisa sesgada, la boca llena de sorna cuando me pregunta si ya me he enganchado. ¿Un cigarrillo ayer en el hospital y ya necesitas el tabaco para vivir? Mira que fumar no es recomendable en tu estado.

¿Mi estado?

Claro, las malditas enfermeras, súbditas de Satán vigilante, de Lucifer carcelero, fueron corriendo a darle la buena nueva. Los demonios, de hecho, no son más que ángeles caídos. Ahora el cuerpo de su amo me bloquea la entrada al estanco. ¿Espera una respuesta? ¿Una contraseña? Le digo tú por aquí, Gregori, qué casualidad, mientras avanzo con determinación. Paso sin evitar tocar su cuerpo. Todo lo contrario que aquella tarde en el paso subterráneo, cuando me dejé arrinconar. Si teníamos que encontrarnos aquí y ahora, cosas del destino, no pienso ponérselo fácil. Entro en el estanco y él me sigue. Antes de que diga nada, me saco del bolsillo la llave de su estudio. Asiente despacio y me pregunta si sé que podría denunciarme. Adelante, hazlo, pero ten cuidado, no sea que te detengan por asesino.

El estanquero carraspea nervioso a mi espalda, consciente de la tensión entre ambos. Me vuelvo hacia él, comprar el mechero y marcharme, pero cuando lo miro se me hiela la sangre. Lleva una camiseta idéntica a la de Àngela. De hecho, se le parece: verde y voluminoso. Mierda, esto es una emboscada. Gregori me ha invocado y yo me he dejado atrapar. Busco el antídoto contra su maldición, murmuro entre dientes, «Trampa ardid emboscada, ninguna bruja se queda atrapada, truco astucia artimaña a la bruja no se la engaña, trampa ardid emboscada, ninguna bruja se queda atrapada, truco astucia artimaña a la bruja no se la engaña.» El estanquero me mira confuso. No sé qué dice, señora, y al ver que no contesto, lo hace Gregori. Yo me encargo, dice. El estanquero se encoge de hombros y dice que sale a fumar, que nos las apañemos. Se planta cuan ancho es delante de la puerta, en la calle, y ahora sé que no entrará nadie más.

Gregori se encarga de mí, lo que significa que me escudriña mientras enciende un cigarrillo. Por otro lado, Rebeca, haces bien en fumar si eso te tranquiliza. Ya sé que ayer tuviste una noche movida con Àngela y Alexandra. Y esta madrugada he visto a Flavi volver borracho como una cuba. Me ha dicho que se marchaba, que se iba, que te dejaba.

Gregori desde la azotea, Flavi abajo, estrellado.

Recupero la fuerza, todavía débil por la injerencia de su presencia, pero suficiente para encararme con él: tal vez no sea la muerte que querías, Gregori, pero es una muerte, al fin y al cabo, has sido testigo del suicidio de una relación.

Le da una larga calada al cigarrillo. Me mira inclemente. La boca le humea cuando habla: lloraba al decir que su condena era estar enamorado de una bruja. Soplo para echar el humo que me atufa la cara y para decir que bah, se le pasará.

¿Y a ti no?

¿El qué?

Lo de ser una bruja.

Su voz ahumada ejerce una atracción enfermiza. Sabe lo que se hace, ese maldito demonio, mecagoentodo. El suyo es un conjuro fuerte, un sortilegio ancestral. Pero Hécate es igual de vieja que Lucifer. Hace siglos que conozco tan bien como él el averno y las criaturas que lo pueblan. Alzo la mano, toda la vehemencia de un gesto que significa «fuera, huye, Lucifer, que tu embrujo pueda deshacer», y esta vez funciona: el humo se desvanece. Veo los ojos de Gregori clavados en mi mano. Se fija en las heridas, las repasa todas, quién sabe si ávido de sangre, el vampiro provocado, pero no dice nada. En cambio, cierra su mano a medias, la palma cóncava le hace de cenicero. Se empolva las líneas para que no pueda leerlas. No me hace falta, gran maestro opaco, te conozco de sobra.

Tal vez tendría que darte las gracias por haberme convertido en una bruja, Gregori. Y un poco a Alexandra y Àngela, también.

Ayer fuiste muy desagradable con ellas. Entienden que no estás atravesando un buen momento, pero quizá deberías mirártelo.

Lo único que atravieso es la lucidez, Gregori, y yo me veo mejor que nunca.

Vuelve a darle una calada al cigarrillo. El humo le recorre el cuerpo, lo atrae todo. Pero, si él es humo, yo soy fuego. Llevo la antorcha dentro. Gregori me necesita para alimentar su magia negra. Si sopla el viento, si dejo de arder, no tiene donde agarrarse. Me tranquilizo.

¿Qué haces despierto, por cierto?

¿A qué te refieres?

¿No tendrías que estar durmiendo después de haber trabajado toda la noche?

Ayer no trabajé, día de permiso. Me quedé con Flora y Camila.

Deja caer más ceniza en su mano. Ha llenado a su hija de cenizas.

No pareces demasiado triste, Gregori. Por Flora, quiero decir. Supongo que es porque los niños sobran a veces, ¿verdad?

Me mira impávido, el cigarrillo entre los labios, la última calada antes de apagarlo. Antes de asfixiar el filtro en la tierra seca de la pequeña maceta de un geranio raquítico. Oh, sorpresa, el estanquero meridianista también es amante de los jardines agónicos.

Conozco la muerte de cerca, Rebeca. La tristeza es para quienes no la entienden. Yo sé que la muerte es necesaria y su inevitabilidad me da fuerza. Cuanto más nos alejamos de este mundo sin apegarnos a él, más lo dominamos.

Me echo a reír porque es imbécil. Se cree el rey de las tinieblas y es un cliché andante.

¿Eso es lo que quieres? ¿Dominar el mundo?

Suelta una bocanada de humo. No ha encendido ningún cigarrillo más, pero no le hace falta. Lo lleva dentro. «Humo, vaharada, humareda, no dejes que el fuego de esta bruja muera.» Lanzo un contraconjuro para resistir.

Dominar el mundo es lo que quieren los malos de las películas, Rebeca.

Pero esto no es ninguna película, ¿verdad que no, Gregori? No es algo que solo pase en mi cabeza. Ayer Àngela y Alexandra creían que sí.

Àngela y Alexandra solo creen que te vendría bien pasar un rato en el meridiano, una noche, sentarte con nosotros.

Pero yo no tengo ningún suicida cerca, querido. No se me ha matado nadie.

Gregori afila la mirada, los ojos convertidos en rendijas y vacíos de todo color. Es la mirada del eclipse, niega el universo, lo somete a una terrible oscuridad. Las plantas no crecen sin luz.

Un poco sí, Rebeca.

Tiemblo, pero le planto cara:

¿Qué quieres decir?

Que tú te has muerto un poco.

Se me apaga el estómago. Los órganos luchan por funcionar. Me aferro a mi propio vientre. Maldito Gregori, qué me está haciendo. Luchar contra su magia es más agotador de lo que había supuesto. Me palpo las cicatrices, las recorro con dedos hábiles, presiono el punto muerto que las une, la intersección convertida en salvación. «Carne, tejido, membrana, busca la luz de la mañana.» No digo nada, pero Gregori sigue:

No sé si tu psiquiatra te lo ha dicho alguna vez, Rebeca, pero el conflicto que plantea el aborto es similar al del suicidio: decidir sobre la propia vida. Nadie tiene derecho a valorar una vida por encima de la persona que la vive. Era tu vida y decidiste matarla para renacer. A lo mejor no acabaste estampada en el suelo, pero te convertiste en otra cosa. Una parte de ti murió.

Mierda, mierda, mierda. La cadencia sibilante de la oscuridad me lame los tímpanos. Me tiene atada a su hechizo maléfico. Me tapo los oídos con las dos manos. «Mudo, mudo, mudo, con su lengua haz un nudo.» Necesito toda la fuerza de Hécate para contrarrestar su ataque. Hablo a gritos, vocifero, que me oiga bien, que ensordezca la tentación de su voz.

¿Esto es lo que hiciste con todas las demás?

¿El qué? ¿Con quién? ¿Por qué gritas así?

¡Con todas tus muertes, Gregori! ¡La hija de Àngela, el señor Morell! ¡Les hablaste tal como me hablas ahora a mí! Les dijiste que solo ellos podían decidir qué querían, y los empujaste: ¡ya sabéis lo que queréis, no seguir viviendo! ¡Una frase como semilla que hiciera

germinar la duda en lo más profundo de su ser! ¡Tú los mataste, Gregori!

Baja la mirada y no dice nada. Se apresura a abrir el paquete, saca otro cigarrillo, se lo lleva a la boca. Sin embargo: una desazón como un desgarrón. Una pérdida de control. Sabe que lo he visto, que lo sé todo, que esta vez no se saldrá con la suya, conmigo. Sonrío ufana mientras él insiste, los dedos torpes, incapaces de encender el mechero. No lo conseguirá, el fuego no le pertenece. «Mechero, mecha, pedernal, haz que su conjuro salga mal.»

Mientras él se escuda en la fricción de la piedra que no se enciende, yo retomo la palabra. Ahora con un tono dulce, casi manso:

No te esfuerces, Gregori, te tengo bien calado. Sé cómo alimentas tu sed de sangre. Quizá creas que eso nos une y tienes razón. Me ha costado sudor y lágrimas, miedo y jaula, hijos y marido, pero lo he conseguido. He aceptado que soy verdugo. Maté. Sin embargo, la diferencia entre tú y yo es aquello que nos da la muerte. Para ti es el terror, el placer de ver cómo reina el miedo; para mí, en cambio, es la belleza, la vida que siempre se impone. Soy tu contrario, Gregori. Tengo un poder que tú no tienes. Tú solo matas. Yo hago revivir. Y ahora lo haré con Flora.

Sus dedos insistentes se detienen en seco cuando pronuncio el nombre de la niña. Se rinde a la ausencia de fuego, a la presencia de mi ser. A Hécate.

¿Qué le harás a Flora, Rebeca?

Se ha resquebrajado, el demonio se ha roto. Su miedo, mi serenidad. Me acerco al geranio marchito, al cadáver del cigarrillo enterrado a sus pies, y le lanzo un escupitajo. Denso, pastoso, cargado. «Flema, baba, saliva, devuelve esta planta a la vida.»

La haré crecer, Gregori.

Y entonces, la victoria. Hago acopio de valor para acercarme al diablo y tocarlo. Le cojo la mano. La suya es una resistencia mínima que contrasta con la fuerza que se fragua en mi interior. Arrastro su zarpa cenicienta, llena de muerte, y se la abro, dedo a dedo, para que riegue la tierra. La flor nace de la materia muerta.

En ese preciso y espantoso momento, su mano todavía en la mía, lo revivo todo. Su cabeza calva en la azotea, los hombres que cantaban habaneras y él fumando, el llanto de Camila por las noches, caperucitas y lobos feroces habitando su mente, el mújol y su plato de ofrendas, las jardineras secas, Camila acobardada, Flora marchita. Un torbellino de fealdad y dolor que quiere arrastrarme consigo. Me encomiendo a la línea, no está tan lejos de mí, me encomiendo a la vida, la que llevo dentro. «Cólera, rabia, ira, haz que esta bruja encuentre la salida. Cólera, rabia, ira, haz que esta bruja encuentre la salida. Cólera, rabia, ira, haz que esta bruja encuentre la salida.» No lo suelto, todavía no, que su corriente maléfica alimente la maldición: sé qué les susurras al oído a aquellos a los que hechizas, Gregori. Es la melodía del miedo, de la descomposición. Sé que tu lengua es un gusano sediento de carne muerta, sé que con ella succionas todo rastro de violencia, sé que te excita el sonido de un cráneo abriéndose contra el asfalto, sé que te pones cachondo acariciando la herida abierta, sé que te masturbas con una mano en *rigor mortis*, sé que obligas a la luz a abrirse de piernas y la violas con tu erección cargada de oscuridad. Sé que te disgusta la primavera porque significa vida, que torturas a la belleza, que vives por el último gemido de tu hija, sé que sientes placer en convertir una flor en carne putrefacta, que cultivas cadáveres, sé que crees que el suicidio es un espectáculo y que aplaudes cuando el último grito resquebraja el suelo. Sé, sobre todo, que envidias el privilegio de los dioses que matan sin culpa, pero no puedes, no puedes, no puedes, no eres ningún dios, eres mortal e ínfimo, y sucio, y triste. Eres un gusano, eres un gusano, eres un gusano.

Me mira y, por primera vez desde que lo conozco, veo terror en sus ojos. Tiemblan y me suplican redención. Está asustado, me teme. Por fin. Lo suelto.

Murmura cohibido, con un hilo de voz temblorosa: Rebeca, tu trauma es mayúsculo, salta a la vista que necesitas hablar de la muerte. Ven al meridiano, entre todos quizá podamos ayudarte. Sonrío serena. Ayudarme, dice. Quemarme, en todo caso. Pero yo soy el fuego, ¿recuerdas, desgraciado?

Iré, Gregori, desde luego que iré, pero solo si antes haces algo.

Me mira, interrogante pero urgente, se muere de ganas de alejarse de mí, de mi poder glorioso y absoluto contra él.

Deja a Camila, libérala. Rompe el hechizo, el encantamiento que la mantiene secuestrada a tu lado. Deja que llore sola por Flora. Deja que empiece una nueva vida.

No espero ninguna respuesta. Le arrebato el mechero de las manos. Giro la piedra sin el menor esfuerzo. La llama se enciende vigorosa. Es toda mía. Salgo del estanco silbando. El estanquero me mira pero no dice nada, sé que nota cómo su líder retrocede. Abrid paso a Hécate, meridianistas, postraos a su paso hasta la encrucijada final. Cruzo en dirección a la estación. No cojo ningún tren. Me subo a uno de los taxis que esperan fuera y ordeno que me lleve al hospital.

3 Alusión a una canción popular infantil cuya letra dice *Plou i fa sol, las bruixes es pentinen*, 'Llueve y hace sol, las brujas se peinan'. (*N. de la T.*)

26.

Camila llega a la sala de estar hecha un manojo de pena y nervios, huérfana de uñas que roer. Se me está yendo, Re, Flora se me está yendo. Y se me desmaya entre los brazos, trémula, convulsa, no sé cuánto hará que no duerme, que no come, que no vive sin miedo. El sacrificio es inminente y ella no podrá evitar el abismo una vez que su hija se apague para siempre. Pero ese para siempre es una falacia, porque Flora era, es y será. La niña es eterna.

Paso un buen rato con Camila en brazos, medio dormida, y cuando vuelve en sí parece dolorosamente frágil. La obligo a comer un bocadillo de la cafetería. Le cuesta tragar, la harina se le hace bola, se le cierra la garganta, pero lo baja con un café de máquina. Lo engulle todo mientras me cuenta el deterioro de Flora, las últimas veinticuatro horas han sido demoledoras, Re, el respirador ya no hace nada, tiene los pulmones borrados. Me han pedido que la duerma. Te juro que, si tuviera a la Llissa delante, ardería toda yo a cambio de que viviese. ¿Has visto? Digo los deseos en voz alta porque ahora ya sé que no se cumplirán. Tanto pedir otro hijo en silencio y voy a perder a la única que tengo. La abrazo con fuerza, su vientre contra el mío, y le ruego que espere. Espera, Cami, desea un poco más. Ella me mira y me dice que ya no puede. Desear el qué, Re. Hasta cuándo, Re. Desear que Flora viva hasta esta noche. Camila me regala la última de sus sonrisas, la más triste. Esta noche es la Noche Encendida, dice. Sería cómico si no fuese tan trágico, porque justo hoy, todavía de madrugada, he recordado cuando me llevaste al meridiano y te hablé de la Noche Encendida. Te dije que nos disfrazaríamos de brujas, tú y yo, y Flora dijo bruja, su primera palabra. ¿Te acuerdas de mi felicidad? Cuánto quería que hablara, que dijera cosas, que se explicara. La Noche Encendida es hoy y desearía que la niña fuese muda si a cambio pudiese seguir con vida. La Noche Encendida es hoy, repite, y mañana el día en que recordamos a los muertos. ¿Me harás un favor, Re, por favor?

¿Quemarás incienso por Flora esta noche en la playa? Que se encienda todo mientras ella se apaga. Ya no espero ningún milagro. Tampoco de Gregori, ¿sabes? Le he pedido que no vuelva. Hace un momento, antes de que llegaras. Total, deja toda la habitación apestando a tabaco y no me abraza. Supongo que quiere a Flora, pero no sabe demostrarlo y su presencia no me transmite paz. Me digo que Gregori se ha dado prisa en romper el hechizo. Ha entendido que, si no lo hacía, mi ira se lo llevaría por delante. De hecho, añade Camila, si hoy saliera con Flora del hospital, no querría volver a casa con él. Te diría: Rebeca, ¿me ayudas a buscar un nuevo lugar? Me mira, le acaricio las mejillas, bañadas en lágrimas: yo te ayudaría, Camila, no lo dudes, yo te ayudaré. Después le digo que quiero ver a Flora. Camila se ilumina. Claro, solo puede haber un adulto con ella, entra tú, yo esperaré fuera.

Los cables son los cordones umbilicales que mantienen a Flora con vida. La muerte espera paciente entre bastidores, sabe que le queda poco para entrar en escena. Mientras, el espectáculo es la agonía de la niña. Yace entre cojines, toda ella empequeñecida, arrugada hasta convertirse en una hoja, la cara minúscula bajo el respirador gigante, el cuerpecillo pálido, sin sangre. Y pensar que hubo un tiempo en que la veía como una amenaza para la vida de mis hijos. Y pensar en el miedo que me infundía su silencio inhumano. Qué poco te entendía, Florita. Le cojo la mano, helada, sin apenas carne en torno a los huesos. La acerco a mis ojos. Es curioso, según el ángulo en que las miro, no veo ninguna línea, todas ellas borradas ante la cercanía de la muerte, o por el contrario las veo a miles, grabadas en la piel por la erosión de todos los siglos de existencia de un alma ancestral.

Sabes, Flora, yo no conocía mis poderes la noche de la Llissa, no sabía que era una bruja. De hecho, no lo supe hasta que tú me lo dijiste. Te debo la lucidez. Tú fuiste la primera. Luego, Bru y Nit. Alejándose de mí, apremiados por una sensación que no sabían nombrar, de ahí las pesadillas, la energía de la bruja de su madre haciéndose evidente en sus cuerpos asustados. Los niños tenéis esa capacidad. Hasta cierta edad, estáis tan cerca del nacimiento, del verdadero abismo, que entendéis mejor la muerte y veis todos los

mundos posibles. También los de los muertos. Mis hijos y tú entendisteis quién era yo antes que yo misma. Es evidente que tú no eres exactamente una niña, pero sí eres todas las niñas que has habitado antes. Por eso tu clarividencia es tan abrumadora.

El corazón de Flora late en mi pulgar cuando le presiono la muñeca. No me parece débil. Me oye, me quiere a su lado, me necesita.

Tendrás que perdonarme por haberte deseado esto, cariño. Tenía que hacerlo para salvar a mis hijos. Pero sé que sabes que esto no es el final. Sé que ya has estado aquí antes, que tienes claro qué vendrá después. Le estiro la mano hacia mi vientre. ¿Notas el latido? Será el tuyo. Ya no me da miedo el abismo porque es la vida misma. Pronto tocarás el cielo, Florita, el final del abismo. Tu muerte será preciosa porque renacerás y traerás reparación. Para tu madre, sobre todo, que podrá construir una nueva vida lejos de tu padre. No dejaré que él haga nada con el cuerpo que ha servido de refugio a tu alma, ninguna ceremonia para invocar al diablo en la necrópolis disfrazada de cobertizo. Yo misma lo haré incinerar. Veré cómo arde y saltaré por encima de él, deseándole un plácido reposo por toda la eternidad. Recogeré las cenizas de tu carne, serán abono para las preciosas flores que llenarán un jardín a orillas del mar. Tu alma las regará. Revivirá en una nueva piel. Se llamará Lis, o Margarita, o Amapola, o cualquier nombre que tu madre escogerá por su significado, lleno de vida bien arraigada a la tierra fértil. Sin embargo, para que todo esto se cumpla, tienes que resistir un poco más, solo un poco, te lo prometo. Hasta que yo llegue a la encrucijada esta noche, hasta que invoque a todos los espíritus sumergidos para que vuelvan desde las corrientes del olvido y me amparen con su energía cuando abra las puertas del inframundo. Entonces podrás cruzar. De un lugar a otro, la línea que une origen y destino.

Los ojos de Flora siguen cerrados, pero sus párpados no dibujan arrugas tensas. La paz resplandece en su piel traslúcida. No me cabe duda de que sabrá hacerlo. Acaricio los brazos de la niña para despedirme de su cuerpo, paseo las manos por su piel. En las heridas costrosas nace una miríada de jardines. Es Flora

arraigándose en mí. Es la niña que, a punto de desnacer, suplica el renacimiento. Antes de dejar que siga su camino en paz, antes de emprender el mío, cojo uno de los ramos de flores que acompañan su agonía. No sé quién los ha traído, pero sí sé quién no lo ha hecho. Sé quién desprecia la fortaleza de los pétalos. Elijo uno bien lozano, el más silvestre. Repleto de violetas moradas de tacto cercano al de la sangre.

Fuera, Camila no se fija en el ramo. La ciega el dolor de la pérdida, lo mismo le da un puñado de flores, solo quiere a su Flora. La abrazo con un te quiero sincero. Cami, esta noche encenderé el meridiano para Flora. Ella me mira, sus ojos no escupen ningún loca, ni amagan un chiflada, ni mascullan un perturbada. La incomprensión que la invade es tanta y tan profunda que mi vehemencia solo puede ser consuelo. Se arroja a mis brazos: gracias, amiga. «Amiga, compañera, confidente, yo, bruja, te doy mi vientre.»

Salgo del hospital. Le pido al taxista que me deje al pie de la colina de Montgat.

27.

«Montgat, Monte Cate, Mons Hecate, la bruja sube a su baluarte. Montgat, Monte Cate, Mons Hecate, la bruja baila hasta que se harte. Montgat, Monte Cate, Mons Hecate, la bruja su ritual imparte.»

Una bandada de criaturas aladas, gaviotas o murciélagos, ángeles transfigurados, me sobrevuela mientras bailo en la cima del monte, el ramo de violetas en las manos, la tarde en los ojos, preñada de colores que explotan conmigo. Coral sobre rojo sobre amaranto sobre carmesí. Sangre fresca, sangre vieja, llama nueva, llama inmensa. Las conjuro, a una y otra, con eses y piruetas, vueltas y volteretas, giros y espirales. Insolente e incontinente, la carne narra la catarsis.

Hay una pareja que me mira. Contemplaban absortos el atardecer, pero una bruja es más emocionante que el amor crepuscular. Les digo que no se preocupen, que no es cosa suya, que todos los amores lo son: una vez que empiezan, solo pueden acabar. Lo único que los salva es la reencarnación. En otro amor, en otra vida. Miradme a mí si no: un deseo confesado, un matrimonio destrozado y, sin embargo, enamorada de Hécate. Enamorada de mí. Tengo a la pareja muy cerca, podría tocarlos. Alargo la mano para invitarlos a bailar. Ella da un paso atrás, él la sigue. Se alejan urgentes, como si hubiesen visto al demonio. Brujas y diablos, nos meten en el mismo saco. Un saco bien cerrado. Pero no me ofendo, es mejor así: el monte todo para mí. *Lunarium promontorium*, templo consagrado. A la luna, a la bruja. La espero, lo soy. Bailo todo el ocaso, al borde de la oscuridad, al borde del fuego. Como un esqueleto en llamas por la cornisa de la vida, el último impulso a remolque del sol colgante.

Mientras se pone, me revuelvo, me ondulo, me enrosco. Sinuosa y anguileante, me convierto en serpiente y mújol, silbo y nado, río y bailo. El monte se agita con cada embestida de mis caderas, soy la

fricción abrasadora que lo enciende y, entre sacudida y sacudida, la percusión del tren. La vía horada del monte. La penetración, la laceración. El paso de los vagones arrastra el núcleo de la montaña. Monte purgado. Otra orografía habría cedido, desmoronada por la erosión de la civilización, pero mi monte, primitivo y bárbaro, resiste en pie, apuntalado por la gracia feroz de la magia. Es magia, magia y punto, lo que nos aferra a la vida. Es magia, nada más que magia, lo que nos permite entender la muerte.

La muerte y yo nos entendemos. Hablamos el mismo idioma, el que brota del fondo del abismo. Nace, muere, el primer bramido, la última sílaba. Una madre puede sentirlo, pero solo una bruja sabe hablarlo. Hacer que resuene y reverbere. Que los labios lo viertan con fuerza, que lo besen sin miedo. El miedo sabe a gusano, viscoso y obsceno. Hacerlo trizas antes de que se enrede en las tripas. Me muerdo la lengua, colmillos como puñales, y de la herida manan sortilegios remotos. Toda la sabiduría ancestral que esconde nuestra sangre. Enjaulada y obligada a recorrer venas y arterias, incapaz de escapar de los confines de la carne. Sin embargo, el corte la libera. Fluye y dice:

«Oh, Hécate, sublime diosa, concédeme la visión que anula el miedo, hazme sabia para discernir y fuerte para seguir, despierta mi voz interna, que el fuego arrase todo aquello que la frena, oh, bruja amada, escucha mi voz clara, yo te invoco para sentir la lucidez que me ampara».

La invoco, es decir, me invoco a mí misma. La fórmula que regurgito una vez, tres veces, trece veces, toda una vida de veces, la letanía cantada, la exhortación bailada, un ritmo repetitivo, el ritual instintivo, hasta que la luna, soberbia capitana, se eleva y se me revela.

Me revela.

Como si yo fuese mi propio satélite.

Me veo desde arriba, me observo desde fuera.

Estoy descarnada. Es cosa de la lucidez. Cuando la obtienes, se encarga de volver ajena tu propia vida. Ya no la vives, sino que te ves viviéndola. Un desdoblamiento, el cuerpo físico por un lado y la conciencia por el otro. Pero espera, espera, espera: tres veces

espera. Yo tengo dos cuerpos físicos. No me desdoblo, por tanto. Me triplico.

Soy Hécate y soy Rebeca y soy el embrión.

Soy la antorcha y soy la serpiente y soy la llave.

Más tríadas: un bloque de la falla, el otro bloque, un nuevo paisaje. La línea horizontal, la línea vertical, el punto muerto donde se encuentran.

La encrucijada me llama. Nos llama. Date prisa, Hécate, tricéfala, trimorfa, tripolar, ven a protegerme, a abrirme, a ser mi faro.

Veo a la bruja que soy precipitarse ladera abajo. Rueda con el ramo de violetas moradas entre las manos. No se despeña, sino que se desliza ligera hasta el pie de la colina. Hasta la encantadora casita con un limonero en la entrada, todavía en flor, siempre lozano, como el amor perenne de quienes recogen sus frutos. La bruja aspira todo su perfume ácido y se pega a las paredes agrietadas, las lame, décadas de sal le escuecen en la herida de la lengua, que canturrea una letanía reparadora, «Eloi, Elegí, el elegido, gracias por todo lo que me has concedido», y, silbando todo el deseo consumado, baja hasta la playa.

La arena frena su avance. Ya está bien. Moderar el inconsciente, recobrar la presencia. Son sus pies, y si los mueve es porque puede. Este es el más sublime de los poderes: hacerse caminar en la dirección elegida. Poca gente lo posee. Es la gente la que se opone a la latencia mecánica. Lo contrario de la inercia es sinónimo de corazonada. Es consagrarse al impulso. Es no idolatrar el techo y entregarse al terremoto que lo derriba, abrazando el misticismo del seísmo. Lo contrario de la inercia es señalar la falla, la corteza desplazada, los dos bloques contrapuestos. Es, por encima de todo, no evitar el roce, ni la fricción, ni la confluencia. Las brujas burlan a la inercia, eligen los caminos del deseo y se convierten en sus guardianas. Sobre todo Hécate. Mírala ahora, plantada sobre la arena y sobrevolando la costa al mismo tiempo, ojos y corazón dibujando el mapa, recorriendo el camino hasta su destino: pasa una playa y otra más, pasa un puerto y tres restaurantes, pasa una iglesia y pasa un casino y pasa una estación, pasa todo un pueblo y una última playa y un último espigón. Cuando la roca se vuelve

menhir: el estallido, el chasquido. No importa cuántos kilómetros la separan de la encrucijada, tan solo cinco o un continente entero: los recorrerá todos a pie. Con los pies que son suyos. Se quita los zapatos y los abandona en la arena sin pesar.

Ahora la bruja camina descalza y se aleja de la playa, se desvía, pero no deambula, sabe adónde va: al paseo que enmascara la naturaleza del lugar, que esconde la esencia del paisaje. Porque paseo es una denominación paliativa, la atenuación de una sospecha. No bautices el misterio, no nombres el enigma. Di paseo marítimo, no oses decir línea mágica. Planta una docena de palmeras y media docena de bancos a lo largo de su recorrido y niega que ese paraje sea prodigioso y sobrenatural. La bruja no lo niega, la bruja lo venera. Por eso se postra ante la línea cuando llega allí, las rodillas electrizadas por la energía que tira de ella, y se deja llevar, se deja querer, y se vuelca sobre la línea, los labios en el suelo, morreándola, una espiral frenética que satura de polvo la lengua herida y vuelve a sangrar, vuelve a derramarse: «Línea, trazo, ruta, haz a la bruja lista y astuta, línea, límite, pilar, haz que la bruja sea capaz de llegar; línea, trazo, ruta, sé certeza absoluta, línea, límite, pilar, sé su guía hasta el altar».

El sol se hunde en el mar. Se funde en un incendio líquido que precede a la noche más oscura. Tiene que ser negra, tiene que ser cavernosa. La bruja se vuelve por última vez hacia el monte. Recibe toda su bendición. Ve, Hécate, gobierna la tierra en esta noche eterna. Por toda respuesta, ella alza el ramo de violetas como si fuera una antorcha, y lo es, vaya si lo es, porque no necesita nada más para alumbrar el camino. Por eso se enfada cuando las farolas se encienden. La luz artificial inhibe la noche, impide que la oscuridad crezca. Suerte de la línea, providencial y milagrosa, que le ofrece un arsenal de armas para combatirla. «Piedras, tirachinas, hondas, haced crecer las sombras.» La bruja tira una piedra, tira dos, tira tres, una, dos, tres, hasta oír el estrépito, cristales rotos, cables destripados, bombilla fundida. Un puñado de viejos sentados en un banco la abronca: que si vandalismo, que si incivismo, que si ¿está loca o qué? La bruja se burla de ellos y les dice idos a la mierda, abuelos decrépitos. Maldiciones, reniegos y puños en alto.

Un mal bicho, esa mujer, una bestia sucia, y la mujer, la bruja, animal irracional, me quieren domesticada, me tendrán asilvestrada, se baja los pantalones, se agacha y mea. Es el útero presionando la vejiga y es la perra marcando territorio. Un hilo de vida entre ella y los carcamales agónicos, más esqueleto que piel, que observan atónitos mientras la bruja acaba de quitarse el pantalón y, tras sacar del bolsillo el mechero del demonio, de ese maldito Gregori, los agita en el aire. No es una bandera de rendición, sino todo lo contrario: es la provocación que inflama a los viejos, que se levantan torpes y pesados y se desgañitan. ¡Qué mala pécora, santa Madre de Dios! Los detractores de la impureza se encomiendan a la virgen, una miríada de pecados encubiertos por la fe pueril en una mujer que pare sin placer. ¡Mal rayo os parta!, brama la bruja, y la imprecación es invocación porque la farola chisporrotea, el cable estalla en llamas y los vejestorios retroceden espantados, las manos en la cabeza y una retahíla de padrenuestros y virgensantas mientras la bruja se escabulle antes de que recuperen el espíritu de cacería. «Cacería, incursión, batida, la magia ayuda en la huida, cacería, incursión, batida, la bruja sale despedida.»

La bruja avanza veloz. El dinamismo de las piernas desnudas y el compás del coraje. ¿Quién era esa mujercita insignificante que un día sufrió, herida por un hatajo de fanáticos devotos? ¿Quién es la ola enardecida que hoy convierte el odio en gasolina?

El mar responde: eres tú, eres tú. Ahora lo tiene más cerca. La línea se estrecha pasado Montgat, se vuelve angosta y austera. Un ciego incrédulo diría que el agua quiere ahogarla, pero la bruja clarividente sabe que quiere besarla. Es una adoración. El arrebato de la sal, el furor de la ola. La marea jadea y la bruja traduce su gemido: «Marejada de enigma, sé bramido e himno, melodía y balada, salmo y canto, arrastra sirenas malditas y mújoles podridos, que sean ellas las que abran paso a los espíritus sumergidos, que mañana la resaca llene la playa de muertos resurgidos».

La playa es para los vivos, todavía. Yacen en la arena, esperando que alguien encienda la noche para ellos. La bruja los ignora y se mantiene en la línea, que ahora ya llega gallarda al pueblo. Ocata estalla. Un trueno y un relámpago. El petardo y el fuego que señalan

el inicio de la procesión. Al instante, el redoble de los tambores. Veo cómo Hécate avanza imperiosa y tenaz, y recuerdo a Rebeca espeluznada por la misma percusión, tan solo un par de meses atrás, cuando la Llissa nadaba por la playa reclamando ofrendas y fuego. Cómo iba a sospechar esa mujer exánime que la bruja le arrebataría la carne y la haría suya. Cómo iba a intuir que la magia recién adquirida fundiría el límite del deseo entre Camila y ella. Cómo iba a entender la belleza del sacrificio. Ahora la contempla en su totalidad, fascinante y delicada. Como una florecilla. Abraza el ramo de violetas, lo estrecha contra el pecho que late con los timbales, contra el vientre que espera el redoble que lo haga arrancar. El corazón de Flora solo puede resistir un poco más, el del embrión está listo para palpitar. Uno y otro se encontrarán en el meridiano.

La bruja se aferra a la línea, que ahora se encabrita. Sabe que está a punto de ser ocupada, invadida por fantasmas de mentira, por falsas brujas. Se vuelve huraña, el lomo desbocado, y para domarla hay que ser una bruja de verdad. Hay que ser Hécate y caminarla como ella: engulléndola. La boca bien abierta, la lengua fuera, que entre impetuosa, que la posea toda. Galopa determinada entre la multitud que se ha congregado en el paseo. Una multitud cobarde. Quieren ver la procesión, pero no osan sumarse a ella, espían el espectáculo desde la distancia. «Miserables, mezquinos, en vuestra alma nada crece, huid de la línea, la noche no os pertenece.» La bruja se abre paso a golpes y trompazos. Un codo en el estómago, un puño en el riñón. Señora, vaya con cuidado, señora, qué hace. La señora no está bien, no lo ves, mira cómo va: descalza, sin pantalones, con un ramo desmadejado y un mechero en las manos. Señora, ¿necesita ayuda? Señora, ¿no tiene a nadie que la acompañe?

Cada señora es una bofetada de confirmación para la bruja. Que la gente es miedosa. Que la humanidad entera vive aterrada. «Tembleque, cagalera, sudor, sois hijos del temor.» Llamarla señora es como llamar paseo a la línea. Es la evasiva, el eufemismo. No digáis perder la vida, la madre que os parió, decid morir. No digáis dar a luz, me cago en dios, decid parir. Érase una vez una señora

mayor que vivía sola con un gato. ¡Se dice bruja, vieja bruja!, hatajo de pichaflojas, y no podíais al menos dejarla sola, teníais que acompañarla de gatos y lechuzas. Os aterran las mujeres solas, eso es lo que pasa. Teméis que prefieran verse así, libres de toda atadura salvo las que tienen consigo mismas. Esta bruja no tiene ninguna atadura, las ha quemado todas, los hilos y los nudos y los cordones umbilicales. Los hijos ya no son suyos, son de sí mismos y punto, los hombres ya no dependen de ella, los ha desencadenado. Solo conserva el vínculo con sus entrañas, pero es un vínculo con fecha de caducidad, porque una bruja pare libertad.

¡Paso! ¡Abrid paso!, brama Hécate, y la gentuza que ocupa la línea se retira atemorizada, ¿quién osa contradecir a una mujer que grita envalentonada?, aunque crean que su grito es un sacrilegio. Todos guardan silencio. Fingen que es por respeto, se acerca la procesión, pero la bruja sabe que es por miedo. Porque incluso los niños pequeños callan, y los niños pequeños solo callan cuando están asustados. La bruja se fija en un par de ellos. Están quietos, demasiado. Inertes, incluso. Solo mueven los ojos. En su dirección. La miran y la reconocen. No necesitan estúpidos disfraces ni leyendas trilladas. Los niños perciben la energía. Más allá del cuerpo agitado, los pies sucios, las piernas desnudas, las bragas desmañadas. El aura, los niños advierten el aura. La bruja les sonríe y ellos se aferran a sus madres. El límite desdibujado entre el espanto y la fascinación, entre el deseo y el miedo. Quieren más, temen más.

Estar cerca de esos niños no hace que la bruja invoque los nombres de los suyos. Ningún conjuro para retenerlos. Sabe que están protegidos, amparados por un padre que los quiere. Ella también lo hace. Nadie quiere como una bruja. Con el único amor que vale: el que libera, el que no retiene. Hécate se acerca a los dos niños y se lo dice: saben que la bruja los quiere, ¿verdad que sí?, decidme, niños, ¿verdad que sí? Les toca las naricillas petrificadas y sus madres, incansables defensoras, se inmolan por ellos, poniendo el cuerpo como escudo y se puede saber qué haces, mujer, déjalos en paz. Por lo menos no la llaman señora, la señalan como una igual. Una igual deteriorada, eso sí. Una igual enajenada, quizá. La

miran y la ven, se ven, un espejo deformado, el reflejo de una advertencia: esta mujer de hoy podrían ser ellas mañana. Yo conocía una que perdió a sus hijos y, abrumada por la pena, acechaba a los hijos de otras madres. Yo sé de una, infértil y desdichada, que intentó secuestrar a un recién nacido. El celo protector muta en empatía anticipatoria: pobre mujer, que la encierren, que la curen. Otro tipo de cacería, pretender curar una condición que se considera dañina. Qué estupidez y analfabetismo no ver que es todo lo contrario: sana y poderosa. «Remedio, antídoto, elixir, de esta droga la bruja no quiere ni oír.» Hécate se despide de los niños mudos. Los niños mudos no pueden replicar. Los niños mudos solo pueden obedecer. ¿A qué obedecía Flora? ¿Al elocuente terror del demonio de su padre? ¿O acaso el suyo era un mutismo autoimpuesto? Solo hablaré para decir la verdad. La verdad es que tú, Rebeca, eres una bruja. Buuu-ja.

La bruja vuelve a la línea y se vuelca en ella, vertiginosa, embistiendo todos los dedos que la acusan de loca. «Maníaca, demente, perturbada, que la ignorancia sea atropellada.» Ella no es una mujer enloquecida. Tampoco ha perdido a sus hijos. Ni siquiera al que mató. Los ha hecho fuertes, a los vivos y a los muertos. Una punzada en las entrañas así se lo confirma. Es el embrión, que la abraza. Igual que la abrazaba el que abortó, aferrado a su útero, incapaz de soltarla. Otra punzada y la bruja se ríe. El vínculo con su vientre es tan estrecho, tan agudo y penetrante, que sabe que cada contorsión es una palabra. Avanza entre la multitud asustadiza arrancándose la blusa, que ningún trozo de tela estorbe la comprensión, y es así, con la carne destapada, las cicatrices al raso, como puede sentir bien. Punzadas y aguijonazos que configuran un lenguaje completo. Lo entiende todo. La voz resuena dentro de su matriz, una cacofonía que dice: se acerca la hora, madre bruja, la hora que no ha pasado, pero has imaginado, la hora que has predicho pero impedido, la hora en que me habrías parido. A mí, al hijo sin nombre.

Un momento, un momento, un momento.

Tiene voz de niña.

Dulce y preciosa, cándida y sabia.

La bruja se enciende de pronto, blande el ramo de flores en el aire mientras avanza incendiaria. ¡Era una hija! ¡Una hija! ¡Viva errante, muerta rebelde! La ve con toda claridad. Se habría llamado Clara, por supuesto. Ríe la bruja, ríe y desgarra el silencio servil que espera a la procesión, ahora ya muy cerca, y recibe todo el desprecio, maldiciones en los ojos e insultos en los puños, de la horda de ineptos que no pueden entender que ella está celebrando un bautizo. Si tienes nombre, eres. ¡Clara!, grita, ¡Clara!, brama, y esa chusma que se calle ahora mismo, que si desagradecida, que si rompe la magia del momento, y venga a reír, Hécate, venga a reír de los necios ignorantes que creen que la bruja rompe la magia, que no ven que es por ella que la noche se enciende. ¡Clara, Clara, Clara!

El humo la ciega. Llega de repente una densa niebla especiada que envuelve la línea. Es el perfume del demonio, el humo que empaña la visión clara. ¡Clara, Clara, Clara!, repite la bruja mientras se frota los ojos, el escozor del incienso, lágrimas de resina y mirra que le reblandecen la mirada. Maldito Gregori rabón, seguro que está ahí, esparciendo humo, tiene que estar ahí, entre el centenar de corderos que avanzan en procesión. Un rebaño que va hacia el matadero, ¡eso es!, piensa la bruja cuando irrumpe en medio de la procesión, el ramo de flores como navaja y el mechero como cuchillo de matanza, desgarrando brazos, arañando piernas, rebanando cuellos y arrancando cabezas. Sombreros puntiagudos y cornamentas caen al suelo. Brujas de goma y demonios de broma, monstruos de feria que tienen la desfachatez de conquistar la línea, ¡la línea de Hécate!, con una solemnidad que es un disfraz. Son ridículos, grotescos bufones acrílicos, la bruja no los soporta. Avanza como una apisonadora contra momias y fantasmas, carne desecada y alma deshuesada, y les grita con fervor: ¡no sois más que un caparazón! ¡Ninguno de vuestros órganos conoce la muerte! ¿Sabéis quién es una momia? ¡Mi hija Clara, conservada dentro del sarcófago de mi útero! ¿Sabéis quién es un fantasma? ¡Flora, el espíritu eterno que siempre vuelve! ¡Ellas son niñas pequeñas, pero conocen la muerte! ¡No como vosotros, hatajo de corderos imbéciles! Una vampira, colmillos de plástico, se le acerca con pasos rápidos, ¿estás bien? ¿qué te pasa?, y la bruja siente cómo el zombi de mentira que

la acompaña dice que es evidente que está enajenada, si se pasea en bragas y sujetador en una noche como esta. ¡Una noche como esta, dice! ¡Esta no es una noche cualquiera!, les escupe Hécate, ¡es la noche de los auténticos muertos vivientes y no de este festival banal! ¡Mitología hipócrita, falso misticismo! ¡Yo soy una bruja de verdad! ¡Postraos ante mí, insensatos!

Pero nadie se postra, muy al contrario, se le acercan bien erguidos, nada apocados. Monstruos de pacotilla que amenazan con llamar a la policía. Tiene que haber una patrulla cerca, que alguien los avise, que socorran a esta pobre mujer. ¿Pobre, yo? Me tomáis por una vagabunda desvalida, pero aquí los únicos pordioseros sois vosotros, que mendigáis una fiestecilla que es un sucedáneo de la magia. La magia de verdad es incómoda, ruda, es selvática y profunda, se retuerce impetuosa, orgánica, instintiva, la magia es tumultuosa, fragor y pasión, es euforia anárquica, es sexo alquímico, es el rojo de los labios encendidos por el conjuro que quema, es la palabra fantástica, el oráculo del adjetivo, el verbo que detona. La magia es acunar la devastación y trocarla en reparación, la magia es impenitente e indulgente al mismo tiempo, obstinada en ser la esperanza que se compadece de quien quiere verla como lo que es: una niña vieja, una anciana recién nacida.

Nadie la escucha porque todos cantan. La melodía llega de lejos, de la cabeza de la procesión, que ya se acerca al mar, haciendo caso omiso del acoso a la bruja. Ella la oye, como la oye el hatajo de sádicos que la tienen rodeada. Es un murmullo que cobra forma a medida que el cortejo avanza hacia la playa, erizada de cirios, velas y fogatas cuyo humo se mezcla con el del incienso que arde por todas partes. «Espíritus sumergidos, muertos y ánimas, salid del agua por las corrientes del olvido y venid a nosotros. Espíritus sumergidos, muertos y ánimas, salid del agua por las corrientes del olvido y venid a nosotros. Espíritus sumergidos, muertos y ánimas, salid del agua por las corrientes del olvido y venid a nosotros.» El enjambre de bocas adocenadas repite la cantinela creyendo que suena digna y sentenciosa. Pero es paja, fuego fatuo, un simulacro. No saben qué dicen ni por qué lo dicen ni a quién se lo dicen. Si lo supieran, si reconocieran a la divinidad que responde a la

invocación, no permitirían la cacería contra la bruja, ¡contra la mismísima Hécate! Ella aprovecha que los cazadores están inmóviles, embelesados con el espectáculo, ¡no es más que un decorado, inútiles!, y huye como alma que lleva el diablo.

La bruja también tiene un cántico en la lengua, pero es auténtico, no esa imitación barata. Ha llegado el momento. Se aparta de la línea y baja por el espigón. El mar se estrella contra él, colosal y oscuro, un agujero negro hacia el inframundo. Deja el ramo y el mechero resguardados entre dos rocas secas y se lanza al agua. Tendría que notar la temperatura gélida de esa marea otoñal, pero la envuelve una calidez tropical. Oh, bruja querida, nada y pide. Y ella lo hace, los ojos y la boca muy abiertos, recitando la invocación original «Hermes subterráneo, Hécate subterránea, subterráneos devoradores de carne cruda, dioses subterráneos, héroes subterráneos, servidores subterráneos, espíritus subterráneos, pecados subterráneos, agua terrorífica de Estigia, corrientes del olvido, muertos, demonios y almas de todos los hombres: venid hoy y realizad mi deseo, el que alimenta este hechizo». La repite con cada brazada y las olas amplían su respiración, el agua se hace palabra, crece y resuena, toda ella canta. Es el eco de las cavernas inmersas, el retumbar de la falla marina, el trueno que resquebraja las profundidades, el estallido de la corriente embrujada que se derrama desde el más allá. El éxtasis se apodera de la bruja, el mar la desea y ella se entrega a él, apasionada, se quita las bragas, libera los senos, que la succione entera, que la mame toda, pezones y coño, sal y espuma, leche y flujo, que se mezcle todo lo que nutre la vida, lo que engorda el deseo. Hace el amor con la muerte, una turba de ánimas sumergidas le chupetea el cuerpo y ella se deja acariciar, frotar, follar. Minutos u horas o vidas de coito fantasmagórico hasta el embate de la ola definitiva. No hay demasiada diferencia entre el orgasmo de una bruja y un tsunami espectral. Ambos hacen temblar los cimientos de la tierra, de la carne. Mira cómo se abre la bruja, cómo chorrea de placer, mira cómo se resquebraja la corteza, cómo se agita de poder. El seísmo arrastra a la bruja hasta la roca y ella, exhausta, con el oxígeno prestado de los peces fantasma, jadea todo el placer, un último

gemido de deleite antes de recoger las flores y el fuego. Luego escala el espigón empujada por la caterva de espíritus a los que ha liberado. Le estiran brazos y piernas y muslos y culo y vuela, la bruja vuela hasta aterrizar en la línea. Su cuerpo empapado rezuma las tinieblas que germinan de él, el abismo de la resurrección. No siente ni pizca de frío, el viento otoñal esquiva su piel y los fantasmas la visten con su protección. Desnuda y saciada, recorre el último tramo del camino hasta llegar al meridiano.

La orilla encendida empequeñece a su espalda, la bruma de la resina le presta una consistencia pretérita, la reduce a un recuerdo borroso. La nitidez del futuro se impone, avivada por la llama de la bruja y las hogueras que se esparcen, modestas, por este tramo final, lejos de la pomposidad teatral de la playa. Son grupos de gente con sus invocaciones íntimas. La ven pasar, ¿quién no tiene ojos para una bruja?, pero la dejan a su aire. Intuyen quién es, entienden que es más poderosa que cualquiera de ellos. Salvo por ellos, claro está: un puñado de hombres demasiado ciegos para ver en ella nada que no sea carne cruda. Eh, tú, qué flores más bonitas llevas ahí, ¿quieres que te eche alguna? Qué buena estás, así, en pelota picada, ¿buscas un poco de calor? Oye, ¿no contestas?, ¡mira que te vas a resfriar! Ríen amplificados por el alcohol de la decena de botellas que tienen alrededor. Arrímate al fuego, mujer, que te haremos hueco. ¡Siéntate en mi regazo, chavala, ya verás que calentita estarás! La bruja se detiene y los mira. El desprecio es evidente, pero eso, más que intimidarlos, los enciende. Siguen vociferando obscenidades disfrazadas de halagos mientras ella los mide. Cinco hombres lo bastante jóvenes para no ser viejos, pero: panzas infladas y brazos blandos. Son una amenaza, pero más para sí mismos que para cualquier otra persona. Están embutidos en sillas de playa demasiado estrechas para sus culazos, un círculo de carne flácida alrededor de la fogata. Carne haciendo carne, porque la hay en abundancia, salchichas resecas y butifarras chamuscadas pudriéndose a sus pies. Hace rato que se han olvidado del hambre y ahora se dedican a apaciguar su malestar vital. Acumulan alcohol de todo tipo, pero hay uno, uno solo, que la bruja quiere. Alcohol de quemar, combustible líquido. Hábil y astuta, cambia el desdén por

interés y se les acerca sinuosa, se deja admirar. Los hombres silban y la incitan, mascullan, pues sí que tienes ganas de juerga, ¿verdad, encanto?, y ella, de pie junto a la hoguera, los ojos en llamas por el rojo incandescente, se muerde la lengua para no contestar a la provocación y para lanzarles una maldición: «Ráfaga, corriente, ventolera, haz que se apague esta hoguera; racha, torbellino, ventarrón, condena el fuego a la extinción». El viento no se hace de rogar: gira veloz de repente, hacia el norte, desde la línea hasta el meridiano, y ahoga la hoguera de los hombres. En la oscuridad que sucede a la luz, más densa que ninguna otra, la bruja se las arregla para escapar. Con el alcohol de quemar en las manos. Los oye maldecir al vendaval, insultar a esa malnacida, pero, entorpecidos por el etanol y el conjuro, son incapaces de hacer nada que no sea dejarla marcharse.

Hécate corre embalada, lanzando besos y alabanzas a su querida línea. Es ella, mágica y magnánima, la que le ha dado todo lo que necesitaba, los obsequios que anhelaba. Flores, fuego y un incendio en las manos. Se acerca al meridiano, al filo de la medianoche, y percibe el final que hay en todo comienzo. Pronto se fundirán ambos, cuando uno muera empezará el otro. Recorrer la línea es celebrar esta transición. El paso entre la vida y la muerte. Ni la una, ni la otra, sino la conjunción de ambas. El encuentro, la confluencia. La encrucijada.

Ya la ve.

Majestuosa en su sordidez, lacónica y siniestra. La riera va a morir allí, reseca, la desembocadura putrefacta, verdín y cadáveres de rata. El mar regurgita oleadas de roña. Es el lugar donde enseña las vergüenzas que nadie osa mirar. Nadie salvo Hécate, nadie salvo los fieles del meridiano. Unos y otros comparten el privilegio de ver la belleza en lo infesto y funesto. Es bello porque es cierto, tan real como todas las miserias que gobiernan a la humanidad. Es sobrenatural reconocer el hechizo de la descomposición. Los escépticos temen admirar la fealdad. La ven como una injuria, una ofensa. La bruja y los meridianistas, en cambio, saben que es una ofrenda. La encrucijada insalubre es el lugar donde la magia campa a sus anchas, el templo a la intemperie que celebra la liturgia

alquímica. No hay ninguna cúpula de cristal que retenga el lugar esta noche. La línea se vuelca allí con avidez y el meridiano la recibe a corazón abierto. El verde se esparce descarado, Hécate corre desbocada. La energía que reina en la encrucijada es titánica, el aullido de la ira y el estallido de la alegría. Se remueve agitada y enredada. No obedece a nada.

Debe obedecerme a mí, se dice la bruja cuando planta allí los pies. Los meridianistas ya han llegado, llevan horas esperándola. Lo sabe porque alzan la vista al unísono cuando ella llega al círculo, cuando entra en él, cuando se coloca en el centro. La observan, hechizados por su descarnada desnudez. La bruja los mira de uno en uno. Reconoce todas las caras que la falta de clarividencia le había negado antes. El estanquero, la tendera del mercado, la camarera de la plaza. Vecinos convencionales, adoradores del demonio todos ellos. El demonio también está allí. Sentado entre su perversa pareja de discípulas, Àngela y Alexandra, está Gregori. Es él quien la invita a tomar asiento. Ni una palabra, solo una mirada imperiosa y el cuerpo haciéndole hueco a su lado. La quiere tener cerca, pero Hécate se burla de él. Su lugar está en el centro, es la diosa de las encrucijadas. Así que se mantiene erguida, el ramo de flores, el fuego y el alcohol en las manos, pero no dice nada, ninguna imprecación contra los verdes. Mal que le pese, los necesita. Necesita todo el poder del meridiano, ella reúne todo el de la línea. Mira al cielo, la noche estrellada y majestuosa. Ya es casi medianoche, el final que precede al comienzo.

El final empieza con el último aliento de unos pulmones agónicos. La bruja ve a Flora en la cama de hospital, a Camila muy cerca de ella, aferrada a su cuerpecito pálido e ínfimo. Se habrá enfriado antes de que se dé cuenta. Hécate debe darse prisa. Cierra los ojos y abre las piernas, su cuerpo se expande, crece todos los centímetros que la separan del universo. «Oh, encrucijada fenomenal, sé espiral y temporal, que los dioses opacos huyan y sus espíritus los sustituyan; oh, encrucijada sobrenatural, sé entrada y portal.»

Has muerto, Flora, y yo te acuno, difunta, entre los profundos sollozos de tu madre. Llorarás, Camila, llorarás toda la noche, y de

las lágrimas vertidas sobre los restos de tu hija crecerán selvas indómitas. Llora, llora y sigue tu camino, no te extraviarás por los laberintos del duelo, me tendrás a tu lado, bruja que es brújula. Aúlla todo el desconsuelo hasta que tus riadas de pena desemboquen en el mar y hagan salir a flote todos los espíritus sumergidos, llora, sí, que ya los tengo a todos aquí, conmigo, sobre todo a ti, Clara mía, fósil y pluma, aleteando eterna a mi lado. Tenía que matarte para volverte inmortal. Tenía que matarte y tenía que hacerte morir. Tenía que perder una parte de mí para reencontrarla transformada en otra cosa. En otra fuerza. El magma de mi vientre así lo certifica. Has muerto, Clara, pero hoy te paro con todo el amor que te negué. Has muerto, Flora, pero el cadáver de una flor deja semillas en vez de cenizas. Abre los pétalos póstumos y atraviésame el útero con tu tallo en *rigor mortis*. Entra toda tú, plántate en mi interior y echa raíces profundas, crecerás en este embrión sin nombre que será una Amapola. Roja como la sangre que te regalo. Te invito a reencarnarte, Flora, a volver al primer bramido.

La bruja, con los ojos todavía cerrados, siente cómo la encrucijada se arremolina, cómo se encarniza con su cuerpo, le rasga la piel, la súbita punzada de los músculos desgarrados, el tirón de los huesos al ensancharse para dar paso a la vida. «Parto, alumbramiento, parida, que la hija muerta cobre vida; parida, parto, alumbramiento, que la flor agonice todo su nacimiento.» La vorágine no cesa, levanta polvo y arena y tierra y sal que le muerden la piel, mordiscos como desgarros mientras ella se escarrancha y se desgañita de amor y dolor. La bruja grita, Hécate brama. Es la contracción de la carne: el espasmo de la cicatriz vertical, la contorsión de la cicatriz horizontal. Y, entre ambas, en el punto de colisión, la convulsión de la magia. La falla se cierra, la vida late enardecida mientras centrifuga toda la encrucijada. Hécate no se tambalea. No se cae. Se mantiene erguida y plena, formidable y poderosa, hasta que no queda ni rastro del remolino salado, del torbellino de aire espectral.

Entonces la bruja abre los ojos. Los meridianistas se quedan inmóviles, mirándola fijamente. Parecen ajenos al cataclismo, o tal vez se aferren a la dócil calma que precede cualquier final. Alza la

cabeza hacia la luna, grande y clara, y le da las gracias por haberla guiado, lúcida y clarividente. Un último favor, sin embargo: que la ayude a enfocar su conciencia: «Luna, satélite, cómplice y salvadora, haz que esta bruja sea una aquí y ahora». Una nube negrísima la oculta. La noche era clara hasta ahora. En la oscuridad, Hécate se reencuentra.

Me reencuentro.

Me veo dónde estoy y quién soy. Hécate o Rebeca, madre o bruja, embarazada o infanticida. Soy yo, soy yo, soy yo. Y todo esto lo hago por mí. Para reparar las malas acciones de mi vida pasada. La expiación. La purificación.

Cojo el ramo de violetas moradas con la izquierda mientras con la derecha vierto el alcohol de quemar. Se derrama con fuerza, chorreando sediento sobre mi piel, y enseguida se enciende. Cuando, con el fuego en la mano, prendo la chispa, se queman las flores y se desata la guerra. Los meridianistas se levantan todos a la vez. Es medianoche, pienso, ¡es medianoche!, grito. Pero ellos no se cogen de las manos, rompen el círculo, caos instantáneo, clamor y confusión, gritos exaltados: ¡esta mujer es una suicida! ¡Que alguien la detenga, por dios! Me río porque invocan a un dios que no existe, porque la diosa de la encrucijada soy yo y no me detendré. Se abalanzan sobre mí, efervescentes, pero estoy hecha de mújoles y resbalo como una serpiente, me escurro entre las manos que quieren pescarme, pero no pueden porque ardo, ardo toda yo, soy la antorcha. Blando el ramo encendido para ahuyentarlos, ¡huid, demonios!, y las llamaradas distorsionan la boca de Alexandra y Àngela, abiertas en un aullido que no alcanzo a oír porque solo me oigo a mí misma. Un chillido de alegría, de ansia, de deseo. Los verdes se agitan y se rebelan, amotinados y erráticos, su líder no puede gobernarlos. Su líder viene hacia mí. Su sombra, larga y delgada, se confunde con mis llamas. Agito las flores que ya no son, consumidas por una calcinación imparable, para gritarle ¡que la flor nace de la materia muerta! ¡Flora nacerá de mi hija muerta! Él no retrocede. Sus pasos hacia delante son mis pasos hacia atrás. Me río y bramo porque es imbécil. No reconoce su fracaso. Quería verme morir, anhelaba ser mi verdugo. Y aún lo anhela, aún lo anhela. Por

eso avanza, por eso reculo. No es que el demonio se imponga: es la intención de la bruja que soy. No hay marcha atrás. A mi espalda, la roca es sólida, pero después se vuelve líquida. Cambia de estado. «Reencarnar, resucitar, regenerar, Hécate ha venido a reparar; transfigurar, transitar, mutar, Rebeca ya no se deja asustar.» Oigo cómo el mar quema todo lo negro, mújoles crepitando como chispas. Los lamentos de los verdes se ahogan en la furia de mi clamor: ¡ninguna hoguera mata a la bruja si ella misma se arroja al fuego! ¡Si ella misma es la hoguera! Gregori hace amago de cogerme, pero no puede. El demonio no puede apagar mi deseo.

Uno. Muerte al miedo.

Dos. Viva el coraje.

Tres. Que nazcan las hijas de las demás.

Vestida con llamas, vuelo hacia el cielo.

AGRADECIMIENTOS

A Cesca, David, Aran y Tanit, por regalarme la semilla de esta historia. A Marcos, Nathalia y Morena por ser los vecinos encantadores de la casa de delante. A La Calàndria, por proporcionarme calma y cafeína para escribir. A la pandilla de Ocata, por la hechizante y decisiva sobremesa en Burriac. A Ocata, por ser mágica. A Maria y Jordi, por permitirme vivirla. A Clara, por dejarse robar el nombre. A Jose, por querer a una bruja. A Boi y Neret, por no alejarse de mí. A Núria, por ser mi antorcha. A Berta, alma gemela de mi escribir. A la Rissus, por ser mi mujer sabia preferida. A Eli, Dàlia y Anna, por una amistad que es un ritual mágico. A Marta, por abrir su corazón y compartir su puente. Y a mis editores, sobre todo, por creer en las brujas.

La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull



Título original:
Que morin els fills dels altres

© Roser Cabré-Verdiell, 2025

por mediación de MB Agencia Literaria, S.L. y Males Herbes S.C.P.

Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción total o parcial en cualquier formato.

© de la traducción: Rita da Costa

© 2026 Ediciones Alpha Decay, S.A.
Gran Via Carles III, 94 08028 Barcelona
www.alphadecay.org

Primera edición: marzo de 2026

Edición coordinada por Julia Echevarría

Maquetación del interior: Robert Juan-Cantavella
Maquetación de la cubierta y faja: Sergi Gòdia
Impresión: Imprenta Kadmos

THEMA: FBA
ISBN: 979-13-991260-0-6
eISBN: 979-13-991260-4-4
Depósito Legal: B 4.848-2026

Esta
edición,
primera, de
Que mueran los
hijos de los demás,
se terminó de imprimir
en Salamanca en el
mes de marzo
de 2026.

TÍTULOS RELACIONADOS

Da igual
AGOTA KRISTOF

El papel pintado amarillo
CHARLOTTE PERKINS GILMAN

Historia de una terraza
HILARY LEICHTER

Conejo maldito
BORA CHUNG

Devastación
JULIA GFRÖRER

Una velada exquisita
CHELSEA G. SUMMERS